

Aproximación histórico-conceptual a las relaciones sociales de producción capitalistas en la Argentina (1870-1840): el proceso de producción en la industria cervecera

Autor:
Morgenfeld, Leandro Ariel

Tutor:
Katz, Claudio

2003

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Grado

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 86.940	MESA
03 DIC 2003 DE	
Agr.	ENTRADAS

**Aproximación histórico–conceptual
a las relaciones sociales de producción
capitalistas en la Argentina (1870-1940):
el proceso de producción en la industria
cervecera**

Tesis de licenciatura en Historia

Leandro Ariel Morgenfeld

Director
Claudio Katz

**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas**

Facultada de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Diciembre 2003

Como toda investigación, la presente Tesis es el producto varios años de trabajo y tiene su propia historia. Inicialmente fue parte de un proyecto de trabajo colectivo que comenzó a principios del año 2000, cuando su autor era un estudiante que promediaba la Carrera de Historia. El grupo estaba integrado en un proyecto de investigación de la Universidad de Buenos Aires¹ que se proponía estudiar el desarrollo de la industria argentina desde el siglo XIX, a través de análisis de los procesos de trabajo en las distintas ramas de la producción. A partir del año 2001 se amplió dicho grupo de investigación integrándose a un nuevo proyecto² con el que se siguió trabajando hasta fin de año. En el año 2002 el trabajo de Tesis se incorporó en otro grupo que se desenvolvía también en el marco de un proyecto de investigación de la Universidad de Buenos Aires³, ocupándose de distintas problemáticas relacionadas con el mundo del trabajo en la historia argentina. Desde finales del 2002 la Tesis pasó a ser dirigida por Claudio Katz y la coordinación de la investigación y la exposición estuvo a cargo de Eduardo Glavich.

Muchas personas colaboraron, directa e indirectamente, para que esta investigación pudiera concretarse y por este motivo quiero expresar públicamente mi agradecimiento a aquellos y aquellas sin los cuales esta Tesis no hubiera prosperado.

En primer lugar, le debo mi mayor gratitud a Eduardo Glavich, quien fue mi tutor durante un año ofreciéndome, como es su costumbre, todo su conocimiento y su generosidad. Fue un honor que la persona a quien considero el docente de la Carrera de Historia con mayor dedicación y respeto para con los alumnos haya aceptado esta tarea sin especular con réditos académicos personales.

También quiero agradecer especialmente a Claudio Katz por haber aceptado ser el director de esta Tesis.

Por otra parte, quiero expresar mi gratitud a los colectivos de trabajo gracias a los cuales, de distintas maneras, la presente investigación fue desarrollándose. El primer grupo de investigación del que participé y gracias al cual nació este trabajo estaba conformado por Eduardo Sartelli, Marina Kabat, Juan Kornblihtt, Rodolfo López, Natalia Mange, Claudia Freindenraij, Martín Monsalve y Diego Esteras, entre otros. Con este grupo avanzó la investigación durante los primeros 18 meses, en los que surgieron varias de las hipótesis iniciales de esta Tesis y en los que di mis primeros pasos como investigador.

El segundo colectivo con el que trabajé y al que quiero agradecer estaba conformado por Roberto Elisalde, Marisabel Grau, Julián Kan, Andrés Gurbanov, Sebastián Rodríguez, Ezequiel Alfieri, María Cáceres y Joaquín Noya, entre otros. Allí también se discutieron distintos aspectos abordados en la presente Tesis.

Quiero expresar mi gratitud, además, a quienes en distintas etapas de la investigación realizaron lecturas parciales y/o totales de la Tesis, acercándome comentarios críticos, sugerencias, preguntas o consejos que me fueron sumamente útiles: especialmente Mauricio Turkieh, y también Sebastián Ortiz, Alejandro Viegas, Sebastián Juncal, Mariano Ronzon, Martín Rivadadero, Valeria Ianni, Ariadna Cardo y demás compañeros y compañeras que participaron en los grupos de discusión.

¹ UBACyT 1998-2000 (Código TL24, Facultad de Filosofía y Letras): "Taylorismo, fordismo y posfordismo en la Argentina. Historia y transformaciones contemporáneas".

² UBACyT 2001-2002 (Código S058, Facultad de Ciencias Sociales): "Trabajo, explotación y desempleo en la Argentina contemporánea: la profundización del régimen de gran industria".

³ UBACyT 2002-2003 (Código U902, Ciclo Básico Común): "El mundo del trabajo en la Argentina, 1935-1955".

Por otra parte, también debo agradecer a todos los que me facilitaron su ayuda para conseguir bibliografía y fuentes, para resolver distintos problemas que se suscitaron a lo largo de la investigación o simplemente me estimularon para que terminara esta investigación:

A los coleccionistas cerveceros Juan Carlos López Almendroz y Carlos Vives, miembros del COLCER (Asociación de Coleccionistas Cerveceros), por poner a mi disposición sus colecciones y su bibliografía, además de sus archivos personales de inestimable valor.

A Marcelo Cerdán, por sus enseñanzas sobre el proceso de elaboración de la cerveza y por poner a mi disposición su bibliografía.

A las y los bibliotecarias/os de la Biblioteca Nacional, del Congreso, Tornquist, Presbich, de la Facultad de Filosofía y Letras y del Ministerio de Economía, entre otras.

A Manuel Aducci Spina, por ayudarme a diagramar la Tesis.

A todos los que aquí no nombramos, pero realizaron críticas, sugerencias y/o comentarios que alentaron la presente investigación y exposición.

A mi familia, Nilda, Julio y Mauro, y a Rafael, por acompañarme durante todo este tiempo.

A pesar del carácter en algún sentido colectivo que tuvo la presente investigación, debo aclarar que lo aquí expuesto corre bajo exclusiva responsabilidad de su autor, excusándose a los anteriormente nombrados de responsabilidad alguna por lo expresado en esta Tesis.

Finalmente, quiero dedicar esta Tesis a todos los que lucharon y luchan, no sólo por conocer la *realidad*, sino también por transformarla, dado que la actividad revolucionaria no puede limitarse al campo intelectual sino que debe ser crítico-práctica y práctico-crítica: "*Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. (...) Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica*" (Marx, 1985: pp. 666-667). Esta investigación tiene por objetivo *conocer*, pero no como mera contemplación sino para *transformar*, entendiendo que la acción consciente, la *praxis*, es condición necesaria para la superación colectiva de todo orden social.

En la historia reciente de la Argentina hubo 30.000 desaparecidos producto de esa lucha por transformar la sociedad. Actualmente son uno de los símbolos de todos los que perdieron la vida por buscar una superación del sistema social vigente. A ellos, y a quienes hoy en día siguen en el camino de la búsqueda de la verdad, la justicia y la liberación entendidas en el sentido más pleno, va humildemente dedicada esta Tesis.

Leandro Ariel Morgenfeld

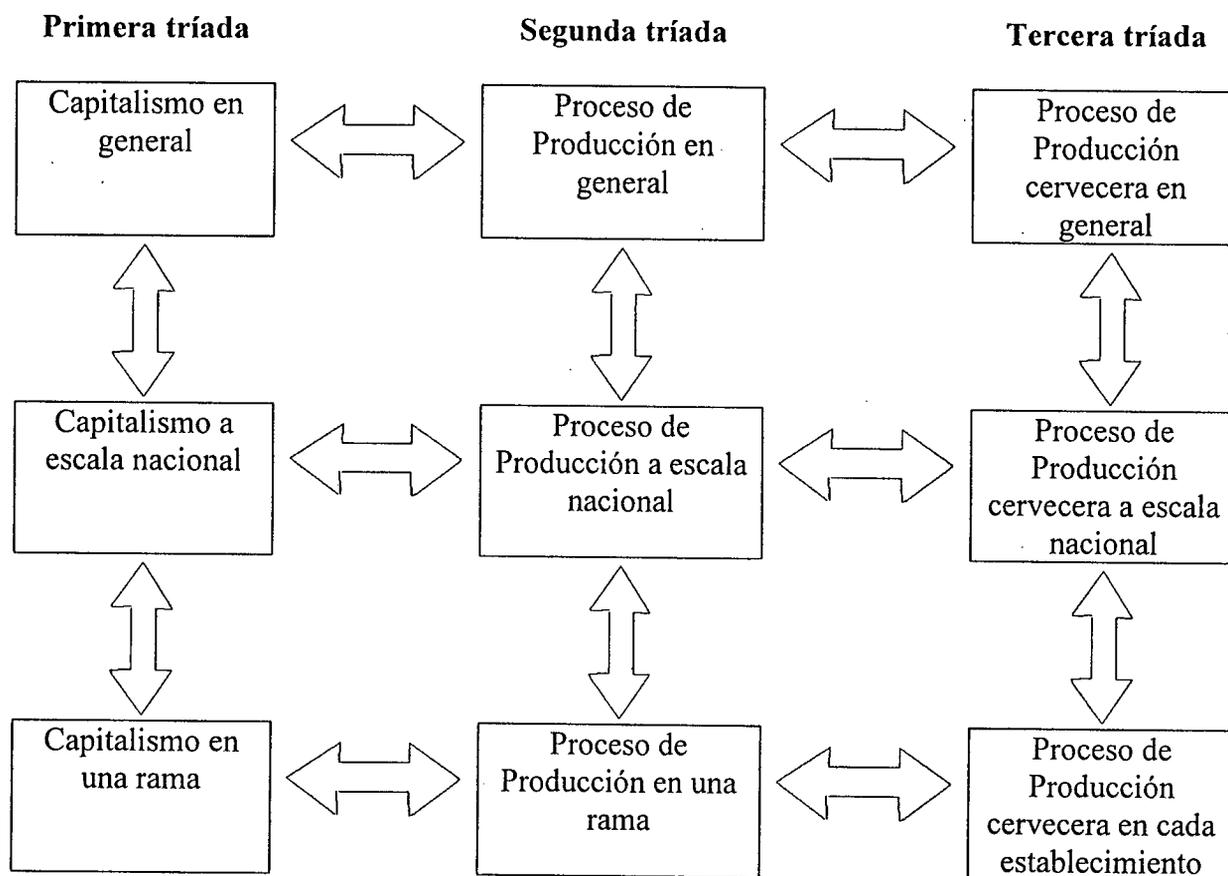
Buenos Aires, 3 de diciembre de 2003

<u>Introducción</u>	Página 1
Esquema lógico-conceptual de la tesis: “Las Tres Tríadas”	Página 1
Síntesis explicativa del esquema lógico de la Tesis	Página 1
Síntesis e interconexión histórico-conceptual de las tres tríadas	Página 3
Primera tríada: el capitalismo	Página 3
i- Capitalismo en general.....	Página 4
ii- Capitalismo a escala nacional	Página 5
iii- Capitalismo en una rama industrial	Página 7
Segunda tríada: el proceso de producción	Página 7
i- <i>Proceso de producción</i> en general	Página 8
ii- <i>Proceso de producción</i> a escala nacional	Página 10
iii- <i>Proceso de producción</i> en una rama	Página 11
Tercera tríada: la industria cervecera	Página 12
i- <i>Proceso de producción</i> cervecera en general	Página 12
ii- <i>Proceso de producción</i> cervecera a escala nacional	Página 13
iii- <i>Proceso de producción</i> cervecera en cada establecimiento	Página 14
El capitalismo como proceso global	Página 15
<u>Capítulo I:</u> Conceptos fundamentales de y para la investigación y la exposición	Página 18
Introducción	Página 18
Método: el materialismo dialéctico e histórico	Página 19
Capitalismo a escala mundial, nacional y de una rama industrial	Página 23
Otras corrientes: neoclásicos, heterodoxos y marxistas “subjetivistas”	Página 37
<u>Capítulo II:</u> Vínculo entre el capitalismo mundial y el argentino desde 1870 a 1940 y relación entre la estructura productiva del capitalismo argentino y una de sus ramas industriales (primera tríada)	Página 42
Introducción	Página 42
Desarrollo histórico-conceptual del capitalismo	Página 43
Desarrollo histórico-conceptual del capitalismo en la Argentina	Página 47
i- Descripción general de la economía argentina durante el período 1870-1940 ...	Página 47
ii- Desarrollo de las <i>relaciones sociales de producción capitalistas</i> en la Argentina	Página 52
Elección de la rama cervecera	Página 54
i- ¿Por qué dividir en ramas?	Página 54
ii- Justificación de la elección de la industria cervecera	Página 55
Debate con otras corrientes	Página 56
<u>Capítulo III:</u> <i>Proceso de producción</i>: etapas de subsunción del trabajo en el capital a escala mundial, nacional y de una rama industrial (segunda tríada)	Página 62
Introducción	Página 62
<i>Proceso de producción</i> como núcleo del capitalismo a escala mundial	Página 63

Etapas del proceso de producción en la industria cervecera argentina	Página 73
Debate con otras corrientes	Página 77
Capítulo IV: Industria cervecera: proceso de producción en general, en la Argentina y en cada establecimiento (tercera tríada)	Página 82
Introducción	Página 82
Proceso de producción cervecera en los países centrales	Página 83
Proceso de producción cervecera en la Argentina	Página 87
Proceso de producción cervecera en cada establecimiento	Página 90
i- Bieckert y Quilmes	Página 91
ii- Establecimientos de segundo orden	Página 97
Manifestaciones de la acumulación en la rama cervecera: centralización y mecanización	Página 103
Apéndices del Capítulo IV	Página 105
A- Historia de la cerveza	Página 105
B- Aspectos técnicos de la elaboración de cerveza	Página 113
Elaboración de Malta	Página 113
Proceso de Cervecería	Página 116
C- Historia de la cerveza argentina	Página 123
Orígenes	Página 123
Industria cervecera argentina	Página 125
Establecimientos principales	Página 134
a- Bieckert	Página 134
b- Quilmes	Página 142
c- Lucha de los trabajadores de Bieckert y Quilmes	Página 155
i- Boicot a la Cervecería Quilmes	Página 155
ii- Boicot a la Cervecería Bieckert	Página 157
Establecimientos secundarios	Página 161
a- Cervecería San Carlos (Santa Fe)	Página 162
b- Cervecerías de Rosario	Página 166
c- Cervecerías de Dolores	Página 170
Conclusiones	Página 172
Método de investigación y de exposición	Página 172
Capitalismo a escala mundial, nacional y en la rama cervecera	Página 174
Proceso de producción a escala mundial, nacional y en la rama cervecera ...	Página 176
Industria cervecera a escala mundial, nacional y de cada establecimiento ..	Página 177
Síntesis de las conclusiones. Límites y proyecciones de la investigación y la exposición	Página 180
Bibliografía	Página 183
Bibliografía general	Página 183
Bibliografía sobre la Argentina	Página 186
Bibliografía y fuentes de la industria cervecera	Página 191

Esquema lógico-conceptual de la tesis

“Las Tres Tríadas”

Síntesis explicativa del esquema lógico de la Tesis (capítulo I)

En términos muy generales, el objetivo es realizar una primera aproximación al estudio histórico-conceptual del capitalismo argentino. Para conocer este particular necesitamos relacionarlo con el sistema total que integra, el capitalismo mundial. A su vez, estudiar la historia del capitalismo argentino requiere analizar sus distintos componentes y establecer los nexos con los del sistema mundial. Luego de este primer momento “aislador” – correspondiente a la etapa de la investigación –, es preciso intentar exponer el movimiento de la totalidad –en la exposición–, incluyendo el vínculo entre las particularidades y singularidades que la integran.

El objetivo de esta Tesis es estudiar las *relaciones sociales de producción capitalistas* que se establecen en Argentina entre 1870 y 1940, relacionándolas con las

que prevalecen en los países centrales. Pero no se puede aprehender este objeto en forma general, ya que el *capital industrial argentino*¹ se distribuye en múltiples ramas industriales, cada una de ellas con singularidades, y con interconexiones complejas entre sí y con sus correspondientes competidoras a escala mundial. Por eso es necesario estudiar también cómo se manifiestan las particularidades del capitalismo argentino en una rama singular. En la primera aproximación al estudio del capitalismo se vincularán estos tres niveles: capitalismo a escala mundial, en la Argentina y en una rama industrial. Luego, en el análisis, se requiere pasar del primer nivel de generalidad recién expuesto a la comprensión de uno de sus elementos constituyentes: el *proceso de producción*, como unidad del *proceso de valorización* y del *proceso de trabajo*². Se estudiará lo que ocurría en el *proceso de producción* mundial (en los países donde más desarrolladas estaban las *relaciones sociales de producción capitalistas*), en el de la Argentina como particularidad del sistema general y en el de cada rama singular que integra la estructura productiva argentina. **En el caso de esta investigación y exposición y por razones que se explicarán más adelante, se seleccionó la industria cervecera para ver cómo se manifestaron allí las relaciones recién mencionadas.** Como no se puede estudiar la industria cervecera argentina sin relacionarla con la rama a escala mundial y con el tipo de producción en cada uno de los establecimientos nacionales que la conforman, se planteó un tercer nivel de análisis, en el que se desglosará la singularidad del nivel anterior en tres subniveles: el *proceso de producción* cervecera en general (estudiando el *proceso de trabajo* y su vínculo con el de *valorización*), el *proceso de producción* en la Argentina y el *proceso productivo* en cada establecimiento cerveceros que operan en el país.

Síntesis de lo anterior: las *relaciones sociales de producción capitalistas* en los países centrales *determinan*³ el capitalismo argentino. Esto significa que el capitalismo argentino, en

¹ Nos referimos aquí al *capital industrial* -en adelante, "capital" a secas- no en su tradicional acepción (lo que no es actividad primaria ni terciaria) sino al que abarca el tipo de producción de mercancías -en cualquier rama, incluyendo la actividad agrícola o cualquier otra que pertenezca a los llamados sectores "primarios" o "terciarios" (salvo el comercio y la intermediación financiera)- en la cual se desarrollen *relaciones sociales de producción capitalistas*. *Capital industrial* es aquel relacionado con cualquier rama de la producción de mercancías explotada en forma capitalista. Esto será desarrollado en el Capítulo I.

² El *proceso de producción* es junto al de *circulación* parte del *proceso global de la producción capitalista* (Marx, (1894),1998, Tomo III: p. 29). Si bien estudiar el movimiento del capital considerado en su conjunto requiere tener en cuenta tanto la *producción* como el *proceso de circulación* (como mediación del *proceso de reproducción social*), nos centraremos en esta investigación en el ámbito de la producción propiamente dicha, dejando de lado los aspectos específicamente vinculados con el *proceso de circulación* del capital.

³ Resulta necesario aclarar el sentido del término "determinación", debido a las usuales controversias en torno al mismo. Se usará este término con dos acepciones, una referida a "causalidad" y otra a "concreción". En cualquiera de los dos casos, "determinación" no significa "implicación". Afirmar que un fenómeno está "determinado" por otro no significa señalar que está "implicado" (A entonces B), sino que el otro le fijó ciertos límites. Si un elemento no está *determinado* significa que no tiene límites, que no es concreto. Ser "determinista" supone analizar, según las condiciones de cada problema estudiado, cuáles son los distintos niveles de concreción, incluyendo las mediaciones, y destacar la interdependencia (jerarquizada) e interrelación de los diferentes procesos constitutivos de la *realidad* total concreta. Así, todo concreto es el resultado de múltiples determinaciones, explicadas jerárquicamente. Quienes critican el "determinismo" de este método

tanto que no es más que una parte del capitalismo mundial, no puede comportarse en forma autónoma, sino que estará *limitado*⁴ por leyes a las que se hará referencia más adelante. Estas leyes operan también al nivel de cada rama industrial, incluyendo la que aquí se investiga, la cervecera. Pero plantear estas determinaciones no equivale a sostener, por cierto, que en el caso argentino todo se manifestó de igual manera que en los países en donde primero se establecieron las relaciones sociales capitalistas (nos referimos a Europa Occidental en general y a Inglaterra en particular). **Por eso, el objetivo de este trabajo será analizar cómo se comportan, en la particularidad de un país no central, las leyes generales del capitalismo.** Para comprender cómo se desenvuelve el capitalismo argentino es preciso estudiar el *proceso de producción* en cada una de sus ramas, relacionándolo con el *proceso de producción* general y con el de cada establecimiento fabril. **Dado que la pregunta que estructuró la investigación y exposición es hasta qué punto estuvo limitada la industria cervecera argentina por las leyes generales del capitalismo y cómo se estableció dicha limitación,** se estudió cómo los cambios en el *proceso de producción* en los países centrales determinaron las transformaciones en el *proceso de producción* en la Argentina y de qué manera, a su vez, éstos determinaron los cambios en los *procesos de producción* en cada establecimiento local, considerando que es preciso dar cuenta del fenómeno más concreto – resultado de múltiples determinaciones–.

Síntesis e interconexión histórico-conceptual de las tres tríadas

Primera tríada: el capitalismo (Capítulo II)

En una primera aproximación, podemos señalar que el objetivo de esta investigación (y exposición) fue estudiar la historia-conceptual de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la Argentina entre 1870 y 1940, período en que se consolidó la *formación económico-social capitalista*⁵ en el país. Claro está que este abordaje no puede realizarse

niegan la existencia de determinaciones y jerarquías explicativas. Al desconocer la posibilidad de establecer una jerarquía explicativa, todos los fenómenos que constituyen la realidad pueden ser causa y consecuencia de otros y toda posibilidad de hallar leyes o predecir ciertas tendencias queda descartada. La *realidad* se vuelve, desde ese punto de vista, absolutamente azarosa e indescifrable. Muchas de estas afirmaciones se irán aclarando y ampliando a lo largo del trabajo.

⁴ Se intentará distinguir, a lo largo del presente trabajo, entre los límites “inherentes” del capitalismo argentino (tamaño de su mercado, disponibilidad de materias primas y mano de obra, acumulación originaria, comportamiento de su clase burguesa, etc.) y los “externos” (el capitalismo mundial, entendido como el que se desarrolla en los países centrales, en su etapa expansiva avanzará sobre el resto del mundo, imponiendo sus formas de producción, exportando capitales, manufacturas y maquinaria, requiriendo ciertos productos, etc.).

⁵ El concepto de “formación económico-social” permite evitar la usual fractura o escalonamiento entre los “económico” y lo “social” (el primer término se refiere a las *relaciones sociales de producción* propiamente dichas y al estado de las fuerzas productivas, y el segundo a las relaciones sociales y, específicamente, a la lucha

soslayando el proceso de expansión del *capitalismo mundial*, al cual la Argentina se incorpora y es incorporada plenamente en esos años.

i- Capitalismo en general

¿Cómo se comporta a escala global la acumulación de capital? ¿Cuál es la lógica del desenvolvimiento del sistema tomado en su conjunto? En el modo de producción capitalista, al tener los capitalistas –por la competencia– la necesidad de transformar parte de la *plusvalía* en nuevo capital –lo que se denomina *reproducción ampliada*–, hay una tendencia a *acumular* capital ya que el mismo, para perpetuarse, debe reproducirse cada vez a una escala mayor. A lo largo del tiempo se produce una *concentración del capital*, un aumento de la acumulación por parte de los capitalistas. Esto lleva, posteriormente, a una *centralización de capitales*, es decir, a una disminución del número de capitalistas, producto de quiebras y fusiones que acaban con las fábricas más pequeñas, que no pueden adaptarse a la racionalización de la producción impuesta por la escala de producción cada vez más ampliada. Los grandes capitales que sobreviven tienden a constituir unidades cada vez mayores, lo que introduce cambios en el carácter de la competencia intercapitalista⁶.

Hasta aquí hemos señalado a grandes rasgos y según consideraciones de cuño marxista cómo funciona el capitalismo en general, pero ahora debemos tener en cuenta que nos encontramos en una etapa particular del desarrollo del sistema, en la cual la *centralización* de capitales se ha desarrollado a escala mundial. Lenin, en su obra sobre el *imperialismo* (Lenin, (1916), 1946), continúa este desarrollo lógico e histórico de Marx en lo que considera una nueva fase o etapa del sistema capitalista. Se propone, al analizar las características del capitalismo de fines del siglo XIX y principios del XX, develar la esencia económica del imperialismo –que no puede entenderse, a diferencia de lo que plantean muchos de sus contemporáneos, por fuera de la lógica económica del capitalismo–, período en el cual se ha

de clases). “Formación” alude a “desarrollo” y “proceso” y, al mismo tiempo, a “resultado” de ese proceso, por lo cual tiene una connotación dinámica.

⁶ Marx, cuando analiza en *El Capital* la ley general de la *acumulación capitalista* (Marx, (1867), 1998: pp. 771-782), explica cómo toda acumulación profundiza la *concentración de capital* en manos de capitalistas individuales. Estos capitales crecen en la medida en que constituyen partes alícuotas del capital global. Al mismo tiempo, se desprenden de los capitales originales fragmentos de ellos que comienzan a funcionar como nuevos capitales independientes. Por lo tanto, con la *acumulación de capital* crece el número de capitalistas. Sin embargo, contra este fraccionamiento opera la atracción de las mismas fracciones de capital, la *centralización* creciente de los medios de producción en las manos de capitalistas individuales. Es una *centralización* de capitales ya formados, la expropiación de los capitalistas por parte de otros capitalistas, la transformación de muchos capitales menores en pocos mayores. Este proceso se distingue del anterior en que, presuponiendo solamente una distribución modificada de los capitales ya existentes, su campo de acción no está limitado por el crecimiento absoluto de la *acumulación*. Es la *centralización* propiamente dicha, a diferencia de la *acumulación* y la *concentración*. Aquella se produce cuando aumenta el volumen mínimo del capital individual requerido para

desarrollado a escala mundial la *centralización del capital*. Esto llevará, por cierto, a que los países que se incorporen en este momento a la economía capitalista, o sea que desarrollen “tardíamente” las *relaciones sociales asalariadas*, deban sufrir transformaciones distintas a las ocurridas en su momento en los países primeramente industrializados. Para dar cuenta de ello se trabajó con la *teoría del desarrollo desigual y combinado*, que intenta explicar cómo en la historia ocurren fenómenos excepcionales en los cuales las características de una etapa más baja de desarrollo social se mezclan con las de otra superior. Esta herramienta teórica permitirá comprender las particularidades nacionales, que otras escuelas de pensamiento plantean como accidentes inexplicables desde una teoría general⁷. **Se busca explicar lo particular como determinado históricamente, producto de combinaciones concretas de fuerzas y condiciones internacionales y nacionales:** si bien es importante estudiar estas particularidades, las mismas no deben reemplazar, en el análisis, el proceso superior de la economía y política mundiales con sus leyes generales (más bien son la forma específica en que se manifiestan las leyes generales del capital).

ii- Capitalismo a escala nacional

Argentina, como país no central⁸, se incorporó y fue incorporada a la economía mundial de una forma particular. Durante la etapa que los “liberales”⁹ llaman “dorada”, 1880–1930, la Argentina ingresó de lleno al mercado mundial como país agroexportador, aportando a los países europeos alimentos y materias primas. Según la perspectiva de estos autores¹⁰, Europa, y especialmente Gran Bretaña, expandía su capitalismo industrial poniendo en circulación capitales acumulados previamente. Asimismo, reclamaban, de las regiones templadas, alimentos y materias primas para sus industrias. Fue así como el cuero, la lana, los cereales y la carne argentinos invadieron el mundo. Capitales y amplias masas de inmigrantes fluyeron hacia la Argentina, y la revolución tecnológica en los transportes y las comunicaciones permitió una conexión con el mundo como nunca antes se había imaginado. Argentina, además, contaba con condiciones internas que eran consideradas como elementos

explotar una rama que crecientemente se ha ido mecanizando, proceso que lleva a la ruina de muchos capitalistas pequeños y al traspaso de sus capitales a manos del triunfador.

⁷ A lo largo del trabajo se presentarán las distintas variantes que apelan a la supuesta “excepcionalidad argentina” para entender cómo se alejó de lo que debería ser un país capitalista “normal” y por qué sufrió recurrentes crisis que le impidieron crecer como lo hicieron otros países no centrales (ver Capítulo I).

⁸ Utilizamos la expresión “no central” para referirnos a los países que desarrollaron tardíamente las *relaciones sociales de producción capitalistas*, así como otros autores los denominan “periféricos”, “dependientes” o “subdesarrollados”. Los “centrales” serían aquellos que en el período analizado tenían un amplio desarrollo del capitalismo, o sea la mayoría de los países de Europa Occidental y Estados Unidos.

⁹ En el Capítulo I se hará referencia a la corriente denominada “liberal”.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Díaz Alejandro (1970).

que podían explicar la expansión capitalista en esta región y la potencialidad como receptora de capitales e inmigrantes: ventajas comparativas por una Pampa húmeda sin ocupar y más fértil que otras regiones; escasez de mano de obra que podía ofrecer trabajo a los miles de europeos desocupados; limitada disponibilidad de capitales locales; y óptimas condiciones políticas luego de la consolidación del poder central con Roca, el fin de las luchas civiles y la derrota de los indígenas en amplios sectores de la región pampeana. Fue, según la imagen generalmente más difundida, una época de acelerado crecimiento: entre 1880 y 1914 las exportaciones argentinas se multiplicaron por diez, entre 1857 y 1914 ingresaron más de tres millones de inmigrantes y la Argentina pasó a ser uno de los principales abastecedores mundiales de maíz, lino, carnes y trigo. Tal es la **idílica visión liberal**, la de quienes ven aún con nostalgia la Argentina de esos años, el país “granero del mundo”, el que desarrolló un capitalismo de avanzada gracias a la llegada de los capitales, las máquinas y el progreso científico y técnico europeos y estadounidenses.

Sin embargo, el concepto de “exportación de capitales” encierra dos significados diferentes. En el uso habitual se habla de “capitales” como cosas –máquinas, insumos, dinero para invertir, conocimientos, etc.– y por este motivo la llegada de capitales es vista como un elemento positivo. Pero también la *exportación de capitales* refiere a la exportación de ciertas *relaciones sociales de producción*, las basadas en el trabajo asalariado, ya que el capital es precisamente una relación social, pese a que aparezca fetichizado, como “cosa”. No se tomará ese concepto solamente en el sentido tradicional –exportación de ciertas cosas o fondos (inversiones) a los que usualmente se denomina “capital”¹¹–. Las máquinas, insumos e inversiones materiales que llegaron eran portadores de relaciones sociales y esto era lo esencial. La *exportación de capitales*, o sea de relaciones sociales de producción (de la relación asalariada propia de la producción capitalista), **no fue más que la manifestación de la necesaria internacionalización de capitales**. Y esos movimientos internacionales de capital se fueron transformando en un comportamiento inevitable debido al enfrentamiento entre los distintos grupos *centralizados* internacionales y rivales, que disputaban áreas de influencia, fuentes de materias primas y mercados de venta de sus productos, en pos de aprovechar a escala mundial los beneficios de su posición “oligopólica”. **Argentina, pese a las apariencias, estaba en realidad en su “etapa importadora”, pero lo que se estaban “importando” eran relaciones sociales de producción: se incorporaba y era incorporada a una formación económico-social que tendía a ser cada vez más mundial.**

¹¹ En el Capítulo I ampliaremos la explicación del concepto de *capital* como relación social.

iii- Capitalismo en una rama industrial¹²

Se analizará, en este apartado, la manera como aparecen en cada rama las determinaciones del capitalismo mundial a través de las particularidades del desarrollo capitalista nacional. Este es el nivel más concreto, donde el objeto estudiado está más determinado. Si la llegada de capitales determina el tipo de relaciones sociales en que se conforma el capitalismo argentino, esto puede (debe) ser estudiado en cada rama industrial. Se hará lo propio con la industria cervecera, que es la elegida en esta investigación, observando cómo, justamente en esta época, se aceleró el proceso de *concentración y centralización* del capital, al mismo tiempo que se transnacionalizó la producción en la Argentina con la instauración, por parte de grandes grupos económicos de origen europeo, de amplios y modernos establecimientos productores de cerveza. Emilio Bieckert, el mayor cervecero del país, vendió su fábrica en 1889 a una sociedad anónima con sede en Londres. Un año antes, se instaló la Cervecería Quilmes, cuyo capital provenía de una sociedad anónima con sede en Europa, que rápidamente se fue convirtiendo en el gigante de la rama y principal competidor de Bieckert. Esta llegada masiva de capitales extranjeros a la industria cervecera argentina produjo una transformación radical del *proceso de producción*. **Se estudiará, entonces, cómo la forma en que la economía argentina se incorporó y fue incorporada en la economía mundial determinó y limitó el proceso de producción en la rama cervecera.** La velocidad de estas transformaciones fue muy superior a la que se observa en la historia de la industria cervecera de Alemania e Inglaterra, dos países con vieja tradición cervecera (y capitalista): en Argentina, los tiempos los impuso la nueva etapa del capitalismo mundial en la cual el proceso de *centralización* de capitales se produjo a una velocidad inusitada y a escalas antes no dadas, fenómeno que será analizado con profundidad a partir de la *teoría del desarrollo desigual y combinado*.

Segunda tríada: el proceso de producción (Capítulo III)

Para estudiar las *relaciones sociales de producción capitalistas* es necesario ocuparse del núcleo de dicho sistema, el *proceso de producción capitalista*, que resulta de la unidad del

¹² Se define a la "rama" como el sector de la industria que produce un mismo *valor de uso*, lo cual implicará que el aspecto concreto del *proceso de producción* -el *proceso de trabajo*- va a tener ciertas características que lo asemejarán con otros establecimientos fabriles -con lo cual podrán establecerse comparaciones, incluso a escala mundial-. Por otra parte, en la mayoría de las fuentes estadísticas se usa este criterio que, si bien es bastante ambiguo y suele presentar dificultades, permite organizar el análisis de la industria, en este caso en relación con la utilidad -*valor de uso*- de la mercancía que se produce.

*proceso de trabajo y del proceso de valorización*¹³: “Como unidad del proceso laboral y del proceso de formación de valor, el proceso de producción es proceso de producción de mercancías; en cuanto unidad del proceso laboral y del proceso de valorización, es proceso de producción capitalista, forma capitalista de la producción de mercancías” (Marx, (1867), 1998: p. 239). Analizar el *proceso de producción* mundial y a sus transformaciones permitirá caracterizar los distintos grados de desarrollo del capitalismo, lo que se hará también para el *proceso de producción* en la Argentina. Para comprender las transformaciones del proceso productivo nacional será contrastado con el mundial y también se subdividirá la producción total argentina en las distintas ramas de la actividad económica, en tanto en cada una de ellas se desarrollaron *procesos de producción* diferentes. La manera de estudiar cómo realmente cambian los *procesos de producción* es estudiar en profundidad el trabajo mismo, para lo cual lo mejor es analizar cómo se produce en cada industria o rama, que al producir *valores de uso* distintos requiere *procesos de trabajo* diferentes.

i- Proceso de producción en general

Analizar el funcionamiento general del *proceso de producción* en el capitalismo, permite ver que el capital va subsumiendo progresivamente el trabajo para potenciar su explotación y la extracción de *plusvalía*, única vía para reproducirse en forma ampliada. Así, el grado en que el capital logra subordinar el trabajo determina distintas etapas del desarrollo del capitalismo. Marx caracterizó el capitalismo como un sistema en el que la clase hegemónica, la burguesía, reorganizó la producción en pos de incrementar la producción de *valor* (y *plusvalor*). El *proceso de trabajo*, en su aspecto general y prescindiendo de la forma social que asuma, es “... una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esta vida, y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad” (Marx, (1867), 1998: p. 223). La capacidad de transformar conscientemente la naturaleza para adaptarla a sus necesidades es un atributo propio de la especie humana. Pero todo *proceso de trabajo* es parte de un *proceso de producción*, cuya especificidad está íntimamente vinculada con las relaciones sociales que lo constituyen. El *proceso de producción* es expresión del tipo de relación que establece el hombre con la

¹³ Como fue señalado más arriba, nos limitaremos a estudiar el *proceso de producción*, pero sin olvidar que el *proceso de circulación* es fundamental para comprender el *proceso global de la producción capitalista*. Simplemente aquí delimitamos y el objeto de estudio, circunscribiendo la atención a la esfera donde se crea el *valor*.

naturaleza para transformarla de acuerdo a sus necesidades. Esta relación del hombre con la naturaleza está mediada, además, por la relación que establecen los hombres entre sí. O sea, se debe tener en cuenta el aspecto “natural y técnico” y el “social” al analizar estas *relaciones sociales de producción*.

En el capitalismo, los cambios en los *procesos de producción* se producen determinados por la *ley del valor*, o sea por la necesidad del capital de *valorizarse* –de reproducirse en forma ampliada–. Lo que es preciso analizar es la forma en que se renueva y amplía la explotación del trabajo, única fuente de creación de *valor* (y *plusvalor*). Marx, que conceptualizó e historizó las etapas de subsunción –incorporación subordinada– del trabajo en el capital, distinguió entre un primer momento donde el trabajo conserva las características esenciales que tenía en el tipo de producción precapitalista (*cooperación en su forma simple*). En el desarrollo de este momento se opera la primera revolución en la fuerza de trabajo: la cooperación fundada en la división del trabajo asume su figura clásica (*manufactura*). Luego hay un segundo momento donde la subsunción pasa de ser sólo formal a ser también real, donde se revolucionan los medios de trabajo (*gran industria*). Estas etapas, históricas y lógicas, junto con otras de transición –como la *manufactura moderna*– determinan dos momentos cualitativamente distintos en la historia del sistema. Existe una tendencia objetiva, determinada por la *ley del valor*, que lleva a que cada vez el trabajo se subsuma más en el capital, simplificándose y objetivándose. En el modo de producción *manufacturero* esta subordinación del trabajo se logra fundamentalmente por medio de la división del trabajo, mientras que en la *gran industria* se da a través de la *mecanización* u *objetivación* de los procesos productivos. Es la competencia intercapitalista la que obliga a aumentar las inversiones en maquinaria y a través de esta *objetivación* del proceso productivo se da el pasaje de la *subsunción* meramente *formal* a la *real* y el obrero se degrada hasta ser sólo un engranaje de un proceso productivo que ya no controla ni comprende en sus aspectos esenciales. El obrero deja de emplear los medios de producción para pasar a ser empleado por los mismos: “*En la manufactura y el artesanado el trabajador se sirve de la herramienta; en la fábrica, sirve a la máquina. Allí parte de él el movimiento del medio de trabajo; aquí, es él quien tiene que seguir el movimiento de éste. (...) Mediante su transformación en autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, como capital, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva. La escisión entre las potencias intelectuales del proceso de producción y el trabajo manual, así como la transformación de las mismas en poderes del capital sobre el trabajo, se consuma, como ya indicamos, en la gran industria, erigida sobre el fundamento de la maquinaria*” (Marx, (1867), 1998: pp. 515–516). Esta revolución de los *procesos productivos* no tiene por objetivo

liberar del trabajo al sujeto que lo ejecuta, sino quitarle su contenido para potenciar la *valorización del capital*.

ii- Proceso de producción a escala nacional

El segundo paso será ver cómo esta revolución en los *procesos productivos* se desenvuelve en la Argentina, cómo se incorporan en nuestro país las relaciones sociales predominantes en el mundo occidental. No son frecuentes, hasta lo que conocemos, los trabajos de investigación que encaran la historia del capitalismo argentino desde esta perspectiva, analizando el núcleo del modo de producción capitalista: el *proceso de trabajo* y el de *valorización*.

En principio, el objetivo es ver cómo se desarrollan en la Argentina las etapas de subsunción del trabajo en el capital, analizando, además, si las crisis de 1890 y 1930 fueron momentos de transición entre distintas formas de producción. Antes de 1890 parecería predominar el tipo de trabajo basado en la *cooperación simple*, o sea con métodos de trabajo casi *artesanales*, sin demasiadas modificaciones respecto a cómo se realizaba bajo relaciones sociales precapitalistas. La crisis de 1890 significó la quiebra de muchos pequeños y medianos productores y favoreció una primera gran *concentración* y *centralización* de capitales, muchos de los cuales habían sido exportado desde Europa. En este momento se produjo, en varias ramas industriales, el pasaje de la forma de *cooperación simple* a la forma de cooperación clásica, la *manufactura*. En los años veinte se produjo una nueva oleada de inversión de capitales y se ampliaron también los procesos de acumulación local, con lo cual se fueron modificando sustancialmente los métodos de fabricación, preparándose el pasaje a una nueva etapa en la producción, que se consolidó a partir de la crisis de 1930 y que permitió el pasaje al modo de producción específicamente capitalista, la *gran industria*. **Estas son las hipótesis con las que se trabajó, teniendo en cuenta el conocimiento hasta ahora alcanzado en distintas ramas industriales.** La pregunta que guió este momento de la investigación fue si puede establecerse a escala nacional una correlación entre estas grandes crisis y el pasaje entre distintos modos de producción (al interior del régimen capitalista). Si se considera que toda crisis global capitalista es producto de una previa *sobreproducción* e implica, para su solución, una depuración de capitales destruyendo a los más improductivos o los menos competitivos, no sería impropio descartar una hipótesis como ésta, que explica las crisis desde las contradicciones propias de la *acumulación capitalista* tanto a escala mundial como nacional. Para afirmar esta hipótesis, se deberá discutir con las corrientes que explican la crisis como un fenómeno meramente financiero o como el resultado de fenómenos externos

“importados”, que nada tuvieron que ver con el desarrollo propio de la Argentina. Según lo aquí expuesto, en cambio, dichas crisis no pueden explicarse exclusivamente desde la particularidad argentina, pero tampoco alcanza con limitarse a señalar el carácter mundial de las mismas sin comprender cómo lo que ocurría en el país no podía ser otra cosa que la determinación local de las mismas. De todas formas, para avanzar en la corroboración de estas hipótesis con la investigación empírica, nos abocaremos a estudiar qué ocurría en la rama específica seleccionada: la industria cervecera argentina.

iii- Proceso de producción en una rama

Estudiaremos, en este apartado, cómo se dieron los pasajes entre los distintos modos de producción en la rama la cervecera. Para esto se observarán la *concentración*, *centralización* y creciente *mecanización* de la rama, todas manifestaciones del proceso de *acumulación* capitalista con dos objetivos. El primero, dar cuenta del proceso de *concentración* y *centralización* que se produjo en la rama y que llevó a la quiebra a la mayoría de los establecimientos originales (se verá cómo disminuye constantemente el número de fábricas de cerveza a partir de finales del siglo XIX, por quiebras o fusiones, a la par que la producción crece ampliamente). Al ser una de las ramas que más rápido se *centralizó*, los cambios en los procesos productivos tendrán una dinámica no exactamente igual a la de otras industrias, como por ejemplo la vitivinícola, que en todo el período tuvieron una incorporación de tecnología y un reemplazo de *trabajo vivo* –obreros– por *muerto* –máquinas– mucho más lento. El segundo, rastrear los cambios en los procesos productivos a partir justamente de esta creciente y rápida *mecanización* (cada vez menos fábricas, pero con mayor inversión en maquinaria y creciente productividad). Se observa, además, que la *mecanización* no es gradual sino a saltos, que hay una tendencia muy acelerada y temprana a la incorporación de máquinas, que revolucionaron el *proceso de producción*, reemplazando *capital variable* por *capital constante* (fundamentalmente el *capital fijo*, el que se corporiza en las máquinas, en los *medios de producción*). De todas formas, este avance en el conocimiento del *proceso de producción* cervecera sólo será una primera vía de entrada al problema. La única forma de establecer esta periodización en etapas en la industria cervecera argentina es relacionándola con el *proceso de producción* cervecera que se desarrollaba en los países centrales –que en esos años se transformó ampliamente– y analizando cómo se producía en cada establecimiento singular de la Argentina.

Tercera tríada: la industria cervecera (Capítulo IV)

Se retomarán aquí los tres niveles de análisis que planteamos al principio: la industria a escala mundial (totalidad de la singularidad), en el ámbito nacional (particularidad de la singularidad) y en cada establecimiento y/o empresa (singularidad de la singularidad). Esto nos llevará a comparar los gigantes de la rama, Bieckert primero y Quilmes después, con el resto de las cerveceras menores, para ver cómo los procesos de *concentración* y *centralización* están indisolublemente relacionados con la presión por revolucionar permanentemente la *fuerza* y los *medios de trabajo*, aspectos indispensables para la reproducción ampliada del capital. Estos cambios a escala nacional no podrán comprenderse sin la referencia a la situación de la industria cervecera mundial y a la integración de mercados y capitales que se hace cada vez más importante en esos años (período imperialista). La industria cervecera no es ajena (ni podría serlo) a este proceso: en estos años se mundializan las condiciones de producción de la misma (transformándose incluso el *valor de uso* –el tipo de bebida– en función de las necesidades de *valorización*) y se integran los capitales, produciéndose una *centralización* sin precedentes que se acentuará progresivamente.

i- Proceso de producción cervecera en general

La cerveza es una bebida milenaria (ver Apéndice A). Si bien diversos pueblos, a lo largo de la Historia, produjeron distintas bebidas basadas en la fermentación de cebada, trigo, arroz, avena u otros cereales, recién la Edad Media se registraron los primeros “establecimientos” cerveceros en Europa: los conventos. Allí nació una “proto-industria” cervecera. Sin embargo, el privilegio de los conventos para la producción de cerveza fue siempre atacado por los campesinos y los burgueses, que pronto aprendieron de ellos cómo preparar la cerveza de malta y lúpulo. Con el desarrollo urbano en Europa, en los siglos XIII y XIV, surgieron varios gremios de trabajadores “libres”, entre ellos el de los cerveceros. Más adelante, a partir de la progresiva disolución del “monopolio” de los gremios y de la aplicación de nuevos adelantos técnicos, la industria cervecera va pasando del simple trabajo gremial y manual al rango de “industria”. En la segunda mitad del siglo XVIII nos encontramos ante el gran invento de James Watt, la máquina a vapor y fue en Inglaterra donde se la aplicó por primera vez en la industria cervecera (Duboe y Berger, 1988). Cuando se pudo aprovechar el vapor como medio propulsor para las máquinas, se abrieron nuevas posibilidades para aprovecharlo también como medio auxiliar para distintas operaciones de la

cervecería: cocción, destilación, secado, vaporización y otros procesos de la técnica del calor (ver Apéndice B). Desde el punto de vista del *proceso de producción* es justamente hacia finales del siglo XVIII cuando se instaura la *gran industria* en la producción de cerveza inglesa. El siguiente país que incorporó la máquina a vapor fue Estados Unidos. Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos se produjo una radical *centralización* de capitales, desapareciendo las antiguas pequeñas y medianas empresas y ganando terreno la industria en gran escala. Recién a partir del año 1820 los demás países europeos comenzaron a introducir la maquinaria a vapor en sus industrias cerveceras, así como adelantos técnicos de los que se dará cuenta en el Capítulo IV de esta Tesis. Así, en todo el mundo capitalista, la *centralización* de los capitales y la *mecanización* de los procesos productivos fueron de la mano, como dos caras del proceso de *acumulación*.

Ya para fines del siglo XIX, la industria totalmente estaba modernizada, con un *proceso de producción* que había perdido los vestigios artesanales y adquirido características sociales y técnicas que le permitieron ampliar a escalas antes no posibles el mercado mundial. Presentamos, así, una breve síntesis –que se ampliará en el capítulo IV– de las transformaciones de la producción cervecera a lo largo de varios siglos, para llegar a la situación de fines del siglo XIX, momento en que se expande la fabricación de cerveza en la Argentina y del cual nos ocuparemos en esta Tesis.

ii- Proceso de producción cervecera a escala nacional

En el caso de la Argentina, la historia de la producción cervecera se remonta a principios del siglo XVIII cuando se registra el primer establecimiento en la Ciudad de Buenos Aires (Vives, 2001: p. 10). Durante la primera mitad del siglo XIX está constatada la existencia de algunos otros establecimientos, todos muy rudimentarios (Quintana, 2001). A mediados del siglo XIX se observan varios establecimientos más, con una producción de tipo artesanal (Apéndice C), sin embargo, aún no estaban incorporados los implementos técnicos que en Europa causaban furor. En el último cuarto de siglo todo parece cambiar en la industria cervecera. A partir de los datos censales¹⁴ y de algunas fuentes que describen los *procesos de producción* y de *trabajo* se realizó una primera aproximación al desarrollo de la rama en el período y a la relación entre la *centralización* de capitales y la *mecanización* de los procesos productivos. Lo que se ve es una producción creciente, una constante disminución del número de establecimientos, una mayor productividad por obrero empleado, una creciente

¹⁴ En el Capítulo IV se presentarán los datos censales que muestran la evolución en el número de establecimientos, la producción, la *fuerza motriz* y la cantidad de empleados, entre otros.

incorporación de maquinaria (en la década de 1880 se incorporan por primera vez las máquinas de vapor, luego reemplazadas por las eléctricas y los motores a explosión), y una tendencia a aumentar la *fuera motriz* —la que permite poner en movimiento las máquinas— empleada en cada establecimiento.

Analizando los primeros datos cuantitativos (Censos Nacionales, Provinciales, Municipales, Industriales y demás fuentes estadísticas detalladas en el Apéndice C, se observa que la década de 1880 fue propicia para la creación de nuevas compañías cerveceras ya que aún era posible competir sin grandes capitales, pudiéndose así ampliar el número de capitalistas al mismo tiempo que se reemplazaba el consumo de cerveza importada por la producida en el país. La crisis de 1890¹⁵ produce las primeras quiebras y el número de establecimientos se reduce considerablemente. Los datos relevados muestran que el grado de *centralización* era muy superior al del resto de las industrias y que, al mismo tiempo, era una de las ramas con mayor capital invertido, lo que es un primer indicio de la *mecanización*. Las cervecerías menos tecnificadas —menos productivas— iban desapareciendo o bien siendo compradas, antes de quebrar, por los gigantes de la rama (Quilmes y Bieckert). Esto se explica por la incorporación en la Argentina de las *relaciones sociales de producción capitalistas* imperantes en los países centrales, proceso que se irá profundizando en las décadas siguientes.

Estos primeros datos muestran cómo se desplegó la *acumulación* de capitales, manifestada en la *concentración* y *centralización* propias de todo desarrollo capitalista y cómo se fue *mecanizando* la producción: se incorporaron distintos implementos técnicos a una velocidad comparativamente mayor que en Europa y Estados Unidos. Se corrobora en el comportamiento de la rama la *teoría del desarrollo desigual y combinado*: el pasaje entre las distintas formas de producción se dio aquí a mayor velocidad e incluso saltando, como se verá, algunas etapas. Además, el proceso se profundizó por la temprana actuación de capitales externos.

iii- Proceso de producción cervecera en cada establecimiento

En el apartado anterior se introdujo la *concentración* y la *centralización* en general, señalando que los establecimientos de Bieckert y Quilmes eran los responsables de la mayor parte de la producción cervecera ya a mediados de la década de 1890. Teniendo en cuenta este elemento, en este apartado de la Tesis será estudiar los *procesos de producción* en estas dos

¹⁵ Para un análisis de la crisis de 1890 véanse, entre otros, Ortíz (1964), Dorfman (1970), Díaz Alejandro (1970), Chiaramonte (1971), Ford (1975), Regalsky (1986) y Cortés Conde (1989).

empresas, comparándolos con los de algunas de las cervecerías medianas y pequeñas. Se reconstruirá la historia de los dos gigantes cerveceros, Quilmes y Bieckert, para mostrar que si lograron ser los principales beneficiarios de la *centralización* fue debido a que lideraron los cambios técnicos en la rama desarrollando tempranamente la *mecanización*, posibilitada, asimismo, por una previa *acumulación* a escala mundial (ambas empresas eran sociedades anónimas con sede en Europa). Se verá, diacrónicamente, cómo estas dos fábricas van adelantándose en el proceso de desarrollo tecnológico respecto de sus competidores, mostrando cómo la inserción de tecnología no se da uniformemente en todos los establecimientos, lo cual es una característica común a todas las corporaciones cerveceras a escala mundial (Duboe y Berger, 1988). Se profundizará la relación entre la revolución en los *procesos de producción* y la evolución de la *concentración* y *centralización*, ambos fenómenos inherentes a la lógica de la *acumulación* capitalista. **El objetivo, entonces, será aportar elementos que muestren que es la competencia intercapitalista, que opera a través de la *ley del valor*, la que determina quiénes sobreviven y quiénes no en la rama. Analizando los *procesos de producción*, se intentará establecer una periodización analítica del desarrollo de la industria cervecera argentina, concentrándonos en los momentos en que predominaron los cambios y en las grandes crisis. (se estudiará si es posible vincular las crisis de 1890 y 1930 con los pasajes entre las distintas etapas de la subsunción del trabajo en el capital), sin dejar de lado, por cierto, los elementos que hacen a la forma específica como se concretan los procesos que responden a las leyes generales del capital.**

El capitalismo como proceso global

Para estudiar las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la Argentina es necesario estudiar el capitalismo como un todo. Para ello nos concentramos, paradójicamente, en una rama productiva específica, la industria cervecera, como vía para comprender, en el nivel de concreción más alto posible, cómo operan las leyes generales del capital, en un país particular y en una industria singular. Como expresamos más arriba, entendemos que es necesario el análisis en cada uno de los niveles recién planteados. Partimos de una visión integrada del desarrollo histórico-social, que converge con ciertas normas metodológicas para la investigación y la exposición. Si bien aquí sólo nos propusimos presentar el problema que desarrollaremos a lo largo de la tesis, sí nos parece importante aclarar cuáles son los ejes sobre los que construimos este trabajo. Comprender la historia y la lógica del capitalismo mundial es un requisito para entender cómo se comporta dicho sistema

en un país no central y en cada una de sus ramas industriales. Asimismo, establecimos las líneas generales de lo que consideramos el núcleo del capitalismo: el *proceso de producción*. En tanto se defina el capitalismo como el sistema en que la producción de mercancías se ha generalizado y en que los medios de producción están en manos de una clase que tiene por objetivo la apropiación creciente de *plusvalor*, es necesario estudiar específicamente el *proceso de producción* ya que es la única esfera donde dicho *valor excedentario* puede ser creado. Entendiendo que dicho proceso reviste un doble carácter, como *proceso de trabajo* y como *proceso de valorización*, ambas cuestiones deben ser analizadas en forma conjunta, en tanto una tiene su razón de ser en relación con la otra. Una manera de establecer el grado de desarrollo del capital es justamente ver en qué medida el trabajo ha sido subsumido en el capital, en qué medida se han revolucionado los *procesos de producción*. Marx estableció distintos modos de producción en el capitalismo, *cooperación en su forma simple* y en su forma clásica, la *manufactura*, y el modo específicamente capitalista, la *gran industria*, cuya existencia histórica y “lógica” (de acuerdo a las leyes del capital) será profundizada en el Capítulo III de esta tesis. En el Capítulo final de la Tesis se estudiará específicamente de la industria cervecera, para ver a un grado mayor de concreción cómo se producen estas transformaciones en los *procesos de producción capitalistas*.

Integrar los tres niveles recién presentados permitirá comprender el proceso en sus aspectos esenciales y establecer una comparación entre la producción cervecera a escalas mundial, nacional y de cada establecimiento local. Es importante aclarar esto ya que la presente Tesis no es una historia de empresa ni un “estudio de caso”, si por ello se entiende el estudio de un hecho singular, único e irrepetible. Muy por el contrario, en esta investigación y exposición se intenta **superar lo particular, pero sin negar su existencia, sino integrándolo a regularidades o leyes** –se va del caso a la teoría y de la teoría al caso–. Si bien el problema específico de la Historia es su preocupación constante por “lo particular”, esto ya no se entiende como límite –como que la historia se agota en los hechos singulares–, sino como posibilidad de aprehender el proceso histórico particular en toda su complejidad, con sus múltiples determinaciones, que no son otra cosa que expresión de universalidades de las que se pretende dar cuenta (al menos en forma crecientemente aproximada). Este será el objetivo al estudiar la industria cervecera: **dar cuenta de lo particular, subsumiéndolo en lo general, mostrando cómo, en una industria particular, pueden observarse tanto el funcionamiento general de las leyes del capital, como la forma particular en que dichas leyes se determinan en un país no central y en una rama específica**. En este sentido, no puede explicarse el proceso de *centralización* y rápida *mecanización* exclusivamente desde los elementos distintivos de la economía argentina y la industria cervecera (las mediaciones)

así como tampoco pueden pasarse por alto los factores que llevaron a que el proceso tuviera ciertas características propias. No se niega la unicidad y la originalidad del caso estudiado, pero se lo considera como el producto de múltiples *limitaciones* (generales y cognoscibles).

Conceptos fundamentales de y para la investigación y la exposición

Introducción

El objetivo de este primer capítulo es intentar una primera aproximación a la resolución de algunos de los siguientes problemas: ¿cuál es precisamente nuestro objeto de estudio?, ¿qué método es el más adecuado para abordar el estudio de dicho objeto?

Más específicamente, nos preguntamos: ¿por qué esta Tesis debe centrarse en el estudio de las *relaciones sociales de producción capitalistas* a través del análisis de los *procesos de producción*?, ¿por qué es clave la *ley del valor*?, ¿cómo puede operar dicha ley en un país no central?, ¿por qué el *proceso de trabajo* y el de *valorización* están indisolublemente unidos?, ¿se pueden establecer períodos en el desarrollo capitalista a partir de las etapas de subsunción del trabajo en el capital?, ¿cómo analizar las diferencias cualitativas de cada modo de producción –*manufactura* y *gran industria*–, soslayadas en la mayoría de los estudios centrados en los *procesos de trabajo*?

El capítulo está dividido en tres partes. La primera trata sobre el método: el materialismo dialéctico e histórico. Se exponen sus características, intentando mostrar cómo se lo despliega para estudiar una *formación económico-social concreta*: el capitalismo –precisamente, nuestro objeto de estudio–. La segunda parte está dedicada a exponer cómo se articula, en el período 1870–1940, el capitalismo a escala mundial, con el nacional y con una rama industrial, explicando por qué es preciso estudiar la estructura productiva en cada país y en una rama industrial. En la tercera parte se exponen las perspectivas teóricas de otras corrientes que abordan un objeto similar al aquí tratado: las denominadas corrientes *neoclásica*, *heterodoxa* regulacionista e institucionalista y *marxista* que sobredimensiona los aspectos “subjetivos” soslayando las determinaciones estructurales. El objetivo en este capítulo es exponer cuáles son los conceptos fundamentales (teoría) utilizados para construir esta investigación y exposición y cómo se emplearon dichos conceptos (método) en la práctica teórica.

Método: el materialismo dialéctico e histórico

Si bien no se puede analizar el método en abstracción de su materia de estudio y de los conceptos a ella asociados, trataremos de explicar, aunque sea provisoriamente, sus lineamientos más importantes.

En primer lugar, es necesario distinguir dos etapas distintas en la elaboración de esta Tesis: los momentos de la investigación y la exposición. Mientras que la **investigación** es analítica (y supone una fragmentación de la realidad, un alto grado de abstracción), la **exposición** intenta representar el movimiento real de esa totalidad primeramente fragmentada, aunque expuesta también en grado de abstracción decreciente. Para comprender la *realidad*, en una primera etapa de la investigación se separan las distintas partes del todo, se fragmenta el objeto de estudio para analizar con detalle cada parte (abstracción). Luego viene otra etapa donde es preciso exponer lo investigado mostrando cómo esas partes se ponen en movimiento, intentando representar el movimiento real. Mientras que en la investigación el entendimiento es “aislador”, en la exposición se pretende abordar la unidad concreta de la materia analizada, reproduciendo el todo con su multiplicidad de manifestaciones. Primero se recogen los datos empíricos (durante la investigación), para captar el estado del conocimiento dado, y luego se reorganiza dialécticamente el material con el objeto de aprehender el todo. El objetivo es reproducir a nivel del conocimiento humano esas contradicciones dialécticas presentes en la *realidad* misma: *“Ciertamente, el modo de exposición debe distinguirse, en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real”* (Marx, (1867), 1998: p. 19).

Partiendo de una **concepción dialéctica de la realidad**, el objetivo es acercarse al conocimiento analítico-sintético de la realidad como una totalidad: conocer las cosas concretamente, con todas sus características y contradicciones, no en forma abstracta y vacía (reducidas a alguna característica esencial). Como el propósito de todo estudio científico es aproximarse lo más exactamente posible a la realidad concreta e intentar dar cuenta de la totalidad de la misma, no se pueden estudiar los fenómenos aislados sino que se requiere desentrañar sus conexiones internas como una totalidad integrada, contradictoria, y en permanente devenir. Al estudiar una *formación económico-social*, pero no podemos limitarnos a sacar una “foto” de la misma en un momento determinado ya que la *realidad* no es estática sino dinámica. Se debe, entonces, ir más allá del momento teórico donde se hace abstracción del movimiento del sistema. Para entender las conexiones internas de una

formación económico-social en un momento determinado, entonces, es indispensable conocer su historia, su origen y su potencial desarrollo. Y si bien no podemos apresar con conceptos necesariamente estáticos ese movimiento constante de la realidad –debido a que las categorías no se pueden poner en movimiento por ser estáticas (toda teoría es sincrónica en tanto expone un conjunto de determinaciones conceptuales que forman un sistema)–, sí debemos aproximarnos todo lo posible a una “genuina representación” del movimiento propio de la *realidad*¹. En este sentido se destacó la necesidad de combinar las perspectivas sincrónica y diacrónica: funcionamiento dinámico del sistema (descubriendo los nexos internos entre las partes, que sólo analíticamente podemos separar) e historia del sistema (desarrollo genético) son dimensiones de investigación inseparables.

Sin embargo, se pretende que el método no sólo sea dialéctico sino también **materialista**, diferenciándonos tanto de la concepción idealista como de la materialista vulgar o puramente sensualista. La filosofía materialista no vulgar de la ciencia elude la idea antropocéntrica de que el mundo está organizado por el hombre, que todo el sentido es puesto por él (idealismo), pero que también se aleja de las visiones empiristas tradicionales, cuya matriz no es, en última instancia, tan distinta a la del idealismo: “...*hay que desconfiar del idealismo que sólo ve ‘estructura’ en esta ‘construcción’ lógica de nuestro espíritu cuando nuestra mente se ha limitado a traducir, al límite de sus posibilidades, una realidad existente; y también hay que desconfiar del empirismo, que buscaría las raíces de su razonamiento exclusivamente en el objeto concreto que se encuentra en observación, lo que nos conduciría a una yuxtaposición de descripciones y no a un ‘modelo’*” (Vilar, 1980: p. 53).

Se intenta superar, entonces, la perspectiva idealista, que propone la humanización del hombre por la vía especulativa, a través del pensamiento –como deja subsistir en los hechos aquellas alienaciones que pretende abolir, en realidad no puede producir ninguna transformación en el mundo– y también la del materialismo vulgar que considera el hombre y la naturaleza como dos elementos separados, no como partes de un todo: “*La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa (Gegenstand), la realidad, lo sensible, bajo la forma del objeto (Objekt) o de la contemplación (Anschauung), no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo*” (Marx, 1985: p. 665). Para el materialismo dialéctico, en cambio, el hombre se constituye como tal en su actividad práctica, en el trabajo, que es la actividad mediante la cual transforma la naturaleza y se transforma a sí mismo. A diferencia del resto de los animales, que actúan sólo por instinto, el hombre puede en muchas ocasiones subordinar

¹ Sin olvidar que quien puede *conocer* es el sujeto, que establece una relación a la vez inmediata y mediata con la *realidad*, contradicción que no puede superar en forma absoluta, por lo cual es conocimiento de la “totalidad” no

su actividad a su razón y a su voluntad, creando así, con la transformación de la naturaleza, un mundo que le es propio: “*Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la imaginación del obrero, o sea idealmente. El obrero no sólo efectúa un cambio de forma de lo natural; en lo natural, al mismo tiempo, efectiviza su propio objetivo, objetivo que él sabe que determina, como una ley, el modo y manera de su accionar y al que tiene que subordinar su voluntad. Y esta subordinación no es un acto aislado. Además de esforzar los órganos que trabajan, se requiere del obrero, durante todo el transcurso del trabajo, la voluntad orientada a un fin, la cual se manifiesta como atención*” (Marx, (1867), 1998: p. 216). Al transformar la naturaleza de acuerdo a su voluntad, el hombre puede tomar efectivamente conciencia del potencial de su fuerza creadora y se reconoce en el mundo que crea a través de su trabajo, estableciendo relaciones con la naturaleza, pero también con otros hombres (relaciones sujeto–sujeto, mediadas por el objeto). De esta concepción, basada en la noción de la autocreación del hombre mediante la transformación de la naturaleza (satisface sus necesidades a través de la producción), se deriva la caracterización del método empleado como *materialista*: la actividad del hombre no aparece como mera actividad del espíritu (idealismo), ni como pura sensorialidad sino como actividad crítico–práctica y práctico–crítica del hombre que se crea a sí mismo exteriorizando sus fuerzas materiales.

El tercer componente del método propuesto es su carácter *histórico*. El énfasis en la historicidad de los fenómenos sociales permite alejarse de toda perspectiva que pretenda naturalizar aquello que es producto de los propios humanos, que es el desarrollo del devenir de la organización social. Una *formación económico–social*, en tanto es histórica, tendrá una determinada trayectoria y podrá convertirse en otra cualitativamente diferente. El hecho de que sea producto de un proceso histórico nos permitirá rastrear su origen, sus transformaciones a la largo del tiempo y su potencial transición hacia otra *formación económico–social*. La “desnaturalización” de un sistema social es un elemento clave para comprender las posibles transformaciones y cambios estructurales: “*La naturaleza no produce por una parte poseedores de dinero o de mercancías y por otra personas que simplemente poseen sus propias fuerzas de trabajo. Esta relación en modo alguno pertenece al ámbito de la historia natural, ni tampoco es una relación social común a todos los períodos históricos. Es en sí misma, ostensiblemente, el resultado de un desarrollo histórico precedente, el producto de numerosos trastocamientos económicos, de la decadencia experimentada por toda una serie de transformaciones más antiguas de la producción social*” (Marx, (1867), 1998: p. 204). De todas formas, es oportuno aclarar que este planteo no es “historicista”, “si

por ello se entiende la tentativa de explicar el devenir de la sociedad sin haber aprehendido las leyes de estructura de sus diferentes "estados". El Capital estudia las leyes de funcionamiento y de desarrollo del capitalismo en su unidad" (Texier, 1986: p. 195). Se pretende superar aquí la oposición no sintética entre el modo histórico y el modo lógico o sistemático.

Nos proponemos "poner en uso", entonces, un método construido a partir de una concepción dialéctica y materialista de la historia, en el que la producción, actividad fundamental del hombre, sea la clave del orden social, y donde, en el análisis, no se establezca una distinción tajante entre lo histórico y lo sistemático. Por eso se resalta la inconveniencia de dividir el estudio de lo social tal como lo plantean las disciplinas tradicionales (en esferas económicas, sociológicas, políticas, ideológicas, etc.) ya que el objetivo es dar cuenta de la *totalidad*, analizar el todo social, cuyo conocimiento aproximado no puede ser aprehendido directamente, sin la mediación de algún tipo de operación intelectual. Y aquí aparece otro problema epistemológico importante: las cosas no son siempre lo que parecen. Si apariencia y esencia coincidieran, si la realidad "fuera transparente", ¿cuál sería la utilidad de las ciencias? La *realidad*, desde la matriz teórica aquí propuesta, no puede percibirse directa o mecánicamente, tan sólo mediada por la experiencia, sino que debe interceder el aspecto cognitivo, sin el cual la dialéctica entre la totalidad y la particularidad no podría captarse en sucesivas aproximaciones.

También es oportuno tener en cuenta la tensión entre lo **general** y lo **particular**. Debe reconsiderarse la tradicional aceptación de que el problema específico de la historia es su preocupación por "lo particular". No habría que comprender esto como que la Historia se agota en el estudio de los hechos singulares sino que es la disciplina privilegiada para el estudio de cada proceso concreto, en toda su complejidad, en su originalidad irreductible, pero que contiene regularidades y múltiples determinaciones. En este sentido es que se puede superar la escisión entre totalidad y particularidad, estructura y coyuntura, sincronía y diacronía, objeto y sujeto: "*La investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras –es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas– a la sucesión de los acontecimientos –en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, a más o menos largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos de masas*" (Vilar, 1980: p. 47). **La Historia permitiría, entonces, superar lo particular sin negarle su existencia, integrándolo a regularidades y leyes, pero sin desconocer que su objetivo es dar cuenta de los procesos históricos individuales.** Por ello, y frente al avance de la fragmentación de la disciplina y el surgimiento y crecimiento de la historia económica, la

historia social, la historia política, la historia de las mentalidades y tantas otras “historias”, no debe perderse de vista la necesidad de recuperar la noción de **totalidad**, que presupone tener siempre presente la dialéctica entre lo general y lo particular.

Nuestro interés se centrará, entonces, en comprender las *relaciones sociales de producción* empíricamente dadas, lo cual es importante teniendo en cuenta la necesidad de corroborar mediante la investigación aquello que se postula conceptualmente (sin olvidar, por cierto, que a diferencia de lo que postula cierto empirismo que supone la inmediata corroboración de los procesos económicos, el materialismo dialéctico acepta la existencia de cierta problemática no susceptible de ser testada). Habrá una constante ida y vuelta entre los distintos niveles de abstracción: se irá de la investigación (de lo más concreto a lo más abstracto) a la exposición (nivel más abstracto, que presupone cierta indagación concreta previa) y se volverá a la investigación (corroboración empírica). Este será un camino de dos direcciones, donde se combinará, además, el análisis sincrónico o sistemático (organización de los conceptos en un sistema) con el diacrónico (puesta en movimiento de los conceptos en su devenir temporal), evitando cualquier planteo que suponga conexiones inmutables.

Aclarados algunos aspectos metodológicos, corresponde especificar ahora el **objeto general de estudio**. En términos muy generales, interesan tres elementos: la **naturaleza**, que es la realidad de donde proviene la vida en general (incluyendo la del hombre) y los elementos básicos necesarios para la subsistencia; la **sociedad**, que es la realidad específicamente humana (el hombre jamás vivió aisladamente); y el **trabajo**, que es la actividad creadora y distintiva del hombre, a través de la cual actúa sobre la naturaleza, modificándola y modificándose a sí mismo. La materia de análisis no es otra cosa que la relación de los hombres con otros hombres y con la naturaleza: o sea las *relaciones sociales de producción*, como la actividad vital del hombre, que actúa sobre una naturaleza que le es en principio exterior, pero que transforma para siempre, no pudiendo establecerse más esa “exterioridad” inicial entre el hombre y la naturaleza².

Capitalismo a escala mundial, nacional y de una rama industrial

Se buscará ahora, con el método recién expuesto, abordar una *formación económico-social* particular: el **capitalismo**. Marx fue el primero que desplegó este método para dar cuenta de la totalidad integrada que constituía el capitalismo como modo de producción

² Este planteo se diferencia tanto del materialismo vulgar –para el que la materia es una cosa totalmente aislada, por siempre aislada del sujeto, siempre condicionando al hombre y nunca condicionada por éste– como del idealismo –las corrientes idealistas entienden que no existe una realidad más allá de lo construido mentalmente por el hombre: hay una identidad entre los objetos de conocimiento y la actividad mental del hombre–.

predominante, analizando esa totalidad en sus múltiples aspectos y manifestaciones, con su origen y sus leyes. Se expondrán, en primer lugar, algunos de los conceptos propios de su teoría. El núcleo de la misma es su *teoría del valor-trabajo*, que remite fundamentalmente a dos cuestiones básicas: el carácter dual de la mercancía y el carácter dual del trabajo (Marx, (1867), 1998: pp. 43–51). Toda mercancía, como tal, debe ser útil, debe servir para satisfacer alguna necesidad social (o sea, debe poseer un *valor de uso*). Al mismo tiempo, debe poder intercambiarse por otras, de acuerdo a determinada relación (o sea que tiene un *valor*). Según la *teoría del valor-trabajo*, el problema del *valor* reviste un doble aspecto: cuantitativo y cualitativo. El *valor* de una mercancía se mide por la cantidad de trabajo simple directo e indirecto socialmente necesario para su producción y reproducción (tomando una productividad media del trabajo). Por su parte, desde el punto de vista cualitativo, el *valor* de la mercancía está determinado por el trabajo humano abstracto requerido para su producción. ¿De qué manera es posible establecer la magnitud del *valor* de una mercancía? Por la cantidad de trabajo –única sustancia generadora de *valor*– que contiene un *valor de uso*. El trabajo, por su parte, también reviste un doble aspecto. Marx diferenció entre el *trabajo concreto*, que determina el *valor de uso* de las mercancías (su utilidad), y el *trabajo abstracto*, que determina su *valor*. Las mercancías, producidas por el trabajo privado se vuelven conmensurables en su *valor* sólo en la medida en que la sociedad abstrae el aspecto concreto y específico de cada trabajo en particular y nivela estas tareas en un trabajo social abstracto, que está más allá del *valor de uso* de cada mercancía: “... si en lo que se refiere al valor de uso el trabajo contenido en la mercancía sólo cuenta cualitativamente, en lo que tiene que ver con la magnitud de valor, cuenta sólo cuantitativamente, una vez que ese trabajo se halla reducido a la condición de trabajo humano sin más cualidad que ésa. Allí se trata del cómo y de qué del trabajo; aquí del cuánto, de su duración” (Marx (1867), 1998: p. 56). De allí la imposibilidad de considerar *valores* “individuales” ya que el concepto remite a una producción “social” (la medida de *valor* es el tiempo de trabajo socialmente necesario).

Esta dimensión dual no aparece a simple vista debido al *fetichismo de la mercancía*. En el intercambio de mercancías se tienen en cuenta sus *valores*, sin embargo, estos *valores* no se “ven”. Lo que aparece en las transacciones es el precio, que expresa la relación de cambio entre el *valor* de una mercancía y el de otra. Pero no hay que olvidar que lo que está por detrás del precio, lo que lo determina, es el *valor*. En síntesis, la mercancía tiene un carácter dual ya que en ella conviven contradictoriamente su *valor de uso* y su *valor*. Su misterio radica en que refleja a los hombres el carácter social de su trabajo como caracteres propios de los productos del trabajo: la relación social aparece oculta. Lo que se ve es una relación entre cosas, entre objetos, que existe más allá de la relación social establecida entre

los productores: “Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. Es por medio de este *quid pro quo* [tomar una cosa por otra] como los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensorialmente *suprasensibles o sociales*” (Marx (1867), 1998: p. 88).

Teniendo en cuenta los conceptos fundamentales que se utilizarán a lo largo de esta Tesis, se expondrán aquí tres cuestiones importantes planteadas a partir de la *teoría marxista del valor-trabajo*: una *teoría de la explotación*, una *ley de formación de precios* y una concepción sobre el *funcionamiento* y la *crisis* del capitalismo. Marx descubrió la forma en la que los capitalistas se apropian –mediante la *explotación*– de una parte del *valor* que sus obreros crean en el proceso productivo, además de determinar cómo se redistribuye ese *plusvalor* entre la ganancia, la renta y el interés. Los asalariados producen más *valor* durante la jornada de trabajo que el requerido para su propia reproducción: el *valor* de la *fuerza de trabajo* difiere del *valor* creado por la *fuerza del trabajo*. El capitalista paga, a través del salario, el *valor* de la *fuerza de trabajo* y consume su *valor de uso*, que es la capacidad de generar *valor*. Mediante la compra de la *fuerza de trabajo*, el capitalista ha incorporado la actividad laboral misma, el *trabajo vivo*, a los elementos muertos que componen el producto – *materias primas y medios de producción* consumidos: *trabajo ya objetivado*–, y que también le pertenecen. El *proceso de producción* se transforma en un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado y que le pertenecen. También le pertenece, entonces, el producto de ese proceso, la mercancía, que debe realizarse en el *proceso de circulación*. El objetivo del capitalista es, entonces, producir no sólo un *valor de uso* (condición necesaria de toda mercancía), sino un *valor*, y no sólo *valor*, sino además un *plusvalor*.

La *ley del valor* permite explicar, en segundo lugar, cómo se forman los *precios*. Marx, al analizar el problema de los *valores* y los *precios*, planteó varios niveles de razonamiento. Por un lado comprendió que en el nivel más abstracto de la relación de clase, el trabajo valoriza los capitales de todos los empresarios. En un nivel más concreto, que se refiere a la ley de la competencia, los empresarios se redistribuyen mediante la competencia esa *plusvalía* apropiada: los capitales, por la competencia, aspiran a una tasa de ganancia igual y por lo tanto se forma el *precio de producción* determinado a partir de una *ganancia media*, que expresa la cantidad de trabajo necesario para reproducir las condiciones materiales de producción de cada rama y remunerar a cada capitalista en relación con la magnitud del

capital adelantado (ya no en relación con el trabajo incorporado a las mercancías que él produce). Los *precios de mercado* –supeditados además a las determinaciones coyunturales de la oferta y la demanda– se mueven aquí en torno a los *precios de producción* y se termina así la aparente proporcionalidad entre la cantidad de trabajo incorporado a las mercancías –valor– y los precios de las mismas. Así como la transformación de *valores* en *precios de producción* implica la “corrección” del trabajo desperdiciado en relación a las condiciones sociales de producción, la metamorfosis entre el *precio de producción* y el de *mercado* supone incorporar los aspectos determinados por la oferta y la demanda.

En tercer lugar, la *ley del valor* permite comprender el *funcionamiento* y las *crisis periódicas* del capitalismo. Al ser un sistema carente de cualquier plan común para decidir colectivamente cuánto trabajo será dedicado a cada tarea particular –ausencia de cualquier planificación colectiva de la producción y el consumo–, las señales que se siguen son las del mercado. Se suceden períodos de crecimiento y acumulación y otros de estancamiento y crisis. La *teoría del valor* aporta algunos elementos para entender la tendencia del capitalismo a producir desequilibrios cíclicos. La dinámica del propio sistema lo lleva a recurrentes desproporcionalidades, sobreproducciones y caídas de la tasa de ganancia, que marcan los momentos de crisis. El sistema se reconstituye luego de la depresión a partir de la quiebra de algunos capitales –en general los de menor *composición orgánica*– y de la baja general de salarios –para restablecer la *tasa de ganancia*–.

Como se señaló en el primer apartado de este capítulo, no es posible comprender la dinámica y la lógica del capital sin estudiar su *génesis*. Al esbozar la lógica del funcionamiento del capital se dieron por supuestos algunos fenómenos (acumulación previa de capital por parte de algunos productores, separación de la masa de productores de los medios de producción, etc.) que ahora serán explicados. ¿Cuál es la **historia del capital**? La *acumulación* del capital presupone el *plusvalor*, el *plusvalor* presupone la producción capitalista y ésta la preexistencia de masas de capital y de *fuerza de trabajo* desprovista o libre de medios de producción para poner en marcha el proceso (Marx (1867), 1998: pp. 891–945). O sea que se supone una acumulación previa, no capitalista, que no puede ser resultado del modo de producción capitalista sino su punto de partida. Analizando un caso “clásico”, el inglés, Marx la denomina *acumulación originaria*, que corresponde al proceso, situado en la prehistoria del capital, a través del cual se produjo la separación de los productores de los medios de producción. El mismo se sitúa en el siglo XVI y se tradujo en el despojo de la tierra de gran parte de la población rural, un robo violento que significó para amplias masas de la población la necesidad de emplearse como proletariado industrial manufacturero para sobrevivir. Se sancionaron leyes contra la vagancia y se sometió a esta población rural a

condiciones de trabajo que desconocían hasta el momento. La contraparte de esta escisión fue el surgimiento de la propiedad privada capitalista. Esta acumulación inicial, que en diversas circunstancias históricas revistió formas particulares, es condición necesaria para la constitución de la sociedad de clases propia del sistema capitalista.

Se pasará, ahora sí, a analizar el núcleo del capitalismo: el *proceso de producción*³. Consideremos, en primer lugar, los aspectos generales del trabajo, propios de cualquier sociedad. El objetivo del *proceso de trabajo* es obtener *valores de uso*, apropiarse de lo natural para transformarlo y satisfacer las necesidades sociales. En el proceso laboral, la actividad del hombre, a través del medio de trabajo, realiza una modificación del objeto de trabajo que existía idealmente en la consciencia del productor (o sea que el trabajo se define como una actividad consciente). El proceso se extingue en el producto, que es un *valor de uso*, un material de la naturaleza adaptado a las necesidades humanas mediante un cambio de forma. El trabajo “aparece” ahora en su objeto. Lo que en el trabajador aparecía bajo la forma de movimiento se manifiesta ahora en el producto como atributo en reposo: el trabajo se ha objetivado. Pero, en el capitalismo, el *proceso de producción*, fundamento de toda sociedad humana, toma una forma determinada.

¿Cómo se transforma este proceso en el capitalismo? En una primera etapa de transición, el aspirante a capitalista –como mera personificación del capital– hace que el portador de la *fuerza de trabajo* por él adquirida, el asalariado, consuma a través de su trabajo los medios de producción. Compra esta fuerza y la hace trabajar, en esta primera etapa, como lo hacía en el período donde aún no había capitalistas (no hay aún una modificación definitiva en el *proceso de producción*). En este primer momento, ocurren dos fenómenos nuevos durante el consumo de la *fuerza de trabajo* por parte del capitalista: el capitalista controla el trabajo del obrero y vela porque no se desperdicie materia prima y porque no se desgasten más de lo socialmente determinado los instrumentos de trabajo, y el producto es propiedad del capitalista y no del productor directo (el obrero). El capitalista paga el *valor* de la *fuerza de trabajo* y consume su *valor de uso*. Mediante la compra de la fuerza de trabajo, el capitalista ha incorporado la actividad laboral misma a los elementos inanimados que componen el producto y que le pertenecen. **El proceso de trabajo se transforma en un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen.** De ahí que también le pertenezca el producto de ese proceso. Quiere producir un *valor de uso* en tanto sea portador de un *valor*: el *valor de uso* sólo es importante en tanto sea portador material de un valor. Y aquí se empieza a develar una de las claves de este modo de producción. Al transformar el

³ El siguiente desarrollo se basa en el Capítulo V del Libro Primero de *El Capital* (Marx, (1867), 1998: pp. 215–240).

dinero en mercancías que sirven como materias formadoras de un nuevo producto o como factores del proceso laboral, se incorpora *fuerza viva de trabajo* a la objetividad muerta de esos nuevos productos. Ahora bien, en el capitalismo, el proceso de producción de mercancías y de formación de *valor* se prolonga y se transforma en un *proceso de producción capitalista*, que va unido a un *proceso de valorización*: el *valor* creado en el *proceso de producción capitalista* excede el *valor* de los *medios de producción* utilizados en el mismo, creándose así un *valor excedentario* –un *plusvalor*–. El capitalista logra transformar *valor* –trabajo pretérito, objetivado, muerto– en capital, en *valor* que se *valoriza* a sí mismo. **La diferencia entre el trabajo en cuanto creador de *valor de uso* y el mismo trabajo en cuanto creador de *valor*, se presenta ahora como diferenciación entre los diversos aspectos del *proceso de producción*. El *proceso de producción capitalista*, como proceso de producción de mercancías, es la unidad del *proceso laboral* y del *proceso de valorización*, es la forma capitalista de la producción de mercancías. O sea que para estudiar el *proceso de producción* hay que considerar dos puntos de vista diferentes: como *proceso de trabajo* y como *proceso de valorización*.**

Pero, ¿cómo se da la relación entre el capitalista y el obrero? La primera fase pertenece a la *esfera de la circulación* (que junto a la *esfera de la producción* forman el *proceso global de producción*): el capitalista compra una capacidad de trabajo y la paga a su *valor*, es un intercambio desigual de equivalentes⁴. El segundo proceso, el de *trabajo*, se produce entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen (*medios de producción* y *fuerza de trabajo*). Los *medios de producción*, en este proceso, no son sólo medios para la realización del trabajo sino que se utilizan como medios para la *explotación* del trabajo ajeno. El *proceso de trabajo* pasa a ser un mero medio del *proceso de valorización*. El objetivo no será la producción de bienes útiles sino de bienes que (además de ser útiles) sean portadores de *valor*. El trabajo se subsume en el capital y el capitalista se convierte en el dirigente del *proceso de trabajo*. Pero, en un primer momento, esta subsunción sólo puede ser *formal*⁵. Y se da, en este punto, la primera mistificación propia de la relación asalariada: la facultad que tiene el trabajo de conservar el *valor* aparece ahora como capacidad del capital de autoconservarse y la facultad del trabajo para generar *valor*, como capacidad del capital de autovalorizarse. Parece, entonces, que es el *trabajo objetivado* quien utiliza el *trabajo vivo* y no al revés, como efectivamente ocurre. Pero decimos que la subsunción es

⁴ La apariencia de la igualdad de este intercambio surge en la esfera de la *circulación*, pero no debe olvidarse que hay una coacción previa: una clase desposeída que debe vender su *fuerza de trabajo* como único medio de subsistencia.

⁵ La subordinación del trabajo al capital aún no es *real* debido a que los obreros pueden reproducir el *proceso de producción* por su cuenta, o sea que estarían en condiciones de prescindir del capital en tanto la base del proceso laboral sigue siendo *subjetiva*.

sólo *formal* ya que el *proceso de trabajo* ha conservado las características propias de la etapa precapitalista. Se establece, en primer lugar, la *cooperación en su forma simple*, que es la forma de organización del trabajo en la cual un conjunto de personas, reunidas bajo un mismo techo, realizan al mismo tiempo la misma tarea o una de naturaleza semejante (Marx (1867), 1998: cap. XI). Este sistema permite ahorros en infraestructura y en algunos de los medios de trabajo, en tanto éstos adquieren, en parte, un carácter social antes de que el trabajo lo haga (el costo de algunos instrumentos como el de los edificios o las materias primas disminuye al ser empleados por más gente, para una producción mayor). Se intensifica el trabajo y se logran compensar las diferencias entre los trabajos individuales, conformándose una primera jornada de trabajo social medio. Se crea, además, una *fuerza productiva de masas* debido a la cooperación de las fuerzas individuales. Sin embargo, la primera revolución en el proceso laboral ocurre con la *manufactura* –cooperación en su forma clásica–, que implica una revolución en la *fuerza de trabajo*: el obrero deja de realizar la totalidad del *proceso de trabajo* para dedicarse en forma permanente a una única tarea parcial. La *manufactura* se basa en la división del trabajo, donde las distintas operaciones son separadas, asignadas a un obrero parcial y yuxtapuestas en el espacio. Las diferentes tareas requieren diversas pericias y calificaciones y por ello se crea una jerarquía en la *fuerza de trabajo* que se refleja en la escala salarial. Cambia radicalmente la escala de producción, ampliándose los *medios de producción* adelantados y la cantidad de obreros dirigidos por el mismo capitalista. Este aumento de escala sentará las bases para el modo de producción específicamente capitalista, la *gran industria*, en el que la revolución se produce ya no en la *fuerza de trabajo* sino en el *medio* de trabajo. Cambia toda la forma real del modo de producción y surge, incluso desde el punto de vista tecnológico, un **modo de producción específicamente capitalista**. Aparece la máquina, pero no ya sólo como un elemento simple de la producción, sino que se conforma un *sistema de máquinas*. El trabajo abandona la base manual que había conservado durante la *manufactura* y pasa a ser *objetivo*. Los ritmos y la intensidad del trabajo están dictados por el capital y la subsunción del trabajo pasa a ser no sólo *formal* sino también *real*, en tanto que el obrero no puede reproducir por sí mismo las condiciones de producción de la *gran industria*. La producción de *plusvalía relativa* pasa ahora a estar en primer lugar, se revolucionan las fuerzas productivas y toda transformación aparece como fuerza productiva del capital –no del obrero individual ni del obrero colectivo–. La mistificación se profundiza y, cuanto más se desarrolla la productividad social del trabajo, más crece el capital mínimo necesario para competir de acuerdo a la productividad social media del trabajo –el pasaje a la *gran industria* requiere una *concentración* previa del capital–. Se acelera el proceso que llevará a la producción específicamente capitalista a conquistar todas las ramas industriales en las que

hasta ese entonces la subordinación es sólo formal. En esta etapa se dispara la carrera de la “producción por la producción”: crece la necesidad, vital para sobrevivir en la competencia intercapitalista, de incrementar permanentemente la productividad del trabajo a nivel de cada productor, o sea de producir un máximo de productos con un mínimo de tiempo de trabajo, obteniendo así un *plusvalor extraordinario*⁶. Hay que abaratar las mercancías y esto se convierte en una ley del modo de producción capitalista. No son las necesidades sociales las que determinan lo que se produce, sino que es la escala de la producción la que determina la masa del producto. La competencia intercapitalista obliga a abaratar el *valor* de cada mercancía incorporando maquinaria. Esto presupone una escala de producción cada vez mayor, lo que preanunciará una de las características críticas del sistema: la **tendencia a la sobreproducción** por la falta de planificación. Por ello, el núcleo para entender las crisis capitalistas está presente en el *proceso de producción* (mas allá de que pueda manifestarse en el de *circulación*). Es la competencia intercapitalista la que obliga a aumentar las inversiones en maquinaria, haciendo que se eleve la *composición orgánica, técnica y de valor del capital* (o sea la relación entre el *capital constante* –máquinas e insumos– y el *capital variable* –*fuerza de trabajo*–). Se da así una fragmentación y una descalificación del trabajo, degradándose los conocimientos específicos del trabajador: el trabajo se mecaniza, se reemplaza *trabajo vivo* por *trabajo muerto*, hombres por máquinas, pero, a su vez y en forma contradictoria, en el proceso no se puede prescindir del trabajo humano ya que éste es la única fuente de creación de *valor* (y plusvalor). La competencia intercapitalista lleva, entonces, a que se desarrolle la relación antagónica que caracteriza al capitalismo y a que se produzca el paso de la *cooperación simple* y la *manufactura* a la *gran industria*. A través de esta objetivación se consuma el pasaje a la *subsunción real* y el obrero se degrada hasta ser aparentemente un mero instrumento de la máquina. En este momento el producto del trabajo se vuelve totalmente extraño al trabajador: “*Los medios de producción se transforman de inmediato en medios para la absorción de trabajo ajeno. Ya no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino los medios de producción los que emplean al obrero. En lugar de ser consumidos por él como elementos materiales de su actividad productiva, aquéllos lo consumen a él como fermento de su propio proceso vital, y el proceso vital del capital consiste únicamente en su movimiento como valor que se valoriza a sí mismo*” (Marx (1867), 1998: p. 376). El trabajo, entonces, en vez de ser el elemento creador, el que le da razón de ser a la vida del sujeto que lo realiza, pasa a ser su negación: el trabajador desarrolla un modo de

⁶ El *plusvalor extraordinario* se logra cuando en una empresa se consigue, gracias a la incorporación de una innovación tecnológica, incrementar la productividad del trabajo por encima de la productividad media que impera en esa rama. En esta empresa se reduce el tiempo de trabajo necesario por unidad de producto,

vida **alienado** a través del cual pierde su dominio sobre la naturaleza y establece relaciones sociales antagónicas con otros hombres.

¿Cómo se desenvuelve en su dinámica general el régimen capitalista? Como se señaló en la Introducción a la Tesis, toda *acumulación* amplía la **concentración** de capital en manos de capitalistas individuales. Estos capitales crecen en la medida en que constituyen partes alícuotas del capital global. Al mismo tiempo, se desprenden de los capitales originales fragmentos de ellos que comienzan a funcionar como nuevos capitales independientes. Por lo tanto, con la *acumulación y concentración* de capital crece el número de capitalistas. Sin embargo, contra este fraccionamiento opera la *atracción* de las mismas fracciones de capital, la **centralización** creciente de los medios de producción en las manos de capitalistas individuales. Es una *centralización* de capitales ya formados, la expropiación de los capitalistas por parte de los capitalistas, la transformación de muchos capitales menores en pocos mayores. Este proceso se distingue del anterior en que, presuponiendo solamente una distribución modificada de los capitales ya existentes, su campo de acción no está limitado por el crecimiento absoluto de la acumulación. La *centralización* se produce cuando aumenta el volumen mínimo del capital individual requerido para explotar una rama que crecientemente se ha ido mecanizando.

Síntesis de lo expuesto hasta aquí. El estudio del *proceso de producción* y, dentro del mismo, del *proceso de valorización y de trabajo*, será un aspecto central para analizar el funcionamiento, la historia y las transformaciones de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en general y en la Argentina. En el seno del *proceso productivo* se expresa la contradicción básica del régimen capitalista aunque se manifiesta en el *proceso de circulación* y en el *proceso global de producción*. La dominación del capital es doble, en tanto sus propietarios privados son los dueños de los medios de producción y controlan realmente el *proceso de trabajo*, pero no estática: a lo largo de la historia del capitalismo fue incrementándose la subsunción del trabajo en el capital. Sin embargo, dicha subordinación nunca puede ser total, debido a que el *trabajo vivo* es la única fuente de creación de *valor* y debido a la lucha de los obreros por no resignar todo su saber sobre los *procesos de producción*, por mejorar las condiciones de trabajo y por incrementar el precio de su *fuerza de trabajo*. En una etapa inicial, la subsunción sólo puede darse formalmente, aumentando la intensidad del trabajo, pero sin cambiar el modo de producción en sí mismo. Luego viene una nueva fase donde se incrementa el empleo de maquinaria, se comienza con la extracción de plusvalía por el mecanismo relativo, se aprovechan mejor los desarrollos científicos y

disminuyendo el *valor* "individual" de cada mercancía. Esa diferencia produce un *plusvalor extraordinario* hasta que se socialice la innovación al resto de la rama —o sea que tiene un carácter temporalmente limitado—.

tecnológicos y se aumenta la escala de producción. Estas son las bases materiales para imponer nuevas relaciones al interior de la fábrica capitalista, instaurándose el *proceso de producción* específicamente capitalista, donde la *subsunción* ya es *real*. Se consuma la separación definitiva entre el trabajo y las condiciones de trabajo, se organiza *objetivamente* el trabajo del obrero colectivo (la base del trabajo deja de ser *subjetiva*) y la gerencia y la administración, aunque tercerizadas, pasan a estar definitivamente en manos del capital, incrementándose como nunca antes la velocidad, la intensidad, la precisión, la predicción y la calidad del trabajo, la continuidad del proceso, la baratura y rotación de la *fuerza de trabajo* y la economía de materiales. Con la *subsunción real*, producto de la creciente *mecanización*, se profundiza la contradicción del capital y aquí entra en juego otra ley clave: la *ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia*⁷. Desde su perspectiva individual, cada capitalista se ve compelido a invertir más y más en *capital fijo*, a introducir la maquinaria más moderna, para triunfar en la competencia intercapitalista incrementando su *plusvalor extraordinario* (el que se obtiene temporalmente por una productividad del trabajo superior a la media). Pero, desde el punto de vista de toda la clase capitalista, esto los va llevando, en forma tendencial, a disminuir la *tasa de ganancia* y, por lo tanto, a desarrollar periódicas crisis.

Si bien el análisis anterior da cuenta de los aspectos generales del sistema, el capitalismo –sobre todo en este período histórico– se desarrolla a *escala nacional*, lo cual trae aparejado nuevos problemas y complejidades teóricas. Así, en cada país, la contradicción entre capital y trabajo se determina de múltiples maneras. Por esto es necesario analizar lo más claramente posible la forma como en las distintas naciones se concretan las contradicciones generales del capitalismo. ¿Significa esto echar por la borda el análisis anterior, abstracto e “irreal”, por el análisis concreto y “real” del capitalismo expresado en cada nación? De ninguna manera. De acuerdo al método materialista–dialéctico e histórico, habrá que analizar cómo esa universalidad se manifiesta en un nivel de abstracción menor, en el capitalismo a escala nacional, para lo cual se tendrá en cuenta la *teoría del desarrollo desigual y combinado*. Marx, en la *Introducción general a la crítica de la economía política*, de 1857, señala que “*En todas las formas de sociedad, existe una determinada producción que asigna a todas las otras, su correspondiente rango [e] influencia, y cuyas relaciones por*

⁷ Nótese que decimos “tendencia” ya que la *tasa de ganancia* –relación entre el *plusvalor* y el *capital constante y variable*– no disminuye en forma constante debido a las causas contrarrestantes. Mientras que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia es permanente, la disminución efectiva de la misma puede no manifestarse en la realidad debido a que puede estar frenada por el aumento de la productividad del trabajo (que determina la desvalorización de la *fuerza de trabajo*, lo que implica un aumento de la *tasa de plusvalor*), o debido a la disminución del *valor* de las máquinas (pese al aumento de la *composición técnica* –material– del capital). En ambos casos, de todas formas, estas causas contrarrestantes no eliminan la tendencia en el largo plazo (Marx, (1894), 1998: cap. II, III, IV y V).

lo tanto asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en la que se bañan todos los colores y [que] modifica las particularidades de éstos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve” (Marx, (1857), 1987: p. 57). Si bien se refería aquí a las distintas ramas de la producción (a la manera en que las más avanzadas determinaban a las otras), también es posible utilizar esta explicación para comprender la determinación que ejerce el capital mundial más desarrollado sobre *formaciones económico-sociales* en las que subsisten relaciones precapitalistas o no específicamente capitalistas –menos desarrolladas–. Se analizará, de aquí en más, cómo se expresan las leyes generales a escala nacional, es decir, cómo se determinan.

Las transformaciones propias de un período en el que la *centralización* se ha desarrollado a escala internacional y la manifestación de dicha tendencia es la consolidación de los Estados nacionales (imperialismo) harán que los países que se incorporen en este momento al mercado mundial, incorporando las *relaciones sociales de producción capitalistas*, tengan ciertas características particulares y recorran un camino distinto al que habían transitado los países que primero se habían industrializado: la escala de producción mundial está tan extendida que no podrá aparecer y desarrollarse, en términos generales, la clase de pequeños capitalistas compuesta por ex artesanos o campesinos, “clásica” en los países de Europa Occidental. ¿Cómo se llega al período del *imperialismo*? Si bien la relación de dominación entre países existe desde los orígenes del capitalismo, su forma ha variado a lo largo del tiempo. Desde el siglo XVI, el robo y pillaje de los países ultramarinos tuvieron un papel importante en la acumulación primitiva de capitales europeos. Terminada esta etapa, el robo como tal disminuyó su importancia, y las colonias de ultramar le permitieron a Europa, esencialmente, exportar sus mercancías manufacturadas e importar sus materias primas. Desde fines del siglo XIX, con el crecimiento del capitalismo *centralizado*, ya no sólo se exportan mercancías, sino también capitales, tanto en las colonias como en aquellos países formalmente libres, pero económicamente dependientes. Cómo influyó este proceso en los países imperialistas y en los países no centrales es un problema que será tratado en el próximo capítulo.

Para entender esas particularidades nacionales analizaremos la *teoría del desarrollo desigual y combinado*⁸, propuesta por Trotsky para comprender las contradicciones tanto económicas como sociales de los países dominados por el imperialismo –países que suelen denominarse “periféricos” o no centrales–. En su análisis, se pretende dar cuenta de la

⁸ Para ampliar el análisis sobre la *teoría del desarrollo desigual y combinado*, véanse Lowy (1997) y Novack (s/a).

totalidad al relacionar la integración al capitalismo de todos los países, sin sobredimensionar los centrales. Cuando analiza la situación de la economía rusa al inicio del siglo XX, caracteriza a esta *formación económico-social* como un subconjunto periférico del capitalismo mundial. De esta forma comprendía que el capitalismo en Rusia no se habría desarrollado siguiendo los pasos “clásicos” desde el régimen artesanal, sino que había avanzado “a saltos”. El origen extranjero del capital que contribuyó a modernizar rápidamente la industria rusa (que conviviría, no obstante, con una agricultura extremadamente atrasada) significó que se instaurara un tipo de formación particular, con elementos muy modernos (Rusia tuvo un grado de concentración industrial sin precedentes, con un 38,5 % de sus obreros trabajando en empresas de más de 10.000 empleados, contra un 10 % en Alemania) y otros muy atrasados (agricultura primitiva). Estos diferentes “estadios” no fueron aislados uno de otro sino que se habrían ido combinando en una amalgama social cuyas particularidades era preciso analizar. El capital europeo invertido en Rusia, que se habría presentado como *capital financiero* (bajo la forma más concentrada y abstracta posible) no repetiría el itinerario del capital inglés o francés, pese a que estaría determinado por el mismo, sino que saltaría etapas y se manifestaría en el *proceso de producción*, desde el inicio, en su figura más avanzada: la *gran industria*. En pocas décadas, en Rusia se habría avanzado tanto como en varios siglos en la Europa Occidental. Esto traería consecuencias políticas importantes. Se podría realizar en Rusia una revolución que, al mismo tiempo, combinara tareas democráticas (fin del zarismo, reparto de tierras, democratización del estado) con otras socialistas (expropiación del gran capital). En 1930, Trotsky presenta su desarrollo más acabado de esta teoría: *“Con el advenimiento del capitalismo como sistema mundial, la historia mundial deviene una totalidad concreta (contradictoria) y las condiciones del desarrollo social y económico conocen un cambio cualitativo: El capitalismo (...) preparó y, en cierto sentido, realizó la universalidad y la permanencia del desarrollo de la humanidad. Por eso se excluye la posibilidad de una repetición de las formas de desarrollo de las diversas naciones. Forzado a ponerse al remolque de los países avanzados, un país atrasado no se conforma al orden de sucesión (...) Las sociedades menos desarrolladas tienen la posibilidad de, o, más exactamente, son obligadas a adoptar ciertos rasgos avanzados saltando las etapas intermedias: Los salvajes renuncian al arco y las flechas, para tomar en seguida los fusiles, sin recorrer la distancia que separaba, en el pasado, estas diferentes armas. (...) El desarrollo de una nación históricamente atrasada conduce, necesariamente, a una combinación original de cosas diversas. El orbe toma en su conjunto un carácter irregular, complejo, combinado”* (Trotsky, (1930), 1962: pp. 20–21). Esta teoría puede ser útil para estudiar cómo las distintas naciones no centrales se integraron y fueron integrados al

capitalismo mundial por esos años. Pero, hay que aclararlo, esta posibilidad de “saltar etapas” no es absoluta, sino que está limitada por las particularidades sociales, políticas y culturales de cada país. El proceso de asimilación de relaciones sociales “importadas” toma un carácter contradictorio, genera una serie de contradicciones secundarias, que moldean, en cada país no central, la determinación de la contradicción básica entre capital y trabajo. Nos alejamos, entonces, de toda concepción evolucionista que plantee una sucesión mecánica de etapas económicas predeterminadas. El desarrollo es *desigual* (no todos los países siguen el mismo camino) y *combinado* (los países no centrales transforman sus estructuras productivas inducidas por los cambios en los países centrales y por cómo incorporan las *relaciones sociales de producción capitalistas*). Pero esta *combinación* no es armónica ya que también aparecen contradicciones entre los países centrales y los llamados periféricos. Por ello se podría hablar, para ser más precisos, de una *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio*. Queda abierto, así, todo un campo de análisis muy complejo, que debe dar cuenta de las particularidades y determinaciones de las leyes generales en los países no centrales. Ahondar en esta problemática será uno de los objetivos de esta Tesis.

También a escala nacional debe analizarse cómo se manifiestan las transformaciones de los *procesos de producción* y cómo conviven, en los países no centrales, los modos de producción “tradicionales” y los “modernos”. Ya se expuso cómo se iba transformando el proceso productivo a nivel global y cuáles eran las tendencias lógicas e históricas a nivel mundial. Pero, en cada país, y sobre todo en los países tardíamente industrializados, estas transformaciones contienen características particulares. En general, se especializarán en algún tipo de producción dedicada al mercado exterior (bajo la forma de monoproducción), utilizando materias primas de origen local (agroindustria). Además, las principales empresas estarán constituidas a partir del aporte de capitales externos —exportación de capitales por parte de los países centrales— bajo la forma de sociedades anónimas y con maquinaria e insumos importados (“dependencia” técnica). Para medir el grado de industrialización —desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas*— de un país, lo que se debe estudiar es el volumen de la producción en todos los planos de la industria, su composición por sectores (sector I —producción de maquinaria, insumos, energía, etc.— y sector II —producción de bienes de consumo—), el grado de *concentración y centralización*, su distribución nacional, el papel del Estado en el fomento industrial y, fundamentalmente, cómo es el *proceso de producción* en sí mismo, cómo los obreros manipulan sus *medios de producción*. Todos estos son aspectos, manifestaciones, de las leyes generales de *acumulación del capital* (o sea, determinaciones del desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas*). Interesan sólo en tanto permitan analizar lo cualitativo: en qué medida el trabajo

está subsumido en el capital, o sea qué tipo de *relaciones sociales de producción* son las imperantes, qué modo de producción predomina en cada momento. Por supuesto que habrá que estudiar los ciclos económicos, todo elemento coyuntural –guerras, bloqueos económicos, grandes crisis mundiales– que pueda haber facilitado el desarrollo industrial y todo elemento que pueda influir en el desarrollo de la *formación económico-social* (Estado, poder de los terratenientes, cultura y calificación de la mano de obra, etc.), pero nunca perdiendo de vista lo esencial de la propia dinámica del desarrollo capitalista del país determinado fundamentalmente por el capitalismo de los países centrales.

Por último, es preciso ocuparse del capitalismo a escala de **una rama industrial** ya que, desde el punto de vista metodológico, para estudiar la estructura productiva del país, es necesario estudiar cada rama por separado. ¿Por qué dividir en ramas y no estudiar todas en forma conjunta? Porque analizando el trabajo específico en cada una se pueden relacionar los aspectos cualitativos y cuantitativos al interior de un *proceso de producción* concreto. Es decir, vincular el *proceso de trabajo* particular (trabajo concreto) con el *proceso de valorización* en esa rama (trabajo abstracto). El objetivo será analizar cómo se manifiesta la *ley del valor* en una rama, cómo se produce la *centralización* de capitales y cómo se *subsume*, progresivamente, el trabajo en el capital, siguiendo la ley general de la *acumulación* capitalista.

Estudiar los *procesos de producción* es la vía de entrada adecuada para analizar el desarrollo del capital en el ámbito productivo. Sólo estudiando las especificidades de cada rama podrán conocerse los cambios en los *procesos de trabajo* y los vínculos entre dichos cambios y la urgencia del capital por *valorizarse*. La necesidad de establecer una dialéctica entre los conceptos teóricos de y para la investigación y el análisis empírico lleva a tomar una rama específica y observar cómo se comporta. Distinguir las etapas de la subsunción del trabajo en el capital permite estudiar el grado de desarrollo del capitalismo y el nivel de manifestación de las contradicciones. Centrar la atención en el estudio de una rama singular permitirá conocer el tipo de trabajo específico de la misma, con sus complejidades, y luego analizar con detenimiento los cambios que históricamente fue asumiendo la forma de producción. Pero en la producción también está presente el desarrollo *desigual, combinado y contradictorio*, lo que llevará a estudiar la historia y lógica de la rama en el país seleccionado en estrecha relación con lo que ocurría en la rama a escala mundial. Así, mientras que la lógica será la misma en todas las ramas industriales capitalistas (aumentar la subsunción del trabajo en el capital para incrementar el grado de explotación del trabajo), en cada una, en tanto los trabajos concretos son distintos, esa tendencia adquirirá formas distintas, a partir de las particularidades de la rama (origen de la materia prima, maquinaria y demás insumos

empleados, origen de los capitales invertidos, nivel de combinación e integración, relación con el Estado, tipo de mercado al que abastece, nivel de sindicalización, grado de calificación de su personal, sector al que pertenece la rama, etc.).

Otras corrientes: neoclásicos, heterodoxos y marxistas “subjetivistas”

Si bien no es objeto de esta Tesis desarrollar un estado de la cuestión acerca de las escuelas que estudian los *procesos de producción*, sí nos parece ilustrativo mencionar algunas características de ellas que hacen al problema aquí tratado. Se pueden clasificar las distintas posturas en tres grupos: la *ortodoxia neoclásica*, la *heterodoxia* (*regulacionistas* e *institucionalistas*) y expresiones del *marxismo* “*subjetivista*”.

En primer lugar, se analizará qué papel se otorga, desde la perspectiva de la **ortodoxia neoclásica**, al estudio del *proceso de trabajo*⁹. La corriente neoclásica aborda un objeto totalmente distinto que el que venimos planteando hasta aquí: estudia las conductas individuales de cada agente, que actúa con una racionalidad que presupone medios limitados y fines cuya obtención debe ser maximizada (se presupone un *homo economicus* supratemporal). Es una corriente “subjetivista” que enfatiza la esfera del consumo, dejando en segundo plano el ámbito de la producción. En cuanto a la relación entre capitalistas y obreros rechazan la idea de control patronal del *proceso de trabajo* porque consideran que no existe la *explotación*. Desde esta perspectiva, se analizan las relaciones individuales entre un capitalista y un obrero, y cómo cada uno de ellos maximiza su beneficio en el ámbito laboral. Se estudian las relaciones entre salario, productividad del trabajador, beneficio y “productividad” del capital y cómo cada “agente” maximiza su beneficio de acuerdo a su productividad marginal: cada factor –tierra, capital y trabajo– recibe la retribución que le corresponde –renta, beneficio y salario–. No se indaga en la actividad concreta del trabajo (cómo los obreros manipulan los medios de producción, cómo se organiza el trabajo) y por lo tanto los estudios específicos del *proceso de trabajo* no suelen estar dentro de su campo de interés. Naturalizan las relaciones jerárquicas y, por eso, a la teoría del control patronal oponen la *teoría del capital humano* (un capital que obtiene cada individuo a través de su educación, su esfuerzo y su experiencia laboral). Este capital individual –esta calificación– se negocia libremente en el mercado y éste le asigna un precio. A cada uno se le paga según el capital humano que pueda aportar a la actividad de la empresa, no existiendo relación de explotación alguna. Además, desde esta perspectiva se elabora una visión optimista del *proceso de trabajo*: cuanto más se

⁹ Entre los neoclásicos, la corriente que se destaca es la que plantea que en el capitalismo hay una tendencia a la recalificación del trabajo. Véanse Ruffier (1986), Veltz (1986), Adler (1987) y Hirschhorn (1991), entre otros.

desarrolla una sociedad, mayor progreso técnico y educación hay, incrementándose las calificaciones generales. El capital humano crece en intensidad y extensión. Al tener cada individuo su propio capital humano, cada sujeto recupera su dominio de la actividad laboral. Por eso, “fetichizan” el conocimiento laboral, señalando que cualquiera que se capacite puede competir, progresar y ser un potencial capitalista (algo popularizado a través del mito del *self made man* norteamericano). Para los neoclásicos, no hay conflicto en el *proceso de producción* y no hay ni hubo expropiación: toman la escisión entre productor y medios de producción como algo dado, natural, y no como el resultado de un proceso histórico.

En relación con el problema del estudio del capitalismo a **escala nacional** pretenden ver, desde esta matriz neoclásica, que todos los países deberían recorrer el mismo camino que los países centrales, siempre y cuando se deje actuar libremente el mercado. Así, reivindican las bondades de la planificación descentralizada –de la acción del libre mercado y de las empresas, por sobre los gobiernos– como la más capacitada para descubrir las “ventajas comparativas” de cada país. No existe ninguna contradicción entre países imperialistas y países dominados porque en el capitalismo no hay contradicciones estructurales de ningún tipo. Sus análisis nacionales se limitan, en general, a buscar cuáles fueron las causas de la desviación respecto al desarrollo capitalista “normal” y esperable. Como no se puede negar el retraso social y económico de los países “periféricos”, se explica su situación por la excesiva intervención del Estado en la economía o algún otro aspecto “extraeconómico”). Se niega cualquier particularidad propia del país, excepto cuando se relacione con el impedimento del *laissez-faire*, con la perturbación del mercado (que es lo que explica, desde esta perspectiva, los desvíos del progreso “normal”), presuponiendo una direccionalidad única que tarde o temprano todos deberían seguir.

En segundo lugar, se encuentra la perspectiva que podría llamarse **heterodoxa**¹⁰. Dentro de esta corriente hay una escuela que le dio gran importancia a los estudios de los *procesos de trabajo*, la **escuela regulacionista**. Señalan, a diferencia de los neoclásicos, que la racionalidad individual es incierta (no presuponen que cada individuo posee plena información para tomar las decisiones que optimicen sus beneficios). Para esta vertiente, que en sus orígenes partía de una conceptualización marxista, la clave está en estudiar el modelo laboral en su conjunto y no sólo las relaciones de explotación. Esto se debe a que cada sistema económico está configurado por el sistema laboral. Por eso realizaron estudios muy detallados sobre los modelos taylorista, fordista, posfordista y toyotista, entre otros. Rechazan o bien relativizan la teoría marxista del control patronal del *proceso de trabajo*, pero tampoco aceptan la *teoría del capital humano* ni tienen una visión optimista del desarrollo de la

¹⁰ Véanse Aglietta (1979), Boyer (1988), Lipietz (1992), Coriat (1989, 1995, 1996) y Neffa (1990, 1998).

sociedad capitalista, según la cual el mercado permitiría consagrar las aptitudes de cada individuo. No hay, para los regulacionistas, un único capitalismo, sino muchos “modelos de capitalismo”. El énfasis está puesto siempre en el descubrimiento de “nuevas realidades” en el campo laboral. Sin embargo, los nuevos conceptos acuñados por los cultores de la sociología del trabajo muestran más bien las continuidades. Por ejemplo, en el análisis de lo que llaman “posfordismo” han estudiado supuestos nuevos fenómenos (que, a nuestro entender, muestran más que nada, las continuidades en los aspectos esenciales): la “rotación de tareas” (con las que se imponen nuevas formas de manejo gerencial de los tiempos y los movimientos de los operarios), la “polivalencia” (que implica que se multipliquen las tareas de cada operario), los “círculos de calidad” (extienden la responsabilidad en el cumplimiento de las metas de producción a todos los trabajadores), los “grupos autónomos” (forma de auto-disciplina que incorpora el cuidado de la calidad y la resolución de los desperfectos), el “just in time” (con el que se vuelve a la obsesión taylorista de acelerar el proceso de fabricación) o nuevas formas de represión como el “control del cliente” o el “control burocrático”, donde se transfiere o invisibiliza la represión gerencial (Katz, 2000). Con estos cambios se explota cada vez más la capacidad muscular y cerebral de los trabajadores, bajo la apariencia de formas más democráticas o de cierta autonomía o de responsabilidad colectiva. La pregunta sería si el obrero puede recuperar el contenido de su trabajo, si el trabajo no lo sigue degradando, si no continúa alienado y si en la fábrica hay una democracia real (Iñigo Carrera, 1994). Entendemos, desde nuestra perspectiva, que los *procesos de trabajo* no pueden estudiarse superficialmente, limitándose a describir lo que se ve a simple vista (los cambios en la forma de control y represión). A diferencia de lo que usualmente hacen los regulacionistas, el *proceso de trabajo* no puede estudiarse sin su contracara, el *proceso de valorización*.

Dentro de la *heterodoxia* también hay trabajos referidos al problema de la **cuestión nacional** que difieren del enfoque neoclásico recién expuesto. Desde estas perspectivas más críticas aparecen, por ejemplo, los defensores de la *teoría de la dependencia*, que argumentan que lo que ocurre en los países dependientes es que se trabó el desarrollo capitalista por algún motivo (reminiscencias precapitalistas, demasiado poder de los terratenientes, dominio absoluto de los intereses imperialistas, Estado en manos de burguesías intermediarias aliadas al capital extranjero, falta de un espíritu realmente capitalista en la burguesía nacional, tipo de instituciones, etc.) y, por lo tanto, lo que hay que hacer es permitir que se desarrolle el capitalismo “normal”, que se desarrollen las fuerzas productivas. Los **institucionalistas** coinciden en parte con los planteos regulacionistas e insisten en que la prioridad es el estudio de las instituciones de cada país. Desde esta perspectiva, el Estado es el agente privilegiado para regular la relación entre capital y trabajo y, por ello, será un aspecto clave entender cómo

éste moldea el *proceso de trabajo*. Al poder adquirir distintas formas, esto permitiría hablar no de “un” capitalismo, sino de muchos capitalismos, cada uno con su propio entramado institucional y con su consecuente relación particular entre capital y trabajo. De acuerdo al tipo de instituciones políticas, sociales y culturales, se impondrá en cada país y en cada época uno u otro modelo laboral, uno u otro tipo de capitalismo (más “humano” o más “explotador”, según el caso).

En tercer lugar, nos interesará tener en cuenta la corriente del **marxismo** o de autores influidos por Marx que **sobredimensiona los aspectos “subjetivos”¹¹** para explicar los cambios en los *procesos de trabajo*, dejando de lado las determinaciones estructurales. La crítica que suelen realizar es que, quienes centran su atención en las determinaciones “objetivas” de la *ley del valor* en relación con los cambios en los *procesos de trabajo*, ignoran o subestiman el “factor subjetivo”. En esta línea, algunos plantean que no hay determinantes objetivos en la evolución de los *procesos de trabajo* y que es la evolución de la lucha de clases, o los conflictos de género, raza o religión, los que pueden explicar la transformación de los mismos. **La relación capital–trabajo es colocada como el principal factor determinante en la evolución del *proceso de trabajo*, lo que equivale a aislarla de la *ley del valor*, que tiene como motor el eje formado por la relación capital–trabajo, pero mediada por la relación capital–capital.** Otros no van tan lejos, pero cuestionan a quienes no prestan atención a la autoactividad ni a la resistencia de la clase obrera y a cómo ésta puede modificar el sentido de los cambios en los *procesos de trabajo*. Si bien no llegan a desconocer la *ley del valor*, sí le quitan prioridad, colocándola al mismo nivel de otros factores de determinación. El problema es que quienes defienden esta perspectiva eluden plantear cualquier relación de determinación, impidiendo explicar qué es lo que motoriza los cambios en la relación capital–trabajo en los *procesos de producción*. Desde nuestra perspectiva, el análisis del *proceso de trabajo* no puede ser extrínseco respecto a la extracción de plusvalía, lo cual fija los límites a la lucha de clases. Y plantear esto no implica, por cierto, ignorar cómo la lucha de clases puede influir dentro de estos límites. El hecho de sostener que la *ley del valor* determina los cambios en los *procesos de producción* no significa afirmar que cualquier cambio estará guiado por dicha ley y que los factores llamados “subjetivos” no tienen ninguna importancia. Lo importante, para evitar equívocos, es distinguir entre tres aspectos que en muchos estudios aparecen confusamente mezclados: el *proceso de trabajo* en sí mismo, el *control del proceso de trabajo* y la *represión en el proceso de trabajo* (Sartelli, 2001: pp. 50–51). Todo trabajo cooperativo requiere una dirección y un control, que tiene que

¹¹ Véanse Negri (1979, 1980), Montgomery (1985), Buroway (1989), Gorz (1989), De Gaudemar (1991), Holloway (1992, 1994, 1995) y Smith (1996).

ver con las necesidades técnicas y no con la forma de organización social en el que esté inserto (“control” no implica necesariamente alienación ni subordinación ni condiciones de trabajo no democráticas). Pero, en el *proceso de producción capitalista*, al ser antagónica la relación establecida en el ámbito de la producción no sólo se requiere el *control* sino la *represión* de los obreros, en tanto su labor está subsumida en las necesidades del capital. La lucha de clases (u otros aspectos “subjetivos” como los conflictos de género, raza y religión) puede moldear el *control* del *proceso de trabajo* (sus formas) y el tipo de *represión* ejercida sobre quienes trabajan alienados, pero no el *proceso de trabajo* en sí (no puede ser el factor esencial determinante en el proceso de subsunción del trabajo en el capital). La transformación del *proceso de producción*, es decir, la evolución de la relación capital–trabajo en el seno de la producción, está mediada por la competencia entre capitales (o, lo que es lo mismo, está determinada por la *ley del valor*). El procedimiento de los marxistas que sobredimensionan los aspectos “subjetivos” (y, dentro de ellos, la lucha de clases), implica desgajar la lucha de clases de su marco material. Al poner en primer plano el problema del disciplinamiento (De Gaudemar, 1991) olvidan que el interés esencial del capitalista es obtener más *plusvalor* y no controlar o reprimir a sus obreros (aunque esto último sea una condición para lo primero). Desconocen la exigencia material de los cambios en los *procesos de trabajo*. Además, las transformaciones empíricamente constatables en los *procesos de trabajo* en los últimos dos siglos muestran, tanto lógica como históricamente, que el trabajo se ha ido subsumiendo cada vez más en el capital, proceso que se repite en cada nueva rama industrial sometida a *relaciones sociales de producción capitalistas*. Si los cambios sólo se debieran a la lucha de clases, deberíamos haber observado trayectorias diferentes (como pretenden mostrar los regulacionistas), pero los trabajos de investigación parecen sugerir lo contrario. **Lo esencial de las transformaciones en los *procesos de producción*, como unidad de los *procesos de valorización* y de *trabajo*, sigue explicándose, a nuestro juicio, de acuerdo a la *ley del valor*.**

En síntesis, lo que se hizo en este capítulo fue presentar los conceptos fundamentales de y para la investigación y exposición que esperamos desplegar en los siguientes capítulos, en los que desarrollaremos las tres tríadas y el objeto de estudio aquí presentados.

Vínculo entre el capitalismo mundial y el argentino desde 1870 a 1940 y relación entre la estructura productiva del capitalismo argentino y una de sus ramas industriales (primera tríada)

Introducción

El objetivo en este capítulo es profundizar el estudio acerca de la incorporación definitiva de la Argentina a la *formación económico-social* imperante en el mundo occidental: el capitalismo. Pero el capitalismo pasaba por un período —el imperialismo— en el que había desarrollado a escala internacional la *centralización* de capitales por lo cual la relación entre las potencias imperiales y los países tardíamente industrializados tuvo algunas particularidades. Como se mencionó en el capítulo anterior, la cuestión nacional será un elemento decisivo a la hora de analizar las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la Argentina ya que la contradicción principal, entre capital y trabajo, aparece determinada de distinta manera en relación con los países más desarrollados. Se analizará, entonces, cómo se configuró la relación entre Argentina y los centros de mayor desarrollo capitalista y al mismo tiempo se hará una primera caracterización de la economía argentina, explicándose el por qué de la división en ramas y de la elección de la industria cervecera. A lo largo del capítulo, esperamos empezar a trabajar con algunos de los siguientes interrogantes, que funcionaron como ejes articuladores: ¿cómo se transformaron las *relaciones sociales de producción* en la Argentina desde que amplió su participación en el mercado mundial capitalista?, ¿cómo determinó la etapa del capitalismo centralizado el desarrollo del capitalismo argentino?, ¿en qué medida la *formación económico-social* argentina era “anormal”?, ¿qué tipo de estructura productiva se desarrolló en estos años?, ¿cuáles fueron los principales obstáculos que bloquearon otros desarrollos potenciales?, ¿qué nivel de *concentración* y *centralización* hubo en cada momento?, ¿qué ramas de la economía se expandieron más rápidamente y por qué?, ¿qué explicaciones presenta la historiografía argentina respecto al tipo de economía que se expandió por esos años?

El capítulo consta de cuatro partes. La primera, aborda el desarrollo histórico-conceptual del capitalismo mundial en el período imperialista. La segunda, analiza el capitalismo argentino como parte del mundial (miramos desde la totalidad hacia la particularidad y luego la particularidad como manifestación de la totalidad). En la tercera, se exponen los motivos por los cuales se dividió la estructura productiva del país en sus distintas

ramas y el por qué se eligió la industria cervecera. La cuarta trata sobre el debate con otras corrientes acerca del desarrollo de la economía argentina en el período 1870–1940.

Desarrollo histórico–conceptual del capitalismo

En la Introducción y en el Capítulo I se analizó la tendencia de la *acumulación* capitalista que se manifestó en la *concentración* y *centralización* de la producción y, en términos más generales, en el *imperialismo*, entendido como el período en el cual la *centralización*, extendida a escala internacional, potenció la expansión de los Estados naciones (consolidándose así las cuestiones nacionales, lo cual tendrá consecuencias políticas particulares como las guerras mundiales). Se expuso cómo con la competencia capitalista se desarrollan las *fuerzas productivas* y disminuye el *valor* “individual” de cada mercancía (conteniendo menos tiempo de trabajo), para lo cual se requiere revolucionar permanente los *procesos de producción* con el objetivo de reemplazar *trabajo vivo* por *trabajo muerto*, aumentando así la productividad del trabajo y la tasa de ganancia “individual” de los capitalistas más productivos, que acceden temporalmente a un *plusvalor extraordinario*. Esta tendencia se manifiesta, a lo largo del tiempo, en un incremento de la *concentración* y *centralización* debido a las escalas de producción cada vez más extendidas, lo que requiere volúmenes de capital crecientes. En esta primera parte de este capítulo trazamos los lineamientos generales sobre cómo se concretó este proceso.

El último cuarto del siglo XIX estuvo signado por una profunda crisis económica que frenó el crecimiento que se había iniciado a mediados de ese siglo. Sin embargo, desde mitad de la década de 1890 se suscitó una recuperación que dio inicio al período conocido como la *belle époque*, que se prolongó hasta el inicio de la Gran Guerra. Algunos rasgos relevantes de la economía mundial durante esta etapa: base geográfica más extendida (caracterizada por una ampliación del sector industrial y en proceso de industrialización y del mercado internacional de materias primas –Canadá y Argentina, por ejemplo, emergieron como grandes exportadoras de trigo–), mayor “pluralismo” en la economía mundial (en el sentido de que Reino Unido ya no era el único centro industrial, el imperialismo dejaba de ser monocéntrico –aunque este relativo declive industrial británico, en un primer momento, reforzó su posición financiera y su riqueza–), revolución tecnológica (usualmente denominada “segunda revolución industrial”), *concentración* y *centralización* del capital y “racionalización” de la producción industrial, importante crecimiento del sector terciario y consolidación de las naciones, con la consecuente ampliación de las políticas proteccionistas, políticas de reforma y bienestar social y auge de las rivalidades políticas entre los Estados (Hobsbawm, 1998: pp.

59–64). Esta última característica es clave ya que el aumento en la tensión entre los Estados y sus clases burguesas –como expresión más *centralizada* de los capitales–, fenómeno propio del *imperialismo*, mostró la agudización de las contradicciones que llevó, luego, al inicio de la Primera Guerra Mundial. **Todos estos atributos que describen el período no son más que las determinaciones –las formas de manifestarse– del desarrollo de la *acumulación* capitalista vía expansión de la *formación económico-social* hacia el resto del mundo no capitalista.**

El *imperialismo* fue un fenómeno que no escapaba a la atención de los analistas de la época y provocó amplios debates. La recuperación del capitalismo luego de la depresión de finales del siglo XIX precipitó una crisis en el marxismo a principios del siglo XX. Cuando se esperaba que la crisis sistémica (1873–1896) llevara al derrumbe y a la consecuente revolución proletaria, la recuperación desencadenó un debate al interior de la escuela marxista¹. Lenin criticó tanto la postura revisionista que abandonaba la idea que el capitalismo tendía a la crisis como la dogmática que no podía dar cuenta de la nueva coyuntura ni explicar la recuperación capitalista, y destacó cuáles eran a su juicio las dos tareas pendientes: explicar el fin de la depresión del último cuarto del siglo XIX y la renovación del crecimiento capitalista y construir una teoría sobre el Estado (Lenin, (1916), 1946). Identifica el *imperialismo* como la etapa superior del capitalismo, a la que llama *capitalismo monopolístico* (con tendencia al monopolio). Sin adentrarnos en el debate, tomamos aquí el concepto de *imperialismo* en el sentido de que es, esencialmente, **sólo una manifestación de la tendencia del capitalismo a la *concentración* y *centralización* de la producción**. A nivel político, en esta etapa se agudiza la competencia entre las naciones y el conflicto bélico se torna inevitable. Aumenta la *centralización* de capitales que deben operar a escala mundial, para lo cual requieren del apoyo de los Estados (presionan por políticas expansionistas). El *imperialismo*, entonces, no es un fenómeno “atípico” ni extrínseco al capitalismo, sino que es la manifestación de la tendencia propia de sistema, es la forma en que se concreta la *acumulación* en un período histórico particular.

A **finales del siglo XIX** se concretó, entonces, una nueva división internacional del trabajo que afectaba una superficie nunca antes abarcada por la producción capitalista y que implicaba un salto en la tendencia del *proceso de producción* a internacionalizarse. Dentro de este marco de expansión, una serie de países, entre los que se hallaba la Argentina, comenzaron su incorporación definitiva al sistema mundial, sobre todo a partir de los capitales externos que fueron incorporados en sus economías. En esta etapa, los diferentes gobiernos de varios países centrales establecieron medidas proteccionistas (Alemania,

¹ Véase McDonough (1997).

Francia, Italia y Estados Unidos aplicaron tarifas proteccionistas en múltiples bienes de consumo). Sin embargo, el principal país industrial del mundo, Reino Unido –con quien Argentina tuvo una amplia relación comercial y financiera–, defendió la libertad de comercio sin restricciones debido a que era el principal exportador de productos industriales, el mayor exportador de capital, servicios financieros y comerciales y servicios de transporte y, a su vez, el mayor importador de productos primarios. El Reino Unido, según una remanida “explicación” (que describe pero no explica), estableció con varios países que se incorporaron al mercado mundial una relación que se basaba en comprarles sus materias primas y alimentos (fundamentalmente carne, en el caso de Argentina), colocarles sus capitales y venderles sus bienes manufacturados. Este tipo de relación no era otra cosa que la forma en que se manifestaba la extensión de las *relaciones sociales de producción capitalistas* al resto del mundo, lo cual se analizará de acuerdo a la *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio*.

En síntesis, en el período *imperialista*, si bien no cambiaron ni la naturaleza de las dos clases contradictorias –el proletariado y la burguesía–, ni tampoco la esencia capitalista de la sociedad –contradicción fundamental entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propiedad–, sí se agudizó la contradicción entre burguesía y proletariado y aparecieron nuevas formas de determinación de esa contradicción básica entre capital y trabajo: la consolidación de los Estados nacionales a partir de la *centralización* de los capitales y la contradicción entre las metrópolis y las “colonias” y entre los distintos países imperialistas. La *concentración* y *centralización* de capitales se ha desarrollado enormemente a escala mundial, expandiendo las *relaciones sociales de producción capitalistas* a amplias regiones del planeta, lo que implicará que los países que se incorporen en este momento a la economía capitalista sufrirán transformaciones distintas a las ocurridas en su momento en los países primeramente industrializados: su desarrollo no será igual, pero sí combinado y contradictorio con el de los países centrales.

En el caso particular de la **Argentina**, esto podrá constatararse en la forma en que se incorporó y fue incorporada a la economía mundial a partir de los capitales extranjeros exportados por Europa. Como se señaló en el Capítulo I, el concepto de “exportación” de capitales remite a dos fenómenos distintos: al capital como “cosa” y al capital como “relación”. Mientras que en su uso habitual el flujo de capitales remite exclusivamente a la transacción de cosas (fondos, medios de producción, moneda extranjera, etc.), lo fundamental, sin embargo, es la implantación de nuevas *relaciones sociales de producción*. **El fetichismo es el que impide ver, en el período analizado, que Europa, exportando capitales, en realidad está proyectando a escala internacional la relación social del capital. El**

desarrollo particular de las relaciones sociales de producción capitalistas en la Argentina no puede ser otra cosa que la manifestación de la expansión capitalista mundial en el período imperialista. Y esos movimientos internacionales de capital se han transformado en un comportamiento inevitable debido al enfrentamiento entre las distintas burguesías rivales, que disputan áreas de influencia, fuentes de materias primas y mercados de venta para sus productos, en pos de aprovechar en la escala internacional los beneficios de su posición predominante. Argentina, entonces, está en su “etapa importadora”, incorporando *relaciones sociales de producción* a medida que se inserta en un sistema económico que tiende a ser cada vez más mundial: “Desde el punto de vista del concepto de exportación de capital lo significativo es que la expansión, proyección y extensión de los negocios de las empresas monopólicas de los centros imperialistas (...) se traducen en el desarrollo de actividades económicas (...) sobre la base de la contratación de mano de obra asalariada, es decir, de fuerza de trabajo obtenida a cambio de un salario. Esto es lo que para nosotros constituye una exportación de capital en tanto el movimiento económico se ha concretado en la implantación de cierto tipo de relaciones de producción, la relación salarial, la relación social del capital” (Ciafardini, 1990: pp. 21–22). En lo que se conoce como la etapa agroexportadora, nuestro país recibió capital–cosa (fondos financieros, instrumentos de trabajo, maquinaria), pero que portaba –como no podía ser de otra manera– la relación social que se expandía por todo el mundo. A cambio, había un flujo inverso, constituido por las ganancias obtenidas por el capital extranjero y los bienes que se exportaban. Las exportaciones argentinas eran pagadas desde el exterior (fundamentalmente por Gran Bretaña) con los mismos fondos que habían sido sacados de la Argentina, bajo la forma de giros bancarios al exterior. Hay autores que destacan que la Argentina, debido al sobreendeudamiento producido por los múltiples empréstitos, era un “Estado tributario”, en la medida que, para solventar los servicios de las inversiones extranjeras, destinaba gran parte de los ingresos por el comercio exterior y de los capitales que recibía como nuevos créditos para hacer frente al pago de endeudamientos anteriores: “Mantener la corriente de inversiones se transformaba en un requisito para no caer en la insolvencia, pero entonces esos capitales no significaban el aporte de nuevos fondos sino la transferencia de recursos de los nuevos inversores a los antiguos acreedores” (Regalsky, 1986: p. 19). Sin embargo, cualquiera sea la forma que adopte el flujo de bienes y capitales, no debe olvidarse lo que hay detrás de estas aparentes transferencias: en los países no centrales, “...una porción creciente de sus importaciones y bienes pasa a ser el correlato material, la forma material que adopta el ingreso de capitales extranjeros; y sus exportaciones de bienes, crecientemente, nunca de manera absoluta, pasan a tomar el carácter de correlato material, de forma comercial de la

salida de aquellos materiales” (Ciafardini, 1990: p. 24). Los cambios en el comercio, así como en el flujo de inversiones, no hacen sino mostrar cómo se establecían en Argentina las *relaciones sociales de producción capitalistas*, o sea la manera en que se manifestaba la incorporación del país a la *formación económico-social capitalista*.

Desarrollo histórico-conceptual del capitalismo en la Argentina

i- Descripción general de la economía argentina durante el período 1870-1940

El **marco temporal** seleccionado, **1870-1940**, no es arbitrario ya que tiene su razón de ser en que hemos querido evitar las usuales periodizaciones basadas en los cambios políticos ya que las transformaciones en los procesos productivos no necesariamente tienen un correlato con los de la vida política y tampoco pueden comprenderse a partir de ella, como plantean muchos autores, sino, en todo caso, en forma inversa². El período 1870-1940 configura en el capitalismo argentino en general y en su industria cervecera en particular una etapa desde el punto de vista histórico-conceptual que aquí abordamos. En el caso de la rama estudiada, hacia 1870 casi no existía la producción nacional, la cerveza no se encontraba entre las bebidas más consumidas por los argentinos –la sangría y la vinagrada, de producción local, eran las que más se vendían– y la poca que bebía era importada. Un cuarto de siglo después, la situación era totalmente distinta y la rama se había convertido en una de las más dinámicas. Desde el momento en que surge la industria cervecera nacional hasta los primeros años del siglo XX es cuando se produjo, además, el proceso de *concentración, centralización y mecanización* que indudablemente cambió la fisonomía de las fábricas y del *proceso de producción* en su totalidad. Nuestra hipótesis es que entre 1870 y 1920 se superó la producción “cuasi artesanal” –*cooperación simple*– y se produjo el salto hacia la *manufactura moderna*, preparándose las condiciones para la transición hacia la *gran industria*. En los 20 años que transcurren entre 1920 y 1940 la *concentración* y la *centralización* se profundizó aún más, al mismo tiempo que se generalizó en la rama el modo de producción correspondiente a la *gran industria*.

² Es bastante usual en la historiografía argentina encontrar periodizaciones de su historia económica basadas en los cambios políticos. Así, habría una primera etapa –1852 a 1880– de la “organización nacional”, en la cual se habrían establecido las bases para la conformación de un mercado nacional. Una segunda etapa –el “régimen oligárquico”– que se habría correspondido con la “etapa agroexportadora”. Luego, a partir de la crisis de 1930 y de la creciente intervención del Estado en la economía habría tenido lugar una “industrialización basada en la sustitución de importaciones”, primero “inconsciente” –durante la “década infame”– y luego “consciente” –durante el peronismo–. Con esta primacía de la política por sobre la economía se termina reemplazando, muchas veces, la historia económica por la historia de las políticas económicas.

En términos de la economía en su conjunto, desde la década 1870 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, Argentina amplió su producción exportable y unificó sus mercados interiores, en gran medida debido al aporte masivo de capitales extranjeros, que aceleraron la transformación de la estructura productiva nacional ampliando el ámbito de influencia de las relaciones asalariadas. Los principales sectores en los que se produjo esta expansión fueron: ferrocarriles, puertos, sistema financiero, servicios urbanos y frigoríficos, entre otros (Regalsky, 1986: p. 7). Ahora bien, ¿qué significa esto? **Este rápido incremento del flujo de capitales externos no respondió exclusivamente a circunstancias específicas de nuestro país sino que fue la manifestación local de una de las ya mencionadas características del período imperialista: la exportación de capitales.** Además, los países europeos y principalmente el Reino Unido, al mismo tiempo que aumentaron su capacidad exportadora de productos manufacturados, también incrementaron sus necesidades de importación de productos primarios baratos (alimentos y materias primas), para disminuir tanto el *valor* de su *fuerza de trabajo* (elemento central para incrementar la *plusvalía relativa*), como el *valor* del componente circulante del capital fijo –insumos–. La demanda de los países centrales ya no se circunscribía a los bienes exóticos provenientes de países lejanos –sólo los bienes reproducibles masivamente pueden constituirse en mercancías–, sino a otros que tradicionalmente producían ellos mismos (lana, carnes y cereales, entre los que más significación tuvieron para la economía argentina). Esta expansión geográfica se orientó hacia los países “nuevos”, generalmente de clima templado, con abundantes y baratas tierras disponibles, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Uruguay, sur de Brasil y la propia Argentina. La *exportación de capitales* por parte de Europa brindó a los países “receptores” los recursos necesarios para construir una adecuada infraestructura de transportes y poner a producir sus territorios con la rapidez que demandaban los mercados: facilitó un desarrollo rápido y combinado de acuerdo al avance social y técnico de los países centrales. Los países recientemente incorporados al mercado mundial se especializaron, generalmente, en la producción primaria, mientras que Europa Occidental vio complementada (y en algunos casos sustituida) su producción primaria, al mismo tiempo que ampliaba los mercados para sus manufacturas (Regalsky, 1986: p. 8).

En el caso de la Argentina, pueden registrarse **tres ciclos de inversiones** hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial: entre 1862 y 1873–75, entre 1881 y 1890 y entre 1903 y 1913, que no difieren demasiado de las grandes etapas de auge de las exportaciones de capital a nivel mundial (Regalsky, 1986: pp. 13–19). Esta es, en parte, la constatación empírica de que Argentina, más que incorporarse, es incorporada a la economía mundial (al capitalismo en expansión). El comienzo del primer ciclo de inversiones estuvo precedido por el auge de las

exportaciones de lana y los inicios de la colonización agrícola. Además, en 1862 se renegoció el empréstito de Baring a la provincia de Buenos Aires de 1824 y se reunificó políticamente el país bajo la presidencia de Mitre (que dio muestras de “confiabilidad” a los inversores extranjeros a través de las garantías de rentabilidad que el Estado otorgó a las inversiones extranjeras en ferrocarriles y de su compromiso para pagar periódicamente los intereses de los empréstitos públicos en el exterior). La corriente de inversiones se interrumpió por la crisis mundial de 1873, que provocó perturbaciones en los mercados financieros europeos y una depresión en el comercio mundial (Chiaramonte, 1971; Panettieri, 1984). Entre 1881 y 1890 se produjo una mejora en la balanza comercial, el retorno a las paridades cambiarias previas a la crisis, el comienzo de un ciclo de prosperidad agrícola en la provincia de Santa Fe, la incorporación de enormes superficies de tierra en la Pampa húmeda, la expropiación indígena –“Conquista del Desierto”–, la federalización de la ciudad de Buenos Aires –que ponía fin a un viejo conflicto con el interior– y la asunción de Roca como presidente –que permitió un período de relativa estabilidad política–. Esto facilitó y fue a la vez impulsado por la necesidad del capital europeo de expandir sus inversiones en la Argentina. Hacia 1891, éstas representaban nueve veces más que las de 1875. Argentina se transformó en una de las regiones receptoras de inversiones más importantes del mundo (Gran Bretaña seguía teniendo la primacía entre los inversores en Argentina, pero ahora se sumaban Francia, Alemania y Bélgica). El ciclo mostró dos fases: hasta 1884–5, continuaron siendo predominantes las inversiones en empréstitos (generalmente del gobierno nacional), mientras que en la segunda mitad de la década de 1880 pasaron a ser más importantes las inversiones en sociedades anónimas, principalmente en ferrocarriles (esto es cuando, precisamente, en la rama cervecera se conforma Quilmes S.A., con capitales europeos, y Bieckert vende su compañía a una sociedad anónima con sede en Londres). El ciclo se vio interrumpido por la crisis de 1890, cuando la Argentina entró en cesación de pagos, se depreció el papel moneda y se paralizaron las inversiones extranjeras hasta la década siguiente. En el tercer ciclo, entre 1903 y el inicio de la Primera Guerra Mundial, la llegada de inversiones volvió a ser muy importante –en ferrocarriles, actividades agropecuarias, electricidad y frigoríficos– y, si bien el principal país inversor continuó siendo Gran Bretaña, aparecieron los primeros capitales estadounidenses. El ciclo, que se clausuró con la Gran Guerra, mostró, según distintos autores, la **vulnerabilidad** de la economía argentina³, que dependía de las exportaciones, el ingreso de capitales y mano de obra –*fuera de trabajo*– y la expansión de la frontera agrícola, elementos que se resintieron en este período. **Más que “vulnerabilidad”, lo que se observa es que la**

³ Véanse Bunge (1930), Geller (1975), Ferrer (1979), Vázquez Presedo (1979), Llach (1985), Korol y Sabato (1997), Neffa (1998), Barbero (1998), Rapoport (2000) y entre otros.

economía argentina era uno de los eslabones débiles del capitalismo mundial y que por lo tanto se vería sujeta a los ciclos y ondas de auge y crisis que afectaban a los países centrales.

En la **posguerra** se sucedieron nuevos ciclos económicos: de recuperación, entre 1917 y 1921, de recesión, entre 1921 y 1924, y de relativa tranquilidad y nuevo crecimiento, entre 1924 y 1929 (Rapoport, 2000: p. 142). Fue justamente en la década de 1920 –momento en que se configuró una relación triangular compleja con las potencias hegemónicas: Gran Bretaña y Estados Unidos– cuando se generó un nuevo ciclo de inversiones, con características muy diferentes –la mayor parte de los capitales eran de origen estadounidense y se destacaron nuevos rubros como los automóviles, el petróleo, el caucho y el cemento–, que se interrumpiría con la depresión iniciada a finales de la década, lo cual se puso de manifiesto a partir de la caída de la *Bolsa de Wall Street* y de la posterior internacionalización de la crisis. Nuevamente, el proceso de *acumulación* capitalista en la Argentina no podía comportarse más allá de los límites que le fijaba el capital *centralizado* a escala internacional. Los efectos de la crisis afectaron las bases sobre las que se apoyaba la economía agroexportadora: los países tradicionalmente compradores comenzaron a proteger e impulsar su propia producción de bienes primarios. Al disminuir notablemente sus importaciones de alimentos y materias primas y en un contexto de sobreproducción mundial, se produjo la caída de los precios internacionales de estos productos –corrientemente denominada “caída de los términos de intercambio”–. En este marco, la Argentina, al igual que otros países exportadores de bienes primarios, vio reducidas sus exportaciones en volumen y en precio. Esta situación ocasionó una falta de divisas, que redujo la capacidad de compra en el mercado internacional, por lo cual se dieron las condiciones para que fuera posible y conveniente fabricar en el país muchos productos que antes se importaban. Se inició la llamada “industrialización por sustitución de importaciones”, la economía se “diversificó” más –ampliando las actividades no agropecuarias–, pero sin dejar de favorecer a la elite terrateniente (el ejemplo más claro es el Tratado Roca–Runciman, de 1933) y de consolidar el triángulo argentino–inglés–estadounidense, que dificultaba el desarrollo industrial de la Argentina. En cuanto a los ciclos económicos del período, tenemos uno depresivo (1930–33), luego uno de recuperación (1934–37), más adelante, una nueva recesión mundial y crisis (1937–39), y una nueva recuperación, a partir de la Segunda Guerra. En estos años, cuando se dificultaron las exportaciones primarias, se consolidó cierto desarrollo industrial “liviano”. Sin embargo, no es este el momento en el que “nace” la industria, que ya contaba en varias ramas con un desarrollo significativo. Lo que en la historiografía argentina se denomina “industrialización” –desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas*–, viene sucediéndose desde

al menos el último cuarto del siglo XIX, momento en el que, a través de la implantación del capital europeo, se comienza a extender la *manufactura* capitalista.

Justamente, si nos detenemos a analizar más puntualmente la **historia de la "industria"**, podemos señalar que hacia 1870 era muy rudimentaria. Las industrias relacionadas con la explotación pecuaria tradicional (saladeros y graserías) estaban declinando, al igual que el "ciclo de la lana", desplazados ahora por la aparición del frigorífico. A mediados de la década de 1870 se produce un debate sobre el proteccionismo y en 1877 se sanciona la Ley de Aduanas que, sin embargo, al tener objetivos más fiscales que de promoción de la industria nacional, no tuvo demasiados efectos sobre la misma (Chiaramonte, 1971). Un problema que agravó la "desprotección" de la industria nacional fue la Ley Arancelaria de 1906, que cambió la precedente de 1877 y estableció un aforo para cada bien importable que sólo podía ser modificado por otra ley (lo cual, con el aumento de precios, se tradujo en una disminución en los términos de las tarifas reales que se pagaban sobre los artículos extranjeros). Para analizar el estado de la industria argentina es posible basarse, aunque sólo inicialmente, en los datos proporcionados por los censos. El Primer Censo Nacional, de 1869, muestra la poca importancia del sector. Asimismo, en el Censo de la Unión Industrial Argentina de 1887 se puede observar cómo la mayoría de los establecimientos "industriales" no eran verdaderas fábricas sino simples talleres donde predominaba el trabajo artesanal. En el Segundo Censo Nacional de 1895 se nota ya un crecimiento importante del sector industrial y, en el de 1914, se perciben algunos progresos muy significativos respecto de la medición anterior, sobre todo en las industrias alimenticias – el número de establecimientos crece en un 284,3 %, la fuerza motriz en un 365,9 % y el personal empleado en un 177,1 %– (Rapoport, 2000: p. 71). Entre 1895 y 1914 el número de establecimientos "fabriles" aumenta de 24.144 a 48.779; la *fuerza motriz* instalada, de 60.000 H.P. a 678.700 H.P.; las personas empleadas, de 174.800 a 410.200; y la inversión, de 327.400 millones de pesos papel a 1.787.600 millones de pesos papel (Vázquez Presedo, 1979: p. 217). La rama alimenticia –en la que se destacaban lácteos, galletitas y bebidas– se consolida tras la aparición del frigorífico y la expansión del mercado interno, y representa casi un 40 % del total de los establecimientos (elemento a tener en cuenta y a explicar, debido a que la rama cervecera está clasificada dentro de las alimenticias). Durante la Primera Guerra Mundial disminuyeron significativamente las importaciones de productos manufacturados, pero la "protección" que ello significó para la industria nacional no se vio reflejada en un crecimiento de la misma (salvo en algunas ramas, como la textil), sino que incluso se registró un retroceso (al igual que en la inversión). Este descenso general se debió a la caída de la demanda de productos manufacturados de origen agropecuario debido a la conflagración

europea –que sólo en algunas ramas se pudo contrarrestar con el desarrollo del mercado interno– y a la dificultad para importar bienes de capital y otros insumos, lo cual trajo como consecuencia que no pudo ser aprovechada la protección que la guerra suponía para la industria local. Finalizado el conflicto y restablecida la normalidad en el comercio internacional, en la década de 1920, la producción industrial argentina tuvo un crecimiento muy importante, sustentado en el aumento de las inversiones extranjeras –entre 1920 y 1929 se duplicó la producción y se triplicó la inversión–, sobre todo de origen estadounidense (que recaían en nuevos sectores como la industria automotriz, la metalurgia, el caucho y los derivados del petróleo). Por supuesto, esta nueva oleada de inversiones se correspondía con la recuperación internacional del capitalismo de posguerra y con el paulatino crecimiento de una nueva potencia mundial, los Estados Unidos.

La crisis mundial de 1930 marcaría otro hito en el desarrollo industrial argentino. El mercado local, que no podría ser abastecido por las manufacturas extranjeras, permitió expandir la producción en algunos sectores, diversificándose la producción industrial y complejizándose la estructura social. El porcentaje de las manufacturas demandadas que se producían en el país subió de un 41,4 % en el período 1900–04 a un 62,7 % en el período 1930–34 y a un 80,5 % en el período 1940–44 (Jorge, 1986: p. 79). ¿Cuáles son, según la historiografía económica, algunos de los factores que favorecieron esta industrialización por sustitución de importaciones? La demanda interna insatisfecha, el aumento de los impuestos aduaneros para aumentar la recaudación del Estado, la abundancia de mano de obra (expulsada del campo), el control de cambios, el creciente papel del capital producido por la *acumulación* interna y la capacidad ociosa de las inversiones extranjeras realizadas en los años anteriores (instalación de filiales, para “saltar” las barreras aduaneras). Desde nuestra perspectiva, si bien todos estos son aspectos que alentaron el desarrollo de la industria, el proceso venía desde mucho antes. Pese a la difundida imagen, no es en este momento cuando “nace” la industria nacional. Sostener lo contrario, ignorando algunos indicadores estadísticos básicos, implica considerar que la industria sólo puede desarrollarse mediante la intervención del Estado, o sea poner la historia de las políticas económicas por sobre la historia económica.

ii– Desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la Argentina

Al analizar las características del período imperialista se ha señalado que una de ellas era la *exportación de capitales* de los países centrales hacia áreas en las que el capitalismo aún no era el sistema predominante. **La llegada de capitales (inversiones extranjeras, en el lenguaje más habitual de los economistas) no significó otra cosa que la incorporación de**

la relación social asalariada que poco a poco fue generalizándose en la Argentina, al igual que en muchas otras regiones. Las discusiones sobre el desarrollo en la Argentina del capitalismo y de la industria, como uno de los sectores fundamentales, no deben darse en abstracción del contexto general del cual la *formación económico-social* que se estudia es parte. Lo que se observa es que la Argentina, en esos años, expande en su territorio las *relaciones sociales de producción capitalistas*, lo cual se manifiesta en que se incorpora al mercado mundial como gran exportadora de materias primas y alimentos, recibe importantísimas inversiones de capital y transnacionaliza cada vez más su economía.

Mucho hay escrito sobre el desarrollo industrial en la Argentina –recordemos que nos referimos al “desarrollo industrial” por ser la expresión más extendida en la historiografía argentina– y, si bien hoy en día hay estudios que aceptan que una parte importante del mismo es anterior a la década del treinta, el problema reside en determinar a qué se llama industria (elemento en el que se profundizará en el capítulo siguiente) y cómo se caracteriza el desarrollo que sufrió en la Argentina. Entendemos que apareció la *gran industria* –como modo de producción específicamente capitalista– ya antes de 1930 –aunque es discutible en qué momento se generalizó– y que el debate en torno al surgimiento de la misma en la Argentina sólo podrá saldarse en tanto se ensanchen las bases empíricas que sustentan las hipótesis de los distintos autores –algunas de las cuales serán mencionadas a final de este capítulo– y se desarrolle más la conceptualización en relación con este problema.

En el caso de la **industria cervecera**, la investigación empírica permite afirmar que ya antes de la crisis de 1890 comienzan a desarrollarse actividades industriales –*manufactureras*– en la Argentina. En el período anterior a la Primera Guerra, la industria argentina había logrado una considerable sustitución de importaciones en ciertas ramas, lo cual quedará corroborado en esta Tesis para la rama cervecera. Incluso, como se verá a través de las fuentes trabajadas, el pasaje hacia la *gran industria* se inició con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, lo cual muestra, aunque sólo para el caso de la cerveza, que la *concentración y centralización* y el paso al modo de producción de la *gran industria* fue anterior a los años treinta. Claro está que el mero hecho de constatarlo para una rama no resuelve ni el debate sobre el origen de toda la industria argentina, ni el carácter de la misma durante el impulso de los años treinta. Sin embargo, entendemos que este tipo de investigaciones sirven para ampliar el conocimiento histórico-conceptual que permita avanzar en la resolución de los debates en torno al desarrollo del capitalismo en Argentina.

Elección de la rama cervecera

i- ¿Por qué dividir en ramas?

Según lo desarrollado en el capítulo anterior, la forma de estudiar el *proceso de producción* es analizar la relación entre el *proceso de trabajo* específico de cada rama industrial y el *proceso de valorización*: la forma en que se determina la tendencia general en el capitalismo a aumentar el grado de subsunción del trabajo en el capital. Para analizar el *proceso de trabajo* específico, debemos dividir la estructura económica nacional en las distintas ramas industriales que la integran, ya que cada una tendrá *procesos de producción* particulares. **Por este motivo es necesaria la división en ramas y la profundización en una rama singular: sólo analizando el trabajo específico en cada una de ellas es posible establecer la relación entre los aspectos cualitativos y cuantitativos al interior de un proceso de producción (así comprenderemos cómo lo que impulsa los cambios en los procesos de trabajo es la necesidad del capital de valorizarse).** Analizar una rama singular permite conocer el tipo de trabajo específico de la misma, con sus singularidades, sin olvidar que lo que interesa es el *proceso de trabajo*, pero sólo como la otra cara del *proceso de valorización*. El *proceso de trabajo* concreto en una rama necesita ser reconocido, a nivel social, como trabajo abstracto, como creador de *valor* que pueda intercambiarse en el mercado. La mayoría de las investigaciones y trabajos sobre la historia de la industria argentina dejan de lado la problemática del estudio específico de los *procesos de producción* al intentar describir, con fuentes mayormente estadísticas, el grado de desarrollo de la economía argentina en general. Incluso los trabajos que se ocupan de los *procesos de trabajo* se realizan en abstracción del *proceso de valorización*, motor del proceso de *acumulación* capitalista. O sea que, o bien se trata de estudios generales que no comprenden los cambios cualitativos que determinan los pasajes entre los distintos modos de producción en el capitalismo, o bien son estudios específicos sobre los *procesos de trabajo* que no toman en cuenta la totalidad, la presión del capital como substancia por subsumir al trabajo (elemento esencial a la hora de comprender los cambios en los *procesos de trabajo*). Centrar el análisis en una rama permite comprender con detalle todos los aspectos de su *proceso de producción* en relación con cómo se explota el trabajo y cómo se produce *valor*.

ii- Justificación de la elección de la industria cervecera

Hay una serie de elementos que llevaron a optar por esta rama industrial. En primer lugar, es una rama que había permanecido al margen de los estudios histórico-económicos. Además, al contrario de lo que podría parecer a primera vista, no es la típica agroindustria que procesa materia prima local. Muchos autores destacan la debilidad del proceso de industrialización en la Argentina debido a que sólo se limitó a transformar aquellas materias primas que se producían localmente (industria frigorífica, molinera, vitivinícola, etc.)⁴. Sin embargo, en la industria cervecera y a diferencia de las otras ramas industriales recién mencionadas, se utilizaron materias primas importadas –cebada, malta y lúpulo– hasta mucho después de que la industria se hubiera consolidado. La Primera Maltería Argentina, establecimiento pionero que procesó en forma global la cebada nacional, recién se fundó en 1920, cuando la industria llevaba muchísimos lustros de destacada actividad. En este caso, se dio el proceso inverso: primero se desarrolló la actividad industrial y luego, por necesidad de la misma, se comenzó a plantar cebada cervecera y lúpulo en el país.

Otro elemento que llevó a elegir esta rama es que muchos la tomaron como el prototipo de “oligopolización” –manifestación de la *centralización* desarrollada– por causas “extraeconómicas”. Si era una de las más centralizadas, sostienen algunos autores (White, 1946), esto se debía a las prácticas fraudulentas del Grupo Bemberg, dueño de los principales establecimientos, propias de un país “poco serio” donde la corrupción estaba a la orden del día. Por este motivo, entonces, nos parece que es ideal para demostrar lo contrario, para ver que en los países capitalistas “serios” no ocurrían en todo caso cosas muy distintas y que no puede explicarse la historia de una rama a partir de elementos contingentes. El interés por estudiar la *concentración* y la *centralización* en la rama cervecera se debe a que sólo a partir del conocimiento de las manifestaciones de las tendencias generales del capital podremos comprender el sentido de los cambios en los *procesos de producción* y determinar las relaciones que hay entre la *centralización* y la *mecanización*. Nuestra hipótesis –el fenómeno subyacente del cual los procesos de *concentración* y *centralización* son unas de sus manifestaciones, es el proceso de *acumulación* del capital– es un punto de partida muy distinto al de quienes plantean que, si hubo *concentración* y *centralización* fue básicamente porque intercedieron elementos no económicos en el proceso⁵.

⁴ Gerchunoff y Llach (Gerchunoff y Llach, 1998: p. 38), por ejemplo, mencionan a las fábricas de cerveza, junto con los frigoríficos, los molinos harineros, los viñedos y los molinos azucareros, como las industrias que se desarrollaron como consecuencia de la consagración de Argentina a la producción agrícola y ganadera.

⁵ En el último Capítulo III se desarrollará el planteo de Aníbal White (White, 1946), que presenta una explicación “extraeconómica” del proceso de *centralización* en la industria cervecera argentina.

La industria cervecera también tiene una serie de características técnicas específicas, que influyen en su desarrollo. El producto no tiene una gran duración (debe consumirse, a diferencia de otras bebidas alcohólicas, dentro de las primeras semanas de elaboración) por lo cual su producción es estacional. En la Argentina, la cerveza se consumía como bebida refrescante, disminuyendo mucho la venta durante el invierno, lo cual afecta la estacionalidad del proceso productivo. Aún hoy en día, las fábricas tienen ritmos de trabajo absolutamente distintos en invierno y en verano. En relación con el nacimiento de la industria cervecera local, el hecho de que deba ser consumida rápidamente también fue significativo. La cerveza nacional tiene una “protección natural” porque siempre es más fácil que se consuma en el mismo lugar de producción (tanto por el rápido “vencimiento” de la cerveza, como por el costo de transportarla envasada, debido a que requiere un tipo especial de refrigeración). Sin embargo, esto no es absoluto ya que, luego de la “segunda revolución industrial” y con los novedosos métodos transporte, refrigeración y “pasteurización”, la exportación se hizo posible. De hecho, hasta el último cuarto del siglo XIX, casi toda la cerveza que se consumía en la Argentina era importada (Segundo Censo Nacional, 1895). Estos aspectos harán a la forma en que se determinen las tendencias generales que afectaron a las distintas ramas industriales.

Debate con otras corrientes

La mayoría de los trabajos de historia económica argentina estudian este período para comprender qué fue lo que llevó, posteriormente, al estancamiento de la economía⁶. Tanto los que observan con nostalgia los “años dorados” del “régimen agroexportador” como los que constatan allí los futuros límites del desarrollo argentino discuten apasionadamente qué características tuvo la estructura productiva en esos años. En el marco de ese debate más general, una vieja discusión dentro de la historiografía argentina es en qué momento empieza a desarrollarse realmente la industria nacional y qué características tenía la misma –lo cual desde la conceptualización aquí adoptada no es más que el desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas*–.

Repasemos, en primer lugar, qué dicen los **historiadores económicos liberales**. Algunos autores de matriz neoclásica (Díaz Alejandro, 1970; Irigoin, 1984) reivindican la planificación descentralizada y la acción del mercado y los agentes económicos –las empresas–, por sobre los gobiernos y las políticas “industrializadoras”, como los actores más

⁶ Véanse, por ejemplo, Bunge (1928), Di Tella y Zymelman (1967), Cortés Conde y Gallo (1973), Geller (1975), Halperín Donghi (1984), O’Connell (1984), Llach (1985), Sábato (1988) y Sawers (1994).

capacitados para potenciar las “ventajas comparativas” de cada país. Para esta corriente, el “modelo agroexportador” no sólo no limitó el desarrollo industrial sino que ayudó a su desenvolvimiento. El problema se suscita recién en el período 1943–1955, cuando, debido a una “respuesta tardía” a la Gran Depresión, se desaprovechó el supuesto contexto externo favorable alentando la producción de bienes internos no competitivos. El error letal del peronismo habría sido, entonces, el traslado hacia una industrialización de tipo mercadointernista. Volviendo al período que nos ocupa podemos señalar que, en general, los autores de esta corriente minimizan las críticas al modelo agroexportador que “triunfó” entre 1880 y 1930 y destacan el desarrollo industrial de ese período: “*El desarrollo industrial entre 1895 y 1914 fue, pues, espectacular. Entre ambas fechas, el número de establecimientos industriales se duplica, la fuerza motriz instalada aumenta al 13,6 % anual, el personal empleado en la industria se incrementa al 4,6 % anual (...) El capital invertido, en pesos oro, aumenta al 12 % anual*” (Irigoin, 1984: p. 279). Así, señalan que el proceso “natural” de sustitución de importaciones ya se habría iniciado a principios del siglo XX, mucho antes de lo que reconocerían los historiadores que lo sitúan recién luego de la crisis del treinta. Estos autores, en definitiva, reivindican el “modelo agroexportador” señalando que no sólo no actuó como límite del desarrollo industrial sino que dinamizó su desenvolvimiento. Fue la intervención del Estado en la economía, un elemento que desde esta perspectiva es considerado como “exógeno”, lo que perturbó ese crecimiento a partir de 1930 y, más aún, del primer período peronista.

Según otras visiones también muy difundidas y a las que denominamos *heterodoxas* por diferenciarse de la ortodoxia neoclásica recién referidas, el proceso de industrialización recién habría despegado definitivamente a partir de la década del treinta, como consecuencia de un proceso deliberado de sustitución de importaciones que fue impulsado por distintos gobiernos para salir de la Gran Depresión posterior a la crisis del '29. Para Di Tella y Zymelman (Di Tella–Zymelman, 1967), por ejemplo, entre 1914 y 1933 se produjo la “gran demora” ya que, pese a que estaban dadas las condiciones para el crecimiento de la industria, éste sólo se produjo tras la aplicación de una política que favoreció la industrialización. Siguiendo la teoría de las etapas del desarrollo económico formulada por el economista norteamericano Rostow, estos autores señalan que, luego de la etapa de “preacondicionamiento”, concluida en 1914 (cuando se alcanzaron los mayores índices de exportaciones *per cápita* y cuando se logró una gran ocupación de la superficie cultivable), debería haberse producido el gran despegue, que en realidad se atrasó hasta 1933 (por la baja movilidad de los recursos, sumado a las estructuras político–sociales constituidas a partir de la mala distribución de la tierra y del posicionamiento “anti–industrialista” de la clase

terrateniente). Villanueva (Villanueva, 1972), en cambio, estudia el origen de la industria argentina y se opone a la versión que considera que el desarrollo industrial latinoamericano se produce netamente después de la depresión, en los años treinta. De acuerdo con este autor, si bien durante la década del treinta se observa un gran avance de la industria, esto no es más que la consolidación de un proceso que arranca antes, en los veinte. Según su planteo, esto se percibe claramente en el Censo Industrial de 1935, que señala que el 78% de la producción la tenían las firmas existentes antes de 1930 (todavía en 1946 estas firmas representaban el 60%). Incluso, la tasa de inversión industrial más alta hasta la Segunda Guerra Mundial se dio en entre 1923 y 1929 y no durante los años treinta (lo mismo ocurre con importación de maquinaria y el consumo de electricidad). La industria “moderna”, según este autor, se inició en los años veinte y se potenció con las medidas anticíclicas de la primera mitad de los treinta, que estimularon de hecho la inversión en la industria mediante la prioridad de los insumos industriales y una política cambiaria que funcionaba como barrera aduanera (incentivando su “salto” a través de la instalación directa en el país). Dorfman (Dorfman, 1970 y 1983), por su parte, si bien reconoce que muchas industrias se originaron en el siglo XIX, considera también que la falta de una política proteccionista adecuada las mantiene en su carácter de “primitivas” hasta los cambios estructurales que comienzan en la década del treinta, con el “gran despegue”. Dentro del debate en torno a la industrialización en los treinta, interesa destacar la visión de Eduardo Jorge (Jorge, 1986). Su objetivo va a ser rastrear en el período previo a la crisis del treinta la formación de una clase industrial que posteriormente sirviera de base de apoyo al proyecto peronista de industrialización controlada por el Estado y muestra la dicotomía entre la orientación hacia los mercados interno y externo. Discute con Dorfman su interpretación de que en el censo de 1935 ya se observaba una significativa concentración industrial. Para Jorge, en cambio, lo que se percibe en ese mismo censo es la existencia de una importante franja de pequeñas y medianas empresas, lo cual rebatiría la idea de Dorfman de que en los años treinta se habría profundizado la concentración. **En estos y otros autores subyace la idea de que no puede desarrollarse la industria sin una política específica instrumentada por el Estado que incluya medidas proteccionistas, financiamiento con tasas de interés subsidiadas y el establecimiento de una jerarquía que dé mayor importancia a ciertos sectores prioritarios –las industrias “pesadas”, por ejemplo– sobre otros.** Se invierte, en sus análisis, la determinación de la economía sobre la política.

Dentro de la historiografía argentina aparece esbozada una interpretación distinta, la de **Ricardo Ortiz**, que presenta dos hipótesis sumamente interesantes (Ortiz, 1964). La primera de ellas, compartida en parte con Dorfman, refiere a la importancia de la crisis de 1890 como motorizador del desarrollo industrial (ambos notan, en el censo de 1895, un gran

crecimiento industrial). Ortiz pareciera indicar que la crisis completa el pasaje de la *cooperación simple* a la *manufactura* al favorecer el aumento de los obreros que trabajaban para el mismo patrón y por consiguiente posibilitar un aumento de la división del trabajo. Este crecimiento del número de obreros empleados por un mismo patrón pudo verse favorecido por una baja de salarios.—consecuencia de la crisis que los contemporáneos y Dorfman han señalado—. La segunda hipótesis que plantea Ortiz al pensar la evolución de la industria durante los veinte es que en esta década se habrían producido importantes transformaciones en los *procesos de producción*, las cuales incidirían, luego, en la crisis del treinta. La salida de esta crisis, parecería sugerir, estaría vinculada con el pasaje definitivo de la *manufactura* a la *gran industria*. Este autor plantea que el desarrollo industrial se dio, en este período, en tres etapas. La primera, entre 1895 y 1914, cuando predominaba la *manufactura*; la segunda fue de transición, durante la Primera Guerra; y la tercera ocurrió entre 1920 y mediados de la década de 1930: “*El proceso industrial en la Argentina presentaba todavía en 1895 un predominio de la manufactura, es decir de la cooperación fundada en la división del trabajo (...). La manufactura continúa, sin embargo, manteniendo su disposición original que es la técnica manual y a esa circunstancia se debe que no puede desplazar totalmente a los pequeños talleres. Era precisa la aparición del gran mercado, de las grandes empresas, tal como se presenta en la tercera etapa del proceso industrial argentino: la que ocurre a partir de 1920 realiza una modificación substancial de los métodos de fabricación: ella prepara para la transformación que precipitará y se desarrollará durante el desenvolvimiento de la crisis. El pasaje de la manufactura a la fábrica, que comienza a realizarse decididamente con posterioridad a aquélla, implica una profunda revolución en la técnica y en la economía de la producción: ella modifica de manera inexorable las costumbres, reforma conceptos, separa a los diversos factores de la producción y acentúa la divergencia fundamental que ocurre entre el carácter social del trabajo y el régimen legal de su consecuencia, la producción*” (Ortiz, 1964: p. 213–214). Dentro de las preocupaciones de esta Tesis está justamente la de analizar si es posible vincular ambas crisis —1890 y 1930— con los cambios en los *procesos de producción*, profundizando el planteo de Ortiz recién presentado.

Son muchos los autores que participan en la **polémica** sobre la historia de la industria en la Argentina, pero más que extendernos en exponer las distintas variantes de los trabajos de historia económica, nos interesa destacar un problema recurrente: muchos de ellos hacen una interpretación de corte “político” o “económico” del desarrollo de la industria (según sus posturas más “intervencionistas” o *liberales*), no tomando demasiado en cuenta que los aspectos parciales no pueden ser más que distintas determinaciones del proceso subyacente: la *acumulación* del capital. No se preocupan, en la mayoría de los casos, por el *proceso de*

producción en sí mismo (con sus dos caras: el *proceso de trabajo* y el de *valorización*) para establecer las etapas de subsunción del trabajo en el capital (o sea, para comprender, desde su terminología, el grado de desarrollo de la industria). Además, generalmente el análisis no trasciende la interpretación a partir de fuentes cuantitativas –que ya analizaron los “clásicos”, como Dorfman–, desinteresándose por ensanchar las bases del conocimiento empírico sobre el fenómeno que se pretende analizar.

Lo que se propone en este trabajo de investigación, entonces, es ir más allá del cruce de opiniones, contrastando las hipótesis con fuentes empíricas ya utilizadas, pero también con otras no relevadas o no tenidas en cuenta hasta el momento. Lo central es mostrar que **la historia económica no puede limitarse a la historia de las políticas económicas**, ya que, de este modo, se estaría construyendo una historia utilitarista, para justificar políticas económicas a llevar a cabo en el presente. Así, los historiadores económicos *liberales* desconocen las limitaciones estructurales del “modelo agroexportador” que incluso algunos contemporáneos (Bunge (1928), por ejemplo) ya percibían y niegan las sucesivas crisis –cíclicas y sistémicas– que afectaron al capitalismo argentino o las atribuyen exclusivamente al contexto externo o a la intervención de elementos no económicos. Desde la perspectiva *liberal* se evita analizar los límites del propio sistema (y sus crisis) como elementos inherentes al mismo (recordemos que desde esa perspectiva teórica se resalta la tendencia al equilibrio y se explican los desequilibrios por elementos externos a la propia lógica del sistema). Los *heterodoxos*, por su parte, parecen querer mostrar que el “modelo” era inviable en el largo plazo por la falta de una adecuada intervención del Estado (fundamentalmente por la inexistencia de políticas industriales), por el excesivo endeudamiento externo, por la falta de control estatal sobre las inversiones externas, por la inexistencia de un “partido industrialista”, por la falta de una planificación que alentara la industria “pesada”, por la ausencia de una legislación que protegiera las pequeñas y medianas empresas y/o por otros elementos vinculados con las políticas económicas. La solución, más allá de las particularidades de cada planteo, estaría en cambiar de “modelo”, o sea aplicar instrumentos de “corrección” de las fuerzas del mercado. Unos y otros, por cierto, explican la falta de desarrollo de la Argentina por causas cuya solución podría hallarse dentro del propio sistema: cambiando el rol del Estado, planificando para fomentar la industria “pesada”, estableciendo relaciones comerciales con distintos bloques económicos, subordinando políticamente a la oligarquía terrateniente “parasitaria”, orientando la producción al mercado interno, desarrollando las “ventajas comparativas” del país, generando las condiciones para atraer capitales externos, evitando el endeudamiento excesivo, aplicando políticas keynesianas, u otras múltiples alternativas.

El problema, a nuestro juicio, es eludir la discusión sobre cuál es la lógica propia de la *formación económico-social* que se implantó en la Argentina y qué **límites** tiene cada una de estas propuestas de **reformas**. Como ya ha sido señalado, profundizar el conocimiento de nuestra historia es un elemento para avanzar en el debate sobre la resolución de las crisis económicas del pasado, pero también del presente. Lo que se plantea, como hipótesis, es que las *relaciones sociales de producción capitalistas* pudieron desarrollarse más allá de la intervención del Estado, a pesar del carácter supuestamente “parasitario” –“rentístico”– de la burguesía argentina y de las limitaciones por la falta de maquinaria, insumos o mano de obra con la calificación necesaria. Si bien todos estos elementos pueden hacer a la particularidad de la Argentina –son la forma en que se manifestaron las tendencias generales–, no pueden cambiar de raíz la lógica del sistema capitalista que se expandió en el país entre 1870 y 1940.

Proceso de producción: etapas de subsunción del trabajo en el capital a escala mundial, nacional y de una rama industrial (segunda tríada)

Introducción

Estudiar la lógica de la *acumulación* en los países centrales donde predominaba la *formación económico-social capitalista* –manifestada en una creciente *concentración y centralización*– servirá para analizar qué llevó a revolucionar permanentemente los procesos productivos, incrementando la productividad del trabajo –*mecanización*–. Se intentará dar cuenta de las transformaciones en cuanto a la forma de producir, a la tecnología incorporada y a la organización del trabajo, planteando cuáles son las etapas de subsunción del trabajo en el capital. Como el objetivo es analizar las *relaciones sociales de producción capitalistas en la Argentina*, lo anterior será el marco para comprender cómo se expresaba la determinación general en un caso particular: se buscará analizar la manifestación de las tendencias generales en el capitalismo argentino, a partir de la *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio*. Luego, se mostrará nuevamente la necesidad de conocer en profundidad los procesos específicos en una rama industrial para comprender qué es lo que promueve los cambios en los procesos productivos. Algunos de los interrogantes que guiaron el abordaje de la problemática de este capítulo y que plantean ejes que no necesariamente se abordan en su totalidad son los siguientes: ¿existe alguna tendencia general en el sentido de las transformaciones en el proceso productivo en *la formación económico-social capitalista*?, ¿pueden establecerse leyes en cuanto a la subsunción del trabajo en el capital o la misma se ve sometida a la contingencia de elementos “subjetivos”?, ¿responden los cambios en los *procesos de trabajo* a las necesidades del capital de *valorizarse* o a elementos “externos” a la economía como la lucha de clases o la necesidad de disciplinamiento social?, ¿las etapas de subsunción del trabajo en el capital que propuso Marx –*cooperación simple y manufactura, gran industria* y las formas transicionales– son solamente “lógicas” o pueden constatarse históricamente?, ¿hay una relación necesaria entre la tendencia a la *concentración y centralización* y la tendencia a subsumir cada vez más el trabajo en el capital mediante la *mecanización* de los procesos productivos?, ¿en qué medida un país no central como la Argentina debe atravesar por dichas etapas?, ¿cómo están determinadas las leyes generales del capital en un país no central?, ¿hasta dónde la acción del Estado o el comportamiento de la burguesía local puede modificar las tendencias generales del capitalismo?, ¿pueden vincularse los pasajes entre distintos modos de producción en la Argentina con las crisis de 1890 y

1930?, ¿es posible establecer una periodización uniforme para todas las ramas industriales?, ¿cómo se comportó la industria cervecera en relación a este proceso? Si bien no necesariamente se tratan todas estas cuestiones, sí se planteó a partir de las mismas un sistema de problemas que fue desarrollándose a medida que avanzó la investigación y sirvió para estructurar este capítulo.

Proceso de producción como núcleo del capitalismo a escala mundial

El estudio de las *relaciones sociales de producción capitalistas* requiere observar el núcleo del sistema capitalista, el *proceso de producción*, que en esta *formación económico-social* no es otra cosa que la unidad entre el *proceso de trabajo* y el *proceso de valorización* (es *proceso de producción capitalista*, a diferencia del *proceso de producción de mercancías*). Todo *proceso de trabajo* forma parte de un *proceso de producción*, cuya naturaleza específica está determinada por las relaciones sociales que lo constituyen. Así, en el capitalismo, las *relaciones sociales de producción* determinarán la forma del *proceso de trabajo*, cuyo objetivo es la *valorización del capital* (y no solamente la producción de un *valor de uso*) Por eso, al estudiar los cambios en los *procesos de producción* se observa cómo se transforma la actividad que permite generar la *plusvalía*, objetivo supremo del sistema capitalista. Es en este sentido que se insiste en que los cambios en los *procesos de trabajo* no pueden estudiarse más allá de las transformaciones en los procesos de *acumulación* de capital, regulados por la *ley de valor*. La lógica de las transformaciones de los *procesos de trabajo* está íntimamente relacionada con la necesidad del capital de *valorizarse* y de reproducirse en forma ampliada – la reproducción ampliada presupone la reinversión de parte del *valor* (y *plusvalor*) generado en un nuevo ciclo productivo–, por lo que **existe una tendencia objetiva, determinada por la ley del valor, que lleva a que cada vez el trabajo se subsuma más en el capital, a que cada vez haya una mayor objetivación del trabajo.** A su vez, es la competencia intercapitalista la que obliga a aumentar las inversiones en maquinaria, haciendo que se eleve la *composición de valor del capital* –relación entre el *capital constante* y el *capital variable*–, dándose una tendencia a la fragmentación y descalificación del trabajo –que degrada los conocimientos específicos del trabajador. Sin embargo, la creciente separación del productor de los medios de producción, con la consecuente pérdida del dominio del *proceso de trabajo*, debe enfrentarse con la unidad ineludible que se produce en el mismo: el trabajo se mecaniza, se reemplaza *trabajo vivo* por *trabajo muerto* –obreros por máquinas–, pero a su vez, y en forma contradictoria, en el proceso no se puede prescindir del trabajo humano ya que éste es la única fuente de creación de *valor*.

Consideremos, más detenidamente, qué significa que el *proceso de producción* es la unidad inmediata del *proceso de trabajo* y el de *valorización*. Según Marx¹, la mercancía tiene un doble aspecto al ser el resultado de la unidad inmediata del *valor de uso* y el *valor*. Este doble carácter de la mercancía, como se vio en la Introducción y en el Capítulo I, también aparece en el trabajo (concreto y abstracto) y en el dinero (dinero y capital). En el *proceso de producción*, que en su interior encierra estos dos aspectos recién señalados, al mismo tiempo se crea un producto útil, que sirve para satisfacer una necesidad (*proceso de trabajo*), y un *valor* (*proceso de valorización*). Lo que le agrega *valor* al producto final es el trabajo simple directo e indirecto socialmente reconocido, o sea que ese *valor* agregado sólo puede añadirse como *trabajo abstracto*, que aparece portado por *valores de uso* peculiares – producidos por el trabajo concreto—. Sin embargo, **no se trata de dos procesos distintos ya que son aspectos del mismo trabajo, que en su carácter útil produce valores de uso y en su carácter abstracto, valor**. El *proceso de producción*, en este sentido, es unidad del *proceso de valorización* (el objetivo del capital es crear *valor* y *plusvalor*) y del *proceso de trabajo* (ese *valor* creado debe ser portado por una mercancía útil). El capitalista, para transformar su dinero en capital, compra determinadas mercancías (*medios de producción* y *fuerza de trabajo*) y hace que los obreros consuman productivamente los *medios de producción* en un trabajo concreto (y a la vez abstracto) para producir mercancías que sean portadoras de un *valor* superior al que tuvo que desembolsar el capitalista para comprar los *medios de producción* y la *fuerza de trabajo*. Esto es posible debido a la capacidad del *trabajo vivo* de crear más *valor* del que cuesta su propia reproducción. El capitalista compra una capacidad de trabajo pagándola a su *valor* (paga lo necesario para que se reproduzca esa *fuerza de trabajo*, de acuerdo a sus necesidades fisiológicas y sociales) y la pone a trabajar en un proceso que cada vez controla más (el capital va subsumiendo cada vez más el trabajo). Esto ocurre en las todas las ramas de la producción ya que al capital le es indiferente *qué* se produce: sólo se tiene en cuenta el *valor de uso* de la mercancía que produce en tanto ésta sea portadora de *valor*, *siendo* el proceso laboral sólo un vehículo y un medio para *valorizar* el capital. Por lo tanto, el capitalista, como personificación –muchas veces inconsciente– del capital–, no tiene preferencia por tal o cual rama industrial, sino en función de la ganancia.

Así como la *acumulación* del capital se manifestó en una creciente *concentración* y *centralización* que dio lugar a fines del siglo XIX al período imperialista, el desarrollo de la *acumulación* también apareció manifestado en los cambios en los *procesos de producción*. ¿Qué caracteriza a cada modo de producción al interior del sistema capitalista? La

¹Los aspectos que aquí desarrollamos corresponden a los capítulos I a V del libro primero de *El Capital* (Marx, 1867), 1998).

cooperación simple es la primera forma que el trabajo asume bajo el capitalismo (Marx, (1867), 1998: cap. XI). Si bien no se modifica la manera en que se realizaba previamente, el trabajo pasa a ser más productivo al ser la mercancía confeccionada colectivamente por los muchos obreros empleados por el mismo capitalista —que al haberles comprado sus *fuerzas de trabajo* toma una función directiva y se apropia de la producción cooperativa—. Este aumento de la productividad social del trabajo, que se realiza fundamentalmente por el uso común de la infraestructura, es una diferencia meramente cuantitativa: “*Como vemos, la producción capitalista sólo comienza, en rigor, allí donde el mismo capital individual emplea simultáneamente una cantidad de obreros relativamente grande y, en consecuencia, el proceso de trabajo amplía su volumen y suministra productos en una escala cuantitativamente mayor. El operar de un número de obreros relativamente grande, al mismo tiempo, en el mismo espacio (o si se prefiere en el mismo campo de trabajo), para la producción del mismo tipo de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista, constituye histórica y conceptualmente el punto de partida de la producción capitalista*” (Marx, (1867), 1998: p. 391). Así, al usarse los medios de producción en forma colectiva —cooperación—, éstos transmiten al producto individual un componente menor de *valor*. Pero al mismo tiempo, debido a la cooperación, se crea una *fuerza de masas*, o sea que se acrecienta la capacidad individual de rendimiento de cada individuo (10 trabajadores juntos pueden producir más que 10 trabajando individualmente). Si bien lo esencial del proceso aparece incambiado, la dirección del mismo pasa a manos del capitalista, por lo que la fuerza productiva del obrero, ahora como *obrero social*, aparece como fuerza productiva del capital. Esta etapa, de la cooperación, es el primer cambio que experimenta el *proceso de producción* debido a su subsunción en el capital: “*En su figura simple, hasta aquí analizada, la cooperación coincide con la producción en gran escala, pero no constituye una forma fija y característica de una época particular de desarrollo del modo capitalista de producción. A lo sumo, se presenta de esa manera, aproximadamente, en los comienzos aún artesanales de la manufactura y en ese tipo de agricultura en gran escala que corresponde al período manufacturero (...). La cooperación simple es siempre la forma predominante en aquellos ramos de la producción donde el capital opera, en gran escala pero sin que la división del trabajo o la maquinaria desempeñen un papel significativo*” (Marx, (1867), 1998: pp. 407–408).

La cooperación persiste, pero ya en su figura clásica, en el **período manufacturero** (en Inglaterra, desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del XVIII) (Marx, (1867), 1988: cap. XII). Con la *manufactura* surge una nueva forma de cooperación, basada en la división del trabajo: se dividen las tareas y se asignan en forma permanente a distintos

obreros, lo que permite la especialización de los mismos y la parcialización de las tareas. A la par, se produce una especialización de las herramientas que se simplifican, se diferencian y se adaptan a las distintas operaciones parciales. La *manufactura* emplea ocasionalmente maquinaria, generalmente para trabajos masivos que necesitan de mucha energía, pero ésta sigue siendo secundaria dentro del proceso productivo general. La revolución se da en la *fuerza de trabajo*: “*El artesanado continúa siendo la base técnica estrecha que excluye, en realidad, el análisis científico del proceso de producción, ya que todo proceso parcial recorrido por el producto debe ser ejecutado como trabajo parcial de índole artesanal. Precisamente porque, de esta manera, la destreza artesanal continúa siendo la base del proceso de producción, cada obrero queda ligado exclusivamente a una función parcial y su fuerza de trabajo se transforma en órgano vitalicio de dicha función*” (Marx, (1867), 1998: p. 412). La clave está en la división del trabajo y en la parcelación de las tareas, con lo cual se genera una continuidad, uniformidad, regularidad y orden que permiten aumentar la intensidad del trabajo respecto de la producción artesanal e incluso de la *cooperación en su forma simple*. Surge el *obrero colectivo*, mecanismo vivo de la *manufactura*, conformado por los obreros parciales que en sus distintas funciones requieren grados de calificación diferentes, lo que da lugar a una gradación jerárquica de la *fuerza de trabajo* –diferenciación entre los calificados y los no calificados–. Aparece la figura del peón, aunque su importancia se encuentra aún limitada en esta etapa por la preeminencia de los obreros calificados. La *fuerza de trabajo* se desvaloriza relativamente, lo cual implica una mayor *valorización* del capital, ya que todo lo que disminuya el tiempo necesario para la reproducción de la *fuerza de trabajo* aumenta la magnitud del plustrabajo. Ahora, aún más que en la *cooperación simple*, el conocimiento del proceso laboral se les presenta a los obreros como una potencia ajena, como un poder que los domina.

Asimismo, el desarrollo de la *acumulación* significó nuevas transformaciones en el proceso productivo: “*Al mismo tiempo, la manufactura no podía ni apoderarse de la producción social en toda su amplitud, ni revolucionarla en profundidad. Descollaba, como obra económica de artificio, sobre la amplia base de las artesanías urbanas y de la industria domiciliaria rural. Al alcanzar cierto grado de desarrollo, su propia y estrecha base técnica entró en contradicción con las necesidades de producción generadas por ella misma*” (Marx, (1867), 1998: p. 448). Por eso puede observarse la existencia de formas transicionales, como la *manufactura moderna*, que se define por una progresiva *mecanización* de las tareas, pero sin llegar a conformar un *sistema de máquinas*. Pese a que gran parte de las operaciones ya no se realizan en forma manual sino mecánicamente, no existe aún una *fuerza motriz* central y por lo tanto no está constituido el *sistema de máquinas* propiamente dicho. El *proceso de*

producción conserva una base *subjetiva* considerable a pesar de la creciente importancia de las máquinas.

El mayor grado de desarrollo del *proceso de producción* es alcanzado en la **gran industria**, en la que, en un *sistema de máquinas*, éstas ya no aparecen sólo como elementos simples del proceso productivo –*manufactura*– sino que deben presentar una base técnica unificada que está dada por el empleo de una misma fuerza motriz y por un mecanismo de transmisión común a todas las máquinas (Marx, (1867), 1998: cap. XIII). Hay, además, una tendencia a la disminución de los “tiempos muertos” del *proceso de producción*, donde el obrero no trabaja y por lo tanto no incorpora *valor* (en el caso de la cerveza, como veremos, nuevos descubrimientos químicos permitirán disminuir el tiempo que debe reposar la bebida para que se complete la fermentación). El *proceso de trabajo* aparece objetivado y se intenta llegar a un nivel de automatización cada vez mayor donde la maquinaria efectúe la mayor cantidad posible de operaciones y sólo se requiera una mínima intervención del obrero. El obrero deja de valerse de la máquina y ahora es ésta la que tiende a regular el proceso, consumiendo el trabajo vivo: “*No es el obrero quien emplea los medios de producción, son los medios de producción los que emplean al obrero. No es el trabajo vivo el que se realiza en el trabajo material como en su órgano objetivo; es el trabajo material el que se conserva y acrecienta por la succión del trabajo vivo, gracias a lo cual se convierte en un valor que se valoriza, en capital, y funciona como tal. Los medios de trabajo aparecen ya únicamente como succionadores del mayor cuanto de trabajo vivo*” (Marx, (1866), 1997: p. 17). La revolución, a diferencia de la *manufactura*, no se realiza en la *fuerza de trabajo* sino en el *medio de trabajo*. Así, se establece la dominación del obrero por parte del capitalista como la **dominación del hombre por la cosa**. Históricamente, se constituyó primero la máquina, para reemplazar la herramienta, luego la cooperación de muchas máquinas similares y, por último, la instauración de un *sistema de máquinas* (sólo reemplaza la máquina individual cuando el objeto de trabajo recorre una serie de procesos graduales y distintos, ejecutados por una cadena de máquinas no homogéneas pero complementarias entre sí). De esta forma, se instaura el **modo de producción específicamente capitalista**: “*En la manufactura, la organización del proceso social de trabajo es puramente subjetiva, combinación de obreros parciales; en el sistema de las máquinas, la gran industria posee un organismo de producción totalmente objetivo al cual el obrero encuentra como condición de producción material, preexistente a él y acabada. En la cooperación simple, e incluso en la que se ha vuelto específica debido a la división del trabajo, el desplazamiento del trabajador aislado por el obrero socializado sigue siendo más o menos casual. La maquinaria, con algunas excepciones (...) sólo funciona en manos del trabajo directamente socializado o colectivo. El*

carácter cooperativo del proceso de trabajo, pues, se convierte ahora en una necesidad técnica dictada por la naturaleza misma del medio de trabajo” (Marx, (1867), 1998: pp. 469–470). De acuerdo a la tendencia general en la transformación del *proceso de producción* en el capitalismo, se pasa a la *subsunción real* del trabajo en el capital.

En síntesis, hay dos grandes etapas en la historia de la explotación del trabajo en el régimen capitalista. Hasta fines del siglo XVIII la producción se caracteriza por ser *manufacturera* (la base del proceso laboral sigue siendo *subjetiva*) y, a partir de la “revolución industrial”, comienza, al menos en los países centrales, la etapa de la *gran industria* (la base del proceso laboral pasa a ser crecientemente *objetiva*)². Se pasa, así, de la dominación meramente *formal* a la dominación *real* del capital sobre el trabajo. Esta *subsunción real* requiere de ciertas bases materiales: empleo de maquinaria, extracción de *plusvalía relativa*, aplicación consciente de la ciencia y la tecnología, movilidad y posibilidad de reemplazo de la *fuerza de trabajo* (formación de un ejército de reserva) y una escala de producción más extendida, por lo cual requiere de un elevado grado de *centralización* de los capitales. A partir de finales del siglo XIX, en el período imperialista, la expansión del capital hacia nuevas regiones potenció una internacionalización de los *procesos de producción*, impulsando, aunque en forma *desigual, combinada y contradictoria*, la transformación en la organización del trabajo en los países no centrales, de acuerdo a las pautas de este modo de producción que es el específico del régimen capitalista. **Los procesos de concentración y centralización que describimos en el Capítulo II y el proceso de creciente mecanización de la producción – consolidación de la gran industria– al que hicimos mención en este apartado, no son sino manifestaciones de las tendencias generales de la acumulación capitalista, que va ampliando su rango de influencia.** La *acumulación* lleva, en el capitalismo, a una creciente *concentración y centralización* del capital lo que a su vez permite revolucionar permanentemente la organización del trabajo, incrementando el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto, al mismo tiempo, impone condiciones de producción que requieren escalas cada vez mayores de producción, o sea capitales crecientemente *centralizados*, generándose una retroalimentación entre la *concentración*, la *centralización* y la *mecanización*, tres formas en que se determina la *acumulación* capitalista.

² Debemos aclarar, aquí, que no consideramos que el pasaje al modo de producción de la *gran industria* se pueda explicar exclusivamente a partir de los adelantos técnicos que permitió la “revolución industrial”. Justamente, fue la revolución en las condiciones de organización del trabajo la que permitió que esos inventos - fundamentalmente la máquina de vapor- se aplicaran a la producción industrial. Esta precaución evita la *fetichización* del rol de la tecnología (su consideración como un elemento autónomo, que puede modificar los *procesos de producción* más allá de las relaciones sociales en que se establecen los mismos).

Etapas del proceso de producción a escala nacional

En este apartado, se estudian el *proceso de producción* en la Argentina, retomando las etapas de *cooperación simple y manufactura y gran industria* que planteamos en el apartado anterior en su conexión histórico-conceptual con la *concentración y centralización* de capitales a escala internacional, manifestación de la *acumulación* capitalista en el período imperialista, lo cual permitirá establecer en qué medida se desarrolló el capitalismo en la Argentina entre 1870 y 1940. Para comprender la relación dialéctica que se establece entre los *procesos productivos* en los países centrales y en la Argentina, se tendrá en cuenta la teoría del *desarrollo desigual, combinado y contradictorio*, según lo desarrollado en los Capítulos I y II. Asimismo, se presentan las hipótesis acerca de las transformaciones del *proceso de producción* en la rama cervecera y el vínculo con la *concentración y centralización*, anticipando lo que será ampliado en el Capítulo IV.

Hasta el último cuarto del siglo XIX, la “industria” argentina estaba dominada por pequeños talleres y la organización del trabajo conservaba, tanto en la ciudad como en el campo, una base *subjetiva* apreciable. La producción “artesanal”, mayoritariamente ubicada en el interior del país, era fundamentalmente textil, aunque también incluía el procesamiento de productos agrarios como el vino, la yerba mate y el azúcar, todos destinados al mercado interno. Asimismo, estaba desarrollado el saladero, aunque su *proceso de producción* era sumamente rudimentario. Para ese entonces los mercados eran muy pequeños y muy caros los costos del transporte (la red ferroviaria todavía era precaria), por lo cual la instalación de unidades de mediana y pequeña producción parecía no ser aún viable, lo cual coincide con la hipótesis de Ortiz acerca de que aún no se había consumado el pasaje hacia la *manufactura*. Sin embargo, fue a partir de la década de 1880 cuando el capitalismo argentino experimentó un marcado proceso expansivo, en una etapa particular del capitalismo mundial. En esos años y “a caballo” de una actividad agropecuaria en rápida expansión, llegaron capitales y “mano de obra” – *fuerza de trabajo*– como nunca antes. Se produjeron grandes inversiones en infraestructura (ferrocarriles, puertos) y fue creciendo la demanda local de productos manufacturados, así como la necesidad de transformar algunos bienes primarios para poder ser exportados en mejores condiciones (frigoríficos). Esto posibilitó que se instalasen las primeras plantas industriales de gran proporción, en aquellas actividades donde podían establecerse economías de escala o en las que se vislumbraba la posibilidad de establecer condiciones “monopólicas” u “oligopólicas”. Los frigoríficos –la mayor parte de los cuales eran instalados por capitales ingleses y estadounidenses– dinamizaron el comercio exterior y al mismo tiempo permitieron establecer nuevas formas de organización del trabajo. Fue

mayormente el capital externo, el más *concentrado y centralizado*, el que impulsó las transformaciones en los *procesos de producción*. Parecía terminarse, así, el tiempo propicio para el surgimiento de “pioneros” de la industria (Noel, Bieckert, Peuser, Bianchetti, etc.)³, siendo la hora de las empresas de dimensiones más importantes, las primeras de las cuales procesaron productos alimenticios, textiles y bebidas. En la **década de 1890**, pese a la crisis que afectó a toda la economía, el crecimiento industrial siguió su avance. La industria se vio “protegida” por la devaluación de la moneda que quitaba competitividad a las importaciones y por el alza de las tarifas aduaneras, que el gobierno propició para equilibrar sus cuentas. Esta etapa expansiva de la industria, acompañada por una “depuración” de capitales –muchas de las empresas más pequeñas y menos productivas no pudieron sobrevivir a la crisis– continuó hasta la Primera Guerra Mundial –entre 1903 y 1913 hubo un nuevo ciclo de inversiones extranjeros–. Según los datos censales, hacia 1914 el capital total invertido ascendía a casi \$1.800 millones (contra poco más de \$300 millones en 1895) y más del 70 % de la demanda local de bienes manufacturados se cubría con la producción nacional.

En cuanto a la **estructura de la industria**, podemos señalar que la misma era **dual**. Por un lado, existía un grupo de grandes fábricas, surgidas muchas de ellas durante la década de 1880, que consiguieron conquistar porciones muy importantes de los mercados que abastecían. En general, estas empresas se ubicaron en mercados que podían ser “oligopolizados” o en ramas en las que se exigían fuertes economías de escala, lo que haría difícil sobrevivir a las pequeñas y medianas empresas (como veremos más adelante, el caso de la industria cervecera es un claro ejemplo de esto). Justamente, junto a las grandes empresas, coexistieron otros grupos de pequeñas y medianas fábricas e incluso talleres, con dimensiones más reducidas y escaso capital. Así, en el censo de 1914 se destacan los frigoríficos, molinos harineros, ingenios y cervecerías, pero al mismo tiempo proliferan las sastrerías, panaderías, mueblerías y otros pequeños establecimientos. **Una manifestación de que se estaba profundizando el desarrollo del capitalismo en la Argentina es que la supervivencia de éstas pequeñas y medianas empresas –con escalas de producción reducidas– fue haciéndose cada vez más difícil:** *“Esos pequeños empresarios siguieron brotando en los años posteriores, pero las condiciones del entorno ya no permitían el auge continuo experimentado por los pioneros. Luego de 1880, como se verá, la evolución de la industria local siguió un recorrido diferente, basado en la hegemonía de la gran empresa y el control financiero, dos factores que restringieron durante las décadas siguientes las posibilidades de acumulación interna a la pequeña y mediana empresa fabril”* (Schvarzer, 1996: p. 73). La

³ Para un estudio sobre los primeros grandes industriales “argentinos”, véanse Chueco (1886), Dorfman (1970), Schvarzer (1996) y Hora (2001), entre otros.

llegada de capitales extranjeros, que se incrementó por estos años, provocó un salto adelante en el desarrollo del capitalismo argentino. Un ejemplo en este sentido fue el rápido aumento en la oferta de energía. La CATE, una gran empresa de origen alemán –fue una de las tres mayores inversiones directas de los alemanes en el exterior antes de la Primera Guerra–, que se creó hacia fines del siglo XIX, enseguida pudo controlar gran parte de la demanda de energía en Buenos Aires e instaló una nueva usina a comienzos del siglo XX que, según el comentarista del Tercer Censo Nacional, era una de las mayores del mundo (Schvarzer, 1996: pp. 89–91). El objetivo era proveer de energía a una ciudad que se extendía día a día, pero esto permitió, además, dar un nuevo impulso a la producción. Así, en pocos años, la industria ya no necesitó depender de fuentes energéticas propias, como la antigua máquina de vapor, lo cual permitió pasar rápidamente a la etapa de la electricidad, con una evolución más acelerada que la del resto de los países que primero se habían industrializado. Este “salto de etapas” –en relación con los países primeramente industrializados, donde la instauración de la energía eléctrica fue un proceso más lento– puede entenderse, a nuestro juicio, con la *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio* (mientras se conservan ciertas características poco desarrolladas de las *relaciones sociales de producción capitalistas*, en algunos rubros claves, como en la electricidad, se producen “saltos” tempranamente gracias a la internacionalización de los capitales y las innovaciones técnicas).

Continuando con los datos censales, se observa que para 1914 había 48.000 establecimientos industriales en todo el país, que ocupaban a más de 400.000 trabajadores. Esta cifra, por cierto, no puede ser un indicador preciso del desarrollo de la industria debido a que incluye casi 20.000 establecimientos “no fabriles”, dentro de la clasificación empleada por los propios censistas para referirse a las pequeñas manufacturas (panaderías, fábricas de calzado, sastrerías, etc.). En cuanto a la materia prima utilizada, observamos que alrededor del 30 % provenía del exterior, lo cual desmiente, como se verá luego para el caso particular de la cerveza, el supuesto de que sólo se desarrollaron las industrias que procesaban materias primas locales –“agroindustrias”–. La mayoría de las industrias se ubicaba geográficamente en la Ciudad de Buenos Aires. También estaba muy *concentrada y centralizada*: las 20 empresas más grandes reunían el 20 % del capital y la potencia total instalada en la industria, a la vez que empleaban al 10 % de la mano de obra (Schvarzer, 1996: p. 93). Entre 1895 y 1914, años de los censos nacionales, el total de establecimientos se duplicó (24.144 a 48.779), lo mismo que los empleados (174.800 a 410.200), mientras que los capitales invertidos aumentan más de tres veces (327,4 millones a 1.787,6 millones de pesos) y la *fuerza motriz* se multiplica por once (60.000 a 678.000 HP) (Vázquez Presedo, 1979: p. 217).

La **Guerra Mundial** redujo el comercio exterior ofreciendo una protección para ciertas industrias locales, pero esto no se tradujo en un salto cualitativo de la industria argentina debido a la necesidad de importar maquinarias y herramientas que no se producían en el país. En los años posteriores a la guerra, los pequeños productores que habían prosperado gracias a la misma se vieron golpeados y debieron, en muchos casos, vender sus compañías a las grandes firmas, que tendían a “oligopolizar” la producción. Así, como en toda crisis, se acentuó la *centralización* de capitales. En los años veinte, además, llegaron numerosos capitales estadounidenses, aunque también alemanes, y se desarrollaron nuevos rubros industriales –químicos, metales, petróleo, caucho y artículos eléctricos– a una escala aún mucho mayor, lo cual coincide con la creciente “transnacionalización” del *proceso de producción* argentino. La tasa de crecimiento de las actividades industriales fue mayor que la del sector agrario y también aumentó el porcentaje del sector industrial en el PBI (Gerchunoff y Llach, 1998: p. 90). Hacia fines de los años veinte, Argentina era uno de los países más industrializados del continente latinoamericano y las grandes plantas fabriles dominaban en la mayor parte de los sectores que abastecían. En 1935 se realizó un amplio censo industrial que mostró que había alrededor de 40.000 establecimientos fabriles (varios miles menos que en 1914) que ocupaban a cerca de medio millón de obreros para producir todo tipo de bienes por un monto de 3.000 millones de pesos. Además, se produjo un gran avance de la “tecnificación”, lo cual se observa en que la potencia instalada era varias veces mayor a la de veinte años atrás (de 678.000 HP se pasó a más de 2.100.000 HP). La *centralización* se había profundizado: menos de 700 firmas organizadas como sociedades anónimas poseían 2.300 establecimientos y concentraban la mitad de la producción fabril. Otros 2.700 establecimientos se encargaban del 30 % siguiente y el resto, una masa numerosa de pequeñas unidades de producción, del restante 20 %. Sólo el 10 % de la producción provenía de establecimientos nacidos con posterioridad a 1930, lo que muestra el error de considerar a esta fecha como la del “nacimiento” de la industria argentina. Unos años después, en 1946, se realizó un nuevo Censo Nacional, que mostró cómo la producción se duplicó en once años, mientras que el número de obreros ocupados llegó a 900.000. Más del 70 % de la producción y de los obreros operaban en plantas ya existentes en 1935, en una industria que ahora aportaba un valor superior al del sector agropecuario y era la mayor impulsora de la economía y del empleo. **Ahora bien, estos datos estadísticos sólo pueden mostrar qué ocurría en términos cuantitativos. Se ve, a partir de los mismos, que la industria se desarrolla, que crece, pero no se ve cómo se desarrolla. Para estudiar la evolución industrial de un país –manifestación del desarrollo de las relaciones sociales de producción capitalistas– habría que ver qué ocurría con los procesos de producción y su vínculo con la concentración y la**

centralización. Como señalamos en el Capítulo II, Ricardo Ortiz presenta dos hipótesis sobre la evolución de la industria que nos parecen sumamente interesantes (Ortiz, 1964). La primera de ellas refiere a la importancia de la crisis de 1890 como motorizador del desarrollo industrial, como momento de consolidación de la *manufactura*. La segunda hipótesis es que en la década de 1920 se habrían producido importantes transformaciones en los *procesos de producción*, las cuales incidirían en la crisis del treinta, que concluiría con el pasaje definitivo de la *manufactura* a la *gran industria*. El problema, a nuestro juicio, es que Ortiz pretende resolver este problema bien planteado a partir de los datos censales, lo cual no es posible: saber si un tipo de producción responde a la *manufactura* o la *gran industria* requiere trabajar con fuentes cualitativas, que muestren las características del *proceso de trabajo* concreto y su vínculo con la *valorización* que es la forma como se reproduce el capital. Ambas tesis de Ortiz, que tomamos como hipótesis de trabajo y que reforzamos con algunos datos estadísticos presentados en este apartado, sólo pueden ser corroboradas a partir del análisis particular de las distintas ramas industriales, lo que haremos de aquí en más con la cervecera.

Etapas del proceso de producción en la industria cervecera argentina

Recordemos qué nos llevó a elegir a la industria cervecera. En primer lugar, no encontramos estudios histórico-económicos específicos sobre esta rama, a diferencia de otras⁴. En segundo lugar, a diferencia de varias de las industrias que florecieron en el período, ésta no es la clásica industria que procesa materia prima local, o sea que no se desarrolla como complemento de la actividad agrícola en expansión, sino que importó materia prima durante varias décadas. En tercer lugar, al haber sido analizada como uno de los prototipos de “monopolización” –*centralización*– por causas “políticas”, justamente nos es un buen ejemplo para corroborar lo contrario: dicho proceso puede explicarse de acuerdo a las tendencias generales de la *acumulación* capitalista y no por las supuestas prácticas anticapitalistas. Entre sus características técnicas específicas, observamos que el producto debe ser consumido luego de las primeras semanas de elaboración, lo cual facilita el consumo local –aspecto que, de todas maneras, no impidió que se consumiera cerveza importada, que competía con la nacional–. Además, al ser una bebida refrescante, su producción es estacional, particularidad que influye en la organización de la producción. Estos aspectos distintivos de la industria cervecera argentina, que serán ampliados en el capítulo siguiente, muestran que es necesario conocer en profundidad cada rama industrial debido a las singularidades de su *proceso de*

producción, de sus materias primas y demás insumos necesarios, de las pautas de transporte, comercialización y consumo del producto y de la escala de producción, que determinará grados de *concentración* y *centralización* diferentes.

Como se esbozó en la Introducción, **la hipótesis principal de esta Tesis es que la industria cervecera se comportó de acuerdo a las tendencias generales de la *acumulación* capitalista y que evolucionó determinada por la *ley del valor*, con un desarrollo *desigual*, pero *combinado* en relación con los países centrales donde más avanzada estaba la *producción*. A finales de la década de 1880, con la oleada de capitales extranjeros que llegaron a la Argentina y cuando se produjo el desembarco en la rama de los grandes capitales internacionales bajo la forma de sociedades anónimas, hubo una gran transformación, que ampliará la *concentración* y la *centralización*, estableciendo las bases para la transformación de la producción que llevó primero a la consolidación de la *manufactura moderna* y luego a la instauración del modo de producción específicamente capitalista: la *gran industria*.**

Hasta mediados del siglo XIX la producción local de cerveza era despreciable⁴. El Primer Censo Nacional (1869) casi no contiene información sobre la actividad “industrial” y sólo registra 83 profesionales cerveceros que actuaban en el país. Unos años después, a principios de los años '90 existían en el país 81 fábricas de cerveza, pero varias no habían vuelto a operar luego de la crisis de 1890, lo que marca una primera “depuración” de capitales en la rama (inicios de la *centralización*). **La década de 1880 fue propicia para la creación de nuevas compañías cerveceras ya que aún era posible competir sin grandes capitales, pero a partir de allí fue disminuyendo constantemente el número de establecimientos mientras que aumentaba la producción y la productividad del trabajo.** No es casual que poco antes de la crisis de 1890 Bieckert vendiera su fábrica a una sociedad anónima inglesa y que se instalara la empresa Quilmes, propiedad de una sociedad anónima de capitales mayormente alemanes. Para 1895, según el Censo Nacional, quedaban 61 establecimientos, con 69 máquinas a vapor (1.100 HP), 957 empleados y un capital de 8.843.589 pesos de curso legal. En ese entonces una sola fábrica, la cervecería Quilmes en 1888, contaba con 255 empleados y 53 máquinas (23 a vapor: 537 HP, o sea casi el 50 % de la *fuerza motriz* instalada en toda la rama), lo cual es un indicio de que el nivel de *centralización* de esta industria era muy alto y que además se dio muy rápidamente (la fábrica había empezado a operar hacía sólo 5 años). En la primera década del siglo XX, en la Capital Federal, la

⁴ De todas formas, no son frecuentes los trabajos historiográficos que se ocupen de las distintas ramas de la industria argentina: “No existen estudios actualizados que analicen las distintas ramas de la producción” (..) “La falta de estudios por ramas es particularmente lamentablemente...” (Korol, 2001: p. 165).

⁵ El desarrollo de la investigación sobre la industria cervecera será expuesto extensamente en el capítulo siguiente, por lo cual aquí nos limitaremos a presentar algunos datos estadísticos, cuyas referencias serán oportunamente detalladas en dicho capítulo.

industria cervecera era la séptima según la magnitud de sus capitales, la vigésima según la potencia de su *fuera motriz*, pero se ubicaba en el puesto 35 en cuanto al número de operarios y casi última en relación con la cantidad de establecimientos. En la provincia de Buenos Aires, la industria cervecera era la segunda en capitales invertidos, la quinta en producción, la séptima en cuanto a la cantidad de empleados y no figuraba en la lista que indicaba la cantidad de establecimientos (lo que significa que era muy escaso el número de establecimientos cerveceros). **Esto nos muestra que el grado de centralización era muy superior al del resto de las industrias y que, al mismo tiempo, era una de las ramas con mayor capital invertido, lo que es un indicio de la relación entre la mecanización y la centralización, como manifestaciones de un alto grado de desarrollo de la acumulación de capital.**

En Argentina, la llegada de los capitales exportados por los países centrales ya hacía notar su presencia: “*El Boletín de la UIA afirmaba en 1904 que ‘la creación de la gran industria y el capital anónimo ... desaloja a la pequeña industria conservadora de carácter profesional’. El desalojo era una forma pudorosa de mencionar las quiebras y las operaciones de compra-venta de esas empresas. La experiencia muestra que fueron muchos los pequeños que optaron por vender*” (Schvarzer, 1996: p. 94). Exactamente eso es lo que se observa en estos años en la industria cervecera. Las cervecerías menos tecnificadas y menos productivas iban desapareciendo o bien siendo compradas, antes de quebrar, por los gigantes de la rama (Quilmes y Bieckert). Para 1914 disminuye el número de establecimientos a menos de la mitad (de 61 a 29) mientras que la producción aumenta más de ocho veces (de 15 a 125 millones de litros anuales). Donde más claramente se observa esta reducción del número de establecimientos es en Buenos Aires, justamente donde la producción más creció. El personal empleado también aumentó en un 150 % (de 957 a 2.599). Además, hubo una sustitución de las máquinas a vapor (bajan de 61 a 33) por las eléctricas (ahora hay 328) y en menor medida por los motores de explosión (10), lo que implica una modernización en los establecimientos (de algo más de 1.000 HP de energía se pasa a más de 8.000 HP). Dado que la producción aumentó ocho veces y la cantidad de empleados tan sólo en un 150 %, hubo un aumento considerable de la productividad del trabajo, lo que además puede relacionarse con el importante incremento de maquinaria y de energía empleadas –también se octuplicó–, elementos que analizaremos con más detenimiento en el capítulo siguiente. **Se presenta otro indicio, entonces, de que al requerirse mayores volúmenes de capital para producir cerveza debido a la creciente mecanización, los establecimientos menores sólo producen volúmenes marginales y están condenados, en el corto o mediano plazo, a desaparecer o ser subsumidos (tal fue la suerte que corrieron las cervecerías Schlau y Palermo, entre**

las diez más importantes, compradas ambas por la Cervecería Argentina Quilmes en 1907 y 1912, respectivamente).

Unos años después, la tendencia se profundiza: entre los años 1913 y 1929 se ve una nueva reducción del número de establecimientos de más del 40 %, acompañada por un aumento de la producción (100 %) y de la fuerza motriz (115 %). En los Censos y estadísticas industriales de 1935 y 1937 se verifican nuevamente una *concentración* acompañada por un decrecimiento en el número de establecimientos –*centralización*– a la par que se da un aumento en el número de empleados y obreros y de maquinaria empleada. La estadística industrial de 1939 confirma las tendencias anteriores: quedan sólo 21 establecimientos cerveceros con 570 empleados y 4.339 obreros. Por primera vez aparecen clasificados los establecimientos de cerveza según los tamaños, lo que nos permite ver que el proceso de disminución del número de establecimientos registrado desde 1895 iba acompañado de un proceso de *centralización* (13 de los 21 establecimientos son de más de \$m/n 500.000 –los más grandes–, y producen más del 95 % de la cerveza).

Esta breve mención de las fuentes estadísticas permite ver el amplio nivel de *concentración y centralización* existente y presentar algunos indicios de la relación con el proceso de revolución constante de los *procesos de producción (mecanización)*. De todas formas, para avanzar en el conocimiento del desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas* y establecer una periodización de las etapas de la subsunción del trabajo en el capital es necesario trascender el análisis meramente cuantitativo aquí expuesto. Se debe tener en cuenta, además, cómo se producía en el resto del mundo, para ver si la industria cervecera argentina estaba realmente atrasada o no y si se comportaba tan distinto al resto de los países (corroboración del desarrollo *desigual y combinado*). Y, por último, es preciso estudiar cómo se diferenciaron los *procesos de producción* en cada establecimiento para analizar por qué, desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, algunas fábricas estaban más capacitadas que otras para incorporar los adelantos sociales y técnicos y por qué las pequeñas y medianas tendieron a desaparecer incluso más rápidamente que en otras ramas. Por eso nos dedicaremos, en el capítulo siguiente, a analizar el *proceso de producción* cervecero en todo el mundo y luego en cada establecimiento de la argentina, comparando cómo se producía en los gigantes de la rama y en las fábricas de menos magnitud.

Debate con otras corrientes

El estudio sobre los *procesos de producción y/o de trabajo* generó y genera aún amplios debates entre distintas corrientes teóricas, que se intentarán reconstruir, en los aspectos relevantes para la Tesis, en este último apartado.

Como se expuso en el Capítulo I, la **corriente neoclásica** considera el *proceso de producción* y el *trabajo* como una “libre elección”, como el ámbito donde cada factor (tierra, capital, trabajo) maximiza su beneficio. Se limitan a estudiar la relación individual entre capitalista y trabajador, cómo se establecen los salarios, las productividades del trabajador, el beneficio y la “productividad” del capital. No se estudia el trabajo en sí mismo: cómo se produce el control en el *proceso de trabajo*, cómo se crean el *valor* (y el *plusvalor*), qué incidencias tiene la extensión de la jornada laboral y/o los conflictos y contradicciones que hacen a la esencia de la relación entre capital y trabajo. Se naturalizan las relaciones jerárquicas, teniéndose una visión optimista del proceso de trabajo (con la creciente educación, cada individuo incrementa su “capital humano” y se encuentra en mejores condiciones para vender su capacidad de trabajo en el mercado) y se niega que exista la explotación como elemento esencial del sistema (Ruffier, 1986, Veltz, 1986, Adler, 1987 y Hirschhorn, 1991)

La *escuela de la regulación*, por su parte, desde un enfoque “organizacional” plantea que existen diversos modelos laborales y que la teoría marxista del control patronal ignora la subjetividad de los trabajadores en el proceso laboral y las particularidades de cada país (con su cultura, estructura social e instituciones). La *escuela de la regulación*, muchos de cuyos teóricos abrevaron en la teoría marxista, entiende que existen muchas “estrategias de acumulación”, cada una de las cuales establece distintos “modos de regulación” del capitalismo. Según este planteo, la lucha de clases no es parte orgánica del desarrollo de la lógica del capital. En realidad, proponen una dicotomía entre “estructura” y “lucha de clases”, estando esta última no necesariamente ligada con la primera y sólo pudiendo generar instituciones y formas de proceder social que terminan siendo funcionales a la propia lógica del capital⁶. Para cada situación histórica proponen cuál sería el acuerdo entre capital y trabajo “deseable” (el modelo a seguir solía ser el “gran acuerdo fordiano”), el cual puede ser alcanzado con la mediación del Estado. Por eso realizaron estudios muy detallados sobre los “modelos” taylorista, fordista, posfordista y toyotista, entre otros. Al no haber un único capitalismo, sino muchos “modelos” de capitalismo, en sus estudios el énfasis está puesto

siempre en el descubrimiento de “nuevas realidades” en el campo laboral (Aglietta, 1979, Boyer, 1988, Lipietz, 1992, Coriat, 1989, 1995 y 1996, y Neffa, 1990 y 1998).

Dentro de las variantes heterodoxas, es ilustrativo hacer referencia a un estudio específico sobre la industria cervecera que da cuenta del proceso de *centralización* al que hicimos referencia, pero explicándolo a partir de elementos considerados “extraeconómicos”. El libro de **Aníbal White** sobre la **industria cervecera** (White, 1946) nos es sumamente útil porque presenta una temprana interpretación “política” de la evolución de la rama. El objetivo del autor es demostrar que el estado “catastrófico” de la industria cervecera es consecuencia de “las prácticas monopólicas” de los hermanos Bemberg (dueños, ya para la década de 1940, de las cervecerías Quilmes, Palermo, Buenos Aires, Schlau, Santa Fe, Córdoba, Los Andes y Norte, entre otras) que llevaron a que el número de establecimientos se redujera de 61 en 1895 a tan sólo 18 en 1945. No analiza este proceso de *centralización* como parte de la propia dinámica capitalista, sino que lo ve como producto de “prácticas espúreas” por parte de los Bemberg (hacen vaciar y quebrar empresas, fraguan balances, presionan por leyes que les otorguen ventajas financieras y desgravaciones impositivas, etc.). Su propuesta concreta consistía en que, para contrarrestar esta práctica monopólica y desleal, que violaba la ley antimonopólica de 1923, el gobierno debía expropiar las fábricas de cerveza y administrarlas para provecho de todo el pueblo. Presentaba a la producción vitivinícola (más de 1.500 establecimientos, distribuidos por todo el país) como la antítesis del desarrollo de la industria cervecera en la Argentina (*centralizada* a nivel de capitales, producción y ubicación geográfica de los establecimientos). Lo interesante es que este autor plantea una solución a partir de una interpretación “política” de la situación de la industria cervecera: el Estado debe intervenir frente a una práctica supuestamente anticapitalista de un grupo económico, restableciéndose el ideal de una multiplicidad de pequeños productores, que compitan “sanamente”. El ejemplo ideal que presenta para contraponer al de la industria cervecera es el de la industria vitivinícola, que contaba con varios centenares de establecimientos, distribuidos por todo el país⁷. Su propuesta por la redistribución es clara: “*Un país rico no es aquel donde sus riquezas están en manos de quince o veinte individuos o familias, sino aquel que presenta mejor distribuidas sus riquezas, aunque esto a los potentados inmunificantes no*

⁶ Así, no pueden evitar que su planteo sea caracterizado como “estructural-funcionalista”: la lucha de clases sirve para limitar los desajustes del sistema y las relaciones sociales capitalistas muestran un poder de adaptación sorprendente (Astarita, 1996).

⁷ Lo que no señala es que, pese a la escasa demanda técnica de las bodegas, también en esta industria se había producido una rápida *centralización*. Según el Tercer Censo Nacional, para 1913 había 1.500 bodegas en Mendoza, pero las 20 más importantes aportaban el 40 % de la producción total. Este es un dato clave ya que muestra que no sólo hay que tener en cuenta el número de establecimientos en cada rama sino su participación en la producción total.

les entrará por ninguno de los cuatro costados de su cerebro” (White, 1946: p. 10). Más allá del presunto carácter progresista, esta visión es errada ya que no comprende que la formación de grandes masas de capital *centralizadas* en pocas manos es una característica inherente al capitalismo. No se pueden eliminar, a través de la intervención del Estado, las tendencias propias del capitalismo a la *concentración y centralización*. Es una constante de las posturas “intervencionistas” abogar por la regulación estatal ignorando cuáles son las lógicas propias (e ineludibles) del sistema capitalista en el que se desenvuelve la sociedad argentina. Esto no quita, vale aclararlo, que a medida que profundicemos esta investigación debemos incorporar estos aspectos que analiza White, ya que las “prácticas espúreas” pueden influir en la evolución empresarial de una rama específica. No se descarta, entonces, la influencia de elementos “externos” a la economía, pero sí se jerarquizan los niveles, otorgando una causalidad predominante a las tendencias económicas generales.

Por último queremos hacer referencia a un **debate** sobre los *procesos de producción* dentro del **marxismo**. A mediados de la década de 1970 apareció una obra de Braverman, *Trabajo y capital monopolista* (Braverman, 1987), a partir de la cual se suscitaron amplias discusiones al interior del marxismo. Se expondrán a continuación los planteos de Braverman y las principales críticas que se le hicieron, lo cual aclarará algunas cuestiones referidas al marco conceptual adoptado en esta investigación. Las dos tesis principales de Braverman son que el motor que impulsa la transformación de los *procesos de trabajo* es la *acumulación* de capital y que el contenido del trabajo sufre un proceso de degradación a largo plazo.

Braverman sufrió tres tipos de **críticas**⁸. La primera fue que en su estudio se advierte una **subestimación del factor subjetivo**. No habría prestado atención a la autoactividad ni a la resistencia de la clase obrera y se habría atado a una definición estructural de clase. Estas críticas provienen de la “escuela de la lucha de clases”, que plantea que la dinámica está en el trabajo y no en el capital⁹. La relación capital–trabajo es colocada como la única determinante de la evolución del *proceso de trabajo*, lo que equivale a aislarla de la *ley del valor*, que tiene como motor el eje formado por la relación capital–trabajo, pero mediada por la relación capital–capital. Sin negar la importancia de la lucha de clases en la dinámica de *acumulación* del capital, entendemos que el poder del trabajo no se manifiesta en toda su amplitud en las condiciones “normales” de la acumulación capitalista, bajo las cuales es el capital, como trabajo “cosificado”, el que impone la dominación y explotación del mismo. Normalmente, entonces, se impone la lógica del capital, con sus leyes de la *acumulación*, y sólo cuando el proletariado se organiza y moviliza revolucionariamente aparece este poder del trabajo como

⁸ Véanse Smith (1996), Katz (2000), Kabat (2001) y Sartelli (2001).

⁹ Para un resumen sobre esta escuela, véase Astarita (1996).

sujeto que lucha por su emancipación y que puede superar esa situación de dominación. La lucha de clases, en el capitalismo, sólo puede moldear el *control* del *proceso de trabajo* y determinar el tipo de *represión* en el *proceso de trabajo*, pero no transformar la lógica del *proceso de producción*, que engloba no sólo al *proceso de trabajo* sino también al de *valorización*.

La segunda crítica a Braverman ataca su planteo de que en el capitalismo hay una tendencia al *deskilling*, a la **descalificación absoluta de la fuerza de trabajo**, y cuestiona la realidad de la degradación progresiva de las competencias laborales. Según Braverman, son las calificaciones necesarias del *proceso de trabajo* las que tienden a reducirse (y no necesariamente las calificaciones generales: alfabetización, cultura general, etc.). El problema es que muchos de los críticos toman procesos puntuales y muestran que porque en un lugar específico se dé un “enriquecimiento” de las competencias, entonces la tendencia no existe. En términos generales, las calificaciones se degradan, lo que no excluye elevaciones de las calificaciones necesarias a medida que aparecen nuevas industrias o a medida que el lote de ingenieros y científicos ingresa a los procesos capitalistas. Preferimos, entonces, hablar de una **descalificación relativa o dualización de las calificaciones**: mientras se registra una tendencia a disminuir la calificación requerida para los *procesos de trabajo*, al mismo tiempo aparecen permanentemente nuevas ramas de producción donde se requieren altas calificaciones. Este fenómeno es compatible con la tendencia general del trabajo a ser subsumido por el capital (Katz, 2000).

La tercera crítica plantea que el problema de Braverman fue haber confundido una **tendencia propia de la *manufactura*** (una etapa particular dentro de la historia de la subsunción del trabajo en el capital) con una ley general para todo el capitalismo (Sartelli, 2001). Braverman estaría “naturalizando” la división del trabajo lo cual se explica porque no diferencia a la *manufactura* de la *gran industria*. Al analizar cómo se aplicó el taylorismo en Estados Unidos, no tomó en cuenta las etapas que había planteado Marx y consideró a la división del trabajo y a la creación del obrero parcelario como características propias del *proceso de producción capitalista*, sin considerar que la *manufactura* es la etapa donde el capital aún no subsumió completamente el trabajo. En cierta forma, este fallo de Braverman se produjo por aislar el *proceso de trabajo* del *proceso de valorización* y por sobredimensionar la importancia del *control* en detrimento de la *valorización*.

Como **conclusión**, destacamos nuevamente la necesidad de no aislar ningún aspecto analizado para no perder la noción de la **totalidad**. Estudiar el *proceso de trabajo* sin el correspondiente *proceso de valorización*, no permite comprender el sentido de los cambios. Lo mismo ocurre si se pretende explicar el proceso de *centralización* sin tener en cuenta cuál

es la lógica de la *acumulación* del capital. Sólo teniendo en cuenta que los aspectos parciales observables son manifestaciones de tendencias generales podemos analizar correctamente la lógica más amplia del proceso que nos ocupa, o sea el desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la Argentina entre 1870 y 1940. Considerando este método que fuimos exponiendo hasta ahora, desplegaremos en el próximo capítulo la investigación sobre la industria cervecera argentina.

Industria cervecera: *proceso de producción* en general, en la Argentina y en cada establecimiento (tercera tríada)

Introducción

En el último cuarto del siglo XIX –período imperialista– los capitales centralizados a escala de los Estados nacionales expandían su área de influencia al resto del mundo. Argentina se incorporaba y era incorporada en ese momento a una *formación económico-social* cuya base geográfica estaba en plena expansión. La llegada de *capitales* extranjeros centralizados produjo transformaciones significativas en la producción local, determinadas por la productividad social que se imponía en el resto del mundo. Se aceleró el proceso de acumulación interno, saltando etapas respecto al camino que había seguido en los países primeramente industrializados. Empezaron a convivir, entonces, elementos “atrasados” con otros muy “avanzados”, en un desarrollo combinado y contradictorio con los centros capitalistas.

Para estudiar el *proceso producción* de la industria cervecera argentina volvemos a plantear los tres niveles de análisis expuestos en cada capítulo: se analizará cómo la historia de la industria cervecera está determinada a escala mundial y nacional y, finalmente, cómo se comporta de cada establecimiento local. En este capítulo, se verá cómo se manifiestan, en el nivel más concreto, las tendencias de la *acumulación* general de las que venimos dando cuenta anteriormente: *concentración, centralización y mecanización*. Se abordará con mayor detenimiento el *proceso de producción* de la cerveza, teniendo en cuenta el planteo acerca de la necesidad de conocer las particularidades de cada rama para entender el sentido de los cambios que se van dando a lo largo del tiempo. El capítulo se divide en cuatro partes. En la primera, se presenta una historia de la producción de cerveza en los países centrales en el período estudiado. Luego, se realiza esto mismo para la industria cervecera argentina, tratando de comprender cómo se fue transformando el proceso productivo en cada momento, en relación con los cambios en los países centrales, con cuya producción la cerveza nacional competía (al menos en el siglo XIX, hasta la temprana y rápida sustitución de la cerveza importada por la nacional). En la tercera parte, se estudian cómo se producía en cada establecimiento, centrandó la atención en los dos “gigantes” de la rama, Bieckert y Quilmes, pero también observando algunos de los establecimientos medianos y pequeños. La comparación muestra la forma en que se manifestaron la *concentración y centralización* y los cambios en los *procesos productivos*, vislumbrados fundamentalmente a través de la rápida

mecanización. En la última parte, se intentan corroborar las hipótesis presentadas en el Capítulo III acerca de las razones que habían llevado a la industria cervecera argentina a configurarse como una de las más *centralizadas*, con más *maquinaria* y rápido crecimiento. Además, este capítulo cuenta con tres apéndices donde se desarrollan aspectos generales de la historia mundial de la cerveza (Apéndice A), de su técnica de elaboración (Apéndice B) y de la historia de la cerveza argentina (Apéndice C), que servirán como apoyo para el desarrollo conceptual aquí expuesto.

Proceso de producción cervecera en los países centrales

Si bien la historia de la cerveza tiene varios miles de años (ver Apéndice A), en la Edad Media comenzaron a registrarse algunos cambios significativos en el *proceso de producción*. En este período, si bien la cerveza era producto de una tarea doméstica, comenzaron a registrarse los primeros establecimientos cerveceros en los conventos. Esta superación de la producción doméstica y el paso hacia la producción “colectiva” en los monasterios significaron un incremento en la productividad, que permitió generar un primer excedente para ser comercializado. De todas formas, campesinos y burgueses se opusieron al privilegio y la exclusividad de los monasterios para la elaboración y comercialización de la cerveza y surgieron, en los siglos XIII y XIV, varios gremios de trabajadores libres (ver Apéndice A). El proceso de elaboración de la cerveza fue sometido a regulaciones –uniformizándose– lo cual permitió establecer un *valor de uso* “socialmente reconocido” que, como veremos, sólo se fue transformando en función de las necesidades de *valorización* del capital a medida que la producción gremial perdía terreno y se establecían las *relaciones sociales de producción capitalistas*. Desde el siglo XVI, a partir de la incipiente transición hacia el capitalismo, fue minándose este “monopolio” que tenían los gremios para la producción de la cerveza. El mismo desarrollo industrial desde los siglos XVI y XVII diluyó la presencia de las corporaciones gremiales cerveceras que se habían creado en la Edad Media. En Francia, por ejemplo, Luis XIV eliminó el tradicional derecho que adjudicaba la autorización del cervecero a la decisión de sus pares y decidió vender el monopolio de la fabricación de cerveza a los más altos postores.

Los cambios en los *procesos de producción* permitidos por la relación social asalariada y por la transición hacia la *gran industria* a partir de la “revolución industrial”, significan un salto adelante en la producción cervecera y en la *concentración y centralización*

de la industria. El consumo de cerveza se popularizó pasando a ser una de las bebidas más vendidas entre el proletariado europeo. La máquina a vapor permitió un salto ya que, gracias a los ferrocarriles, los cerveceros pudieron acceder al gran comercio: con el ferrocarril lograron tener a su alcance regiones alejadas antes inaccesibles, lo cual les permitió a los grandes productores de la costa irlandesa, por ejemplo, proveer de cerveza al interior del país, a la cerveza alsaciana conquistar París y a la de Nueva Inglaterra el medio oeste estadounidense. En cada uno de los países centrales se iba constituyendo un mercado nacional que permitía a su vez ampliar la escala de producción. Libradas entonces del problema de la distribución, las fábricas ya no necesitarían ubicarse cerca de los puestos de venta y más bien se instalaron cerca de las fuentes de agua, hasta entonces no tenidas muy en cuenta por considerarse que no eran económicamente viables. Además, se aumentó la capacidad productiva ya que se superó la antigua limitación de producir cerveza sólo en invierno. Antes, sólo las fábricas que poseían cavas lo bastante amplias como para almacenar hielo hasta la época del buen tiempo funcionaban durante todo el año. Con la aparición del ferrocarril, ahora todas las fábricas estaban en condiciones de proveerse de hielo desde los glaciares de la montaña. En el caso estadounidense, por ejemplo, es ilustrativo señalar que en 1875 se emplearon hasta 30 millones de toneladas de hielo por año y que se produjeron amplias investigaciones en torno a la producción de frío artificial (Duboe y Berger, 1988: p. 76). La **máquina de vapor**, como vimos, se instala a fines del siglo XVIII en las primeras fábricas inglesas. Si bien en un primer momento sólo se la utilizaba para sacar agua de los pozos, luego permitió transformar por completo el *proceso de producción* cervecera. Se extendió el uso del vapor para propulsar las máquinas, lo que permitió aprovecharlo también como medio auxiliar para el braceo, la cocción, la destilación, el secado, la vaporización y otros procesos de la técnica del calor que aparecen detallados en el Apéndice B. *Whitbread*, hacia 1790, es la primera firma en instalar calderas y máquinas de vapor para el proceso de trituración de malta y el bombeo del agua necesaria para el braceado y la limpieza de las cubas.

Estados Unidos fue el siguiente país que incorporó la máquina a vapor en el *proceso de producción* cervecera. Al igual que en Inglaterra, se produjo allí una rápida *centralización* de capitales, desapareciendo las antiguas empresas pequeñas y medianas y ganando terreno el modo de producción correspondiente a la *gran industria*. Unos años más tarde, a partir de la década del veinte del siglo XIX, los demás países europeos comenzaron a introducir la maquinaria a vapor en sus industrias cerveceras, adaptándose a las condiciones de producción impuestas por Inglaterra y Estados Unidos. En Alemania, por ejemplo, la primera máquina de vapor data de 1846, pero era una instalación bastante perfeccionada respecto a las que se venían utilizando hacía medio siglo en Inglaterra. Tras la unificación alemana, hacia 1970, y

coincidiendo con el inicio del período imperialista, se desarrolló en este país aún más la industria, se abrieron grandes establecimientos y se fundaron sociedades anónimas para explotar este rubro. El desarrollo del capitalismo a escala mundial permitió que se incrementase la producción y distribución de cerveza a una escala antes inimaginable. Como detallamos en el Apéndice A, la industria cervecera se desarrolló en Europa y en Estados Unidos a lo largo del siglo XIX y principios del XX, momento en que se revolucionaron las formas de producir cerveza. La *centralización* de los capitales y la *mecanización* de los procesos productivos fueron de la mano, como dos caras del proceso de *acumulación* del capital. El vapor fue ganando terreno y penetró especialmente en las salas de cocimiento de las cervecerías, imponiéndose el sistema de cocción a vapor. A su vez, se incrementó la *exportación de capitales*, transfiriendo las condiciones de producción a nuevas regiones del mundo (lo cual coincidirá con la instalación del a familia Bemberg en Argentina y el inicio de sus negocios cerveceros).

Como se detalla en el Apéndice A, la innovación radical que supuso la máquina de vapor sería acompañada, hacia mediados del siglo XIX, por los descubrimientos de **Pasteur**, que observó que ante la ausencia de oxígeno las levaduras dejan de multiplicarse pero no mueren, alimentándose en cambio de las azúcares del mosto que se transforman en alcohol. Así, investigó cómo las enfermedades provenían del exterior y eran producto del desarrollo de organismos microscópicos que eran los causantes de la contaminación que muchas veces afectaba al *proceso de producción* de la cerveza. La solución que propuso se basó en la protección de la cerveza de la acción de estos gérmenes exteriores, evitando que el mosto – estéril tras la cocción y la lupulización– entrara en contacto con el exterior. También ideó un método para esterilizar la cerveza –denominado “pasteurización”–. Además, la *mecanización* que se produjo en la industria cervecera de los países centrales en los que predominaba la relación social asalariada coincidió con el florecimiento de un **nuevo tipo de cerveza**, la de “**fermentación baja**” (*lager*). Esta cerveza de fermentación a baja temperatura –de ahí se nombre– hizo que la bebida fuera más popular, que se pudiera consumir durante todo el año (sobre todo en verano, ya que era mucho más refrescante que la tradicional cerveza densa, alimenticia y oscura) y además, al ser un producto técnicamente más estable, era más propicio para ser producido en masa. La invención de los refrigeradores artificiales, hacia la segunda mitad del siglo XIX, permitió a los cerveceros elaborar cerveza también en los meses cálidos. En esos años se expandió lo que hoy se conoce como “cerveza industrial” (en oposición a la “cerveza artesanal”, que no contiene conservantes ni reemplaza la malta ce cebada por sustitutos menos caros), a partir de la incorporación de los “**adjuntos**” –maíz, arroz, etc.–, que se utilizan en lugar de la cebada por ser más abundantes y baratos, además de que hacen más

estable, ligero y con menos cuerpo el producto. Este estilo empezó a producirse y venderse masivamente a finales del siglo XIX, justamente cuando se expandía la producción y distribución de cerveza a escala mundial. Sin embargo, este tipo de nueva “cerveza industrial” requería grandes inversiones y sólo las fábricas más importantes pudieron adaptarse a este progreso técnico y modernizar sus instalaciones. Desaparecieron entonces, en esta época, muchísimos establecimientos de pequeño y mediano tamaño: “*Los reagrupamientos se tornan moneda corriente, fenómeno éste que no siempre redundo en provecho del aficionado ávido de diversidad. Pues lo cierto es que, a fin de que no se reduzcan sus beneficios, de rentabilizar un equipamiento cada vez más costoso, el fabricante debe aumentar continuamente la producción y vender la misma cerveza a un número cada vez mayor de consumidores. Procurará por lo tanto buscar un tipo de cerveza que, sin abandonar la cualidad de gran elaboración, posea un sabor medio capaz de satisfacer y atraer al máximo de clientes posible. Ante las instalaciones de la competencia para imponer su propia cerveza en un mercado donde predomina la cantidad, las cervezas regionales tienden a desaparecer*” (Duboe y Berger, 1988: p. 79). Estos mismos autores destacan la magnitud del proceso de *centralización*. En 1905, por ejemplo, había más de 3000 fabricantes belgas y otros tantos franceses. En 1981, sólo quedaban 134 y 48 respectivamente, lo cual muestra que la *centralización* se siguió profundizando a lo largo del siglo XX. En un siglo y medio se transformó la geografía de la cerveza que desde hacía doce siglos se mantenía relativamente estable (desde la cristianización de Europa con la consiguiente retracción de la cerveza y su reemplazo por el vino). Hoy en día, países y continentes que jamás habían conocido la cerveza de cebada asisten a la desaparición de sus cervezas tradicionales en provecho de la *lager* –cerveza de baja fermentación– industrial promovida por las empresas que producen a escala mundial. El avance de la producción industrial indujo un cambio en los hábitos de consumo: de una bebida de invierno, espesa y calórica se pasó a una bebida de verano, cristalina, ligera, hiperfiltrada, refrescante y que calmaba la sed pero no el hambre. De más está decir que, una vez más, la transformación de la utilidad de la bebida (su *valor de uso*) se vio supeditada a la necesidad de aumentar el *valor* global del que era portador. Esto es sólo una muestra más de que, en el capitalismo, la utilidad está en función de la creación de *valor* (y *plusvalor*) y no a la inversa. **La expansión y transformación de la producción descrita no hubiera sido posible de no haberse extendido las relaciones sociales de producción asalariadas, que permitieron superar las limitaciones al avance de las fuerzas productivas que operaban en la producción artesanal que estaba a cargo de gremios medievales.** Si pudieron aplicarse los adelantos técnicos mencionados¹ fue gracias a la

¹ Una descripción más completa aparece en el Apéndice A de este capítulo.

expansión de las *relaciones sociales de producción capitalistas* y al desarrollo de la subsunción del trabajo en el capital. Lo que aquí quisimos mostrar, a grandes rasgos, son las principales transformaciones en la historia de la producción cervecera en los países centrales. Existía, ya para fines del siglo XIX una industria ampliamente *mecanizada*, con un *proceso de producción* que había perdido muchos de los vestigios artesanales y que había adquirido características técnicas que le permitían ampliar a escala internacional la producción y distribución. La generalización del modo de producción de la *gran industria* y la consolidación de la *centralización* en la industria cervecera eran manifestaciones del grado de desarrollo de la *acumulación* capitalista durante el período imperialista.

Proceso de producción cervecera en la Argentina

Como fue señalado en la Introducción y en los capítulos anteriores de la Tesis uno de los objetivos de la misma es estudiar cómo se desarrolló la rama cervecera para analizar el grado de desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la Argentina. Nos ocupamos de la industria cervecera para ver en detalle cómo se manifestó la *acumulación* del capital y para corroborar la hipótesis de que se comportó de acuerdo a las tendencias generales del sistema, más allá de las particularidades propias de un país no central.

Como se detalla en el Apéndice C, la elaboración de cerveza en la Argentina comienza en el siglo XVIII, pero hasta mediados del siglo XIX es poco significativa. En ese momento ya se registran varios establecimientos, pero todos con un tipo de producción artesanal. Hacia 1870 contamos con los datos del Primer Censo Nacional que si bien no se ocupan especialmente de la actividad industrial, constatan que había 83 “cerveceros” en el país, sin especificar si se trata de profesionales a cargo de un establecimiento o de empleados. Según los datos relevados –expuestos en el segundo apartado de Apéndice C–, las décadas de 1870 y 1880 fue propicia par la instauración de nuevas fábricas de cerveza. Esto coincide con los ciclos de inversión de capital extranjero reseñados en el Capítulo II de esta Tesis y con la *exportación de capitales*, propia del período imperialista que se iniciaba en ese entonces (recordemos que en la Argentina las inversiones extranjeras eran en 1891 nueve veces mayores que en 1875). Justamente en esta época se invirtieron en la rama –constituidos como sociedades anónimas– grandes capitales centralizados extranjeros (Quilmes surgió en 1888 y Bieckert fue vendida a los ingleses en 1889). En este momento se crearon nuevas industrias ya que aún era posible competir sin grandes capitales, lo que se observa analizando las

dimensiones de los establecimientos de segundo orden que surgen en el último cuarto del siglo XIX (Apéndice C: “Establecimientos secundarios”).

La crisis de 1890 genera las primeras quiebras y desde ese entonces el número de establecimientos fue disminuyendo, aunque la producción y la productividad del trabajo no cesaban de incrementarse. Hacia 1895 quedaban 61 establecimientos (25 % menos que en el lustro anterior), con 69 máquinas a vapor (1.100 HP), 957 empleados y un capital de 8.843.589 pesos de curso legal. La producción, cuyo consumo reemplazaba a la cerveza mayormente importada hasta ese momento, apenas superaba los 15 millones de litros (Apéndice C, Cuadro 1). Ya para ese momento, la Cervecería Quilmes empleaba a 436 personas y poseía 23 de las 69 máquinas a vapor existentes en el país y una *fuera motriz* de 537 HP (casi el 50 % de toda la que había disponible en la rama). Esto no es otra cosa que la manifestación de la rápida *centralización* que se produce en la rama, producto del desarrollo desigual, combinado y contradictorio: recién en la década de 1880 se incorporaba la máquina de vapor (que se usaba hacía casi un siglo en la industria cervecera inglesa y medio siglo en la alemana), pero su incorporación fue mucho más rápida que en los países centrales, lo que fue posible gracias al nivel de *centralización* que adquirió la industria cervecera argentina desde la incorporación de los grandes capitales extranjeros. O sea que el primer “salto” en la industria cervecera local se registra entre los años ochenta y noventa del siglo XIX, momento en que se incorporaron las grandes sociedades anónimas con sede en Europa, a la par que se revolucionaron los procesos productivos con la instauración de la máquina de vapor y con el pasaje hacia formas más avanzadas de la producción capitalista: se fue produciendo, así, el pasaje de la *manufactura moderna* a la *gran industria*, al menos en las grandes fábricas.

Unos años después, hacia 1908, el nivel de *centralización* de la rama cervecera era superior al de la mayoría de las industrias argentinas del período: en la Capital Federal, la industria cervecera era la séptima según la magnitud de sus capitales, la vigésima según la potencia de su *fuera motriz*, pero se encontraba en el puesto 35 en cuanto al número de operarios y casi última en relación con la cantidad de establecimientos. En la Provincia de Buenos Aires, la industria cervecera era la segunda en relación con sus capitales invertidos, la quinta en producción, la séptima en cuanto a la cantidad de empleados y ni figuraba en la lista que indicaba el número de establecimientos –por los pocos que eran– (*Censo Industrial de la República Argentina*, 1908/9). En estos años, como se explica en el Apéndice C, las cervecerías menos tecnificadas, menos productivas, iban desapareciendo o bien siendo compradas, antes de quebrar, por los gigantes de la rama (Quilmes y Bieckert). Hacia 1914 quedaban solamente 29 establecimientos, pero la producción había alcanzado los 125 millones de litros, superando en más de ocho veces la de veinte años atrás (con menos de la

mitad de los establecimientos). También se había octuplicado la *fuerza motriz* empleada – llegando a los 8.000 HP– y los empleados eran 2.600 (Apéndice C, Cuadro 2). La diferencia entre el aumento del número de empleados (crecen un 150 %) y el de la producción (se multiplica por ocho) muestra el avance en la productividad, que luego constataremos al analizar los cambios en los *procesos de producción* en los establecimientos líderes. Observando los datos presentados en los Cuadros 3, 4 y 5 del Apéndice C se puede apreciar cómo permanentemente fue disminuyendo el número de establecimientos, a la par que aumentaba la producción, la *fuerza motriz* empleada, el capital invertido y la relación entre producción y obreros. Antes de la crisis de 1929 quedaban sólo 17 establecimientos cuya producción superaba los 210 millones de litros, con un valor de 72 millones de pesos, capitales invertidos por 65 millones de pesos, más de 6.000 obreros y empleados y una *fuerza motriz* de casi 19.000 HP (Apéndice C, Cuadro 6). Este salto en la producción, que ya responde a la *gran industria*, se produce con anterioridad a la gran crisis de los años treinta que, como se vio en el Capítulo III, muchos autores la consideran como la que permitió el nacimiento o el despegue de la industria argentina. En los años siguientes se profundizaron las tendencias descritas y analizadas hasta el momento (Apéndice C, Cuadros 7 y 8).

Una síntesis del material relevado puede observarse en el siguiente cuadro:

Cuadro I: Evolución de la rama cervecera entre fines del siglo XIX y mediados del XX					
Argentina	Establecimientos	Empleados	Producción	Valor de las materias primas utilizadas	Fuerza motriz
1895	61	957	2.967.411 (\$m/n) 15.641.400 litros	1.764.317 (\$m/n)	1.100 HP
1913	29	2.599	35.679.622 (\$m/n) 125.530.430 litros	7.921.483 (\$m/n)	8.630 HP
1929	17	6.020	72.667.848 (\$m/n) 213.248.955 litros	17.109.641 (\$m/n)	18.972 HP
1946	17	7.377	136.509.000 (\$m/n)	44.352.000 (\$m/n)	30.576 HP

Fuente: elaboración propia en base a fuentes estadísticas citadas en los cuadros del Apéndice C.

En el apartado anterior y en el Apéndice A se expuso sintéticamente la evolución de la producción cervecera en los países centrales, enfatizando los aspectos relacionados con la creciente *centralización* y con los cambios en los *procesos de producción*. En el Apéndice C y en este apartado se reconstruye, también en líneas generales, la historia de la industria cervecera argentina, observando, ahora con más detalle, la evolución de la producción,

número de establecimientos, cantidad de empleados, utilización de materias primas y *fuerza motriz* (sintetizado en el Cuadro I). El rápido crecimiento de la rama desde los años ochenta y noventa del siglo XIX, que impulsó la *centralización* de la producción en pocos establecimientos. En el Apéndice C se presentan algunos indicios de la creciente *mecanización* y del desarrollo “a saltos”, determinado por los cambios en los países centrales. Si bien se van corroborando las hipótesis de que la rama cervecera argentina se comportó según las determinaciones de la acumulación general capitalista en su período imperialista y con las particularidades de la industria cervecera mundial, debemos ver qué ocurría en cada establecimiento para constatar las transformaciones aquí presentadas en un nivel básicamente cuantitativo. Pasaremos entonces, en el siguiente apartado, a estudiar cómo se producía en los gigantes de la rama y en algunos establecimientos medianos y pequeños, para intentar comprender el vínculo entre la *concentración* y *centralización* descritas más arriba y la *objetivación* de los *procesos de producción* (intentaremos corroborar las hipótesis presentadas en los capítulos anteriores, en cuanto al pasaje de la *cooperación simple* y la *manufactura* a la *gran industria*, como modo de producción específicamente capitalista), todas manifestaciones de la *acumulación* capitalista.

Proceso de producción cervecera en cada establecimiento

Al analizamos la *concentración* y la *centralización*, se observa que los establecimientos de Bieckert y Quilmes eran los responsables de la mayor parte de la producción cervecera a principios del siglo veinte (Apéndice C, Cuadro 3). Ya hacia mediados de la década de 1890 ambos establecimientos eran sin duda hegemónicos: en 1894 Quilmes y Bieckert reunían el 65 % del capital invertido en el sector. Con un capital de m\$ 4.200.000, Quilmes produjo 7.630.500 litros —el 50 % de la producción total del país—, empleando a 400 personas, con 25 máquinas de vapor y con una fuerza motriz de 476 HP. Bieckert, por su parte, empleaba a 150 personas, contaba con 12 máquinas a vapor y elaboró 4.300.000 litros. En este apartado se analizará el proceso que llevó a que Bieckert primero y Quilmes después se constituyeran en los gigantes de la rama, en las empresas que lideraron el proceso de *centralización* y *mecanización* en la industria cervecera.

Emilio Bieckert fue sin duda uno de los pioneros de la rama. Llegó de Strasburgo a mediados del siglo XIX, sin capital, y se empleó en la Cervecería Santa Rosa². Tuvo un paso fugaz por Chile, donde abrió la primera cervecería propia, y en 1959 regresó a la Argentina, inaugurando al año siguiente su primer local cervecero en la Ciudad de Buenos Aires, con un solo peón. Al año siguiente, ya con algunos obreros más, se mudó a un local mayor, que nuevamente abandonó en 1866 para instalarse definitivamente en un amplio territorio en El Retiro. Allí edificó la fábrica que durante varias décadas sería la más importante de la Argentina. Como se reseña en el Apéndice C, dicha fábrica crecería hasta alcanzar proporciones considerables veinte años más tarde: hacia 1880 el modo de producción había perdido las características iniciales de la *cooperación en su forma simple* y luego rápidamente la *manufactura* y correspondía ahora a la *manufactura moderna*.

En dicha fábrica se habían incorporado, hacia mediados de la década de 1880 las primeras máquinas a vapor, que funcionaban durante las 24 horas y proveían de *fuera motriz* a todos los pisos del edificio en el que trabajaban unas 600 personas³. Nos ocupamos, aquí, sólo de la descripción del *proceso de producción* correspondiente al envasado, que es el seleccionado para establecer una comparación con el de Quilmes de unos años más tarde (es donde mejor se observa la creciente *mecanización del proceso de producción*). En la planta baja de la fábrica se encontraban las secciones donde se preparaban, limpiaban, llenaban y tapaban las botellas y barriles. En el proceso de limpieza participaban 20 hombres que tomaban las botellas que otros tantos ponían en sus manos. Las introducían, una por una, en un delgado cilindro rodeado de cerdas por el cual pasaba un chorro de agua (estos, movidos por vapor, limpiaban en pocos segundos los envases). Otros 20 hombres ponían botellas en aparatos para secar y otro grupo se encargaba de ponerlas en bombas automáticas que las llenaban por millares. Un quinto grupo –también de 20 trabajadores– por medio de “perfeccionadas máquinas” les colocaban el corcho–tapa y un último grupo los sujetaban mediante delgados alambres. Los barriles, en cambio, se cepillaban y lavaban con agua caliente y fría, y se llenaban con bombas. En total, en la planta baja, trabajaban 180 operarios, 120 de los cuales llevaban a cabo sus tareas en el departamento de envasado. Si bien la descripción del *proceso de trabajo* propiamente dicho no es demasiado precisa (recordemos

² La historia completa de Emilio Bieckert está expuesta en el Apéndice C de esta Tesis.

³ La estadística de la UIA de 1887 da cuenta del grado de *mecanización* de esta fábrica: los cuatrocientos establecimientos mayores de la Ciudad de Buenos Aires reunían, en ese año tan sólo 1.500 HP de fuerza motriz (Dorfman, 1986: p. 211). De ellos, Bieckert era el tercero más potente, con 100 HP de fuerza motriz –sólo 6 establecimientos superaban los 50 HP–.

que los cronistas de la época estaban generalmente maravillados por las nuevas máquinas introducidas y tendían a subestimar en sus descripciones el trabajo manual de los obreros), vemos que se utilizaban gran cantidad de operarios para manipular las botellas, que no había una circulación automatizada y que el trabajo aún conservaba su base *subjetiva* pese a la introducción de maquinaria para determinadas operaciones (en este caso el lavado de envases). Como el *sistema de máquinas* aún no estaba definitivamente constituido, el *proceso de trabajo* correspondía a la etapa de la *manufactura moderna*, en la que la *mecanización* de las tareas es aún parcial.

Como puede observarse, la empresa era bien distinta a la que se había iniciado un cuarto de siglo antes. Si bien la descripción del *proceso de trabajo* con que contamos es sumamente incompleta, la misma nos permite ver cómo este pionero, a partir del conocimiento que adquirió en su labor como empleado (y como miembro de una tradicional familia europea de cerveceros) y de la posibilidad de reunir un mínimo de capital como para independizarse y abrir su propio negocio (aunque fuera con un solo peón y en el patio de una casa), pudo ser competitivo e iniciar un *proceso de acumulación*. Se produjo, en los 25 años que tenía de antigüedad esta empresa, el pasaje de la *cooperación simple* a la *manufactura moderna*, en un período de tiempo muy inferior al del resto del mundo —en Inglaterra, el proceso había durado más de doscientos años: siglos XVI a XVIII— lo cual es una manifestación del desarrollo desigual, combinado y contradictorio al que se hizo alusión en los capítulos anteriores. Esto no sería posible unos años después, cuando el proceso descansaba ya en una base *objetiva* mucho mayor —se requerían maquinarias muy sofisticadas para elaborar cerveza, lo que significaba grandes volúmenes de capitales—, producto de un desarrollado proceso de *acumulación*.

Diversos observadores de la época destacan lo avanzado del *proceso de producción* de la fábrica, su moderna maquinaria, los premios que ganó y la comparan con las principales del resto del mundo. Para mediados de la década de 1890, contamos con una nueva descripción de la fábrica (ver Apéndice C). Nos ocupamos solamente del proceso de envasado, para ver cómo evolucionó en casi una década —1886 a 1894—. Después de vacías, las botellas eran devueltas por los comercios a la compañía, y, luego de ser lavadas cuidadosamente con agua fría, colocadas en una inmensa rueda formada por casillas. Esta giraba en agua caliente que contenía en disolución materias químicas que destruían por completo todos los gérmenes que podían encontrarse en la botella. La botella era luego sacada de la casilla y colocada boca abajo en un pequeño caño del cual salía agua mezclada con arena. Un hombre revisaba cuidadosamente cada botella y la mandaba a que la enjuagasen otra vez en caso de ser necesario. La llenaban, entonces, con cerveza y pasaba a manos de otros empleados

encargados de taparlas. Se llenaban diariamente entre 2.500 y 3.000 docenas de botellas, unas tapadas con corcho –provisto luego de un alambre para asegurarlo– y otras, la mayor parte, con el tapón higiénico llamado “el veloz” –invento que había sido adoptado en 1893–. Este tapón, que tenía un gancho metálico en el centro, se adaptaba a la abertura de la botella y la cerraba herméticamente. Al ser de una limpieza absoluta, no dejaba gusto extraño e impedía que se perdiera el ácido carbónico de la cerveza. Además, gracias al mismo la botella podía abrirse fácilmente con cualquier instrumento puntiagudo y luego volver a cerrarse herméticamente. Había en ese momento 12 máquinas encargadas del taponamiento de las botellas por este sistema, cuatro de ellas que funcionaban día y noche. Sin duda, este adelanto técnico era un antecedente de la tapa corona que se impuso recién unos años más tarde –y se sigue utilizando hasta la actualidad–. Finalmente, la botella era sometida a la pasteurización: se colocaban las botellas en una pileta, después de haberlas provisto previamente de un pequeño aparato de metal que impedía al corcho saltar. La pileta era llenada con agua, la cual poco a poco iba calentándose por medio de una cañería hasta llegar a una alta temperatura. Merced a esta operación se garantizaba la perfecta higiene de la cerveza. Unos niños estaban encargados de poner a cada botella la cápsula de plomo y la etiqueta correspondiente. Luego las botellas pasaban a otro galpón donde las encajonaban, envueltas en paja cuando estaban destinadas a las provincias. El proceso de etiquetado sea manual y eran por niños –seguramente con salarios muy inferiores a los del resto de los empleados– los encargados de esta operación.

Si bien en pocos años había habido importantes progresos, de todas formas, el hecho de que aún se siguieran conservando los movimientos manuales y de que no hubiera todavía un sistema de transmisión continua de las botellas, indica que no se puede hablar aún de un *sistema de máquinas* plenamente constituido, pero sí de una *manufactura moderna* ya muy adelantada.

Sin embargo, hay que destacar que este proceso de creciente *objetivación* del trabajo fue alentado por los nuevos dueños de la fábrica. Después de casi 30 años de actividad al frente de la empresa, Emilio Bieckert se desprendió de la misma, en 1889, vendiéndosela a una sociedad comercial con sede en Londres, que se denominó “Bieckert Company Limited”. En el año 1900 la nueva organización obtuvo la personería jurídica con el título de “Bieckerts Brewery 1900”. Pocos años más tarde, en 1908 la empresa debió construir nuevas instalaciones, de 100.000 m² de superficie, en Llavallol (partido bonaerense de Lomas de Zamora), de magnitud sólo comparable, como enseguida veremos, a las de su principal competidora, la cervecera Quilmes. El hecho de que debieran ampliar las instalaciones en forma tan rápida daría cuenta de un nuevo “salto” en la *concentración* de capitales en manos

de los capitalistas. En menos de medio siglo se pasó de producir la cerveza con métodos que no diferían demasiado de las técnicas artesanales y sin ninguna máquina, a un sistema moderno, mecanizado y automatizado, donde el *trabajo vivo* se fue reemplazando por el *muerto* (recuérdese las máquinas a vapor que llevaban *fuerza motriz* a los distintos pisos de la fábrica y las que servían para lavar y llenar los envases, entre otras). Se observa, entonces, que a lo largo del período se dio una ampliación de la escala de producción y una creciente incorporación de maquinaria, a la par que la rama se iba *centralizando*. Ni siquiera el Gran Cervecerero del siglo XIX pudo hacer frente al creciente proceso de internacionalización de la producción y se vio “obligado” a desprenderse de su cervecería, que pasó a manos de una sociedad anónima inglesa, o sea a manos del capital *centralizado*.

El caso de **Quilmes** es totalmente diferente. La empresa no surge luego de un proceso de *acumulación* de muchos años en el rubro cervecero, sino que nace producto de una gran inversión, a través de una sociedad anónima. Otto Peter Bemberg, su fundador, cosechó una fortuna en diversas actividades que desarrolló en la Argentina (ver Apéndice C) y sus vínculos políticos y financieros en el país y en Europa le posibilitaron iniciarse en el rubro cervecero. En la primavera de 1888, el intendente de Quilmes, Eduardo Casares, pariente político de Otto Peter Bemberg, le adjudicó gratuitamente un predio de casi 20 hectáreas muy codiciado ya que por allí pasaba la primera línea férrea que unía Buenos Aires con el puerto de Ensenada –inaugurada en 1872– en el cual, el 27 de septiembre de 1888, Otto Peter Bemberg y su hijo Otto Sebastián fundaban, junto con un grupo de inversores, la Brasserie Argentine Sociedad Anónima, con sede en París y con un capital social de tres millones de francos (Seoane, 1993: p. 46). Allí se construyó un establecimiento dedicado a la fabricación de cerveza, que comenzó a producir y comercializarla unos meses después. El lugar elegido fue estratégico por la calidad del agua, la cercanía del ferrocarril y la corta distancia que lo separaba de Buenos Aires, principal centro consumidor. Esto muestra que, a diferencia del caso de Bieckert, que comenzó a funcionar en el patio de una casa y luego tuvo sucesivas mudanzas a medida que se ampliaba la escala de producción y las necesidades técnicas, aquí ya hubo desde el inicio una elección “científico-técnica” del lugar donde había que instalar la fábrica.

Observemos cómo evolucionó el *proceso de producción* en la fábrica de Quilmes a inicios del siglo XX, para comparar con la fábrica de Bieckert que describimos más arriba. La superficie de construcciones llegaba 90.000 m² y poseía más terrenos y casas para parte de su personal. La fábrica constaba de 2 instalaciones completas, la más antigua con una capacidad de producción de 1.350 hl por día y la otra de 2.500 hl. Poseía cubas de fermentación con

capacidad para 24.000 hl y cubas de guardia con capacidad para 125.000 hl, que permitían el almacenamiento durante el invierno, cuando el consumo de cerveza a la quinta parte. El consumo de carbón ascendía a 14.000 tn anuales y provenía de Inglaterra. Había 10 calderas y aparatos frigoríficos, motores empleados para la producción de frío con una potencia de 580 HP y una **usina central de energía eléctrica** que distribuía fuerza a todas las secciones⁴. En un local de 10.000 m² se encontraba el **departamento de envasado**, donde se realizaba el lavado, el envasado, la pasteurización y el acondicionamiento de botellas para la venta. La circulación de botellas entre los distintos aparatos se producía mecánicamente, por medio de transbordadores eléctricos, de marcha lenta y continua. Esto puede apreciarse claramente en una publicación de la propia empresa (*Cervecería Argentina Quilmes*, 1910): en una fotografía del Departamento de embotellado puede observarse una cinta sin fin que traslada cajones de botellas. Esta es una clara diferencia respecto a la fábrica de Bieckert de fines del siglo XIX, donde el movimiento de botellas era manual, lo cual es importante ya que este es uno de los aspectos que caracterizan la transición hacia la *gran industria*. En otra fotografía de la publicación de la empresa –vista parcial del Departamento de fabricación– se observan grandes cañerías por donde debía fluir la cerveza. Esto muestra que ya no se requería del trabajo humano directo para transportar las materias primas entre las distintas fases del *proceso de producción*, lo cual es otro indicio de que el trabajo manual directo tendía a ser reemplazado por procesos más mecanizados.

Unos años después, las diferencias con el resto de los establecimientos de la rama se hacían más pronunciadas. Durante la Primera Guerra Mundial, la cervecera Quilmes era un modelo comparable con las más modernas e importantes del mundo (*La Nación*, 1916, y *La Época*, 1918). Ese año, se especifica en informes publicados en dichos periódicos, la fábrica contaba con 19 manzanas, 8 de las cuales estaban edificadas, y empleaba más de 1.200 obreros –300 más que en 1908–, que residían en la localidad de Quilmes. En la sala de fabricación había instalados motores especiales eléctricos, lo que diferenciaba a esta fábrica de la mayoría de las de su género que sólo funcionaban con correas o motores de vapor. Esta diferencia en el patrimonio tecnológico de Quilmes respecto al de la mayoría de sus competidores es otro elemento que permite relacionar la creciente *mecanización* con el proceso de *centralización* al que hacíamos referencia más arriba (fueron las compañías con menor *composición orgánica y técnica del capital* –con menor maquinaria– las que habrían terminado desapareciendo, fusionándose o siendo absorbidas por la Quilmes). El departamento de envasado era sumamente moderno ya que contaba con máquinas

⁴ Se avanzaba hacia un *sistema de máquinas* que requiere de una fuente de alimentación unificada, rasgo propio de la *gran industria*. Para una descripción más extensa de la maquinaria y de las fuentes de energía de la fábrica,

automáticas: las botellas se llenaban por medio de 10 grandes columnas de rendimiento, cada una con una capacidad de 4.000 botellas de 2/3 l por día. Las mismas, una vez empaquetadas, iban conducidas en norias (máquinas compuestas generalmente por dos grandes ruedas) hasta los vagones ferroviarios (ramales del ferrocarril del Sud) o hasta el tranvía eléctrico. El envío y retorno de los envases se hacía mecánicamente, por medio de transportes eléctricos. Los barriles se llenaban con 3 aparatos isobarométricos. El stock de envases era de 140.000 unidades, todos de procedencia extranjera. El departamento de embarrilaje era un anexo del de lavaje y contaba con máquinas especiales para apretar los arcos y un pequeño taller donde se practicaban las mejoras que exigían los deterioros del uso. Todo estaba perfectamente coordinado y los barriles ya llenos iban directamente al vagón. La asepsia durante el lavado de los envases era total: las botellas que se devolvían después del uso, corrían por cintas automáticas que evitaban todo manipuleo, pasaban a grandes lavaderos (invento de un técnico de la empresa, el Sr. Baennnger), que contaban con aparatos donde se remojaban en una solución de potasa, por dentro y por fuera. En cuanto al sellado de los envases, había máquinas especiales para apretar las cápsulas que iban sobre el corcho (éstas se fabricaban en otro departamento) que se debían a la invención del mayordomo de la fábrica, Sr. Pedro Dreisch. También las etiquetas eran colocadas en forma automática. Hasta los gigantescos silos donde se almacenaba la malta se comunicaban con la fábrica por medio de un túnel con transporte automático de una cinta. Una vez más, el proceso fue incrementando su *objetivación* a través del reemplazo de *trabajo vivo* por *trabajo muerto*, de hombres por máquinas.

Hacia 1935 la fábrica había dado un nuevo salto en el proceso de creciente *concentración* (ver Apéndice C). El departamento de envasado estaba dividido en dos secciones: una para el llenado de barriles y otra para el de botellas. En la primera de ellas, el llenado se efectuaba por medio de modernos aparatos automáticos. Antes de ello, los barriles eran objeto de una cuidadosa reparación, higienización y esterilización en la Tonelería, por medio de máquinas ajustadores, lavadoras y de embreado, **reemplazando en esta operación el trabajo manual**. La amplia dotación de máquinas lavadoras, inyectoras de resina y trasegadoras permitía llenar diariamente 12.000 barriles de una capacidad de entre 20 y 100 litros. La cervecería disponía de 90.000 barriles. La Botellería contaba con las más modernas máquinas lavadoras, embotelladoras y tapadoras a "corona", pasteurizadoras y etiquetadoras, a través de las cuales las botellas eran transportadas por cintas eléctricas, cuya labor se iniciaba con las que volvían después de ser usadas o con las que llegaban nuevas de la cristalerías, y finalizaba con su acondicionamiento en los cajones, listas para ser distribuidas.

La capacidad de rendimiento de esta sección era de 1.000.000 botellas por día, disponiendo la Cervecería de 60.000.000 de botellas y de 5.000.000 de cajones. En cinco fotografías del Departamento de Envasado (*La industria Cervecera*, 1935: pp. 12–14) se observa cómo tanto las botellas como los barriles se movían por cintas transportadoras, sin la acción humana (a diferencia de las fotografías de 1910, en donde se ve a muchos obreros manipulando los barriles o las botellas).

El recorrido hecho por algunos aspectos del *proceso de producción* en las fábricas de Bieckert y Quilmes muestra el avance en la *concentración* (apropiación de los medios de producción por parte de los capitalistas) que acompañó al proceso de *centralización* del que dimos cuenta en el apartado anterior. También se expuso, en el caso específico del proceso de envasado, cómo se va operando una creciente *objetivación* del *proceso de producción*: si en los inicios de la compañía Bieckert el proceso era casi artesanal y correspondía a la *cooperación en su forma simple* un solo peón–, luego se transformó rápidamente a la *manufactura moderna* –el *proceso de producción* estaba mecanizado en su mayor parte, pero aún no estaba constituido el *sistema de máquinas*, lo cual se mostró para el caso del departamento de envasado–. La Cervecería Quilmes, en cambio, inició su producción como *manufactura moderna*, pero rápidamente fue incorporando los adelantos técnicos para instaurar un *sistema de máquinas* con una *fuerza motriz* unificada (ver Apéndice C), lo que le permitió *objetivar* el *proceso de producción* incluso en el proceso de envasado, que por sus características técnicas es el que requería más trabajo directo. Así, ya hacia 1920 está instalado el modo de producción de la *gran industria*, al menos en la Cervecería Quilmes, que se encontraba, hacia 1940, entre las más modernas del mundo. Hacia 1939, por ejemplo, contaba con una capacidad de producción de 1.500.000 hectolitros anuales, de tal forma que era comparable con las más importantes fábricas de Estados Unidos: la “Jos. Schlitz Brewing Co.” y la “Premier Corp. Fabst”, ambas de Milwaukee, 1.200.000 y 1.100.000 hectolitros por año, respectivamente (ver Apéndice C). Esta *centralización* de capitales que lideró la Cervecería Quilmes selló la suerte del resto de los establecimientos de la rama, como veremos en el apartado siguiente.

ii– Establecimientos de segundo orden

Hasta aquí se han descrito algunos cambios en los *procesos de producción* de los dos establecimientos más importantes de la rama. Veremos, ahora, la otra cara del *proceso de centralización*, observando qué ocurrió con las cervecerías medianas y pequeñas, la mayoría de las cuales no pudo competir con los gigantes cerveceros. Se seleccionaron tres casos ya

que cada uno de ellos ilustra un aspecto que queremos destacar: la Cervecería San Carlos, de Santa Fe (era uno de los establecimientos más importantes, aún a principios del siglo XX: en 1908 era el sexto que más producía), las cervecerías de Rosario (la ciudad que más establecimientos cerveceros tenía a fines del siglo XIX) y las cervecerías de Dolores (la única ciudad de la Provincia de Buenos Aires que llegó a contar con tres establecimientos cerveceros).

Hacia 1884 Francisco Neumeyer estableció la segunda fábrica de cerveza argentina “moderna”, en la Colonia de San Carlos, Provincia de Santa Fe (Quintana, 1992, p. 18). La denominación original fue “Francisco Neumeyer–Cervecería San Carlos” y siguió con la misma hasta 1908, año en que se constituyó en sociedad anónima y fue adquirida por Enrique Meyer, quien en 1913 la vendió a “The San Carlos Brewery Inc. Ltd.”, una sociedad con sede en Londres (Pomar, 1990: p. 1). Esta compañía inglesa tenía como accionistas a los propietarios de la “Bieckert’s Brewery LTDA” (Vives, 2002: p. 3). La cervecería, por lo tanto es otro ejemplo de la *internacionalización* de los capitales en la rama cervecera y también del proceso de *centralización* en la Argentina dado que los que pasaban a ser los nuevos propietarios de una fábrica con un cuarto de siglo de historia eran los mismos que habían adquirido en 1889 uno de los dos gigantes de la rama (Apéndice C).

Si bien no contamos con fuentes que nos describan directamente el *proceso de producción*, sí disponemos de algunos informes que nos servirán para comprender, indirectamente, los cambios en el *proceso de producción* en este establecimiento (ver Apéndice C). Una de las particularidades del terreno en el que se instaló la cervecería original es que no poseía agua adecuada para la fabricación de la cerveza. Lo sorprendente, a diferencia de otras cervecerías como Quilmes que se levantaron en los terrenos con mejor disponibilidad de agua, es que la provisión de agua quedaba aquí supeditada a la construcción de aljibes, sótanos y cisternas de acumulación de agua de lluvia. Hubo que hacer un gran esfuerzo para desarrollar un sistema de captación y almacenamiento de agua en una zona poco apta para la fabricación de cerveza. En cuanto a los sótanos de almacenamiento y maduración de cerveza, al principio eran fundamentales por la falta de una tecnología adecuada de frío. Los sótanos, ante la falta de un sistema frigorífico, pasaron a ser elementos esenciales y crecieron a la par de la cervecería. El sistema de vapor y la caldería eran rústicos y funcionaban a leña. Sin embargo, cuando en 1913 se constituyó la sociedad anónima controlada por los nuevos dueños de la Cervecería Bieckert, se produjo una notable ampliación de calderas que llegaron a San Carlos provenientes de la Cervecería Bieckert de Lavallol. Estas calderas siguieron funcionando por muchas décadas y recién hacia 1950 tres de las mismas fueron adaptadas para quemar *fuel-oil*. Todas siguieron funcionando hasta

1987, lo que muestra el **atraso relativo** de esta cervecería con respecto a los líderes de la rama que, como se señaló antes, tenían motores eléctricos desde los inicios del siglo XIX. Otro adelanto técnico que se consigna en la descripción con que contamos es la incorporación, hacia la década de 1930 de compresores y generadores de origen inglés y estadounidense, así como equipos de bombeo, todos los cuales eran necesarios para el proceso de elaboración de la cerveza. En cuanto a la molienda, había un molino que parecía ser muy avanzado para la época. Sin embargo, cuando se constituyó la sociedad anónima que controló la empresa desde 1913 comenzó a instalarse un molino de rodillos para malta que reemplazó al anterior y subsistió por varias décadas. La Filtración de mostos también es una operación que sufrió muchos cambios: al principio era manual y recién en 1945 se adquirió un moderno filtro para realizar mecánicamente el filtrado. La sala de fermentación sufrió grandes cambios al aumentar la demanda: de la original, constituida por toneles, se pasó a una de mayor capacidad, compuesta por piletones de cemento revestidos interiormente de aluminio laminado. En la década de 1940 hubo sucesivas ampliaciones de la sala de fermentación, construyéndose una segunda hacia finales de la misma. Quedan aún por comentar las transformaciones en el proceso de envasado de la cerveza: las primeras botellas que se llenaban con la ayuda de embudos y se tapaban con corchos. A diferencia de las grandes cervecías argentinas, en este caso la *mecanización* demoró muchísimos más años, hasta mediados del siglo XIX. En principio, el lavado fue manual, controlándose “a la vista” el enjuagado de cada botella. El llenado también se fue *mecanizando*, lo mismo que el control de la calibración de esta operación. Los tapones, que en un principio eran corchos ajustados con alambre, fueron evolucionando lentamente hasta transformarse en las tapas “corona”. Si se lo compara con el departamento de envasado de Quilmes, las diferencias son claras. Así, a pesar de que la cervecería era una de las más importantes de Santa Fe, no incorporó los cambios y adelantos técnicos necesarios como para competir con Quilmes y Bieckert. El proceso más importante de transformación ocurrió recién a partir de 1913, cuando la cervecería pasó a manos de una sociedad anónima con sede en Londres, que también controlaba a la segunda cervecería de la Argentina –la Bieckert–, incorporando maquinaria que ya no usaba esta fábrica, y mecanizando su proceso productivo, pero a un ritmo mucho más lento que el de los establecimientos líderes.

La **historia de la industria cervecera de Rosario**, por su parte, nos muestra, en uno de los distritos que más crecieron y que más ampliaron su mercado interno, cómo se fue dando el proceso de *centralización* del que venimos hablando más arriba. Es uno de los lugares donde más se desarrolló la industria cervecera: en el período que nos ocupa se fundaron 21 establecimientos cerveceros distintos (ver Apéndice C).

La primera y rudimentaria “fábrica” de cerveza se instaló en 1855, y a partir de allí fueron muchos los establecimientos cerveceros que abrieron sus puertas hasta finales del siglo XIX (Apéndice C). La quinta cervecería de Rosario –fundada por Federico Pommerrencke en 1858 y denominada “Cervecería Nueva”– tuvo una larga y destacada trayectoria. En 1960 fue vendida a Gustavo Bley, quien a su vez la transmitió a Federico Engle en 1866. Ocho años más tarde, la misma fue transferida a Fernando Magdelin, quien dio impulso al establecimiento, que de ahora en más se denominó **Cervecería Alemana**. En 1884 Magdelin vendió la fábrica a Juan M. Ortiz, pero tan sólo dos años después la fábrica fue vendida nuevamente, esta vez a Carlos Schlau y Federico Strasser. Estos se habían iniciado en la fabricación de cerveza a escala reducida en un pequeño establecimiento de la calle del Puerto, que cerraron cuando adquieren la Cervecería Alemana. En 1890, la misma cubría una superficie de 3.200 varas cuadradas (2.236 m²), contaba con secciones de máquinas, sótanos refrigeradores, depósitos de materia primas y de cerveza elaborada, además de una destilería. La *fuerza motriz* la generaba un motor de 30 HP y el agua se extraía del subsuelo, con una doble bomba, a razón de mil litros por minuto. Esto muestra que, pese a las diferencias con las fábricas de Bieckert o Quilmes, no era un establecimiento nada desdeñable. En 1893 se disolvió la sociedad, continuando con la cervecería Carlos Schlau, quien lanzó en mayo de 1896 una cerveza marca “Salvator”, para ser bebida en los meses de invierno, lo cual solucionaba en parte el problema del carácter estacional de la demanda. Al finalizar el siglo XIX, Schlau elaboraba anualmente un millón de litros de cerveza, ubicándose entre los siete u ocho mayores productores del país. Fallecido en 1907, su viuda vendió la fábrica al **Grupo Bemberg**, que le dio el nombre de “Cervecería Schlau S. A.”. Esto muestra, al igual que en el caso del mismísimo Emilio Bieckert, el carácter familiar del negocio y sus propias limitaciones: una vez muerto su dueño, el mismo pasó a manos del grupo que empezaba a extenderse acaparando el mercado y comprando o haciendo quebrar a sus competidores (*centralización*). Pocos años después, en 1914, los nuevos dueños inauguraron una moderna planta fabril, con desvío ferroviario incluido, lo que permitía el transporte directo de materias primas y cerveza elaborada. La habilitación de esta nueva planta fue seguida por el cierre de la primitiva en lo referente a la elaboración de cerveza, aunque por más de una década continuó produciendo hielo y almacenando “chop” en barriles y porrones. La fábrica, poco tiempo después del inicio de la Primera Guerra Mundial y tras la clausura de la Cervecería Germania, era la única que funcionaba en Rosario. O sea la ciudad pasó de contar con unos 20 establecimientos –aunque no todos funcionaron simultáneamente– a quedarse con uno sólo, propiedad del Grupo Bemberg (ver Apéndice C).

Entre los múltiples establecimientos instalados en la década de 1880 en Rosario, se destaca la Cervecería Santa Rosa, fundada por los licoristas Costa y Falcone, que fue adquirida por **Federico Strasser** en 1893, justo después de desvincularse de su sociedad con Schlau. Poco tiempo después de adquirida, en 1897, Strasser debió ceder la fábrica a I. S. de Idiatborde debido a una serie de deudas que no podía saldar. El nuevo propietario, que desconocía el proceso de fabricación de cerveza, debió contratar al propio Strasser para atenderla, con un sueldo de \$200 mensuales (Strasser, s/r: pp. 116-117). Esto muestra el carácter primitivo de la producción de la cervecería: el pequeño propietario, otrora miembro del Club Industrial de Rosario, aquejado por las deudas, se vio obligado a ceder su fábrica, pero a su vez a ser empleado por el nuevo dueño para poder sobrevivir. Sin embargo, la nueva fábrica no tuvo mayor suerte: desde 1900 pasó a la firma Weidenbrug Hnos., propietaria de las bodegas y destilería **Germania**, que le aplicó esta denominación, llegando a ubicarse entre las ocho mayores del país, pero en 1916 debió ser vendida al consorcio Bemberg, paralizándose desde ese año en forma definitiva la elaboración de cerveza y continuando por más de dos décadas con la de hielo.

Así, de las varias cervecerías que se registraron en el último cuarto del siglo XIX en la ciudad de Rosario, a principios del siglo XX sólo sobrevivían dos: Alemana y Germania, que años más tarde (en 1907 y 1916) pasarían a manos del grupo Bemberg. Haber analizado cómo se comportó la industria cervecera en uno de los principales centros de consumo y donde más establecimientos se habían creado, muestra, si bien no hay demasiados datos disponibles sobre los *procesos de producción*, que en determinado momento la escala de producción excedía las posibilidades de los capitalistas locales. Como en otros lados, las principales fábricas fueron adquiridas por el Grupo Bemberg, gigante de la rama, en un caso para cerrarla (o utilizarla solamente para producir hielo) y en otro para *modernizarla* y ampliarla para seguir con la explotación por varias décadas (hasta que también fue cerrada). El caso de Rosario nos ilustra cómo opera la *centralización* de capitales en la rama cervecera ya no sólo a escala regional sino nacional.

La **historia de la industria cervecera de Dolores** también es ilustrativa del proceso de *centralización* del que se viene dando cuenta. La Primera cervecería perteneció a Guillermo Kleinmann y data de finales de la década de 1860 (Vilgrela Madrid, 1989). Luego, el cervecero se asoció con Javier Meyer y mudaron su fábrica a un terreno que contaba con un gran estanque de agua, muy necesaria para la elaboración de cerveza. Javier Meyer adquirió, en 1889, el total de la cervecería que había sido de Guillermo Keinmann, quedando como el único dueño y renovó la totalidad de la maquinaria de producción, para poder competir con las otras firmas locales y con la llegada de numerosas firmas externas. Sin embargo, ya

finalizado el siglo, Meyer debió cerrar la fábrica por la imposibilidad de competir con Quilmes y Bieckert.

Otra cervecería importante fue la de Juan Quenard y José Mollard, que empezó a funcionar en 1875. Lo sorprendente es que hubiera dos establecimientos hacia los años 80, lo cual no ocurría en otras localidades de la Provincia de Buenos Aires. Más aún, en 1894 se abrió un tercer establecimiento, la Cervecería del Sud, propiedad de Juan Chapperon. Sin embargo, esto no iba a durar mucho ya que hubo varios factores que desalentaron la producción en los pequeños municipios: los altos impuestos nacionales y provinciales, lo antieconómico que resultaba la importación de envases provenientes de Gran Bretaña, el elevado costo de transportar las materias primas hasta los lugares de producción y luego la cerveza envasada hasta los lugares de consumo, además de la dificultad para incorporar mejoras técnicas con escalas de producción y capitales tan reducidos. Hacia 1903 desaparecía la Cervecería del Sud y ya no se registrarían más establecimientos cerveceros en Dolores (lo cual es significativo, teniendo en cuenta que fue la única localidad de la Provincia de Buenos Aires que llegó a tener tres establecimientos simultáneos). Lo que observamos, más allá de la carencia de datos concretos sobre los cambios en el *proceso de producción*, es que las dificultades propias de cualquier empresa capitalista no podían ser afrontadas por los pequeños y medianos productores.

Los **tres casos analizados** sirven como ejemplo de cómo afectaba el proceso de *centralización* de los establecimientos medianos y pequeños. En el caso de la Cervecería San Carlos, la más importante de Santa Fe, debió ser vendida, en 1913 a una sociedad anónima controlada por los dueños de la Cervecería Bieckert. El caso de Rosario es paradigmático: de las veinte cervecías que existieron a lo largo del siglo XIX, sólo dos sobrevivieron hacia principios del siglo XX. Las principales cervecías Alemania y Germania— fueron adquiridas por el grupo Bemberg en 1907 y 1916. Por último, la historia cervecera de Dolores muestra cómo las tres cervecías que surgieron en el siglo XIX no lograron sobrevivir a la competencia de los gigantes de la rama: hacia la primera década del siglo XX no quedaban cervecías en la localidad que más establecimientos había tenido en la Provincia de Buenos Aires. Así, las cervecías medianas tenían la opción de vender sus empresas a las sociedades anónimas que controlaban las principales cervecías, mientras que las pequeñas estaban directamente condenadas, tarde o temprano, a la desaparición.

Manifestaciones de la *acumulación* en la rama cervecera: *centralización* y *mecanización*

El capitalismo argentino, tanto en general como en sus *procesos de producción*, estaba determinado por el capitalismo mundial, lo que significa que debía comportarse, en lo esencial, de acuerdo a sus tendencias generales. El análisis de la industria cervecera argentina y de algunos de sus establecimientos permitió corroborar las principales manifestaciones del proceso de *acumulación*, que son la *concentración* y *centralización* y la creciente *mecanización* u *objetivación* de los *procesos de producción*. Los ejemplos analizados permiten deducir que los procesos de *concentración* y *centralización* descritos en los apartados anteriores iban acompañados de la introducción de maquinaria y de la consiguiente *mecanización* de trabajos que previamente se realizaban en forma manual. No puede entenderse uno sin el otro: la *mecanización*, con el consecuente aumento de la composición orgánica y técnica del capital (lo que expresa un aumento del *valor* del capital constante respecto del variable), hacía más competitivas a algunas compañías –Quilmes y Bieckert – e inviábiles a otras, que se vieron obligadas a cerrar sus puertas o, en el mejor de los casos, a vender sus fábricas a los líderes de la rama.

En los casos analizados de establecimientos secundarios, si bien las descripciones de los *procesos de producción* con que contamos no son completas, sí se pudo ver que había dificultades para realizar las inversiones necesarias para incorporar los adelantos técnicos que se difundían en el mundo y en el país (con cierto retraso). Si las cervecerías San Carlos, Germania y Alemania sobrevivieron durante un período prolongado, a diferencia de las tres de Dolores, fue por haber sido adquiridas por los gigantes de la rama y utilizadas en su estrategia de expansión en el mercado nacional, además de que incorporaron aquella maquinaria que iba siendo descartada por las grandes fábricas. Quedará para una etapa próxima de nuestra investigación ampliar la base empírica para corroborar que la mayoría de las empresas que quebraron o fueron absorbidas por Quilmes y Bieckert durante esos años contaban con un grado de *mecanización* menor que la de los grandes pulpos de la rama.

Al analizar lo que ocurría con Quilmes y Bieckert, responsables desde finales del siglo pasado de más del 70 % de la producción cervecera argentina, vemos que al principio, hasta los años '70 del siglo XIX, el *proceso de producción* –en el caso de Bieckert– seguía conservando las características artesanales previas, o sea que correspondía a la etapa de la *cooperación en su forma simple*. Recién en la década siguiente, cuando proliferaron los establecimientos menores en todo el país, Bieckert lograba un desarrollo del proceso productivo totalmente revolucionario. Hacia 1890 apareció Quilmes, que ya desde el inicio tenía un alto grado de *mecanización* sólo comparable con el de Bieckert. El *proceso de*

producción correspondía a la *manufactura moderna*, para estos dos establecimientos, mientras que en el resto de la rama los demás establecimientos producían según la forma *manufacturera clásica*, con un trabajo básicamente manual. Hacia principios del siglo XX, se revolucionó nuevamente el *proceso de producción* en las dos fábricas líderes, estableciéndose el *sistema de máquinas y mecanizándose* incluso el departamento de envasado, que era el que más trabajo manual requería hasta el momento. Estos fueron los pasos hacia el modo de producción específicamente capitalista: la *gran industria*. En esta rama de la industria, entonces, la crisis de 1890 y los años sucesivos marcaron el final de muchos establecimientos familiares, con procesos artesanales correspondientes a la *cooperación simple* o a la *manufactura* poco desarrollada. A principios del siglo XX se incrementó el proceso de *centralización* disminuyendo significativamente el número de establecimientos, a la par que se producía, en las principales fábricas la transición de la *manufactura moderna* a la *gran industria*. En la década de 1920 observamos que la *gran industria* ya estaba consolidada y esto fue acompañado de una nueva reducción en el número de establecimientos (en 1929 sólo quedaban 17), sin contar con que muchos de los existentes estaban controlados por el grupo Bemberg (ver Apéndice C). O sea que, en esta industria, la *centralización* definitiva y el pasaje hacia la *gran industria* fue anterior a la crisis de 1930, contrariamente a otras ramas. Entendemos que esto puede explicarse porque la industria cervecera requiere una magnitud de capitales muy superior al de otras industrias y porque la rápida llegada de capitales europeos aceleró este proceso, desarrollando tempranamente cervecerías con una productividad similar a las europeas o estadounidenses. Este “salto de etapas” con la consecuente aceleración hacia el modo de producción de la *gran industria* no fue casual: el hecho de que los cambios que llevaron siglos en Europa aquí se hayan producido en pocos años podría explicarse a partir de la *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio*: el capital centralizado europeo fue exportado hacia la Argentina y controló rápidamente la rama cervecera, incorporando algunos de los desarrollos tecnológicos más avanzados.

Historia de la cerveza

Según el artículo 1080 del actual Código Bromatológico Argentino: "*Con la denominación cerveza se entiende la bebida que se obtiene por la fermentación alcohólica de un mosto elaborado con cebada germinada sola o en mezcla con otros cereales (malteados o no), sustancias amiláceas o transformadas, lúpulo, levadura, y agua potable*". Sin embargo, hay que aclarar que éste es sólo un tipo de cerveza, la que se impuso en la Argentina. En términos generales, **la cerveza es toda bebida producida por fermentación alcohólica de un mosto azucarado obtenido a partir de cualquier fuente de almidón, que durante el proceso de elaboración es sometido a una conversión para generar azúcares fermentescibles** (Cerdán, 2003: p. 6). Las fuentes de almidón podrían ser varios granos, semillas, tubérculos, etc. Así, en distintas regiones y momentos históricos se fueron imponiendo diferentes tipos de cerveza: el *saké* es una cerveza de arroz, la *chicha*, una cerveza de maíz, y hay muchas otras: de trigo, sorgo, mijo, centeno, mandioca y granos de bambú, entre otros (Wührer, 1932: p. 5). En principio, nos ocupamos aquí de la historia de la cerveza que se impuso en Europa occidental -de cebada- y que luego, con la expansión del capitalismo, fue estableciéndose en el resto del mundo, incluida Argentina.

Repasemos, a grandes rasgos, cuál es la historia de la cerveza, una **bebida milenaria**. Los primeros registros sobre la producción y consumo de cerveza datan de los tiempos en que aún no había escritura. Hay quienes sostienen que el primer registro arqueológico se remonta a los inicios del cuarto milenio antes de Cristo: en la actual Siria se habría encontrado una tabla de barro de origen sumerio en la cual se puede observar a una mujer con dos grandes copas en las que aparece la inscripción "Bebe la cerveza con el corazón de león"¹. También se sostiene que en un papiro egipcio del 2.800 a. C. se registra el primer accidente provocado por estado de embriaguez: según este papiro, se había arrestado a un chofer de carros, que conduciendo borracho chocó contra una estatua de la diosa Athor. Se le encontró culpable y se le colgó en la puerta de la taberna donde le habían vendido la cerveza hasta que animales carroñeros redujeron su cuerpo a huesos. Distintos escritores de la antigüedad mencionan al "vino de cebada" de los

¹ Para ampliar la historia sobre los orígenes de la cerveza véanse Wührer (1932), Wolff (1939), Duboe y Berger (1988), ALAFACE (1997), Jackson (1999), Vives (2002), Cerdán (2003), y las páginas de internet: www.cervecerosdigitales.com, www.expocerveza.com.ar, www.quilmes.com.ar, www.iabaf.com.ar, www.cervecerosdelmundo.com, www.isenbeck.com.ar, www.damm.es, www.bavaria.com.co.

egipcios y sus efectos embriagadores. De sus crónicas se desprende que ya en tiempos antiguos, a orillas del Nilo era común la producción y el consumo de cerveza. En un papiro del 1.000 a.C. se previene a los ciudadanos de no excederse en el consumo de cerveza y no demorarse demasiado tiempo en las tabernas (Wolff, 1938: p. 7-8). Hay incluso registros arqueológicos que muestran que hace más de 4.000 años comenzaba a producirse, a partir de fermentaciones naturales de líquidos harinosos, una bebida embriagadora derivada de la cebada. Destacar esto no es menor ya que, si bien el vino ocupaba el primer lugar en todos los pueblos de la Edad Antigua, la cerveza no era poco importante. La supremacía del vino, por otra parte, tiene una explicación técnico-natural: mientras que el vino es un producto de la "naturaleza" ya que la uva se desarrolla y madura sola y la fermentación de su jugo se produce sin demasiada intervención del hombre; la cerveza, en cambio es una bebida de producción "artificial" que exige un líquido adecuado para la fermentación, que se obtiene con mayor detalle, cociendo cereales y, recién después de un complejo y difícil proceso, se vuelve una bebida apta para ser consumida por el hombre (ver Apéndice B). Por ello, la cerveza requirió de conocimientos más amplios y elevados que el vino y su producción y consumo significativo fueron posteriores. Sin embargo, son abundantes los registros que muestran que diversos pueblos a lo largo de la historia produjeron distintas bebidas basadas en la fermentación no sólo de cebada sino también de trigo, arroz, avena u otros cereales.

Siglos más tarde, en la temprana Edad Media, la cerveza era producto de una tarea doméstica, generalmente a cargo de las mujeres de la casa. Los granos eran triturados con piedras o masticados y una vez producida la masa, para llegar a su fermentación y producir el caldo, se la depositaba en vasijas, añadiéndole agua y haciendo hervir el líquido por medio de piedras calientes. En la **Edad Media**, en Baviera y Franconia se registraron los primeros "establecimientos" cerveceros: los **conventos**. Antes de la invención de la imprenta, eran los monjes los únicos capaces de copiar manuscritos antiguos, familiarizarse con técnicas seculares e intercambiar información con otras abadías. Fue allí donde nació una "proto-industria" cervecera.

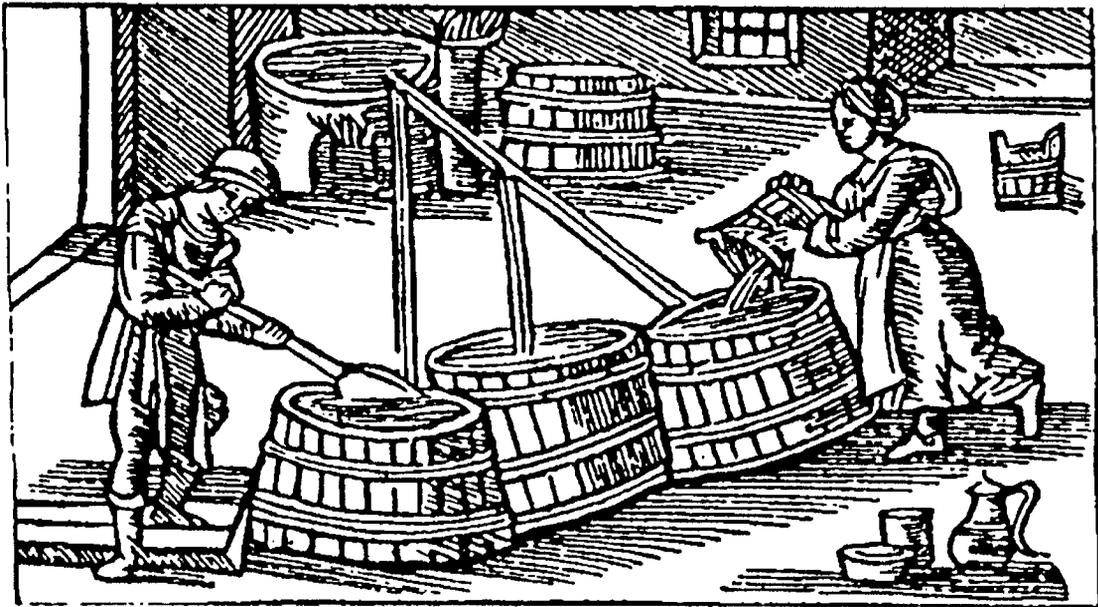


(Extraído de Wolff, 1938: p. 9)

La estrella alquímica que se ve en la parte superior izquierda, protege el caldero, evita las malas fermentaciones y simboliza el arte del cervecero: el triángulo (aire-agua-fuego) se cruza con otro (malteado-braceado-fermentación) y juntos representan la transformación del grano.

De esta manera, en los conventos, se avanzó en el conocimiento de las técnicas de germinación de los diferentes granos y comenzaron los experimentos para su realización, logrando cervezas cada vez más sofisticadas. Pese a ello, todavía no se dominaba por completo el proceso de fermentación, por lo que uno de los primeros símbolos para la producción de cerveza monacal fue, como se ve en la imagen anterior, la estrella de seis puntas, que representaba la alquimia de transformar agua en un brebaje mágico. Sin embargo, el solo hecho de haber superado la producción doméstica y haber pasado a una producción colectiva en los monasterios, sin duda permitió incrementar la productividad de la producción de la cerveza y generar un excedente para ser comercializado. Incluso se diversificó la producción ya que, como se sabe a partir de los registros escritos del Convento de St. Gallea del siglo XI (Wolff, 1938: p. 10), se producía una cerveza de cebada para los festejos especiales y una cerveza de trigo y avena, de peor calidad, que se servía como bebida diaria. También se elaboraba un tercer tipo de cerveza, más fuerte,

destinada por lo general a los habitantes del convento, llamada Cerveza de Frateres o de Caballeros, y una cuarta, más liviana, destinada a la población, a la que se distinguía con el nombre de “cerveza del convento”, la cual era vendida en las cercanías del mismo. Sin embargo, el privilegio de los conventos para la producción de cerveza fue siempre atacado por los campesinos y los burgueses, que pronto aprendieron de ellos cómo preparar la cerveza de malta y lúpulo. Con el desarrollo urbano en Europa, en los siglos XIII y XIV, surgieron varios **gremios** de trabajadores libres, entre ellos el de los cerveceros, lo cual, por cierto, no implicó que se abandonase la producción casera y artesanal de esta bebida. A su vez, en esta época, comienzan a imponerse ciertas regulaciones tendientes a uniformizar la elaboración de cerveza. Data del año 1290 la ordenanza de la ciudad de Nuremberg, según la cual se obliga a los campesinos a emplear solamente cebada para la preparación de la cerveza, multando el empleo de avena, centeno o trigo (lo que hoy en día se denomina “adjuntos”). En el siglo XIV, por ejemplo, se formaron uniones gremiales en distintas ciudades del norte de Alemania, que pronto comenzaron a vender su cerveza a distintas partes del mundo. Las **regulaciones**, en un tipo de producción que aún no era capitalista, impedían que cualquiera estuviera habilitado para fabricar la cerveza y a su vez se establecían normas -como la recién mencionada- que todos los agremiados debían cumplir. En el año 1487, por ejemplo, el duque Alberto IV dispuso un reglamento que establecía un precio uniforme para la cerveza: una medida de cerveza en invierno debía valer un penique, mientras que en verano, dos peniques. A partir de ese momento, además, cada cervecero tenía que prestar juramento ante el tesoro de no agregar nada a la cerveza que no fueran las cuatro materias primas aceptadas: agua, cebada malteada, lúpulo y levadura (como veremos, siglos más tarde y con la producción industrial de cerveza, estas restricciones fueron dejadas de lado y se incorporaron los “adjuntos” para abaratar las materias primas). En principio ese reglamento era sólo válido para Munich, pero en los años siguientes se lo extendió a todo Baviera, que era uno de los centros más importantes de producción cervecera.



Elaboración de cerveza nórdica en el siglo XVI: a la izquierda se observa el proceso manual -braceado- de elaboración del mosto (Duboe y Berger, 1988: p. 63).

En varias ciudades europeas fueron realizándose pequeños avances en el proceso de fabricación. Uno de los más importantes, que ocurrió en Inglaterra, fue el empleo de la **levadura cultivada**. Antes, en la Edad Antigua y Media, se obtenía la fermentación exponiendo al aire libre el líquido dulce, dejando que se iniciara el proceso de fermentación mediante las levaduras naturales, sistema que, si bien solía dar resultados positivos, muchas veces hacía depender todo el proceso de determinaciones azarosas que truncaban la fermentación. Alrededor de 1850, las cervecerías de Londres lograron conservar la levadura empleada, exponiéndola a una nueva fermentación. Este fue el primer paso para la producción de levadura cultivada, obteniéndose una mejor reglamentación para el proceso de fermentación y una mayor seguridad para el resultado de la elaboración de la bebida.

Sin embargo, la transformación más trascendente ocurrió unas décadas después, con la incorporación de la **máquina de vapor**, que permitió revolucionar completamente el *proceso de producción* cervecera. Desde ese momento, la industria cervecera fue pasando del simple trabajo manual al rango de industria moderna -*gran industria*, en nuestros términos-. Hasta fines del siglo XVIII, aún en las cervecerías de mayor importancia, los medios auxiliares técnicos se limitaban al malacate (consistía en una viga de madera que giraba alrededor de un eje vertical, tirada por un caballo, que servía para sacar de los pozos el agua, principal insumo de la cerveza), las ruedas de agua (para el aprovechamiento de la fuerza hidráulica) y otras instalaciones técnicas

sencillas. Las cervecerías pequeñas, por su parte, carecían siquiera del “avance” del malacate y se limitaban al trabajo manual como única fuerza motriz. En la segunda mitad del siglo XVIII se expande el uso del gran invento de James Watt, la máquina a vapor, que permitió superar las limitadas fuerzas de las bestias y los hombres y también la de los medios mecánicos conocidos hasta entonces (aire y agua). La industria cervecera ha sido una de las primeras en aprovechar el nuevo invento para sus fines y el mismo Watt siempre había tenido gran interés por esta industria, reconociendo que precisamente esta rama era llamada a ser el consumidor más capaz e importante de sus maquinarias. Fue en **Inglaterra** donde se aplicó por primera vez la máquina de vapor en la industria cervecera (Wolff, 1938: p. 14). Al principio sólo se utilizaba para reemplazar al malacate, es decir para sacar agua de los pozos, pero fueron éstos los primeros ensayos para el cambio completo del proceso técnico en las cervecerías. Este implemento requería, a fin de poder aprovechar su capacidad íntegra, una equiparación del servicio general, siendo por consiguiente la causa de que se instalaran medios técnicos más potentes y de mayor producción. Cuando se pudo aprovechar el vapor como medio propulsor para las máquinas (una de las claves de la “revolución industrial” fue el reemplazo de fuente de energía orgánica -animal y humana- por inorgánica), se abrieron nuevas posibilidades para aprovecharlo también como medio auxiliar para el proceso del braceado -movimiento de brazos necesario para la elaboración del mosto-, para la cocción, la destilación, el secado, la vaporización y otros procesos de la técnica del calor². El vapor fue ganando terreno y penetró especialmente en las salas de cocimiento de las cervecerías, imponiéndose el sistema de cocción a vapor. El siguiente país que incorporó la máquina a vapor fue Estados Unidos. La consecuencia inmediata fue que tanto en Inglaterra como en **Estados Unidos** se produjo una rápida *centralización* de capitales, desapareciendo las antiguas empresas pequeñas y medianas y ganando terreno la *gran industria*. Recién a partir del año 1820 los demás países europeos comenzaron a introducir la maquinaria a vapor en sus industrias cerveceras. En **Alemania**, la primera se instaló recién en 1846. La introducción relativamente tardía del sistema a vapor en la industria cervecera alemana tuvo la ventaja de que ésta empezara con una instalación bastante perfeccionada, que estaba muy sobre el nivel de la maquinaria suministrada todavía por el mismo Watt, con sus consiguientes progresos tanto en la técnica como en la capacidad de producción. Tras la unificación alemana, en 1870-71, se desarrolló aún más la industria, se abrieron grandes establecimientos y se fundaron **sociedades**

² Más adelante, en el Apéndice B, se explicará en qué consiste cada una de estas operaciones del *proceso de producción cervecera*.

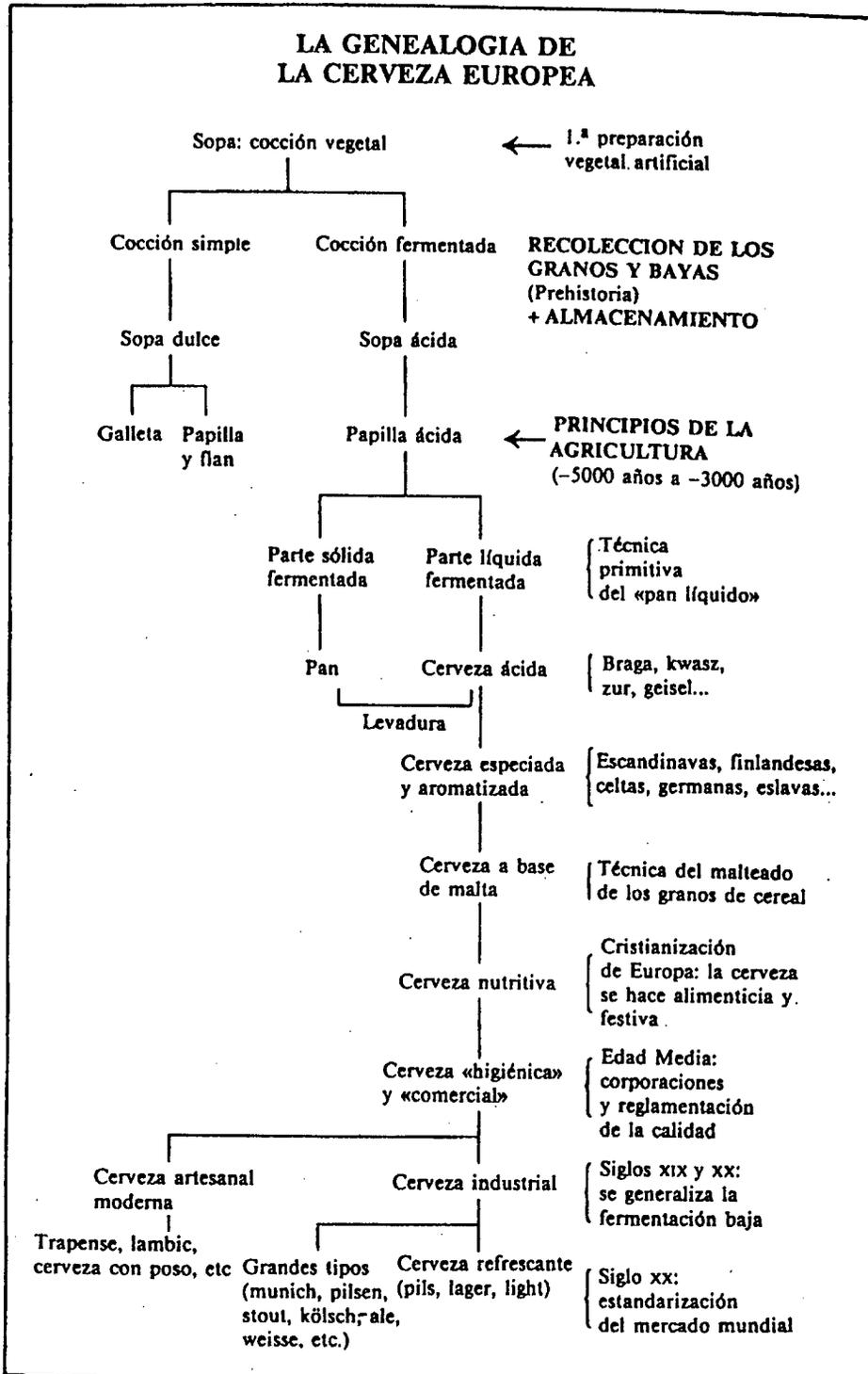
anónimas para explotar este rubro. La *centralización* de los capitales y la *mecanización* de los procesos productivos fueron de la mano, como dos caras del proceso de *acumulación* del capital.

Otro cambio significativo se produjo gracias a los descubrimientos del científico Luis Pasteur³, que logró explicar el proceso de la fermentación alcohólica, además de preconizar las medidas de higiene cuyos fundamentos se mantienen en las fábricas de cerveza hasta hoy en día. A él se le debe la introducción de la llamada “**pasteurización**” o esterilización de la cerveza acabada, que posibilitará el crecimiento de manera explosiva a las grandes corporaciones cerveceras al permitir conservar la bebida para su transporte y distribución, aunque en desmedro de su sabor y calidad artesanal (el *valor de uso* debió adaptarse a las necesidades de la *valorización*). Esto permitió, junto a la expansión de la relación social asalariada, el desplazamiento extendido de la producción artesanal por la industrial. Otros avances técnicos significativos también posibilitaron que la cerveza pudiera empezar a producirse y distribuirse a escala mundial. Alrededor del año 1790, por ejemplo, un cervecero londinense formuló una cerveza que podía resistir el viaje de 5-6 meses hasta la India, colonia inglesa en esa época. Elaboró una cerveza pálida, de alta densidad y con el doble de lúpulo de lo normal, añadiéndole, además, una dosis de azúcar para que la levadura siguiera “trabajando” durante el viaje. En 1860, gracias a la invención de los refrigeradores artificiales, los cerveceros empezaron a elaborar cerveza también en los meses cálidos. Por otra parte, en esos años se empezaron a introducir los “**adjuntos**”, utilizados como complemento de la cebada. Debido a que tanto el maíz como el arroz eran más abundantes y baratos que la cebada, los cerveceros americanos comenzaron a utilizarlos para elaborar la cerveza. Además, de este modo la cerveza resulta mucho más estable, más ligera y con menos cuerpo. Este estilo empezó a popularizarse a finales del siglo XIX.

Como vimos más arriba, la cerveza cuya producción y consumo se extendieron por Occidente es la que impusieron los alemanes -que monopolizaban los cultivos de cebada y lúpulo

³ En el año 1857 Louis Pasteur publicó su obra *Escritos sobre la fermentación llamada láctica*. En ella muestra que diferentes microorganismos causan distintos tipos de fermentaciones, algunas deseables y otras no. Según Pasteur, estos organismos pueden identificarse y separarse unos de otros. El resultado es que si se destruyen los microbios dañinos en unos recipientes cerrados, teóricamente se puede evitar que la cerveza y el vino se estropeen. Pasteur inició sus investigaciones en torno a la cerveza hacia 1870, momento en que las cervecerías alemanas oponían una dura competencia a las francesas y las inglesas. Su esfuerzo tuvo por objetivo recuperar las producciones cerveceras de su país y sus trabajos de investigación fueron financiados por diversos industriales cerveceros franceses (Velten, Tourtel y Tassigny). La competencia se daba a escala internacional -período imperialista-, entre las principales potencias de ese entonces, y los avances científicos estaban alentados y pagados por los propios productores de cada Estado nacional. No es casualidad que, cuando el 26 de junio de 1871 Pasteur patentó la invención de un procedimiento para fabricar y conservar cerveza, haya expresado el deseo de que los crudos elaborados con este método llevaran el nombre de “*cervecerías de la revancha nacional*” -haciendo alusión al resultado desfavorable de la guerra franco-prusiana de 1870- (Duboe y Berger, 1988: p. 78).

en Baviera- a través de la ley de la “cerveza pura” a la que hicimos alusión más arriba, que sostiene que la cerveza es aquella bebida que se produce por fermentación alcohólica de un mosto azucarado lupulizado, obtenido a partir de una cebada malteada. Esta cerveza, que es la que luego se popularizó en la Argentina, tiene unos mil años de antigüedad y podríamos definirla como “cerveza europea”. Sinteticemos, en un esquema simplificado, cuál es historia:



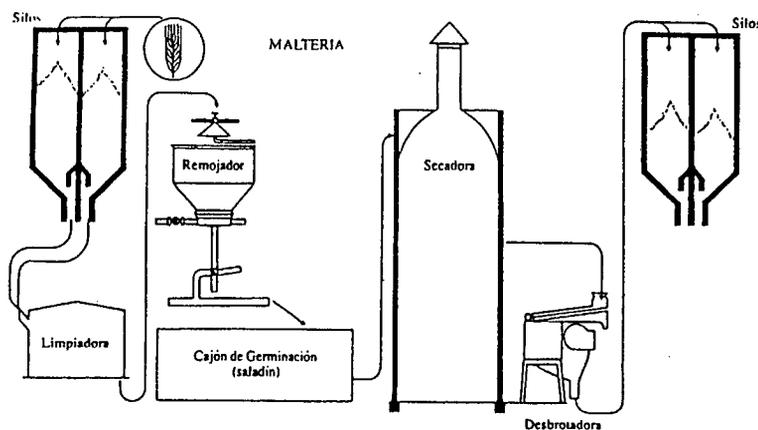
(Extraído de Duboe y Berger, 1988: p. 81)

Aspectos técnicos de la elaboración de cerveza

En este Apéndice se analizará cómo es el proceso general de elaboración de cerveza, que incluye dos procesos bien distintos: la **maltería** y la **cervecería** propiamente dicha¹.

Elaboración de malta

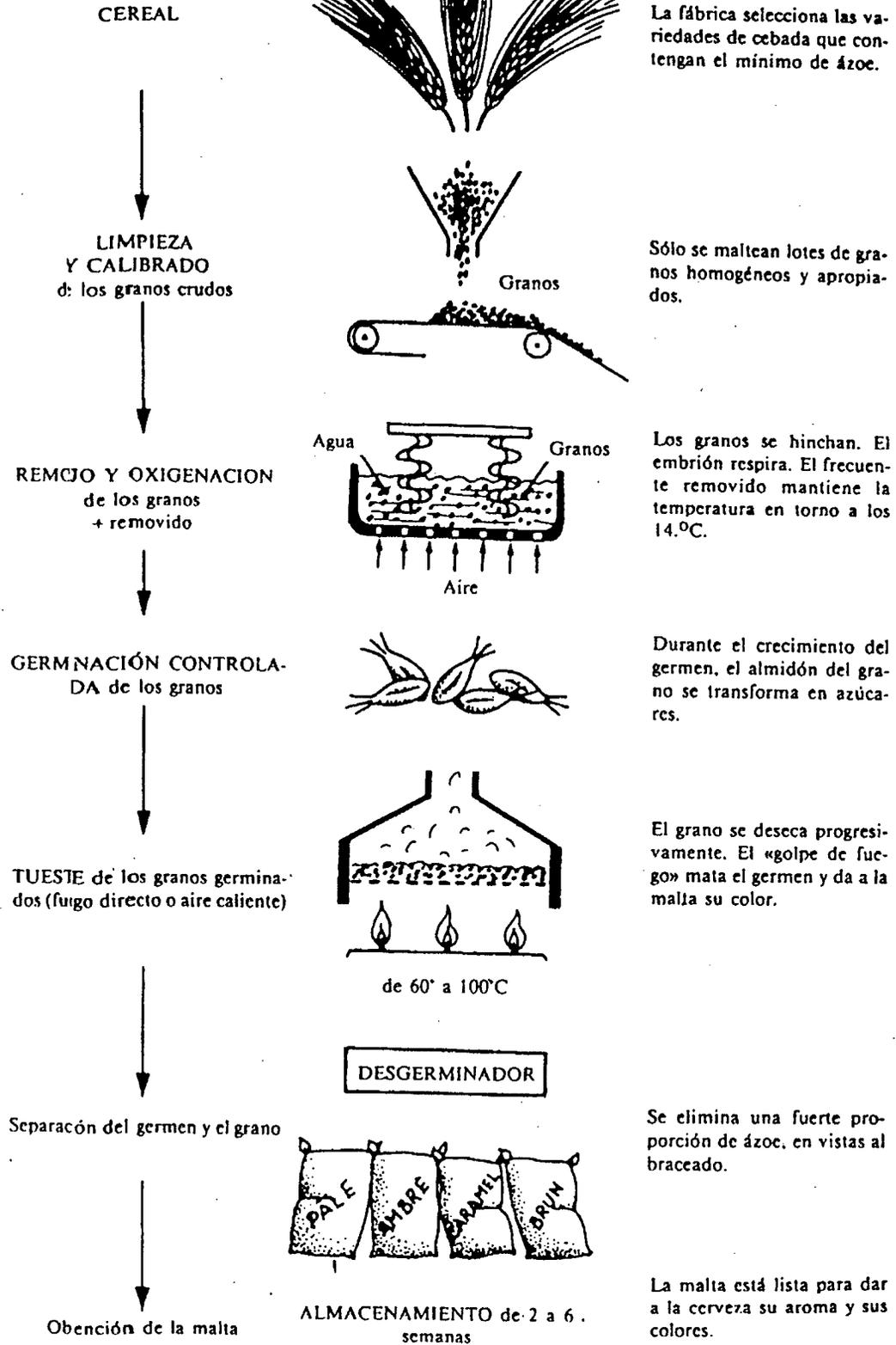
El objetivo del malteado es transformar el grano de cebada cervecera en malta. La materia prima es un grano en “bruto”, la cebada cervecera, que a través de un proceso fisiológico se transformará en malta –base para la producción de cerveza–. El **proceso de malteado** comprende varias operaciones: Recepción de cebada cervecera, Clasificación y limpieza, Remojado, Germinación y Secado, pulido, clasificación y limpieza de la malta terminada. En consecuencia, la malta es el producto resultante de un proceso durante el cual la cebada sufre cambios en su estructura aprovechando para ello la excitación natural de las fuentes de energía que posee. De las cualidades y tipos de cerveza que se quieren elaborar depende la forma de conducción de este proceso de malteado manejando tiempos y temperaturas de forma tal que acentúen o atenúen efectos que modifiquen la estructura química y que caracterizarán la malta resultante. Veamos, a través de dos esquemas, los aspectos elementales de este proceso:



(Extraído de Cervecería y Maltería Quilmes, s/r: p. 11)

¹ El siguiente apartado se elaboró a partir de diversas fuentes que explican aspectos diversos del proceso de fabricación de la cerveza: Leguizamón Pondal (1921), Wührer (1932), Wolff (1939), Cervecería Bieckert (1960), Duboe y Berger (1988), Wallace (1994), ALAFACE (1997), Jackson (1999), Vives (2002), Cerdán (2003), y las páginas de internet: www.cervecerosdigitales.com, www.expocerveza.com.ar, www.quilmes.com.ar,

EL MALTEADO
(de 8 a 12 días antes del almacenamiento)



(Extraído de Duboe y Berger, 1988: p. 85)

Para lograr la transformación de cebada en malta se aplican distintos procesos (ver junto a los dos gráficos anteriores):

a- **Limpieza y Clasificación o calibrado.** El primer paso es la limpieza y tiene por objeto separar el grano de cebada de las impurezas con que llega a la maltería. El segundo paso consiste en clasificar a los granos por su tamaño logrando un producto de calidad uniforme, partiéndose de variedades seleccionadas, que no se mezclan durante el malteado, sino sólo al final. Este proceso se realiza en una sección de máquinas que clasifican a los granos según sus tamaños, por la acción de un rápido movimiento circular, haciendo que los mismos pasen por tamices que tienen aperturas de diferentes espesores. El grano bueno queda retenido clasificado por su tamaño, mientras que el desecho se destina a forraje. Los granos quebrados son eliminados por medio de esta máquina ya que no tienen utilidad industrial.

b- **Remojo.** Para modificar el grano de cebada se lo sumerge en agua imprimiéndole aire a presión de abajo hacia arriba para lograr un burbujeo de todo el conjunto (granos-agua), garantizando el no apelmazamiento de las semillas y logrando la oxigenación del grano. Esto se realiza por periodos alternados, durando el proceso entre 24 y 48 horas.

c. **Germinación.** Durante esta etapa el grano germina como lo haría en la tierra, pero controlado de manera de lograr sólo el desarrollo de enzimas y modificaciones internas, mientras que en un proceso natural lo llevaría a ser una planta. Los cambios más importantes son: rotura de las membranas que rodean a los gránulos de almidón, lo cual facilitará el posterior aprovechamiento del mismo; transformación de las proteínas existentes en el grano, las cuales serán necesarias en el proceso cervecero; y desarrollo de enzimas capaces de atacar al almidón durante la elaboración de cerveza. Este proceso tiene una duración de 5 a 7 días a una temperatura de 15°C. La malta germinada y húmeda que se obtiene recibe el nombre de “malta verde”. Esta germinación se produce en los “saladines” –cajones que llevan el nombre de su inventor–, que tienen un doble fondo, uno de ellos perforado, por donde entra una corriente de aire que ha pasado previamente por torres de humidificación, donde mediante chorros de agua fría se satura el ambiente de humedad a una temperatura de unos 10°C –necesaria para poder mantener el proceso germinativo de la “malta verde”–. Los granos son removidos por medio de paletas, para lograr una correcta aireación de los mismos.

d- **Secado-Tostación.** En esta operación debe eliminarse el agua que posee la “malta verde” y así lograr interrumpir el proceso germinativo –se detiene la germinación disminuyendo la humedad existente en el grano del 40 al 4,5 %–. Además, en esta operación se le da el color al grano, que fijará la posterior coloración de la cerveza. El proceso de secado exige corrientes de aire caliente: varios hornos, alimentados por diferentes combustibles, caldean el aire en cámaras, a través de tubos, para que los gases de la combustión no lleguen hasta la cámara de

secado. En las canchas de secado, la “malta verde” pierde su exceso de humedad. El proceso de germinación continúa al principio, pero luego cesa. Los pisos de las canchas se hallan perforados para permitir el paso de las corrientes de aire caliente y tienen un dispositivo que permite la descarga de la malta a la cancha del piso inferior. La malta, al secarse, obtiene el color y el aroma según los tipos deseados. Una vez terminado el secado, el grano pasa a un equipo desbrotador, el cual lo limpia totalmente de los pequeños brotes surgidos durante el proceso de germinación y separa los que se han quebrado: un agitador cilíndrico horizontal hace frotar los granos entre sí y en esta forma se limpia la superficie, quitándose los restos de gérmenes y cáscaras sueltas. Después de esta última operación, la malta pasa a los silos de almacenamiento, desde donde se la envía a las distintas plantas productoras de cerveza. El ensilaje se hace mecánicamente. Nunca se envía el producto caliente al silo, pues se acentuaría su color. Para evitarlo, se lo pasa a enfriadores alimentados por corrientes de aire. La malta necesita, luego, un tiempo de reposo en los depósitos, donde adquiere madurez, y también una reducida proporción de humedad.

Proceso de cervecería

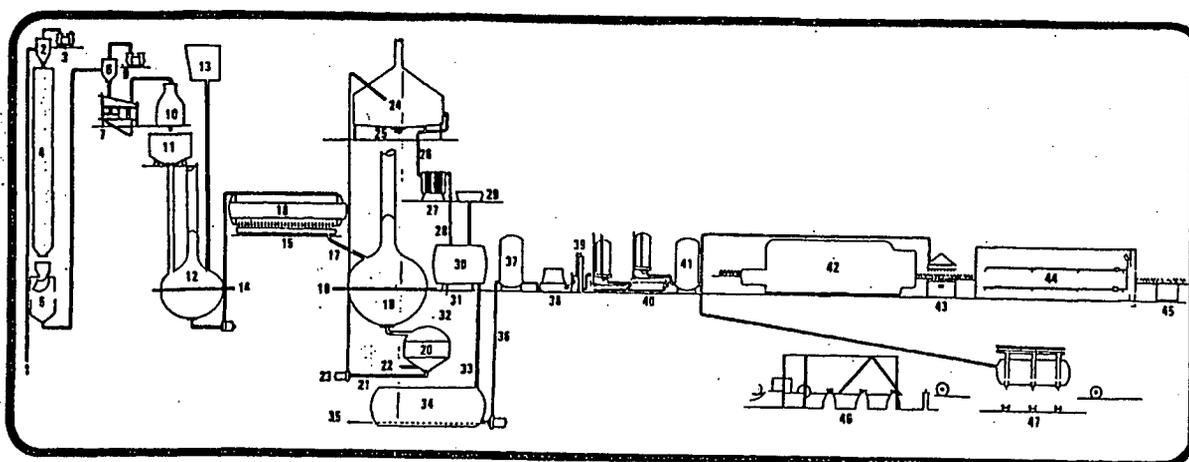
El proceso de cervecería puede ser resumido, a grandes rasgos, en cuatro etapas fundamentales:

1. **Elaboración del mosto.** Se empasta con agua apropiada la malta previamente molida y con movimiento, tiempo y temperaturas se produce la disolución y transformación de los elementos de la malta consiguiéndose el cambio del almidón, principalmente la “maltosa”, y de proteínas, en albúminas y aminoácidos necesarios en forma sucesiva para producir alcohol, gas carbónico y, a través del alimento, la procreación del vehículo de fermentación –la levadura–. El producto final de esta etapa es el mosto con materias insolubles en suspensión que se separan por filtración. El líquido filtrado obtenido se hierve y durante esta operación se dosifica el lúpulo, consiguiendo la esterilización, lupulado, concentración y coagulación del mosto. A posteriori se produce el enfriamiento del mosto de 100° C a valores entre 5°–12° C en condiciones de esterilidad especial (temperatura adecuada para la adición de la levadura).
2. **Fermentación.** Con el agregado de la levadura de cerveza y la consecuente fermentación, se obtiene el desdoblado de la “maltosa” del mosto en alcohol y gas carbónico. Este proceso se divide en dos etapas a saber: fermentación principal –y separación de la levadura en exceso– y fermentación secundaria –llegando a la temperatura de 0°, apta para la maduración

y saturación natural con gas carbónico—. Este proceso se puede realizar en dos recipientes o en uno solo y se lleva a cabo en alrededor de 20 días.

3. **Filtración.** El producto de la operación sufre una total eliminación de levaduras y sustancias proteicas, obteniendo la brillantez y pureza final.

4. **Envasado.** La cerveza filtrada se envasa en botellas y/o barriles con o sin proceso de "pasteurización", que tiene por objeto dar larga duración a la cerveza sin que sufra alteraciones en su color, brillo y gusto. Todos los productos remanentes del proceso de elaboración son totalmente orgánicos y se aprovechan, en parte, para la industria de alimentos balanceados y abonos, entre otros (hez de malta levadura, barridos de la limpieza de malta, etc.).



Proceso de la elaboración de cerveza.

- 1 Malta
- 2 Separador de polvo
- 3 Ventilador
- 4 Silos de malta de cabecado
- 5 Sotana
- 6 Separador de polvo
- 7 Tarama
- 8 Resicuo
- 9 Ventilador
- 10 Malza
- 11 Tolvas Malta molida

- 12 Caldera de maceración (sacarificación)
- 13 Lona de aduñar: malt, case
- 14 Mezcla sacarificada
- 15 Filtro de mezcla
- 16 Hez de malta
- 17 Mosto filtrado
- 18 Lúpulo
- 19 Caldera de lúpulización
- 20 Caldera de lúpulo

- 21 Mosto turbio
- 22 Hez de lúpulo
- 23 Bomba de mosto turbio
- 24 Tna de decantación
- 25 Proteínas sedimentadas
- 26 Mosto clarificado 85-90°C
- 27 Enfriador de mosto
- 28 Mosto frío: 10°C
- 29 Tanque de levadura
- 30 Tanque de fermentación
- 31 7 días a 10-12°C
- 32 Levadura
- 33 Cerveza verde
- 34 Tanque de reposo 30 días a 0°C
- 35 Levadura, proteínas, etc.
- 36 Cerveza madura turbia
- 37 Cerveza turbia
- 38 Centrifugación
- 39 Gasificador

- 40 Filtración con diatomacea
- 41 Cerveza filtrada
- 42 Lavadora de botellas
- 43 Llenadora
- 44 Pasteurizadora
- 45 Etiquetadora
- 46 Lavadora y esterilizadora de botellas
- 47 Llenadora de barriles

La cerveza es una bebida producida por fermentación alcohólica de un mosto elaborado con cebada germinada (malta) y otros cereales (arroz, sémola de maíz, otros), lúpulo, levadura y agua potable.

El proceso cervecero se divide en dos etapas fundamentales:

1. Elaboración de malta.
2. Elaboración de cerveza propiamente dicha.

(Extraído de Cervecería y Maltería Quilmes, s/a: p. 12)

**LA ELABORACIÓN:
DE LA MALTA A LA CERVEZA**

Entrega y triturado de la malta

↓

Mezcla en cuba: agua caliente + -
harina de malta

↓

Filtración en cuba y evacuación
de los residuos sólidos

↓

Lupulización: mosto claro + co-
nos de lúpulo

↓

Enfriamiento rápido del mosto al
abrigo del aire

↓

Enriquecimiento del mosto lupulizado con levaduras y fermentación

↓

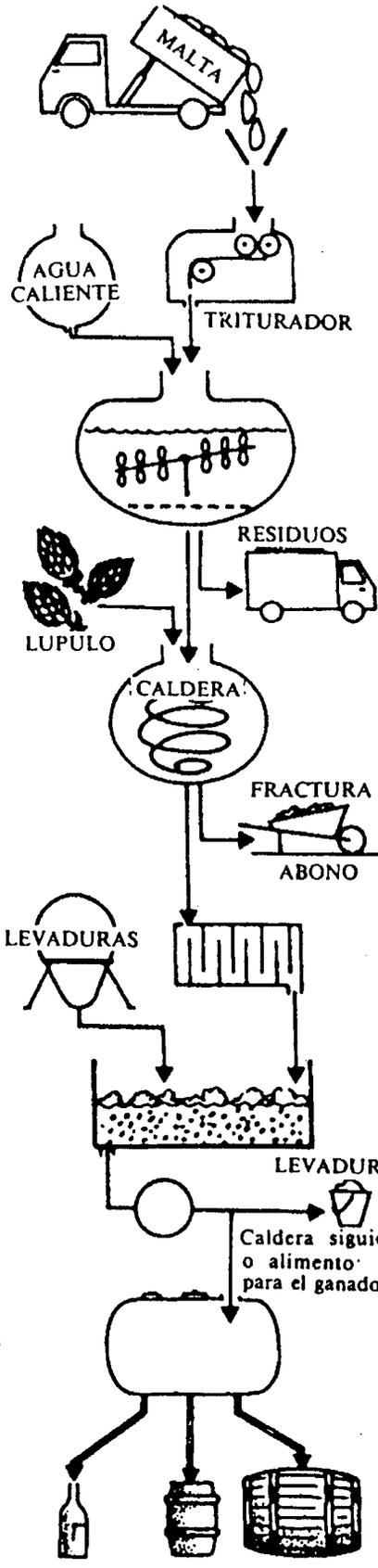
Separación de las levaduras

↓

Reposo en tanques isotérmicos cerrados

↓

Trasiego para el embotellado o el reparto en toneles y barriles.



La malta es reducida a harina, según la fineza deseada.

El almidón forma un engrudo; luego se licúa bajo la acción de enzimas que lo convierten integralmente en azúcares.

Las partes líquidas de la calderada se separan de las sólidas.

Durante la cocción, el mosto es aromatizado por el lúpulo.

El mosto hirviendo y despojado de moléculas grandes (fractura) se lleva a temperaturas de 10-15°C.

La adición de levaduras transforma los azúcares en alcohol y gas carbónico

El filtrado suprime gran parte de las levaduras.

La cerveza joven madura durante algunas semanas

Se procede a trasegar evitando todo contacto con el oxígeno del aire.

(Extraído de Duboe y Berger, 1988: p. 87)

Estos tres grandes pasos recién sintetizados se realizan, como detallaremos a continuación, en distintos lugares dentro de la cervecería. Se explicará, ahora, con más detalle, cómo es el proceso de elaboración (ver junto a los dos gráficos anteriores):

1. Sala de cocimiento–Mosto. Antes del logrado final del mosto, la malta debe ser molida en el triturador o molino, mezclándose con los adjuntos (arroz partido y harina de maíz), en el caso de que estos sean utilizados. Se los vierte en unos recipientes llamados maceradores, se agrega agua en una proporción de 3,5 litros de agua/Kg. de molienda, lográndose una pasta líquida. El almidón existente en la malta –originalmente insoluble– se modifica gracias a la acción de las enzimas producidas durante la germinación en la maltosa, por lo que pasa de un estado insoluble a un estado soluble. El producto final de este proceso es el mosto, que contiene azúcares de malta y proteínas, dos de los productos más importantes para la alimentación de la levadura, necesarios para llevar a cabo el proceso de la fermentación. El mosto ya logrado debe ser filtrado, reteniéndose los elementos insolubles llamados “hez de malta” (residuos sólidos), los cuales son enviados a otro silo desde donde serán cargados en camiones, derivándose a la alimentación de ganado (este es uno de los subproductos derivados del remanente en la producción de cerveza). El mosto claro y filtrado, pasa a la caldera de cocción donde se le agrega el lúpulo, que es el encargado de dar el “amargor” clásico al producto –por lo que es una operación que se realiza con el máximo de los cuidados–. A esta mezcla se la hierve a 100°C durante una hora y media, logrando extraer lo que es útil de todos sus componentes, además de destruir enzimas no queridas, esterilizarla y estabilizarla junto con el aumento del color y cambio de aroma. Luego de hervido, se separan los coágulos formados en el tanque *Whirpool* (remolino) o decantador. En esta parte del proceso la temperatura del mosto es elevada y en esas condiciones no se puede unir a la levadura. Por eso se lo pasa por equipos enfriadores que en forma progresiva bajan su temperatura a 7°C (aunque puede ser mayor), condición para lograr el proceso fermentativo necesario, al tiempo que se lo oxigena mediante inyección de aire estéril. El tiempo total de todas estas operaciones es de varias horas, enviándose luego el mosto logrado al sector de Fermentación.

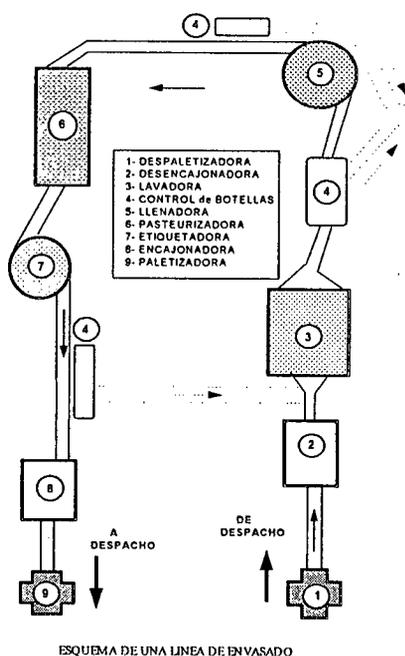
2. Fermentación, maduración o reposo. El mosto se recibe con temperaturas de entre 7 y 9°C, se lo dosifica en grandes tanques con levadura entre 10 y 18 horas. La levadura absorbe inicialmente el oxígeno para activarse y luego actúa sobre los azúcares desdoblándolos en alcohol y gas carbónico. Este proceso dura varios días, a una temperatura de entre 10 y 15°C (primera fase de Fermentación y luego Maduración en caliente). Se termina de madurar y

clarificar en frío, a 1,5°C bajo cero, durante un mínimo de 3 días, luego de los cuales se la envía al sector de Filtración.

3. Filtración. Al llegar a este sector, la cerveza pasa a través de unos filtros de tierras diatomeas (grupo de algas microscópicas fosilizadas), las cuales retendrán las partículas que le confieren turbidez: proteínas y células de levadura. Una vez filtrada pasa a los cilindros medidores donde descansa como mínimo 12 horas a una temperatura de entre 0°C y 1,5°C, garantizando de esta manera la fijación de todos sus componentes y su brillo característico. Llegada a esta instancia la cerveza ya está lista para la operación de envasado. No está de más aclarar que el alcohol y el gas carbónico son de una importancia capital y en especial en el proceso de despacho del producto: muy importantes al gusto y cuerpo de la cerveza, el alcohol y el gas se producen durante la Fermentación. Al ser obtenido por el propio proceso, este gas se recupera impuro y saturado de humedad, por lo cual es enviado a la sala de máquinas, donde se lo limpia y seca para luego ser inyectado nuevamente en el líquido durante el proceso. El excedente es comercializado a plantas de tratamiento de gases.

4. Envasado de la cerveza. Actualmente se lo realiza en tres diferentes tipos de envases: botellas, latas y barriles (en el período 1870–1940 aún no había latas). Detallamos, a continuación, el proceso de envasado en botellas.

Embotellado. El primer paso es la recepción y descarga de los envases provenientes del exterior en el sector de “recepción de envases”. Una vez descargados, los cajones pasan al sector de “botellería”, en donde se llenará el envase. Los envases utilizados son solamente de vidrio, lo cual facilita y garantiza el lavado, y son de color caramelo oscuro –para proteger a la cerveza de la acción de los rayos ultravioleta del sol–.



(Extraído de www.quilmes.com.ar)

Dentro de este Sector, se sigue la siguiente secuencia:

1. **Despaletizadora.** Este equipo, al recibir las “paletas” o columnas de cajones (toma de a dos en forma automática), las desarma cajón por cajón enviándolos a una cinta transportadora –cada paleta tiene 50 docenas–.

2. **Desencajonadora.** Al recibir los cajones con botellas, ésta frena seis bultos y con sus seis cabezales quita los envases de los esqueletos. Los cajones, ya vacíos, siguen su viaje hasta la lavadora de cajones que, con diferentes bocas de inyección de agua, les quita todo vestigio de polvo y tierra. Continuando por la misma cinta llegan a otro equipo donde posteriormente se los cargará nuevamente de botellas. Las botellas tienen un proceso bastante más largo hasta salir nuevamente a la calle. Una vez fuera de los cajones, son depositadas sobre transportes metálicos, por donde recorren todo el circuito.

3. **Lavadora de botellas.** Ingresan en un compartimento similar a su forma. Aquí es sometida a un profundo y exhaustivo proceso de lavado. Es un equipo de gran tamaño, está compuesto por varias cámaras de lavado, todas las cuales poseen distintas temperaturas comenzando por los 30°C, llegando hasta 60°C, y volviendo luego hasta la temperatura original. Todo el viaje de la botella ronda los 30 minutos.

4. **Control de botellas.** Mediante el empleo de equipos de última generación se revisan –por medio de cámaras de lectura infrarroja– todas las botellas que van a ser llenadas, descartándose las sucias, con objetos extraños y con picos rotos. Todas siguen caminos diferentes y en el caso de objetos extraños o picos rotos son destruidas.

5. **Llenadora y tapadora.** Para el llenado, existe un equipo totalmente automático que, mediante un proceso denominado “principio isobarométrico”, actúa cumpliendo los siguientes pasos:

a- La botella entra a la máquina y es tapada por la tulipa (elemento de goma que sella el pico de la botella).

b- Una bomba de vacío elimina el aire que está dentro de la botella hasta igualar la presión de ésta con la presión del calderín (pequeño tanque ubicado arriba de la llenadora, conteniendo cerveza).

c- La cerveza fluye por gravedad e ingresa a la botella por las paredes de la misma desplazando el dióxido de carbono que vuelve al calderín. Cuando la cerveza alcanza al extremo del pico llenador se interrumpe el llenado.

d- Se despresuriza evacuando el resto del dióxido de carbono.

e- Luego a la botella llena se le inyecta agua en un chorro muy fino, que hace “espumar” cada botella, desbordándola y de esta manera se elimina cualquier posible presencia de aire.

f- Finalmente, la botella se tapa y se lava y por medio de un transporte se envía a la pasteurizadora.

Al finalizar esta etapa del proceso de envasado, cada botella es controlada por un sistema que detecta todas aquellas botellas que no tienen el nivel de llenado suficiente o que no están correctamente tapadas; las cuales son quitadas inmediatamente del circuito productivo.

6. Pasteurizadora. ¿Que es el *pasteurizado*? Es un procedimiento u operación térmica con la cual se logra garantizar la calidad biológica a través del tiempo, sin alterar la composición del producto. La máquina pasteurizadora es un equipo de gran porte, por dentro del cual pasa la botella durante 45 minutos. Internamente se ubican ocho sectores, en todos los cuales existen lluvias de agua caliente, pasando de los 30°C en su ingreso, hasta 62°C en la cuarta y quinta cámaras, para finalmente descender a la temperatura original.

7. Etiquetadora. Esta operación es la que “viste” a la botella, por lo que se le da mucha importancia y es controlada por personal altamente capacitado en forma permanente. El equipo coloca de una vez las tres etiquetas (collarín, cuerpo y contra-etiqueta) teniendo, además, un “lector” que frena inmediatamente el equipo ante la detección de cualquier error de operación, descartando las botellas mal etiquetadas. Cuando sale del cabezal donde se coloca la contra-etiqueta se le imprime la fecha de elaboración, turno de trabajo, línea de producción y fecha de vencimiento con equipo tipo Ink-Jet. En su salida, la línea cuenta con un último equipo de control de nivel de llenado y tapado, minimizando de esta manera la posibilidad de que salga a la venta una botella que no cumpla con todos los requisitos de calidad.

8. Encajonadora. Al contrario de la desencajonadora, ésta toma las botellas con sus seis cabezales –cada cabezal, una docena– y las introduce en los esqueletos que fueron previamente lavados. Una vez cargados, los cajones son enviados por una cinta transportadora hacia la paletizadora. Previamente pasan por un equipo inspector de cajones con botellas faltantes, que en el caso de faltar una o más botellas todo el cajón es rechazado.

9. Paletizadora. Recibe los cajones que vienen por la cinta y los acomoda, armando las paletas con cinco pisos de altura. Una vez completada esta última operación, la cerveza ya está lista para la venta.

Historia de la cerveza argentina

Orígenes¹

Es probable que la cerveza europea haya llegado a América de contrabando a comienzos del siglo XVIII, a través de naves comerciales inglesas, francesas o alemanas, ya que los colonos españoles consumían el vino. En el caso de la Argentina, la historia de la producción cervecera se remonta a principios del siglo XVIII cuando se registra el primer establecimiento en la Ciudad de Buenos Aires -fundado por Tomás Stuart en 1738 y denominó "La Zervercería"-, ubicado entre las actuales calles Esmeralda, Maipú, Arenales y Avenida del Libertador (Vives, 2001: p. 10). Cinco años más tarde, su propietario se asoció con Thomas Ilson para ampliar la inversión. El Censo de 1744 registra, en este establecimiento, a Stuart junto con los ingenieros Juan Ittin y Roberto Betant, más seis negros esclavos, todos ellos trabajando en la cervecería, que cerró unos años después, cuando Ilson fue embarcado a España, acusado de contrabando. En 1740 se fundó otra cervecería: Roberto Young, cirujano inglés que por ese entonces operaba en el presidio porteño, habría sido uno de los primeros que elaboró cerveza, en forma totalmente artesanal, para compartir con sus ex compañeros ingleses del Real Asiento y algún que otro extranjero que se hallara por el lugar (Quintana, 2001: p. 50). En 1804 se registra la existencia de un café y restaurante perteneciente al francés Ramón Aignace, que servía una cerveza elaborada por su propio dueño. Otras fuentes de difícil corroboración hablan de una cervecería a cargo de Mr. Ramón, un famoso cafetero de la Recova, que habría funcionado desde 1811, de una cervecería que un tal John Dillon habría instalado en Buenos Aires en 1812, o de otra que, según *El Censor* (*El Censor*, 23/11/1815), habría sido instalada por Juan Thwaites en la zona del Retiro (Quintana, 2001: p. 50). Como señala en sus famosas crónicas un habitante inglés que llegó a Buenos Aires en 1820 y vivió allí por cinco años, "*La producción nacional (de bebidas alcohólicas) es escasa: el vino de Mendoza es dulce y sabe como nuestros vinos caseros. La cerveza es un lujo. La cerveza embotellada no tiene el sabor que posee la cerveza de los barriles de Londres*" (S/N, 2002: p.160). "*En los almacenes pueden obtenerse buenos jamones ingleses,*

¹ Para realizar este Apéndice se utilizaron, entre otros, los siguientes materiales: Chueco (1886), Helguera (1893), Wolff (1938), Manacorda (1947), Mikilievich (1978), Quintana (1992, 2001), Rocchi (1998), Vives (2001, 2002), diversos artículos publicados en *La Nación*, *La Época*, *La Razón*, *La Revista de Economía Argentina*, *La industria cervecera*, censos nacionales, municipales y provinciales y demás fuentes estadísticas citadas al final de la Tesis.

queso, papas, etcétera; los dos primeros a cuatro reales la libra, el último artículo a un real; los impuestos son más bien altos. La botella de cerveza cuesta cuatro reales; también se puede obtener a veces cerveza en barriles. Los artículos de esta clase son casi todos ingleses" (S/N, 2002: p. 158). Poca cerveza y de mala calidad, mayormente importada de Inglaterra; ninguna alusión a la cerveza local. Hacia 1831 aparece en *La Gaceta Mercantil* la noticia de que Antonio Martín Thym ha instalado una cervecería, que al parecer habría producido la primera exportación de cerveza argentina (hacia el Uruguay). Cuatro años después aparece otro aviso en *La Gaceta Mercantil*, de una fábrica de Juan Santiago Renier y Henrique Knoll, posiblemente franceses, que se encontraba sobre la calle Tucumán. Para 1842, los alemanes Adolfo Bullrich y Carlos Ziegler deciden resucitar la vieja cervecería de Ilson y Stuart y arriendan la antigua casona donde reinstalan la cervecería, a la vez que ponen en funcionamiento una taberna y una tienda. Sin embargo, estos cerveceros sólo continúan en el negocio hasta 1845, momento en que venden la cervecería a sus compatriotas Vogel y Schmitz, que continúan la explotación por una década. Guillermo Seydell, por su parte, también se especializó en la producción de cerveza en el establecimiento de Bullrich, hasta que se independizó y fundó su propia cervecería, en la Barraca de Capdevilla, situada en la calle Chacabuco. En 1845 aparecía un tercer establecimiento, sin duda el más importante, que era la Cervecería Santa Rosa, propiedad de Juan Bühler, ubicada en la calle Bolívar al 300, fábrica de importante magnitud de la que han quedado gran número de porrones de gres - llamados popularmente de "barro cocido"- como prueba inequívoca de su desarrollo comercial. Se estima que es la más importante ya que se han encontrado distintos modelos de envases, siendo los más antiguos los que llevan sólo el nombre y el domicilio del fabricante grabado en bajo relieve sobre el cuerpo del botellón. Fue en esta cervecería donde inició sus trabajos uno de los pioneros de la industria, Emilio Bieckert, que años más tarde fundaría su propia fábrica y llegaría a ser el cervecero local más destacado del siglo XIX. Observamos, entonces, a partir de los escasos registros del siglo XVIII y primera mitad del XIX, que en esta época sólo hay algunos pocos establecimientos, con una producción mínima y de tipo artesanal: "...la cerveza seguía siendo en general una bebida para anglosajones y centro-europeos, sin integrar mayoritariamente el gusto de los argentinos, que la consumían una vez cada tanto. Muchas de estas 'cervecerías' eran proto-industrias cuasi artesanales, utilizando procesos manuales para la preparación de sus productos. La máquina y la tecnificación eran prácticamente inexistentes, como ocurría en general con el resto de nuestra producción, pretendidamente artesanal" (Quintana, 2001: p. 55). Como se ve, aún no estaban incorporados los implementos técnicos que en Europa causaban furor y que se empezaban a incorporar en Estados Unidos.

Industria cervecera argentina

Hacia mediados del siglo XIX la producción seguía siendo escasa, al igual que la información disponible sobre la misma. El Primer Censo nacional casi no contiene información sobre la actividad “industrial” y sólo registra la cantidad de profesionales que actuaban en el país. Sobre un total de 83 “cerveceros”, 69 se encontraban en Buenos Aires (*Primer Censo Nacional*, 1869: pp. 648-649). Esto demuestra que no podía existir una gran producción nacional y que la poca que había estaba concentrada en Buenos Aires. Se tomarán en muchos casos, para simplificar el trabajo, los datos estadísticos correspondientes a la Provincia y a la Ciudad de Buenos Aires, que es donde se concentró la mayor parte de la producción y las fábricas más importantes.

Unos años después, en 1881, en la Provincia de Buenos Aires había un total de 10 establecimientos cerveceros con 64 empleados y con un capital invertido de \$m/c 1.239.000 (*Censo General de la Provincia de Buenos Aires*, 1881). Si bien la información del Censo de 1881 es escueta, permite ver que cada establecimiento contaba, en promedio, con sólo media docena de empleados, lo que es un indicio de que sus dimensiones no eran demasiado importantes. El Censo Municipal de 1887 (*Censo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 1887) contiene los primeros datos sobre la Capital Federal: 6 establecimientos y \$350.000 de materia prima elaborada. El trabajo de Dimas Helguera (Helguera, 1893) sobre la industria en nuestro país aporta algunos datos de principios de los '90: existían en el país, según el empadronamiento hecho para el cobro del impuesto que pesaba sobre la cerveza, 81 fábricas, 8 de las cuales estaban en la Ciudad de Buenos Aires (aunque algunas de ellas no habían funcionado en el año 1892). Se ve, así, que la década de 1880 fue propicia para la creación de nuevas compañías cerveceras ya que aún era posible competir sin grandes capitales, pudiéndose así ampliar el número de capitalistas.

La crisis de 1890 produjo las primeras quiebras y el número de establecimientos se redujo considerablemente (en un 25 %). Según los datos del Segundo Censo Nacional (*Segundo Censo de la República Argentina*, 1895), que contiene un apartado especial sobre la rama cervecera, en Argentina quedaban 61 establecimientos, con 69 máquinas a vapor, 957 empleados y un capital de 8.843.589 pesos de curso legal (Cuadro 1).

Cuadro 1: Producción de cerveza en 1895				
Jurisdicción	Establecimientos	Capital (\$ c/legal)	Máquinas a vapor	Empleados
Capital Federal	4 (7%)	1.874.597 (21%)	16 (23%)	204 (21%)
Provincia de Buenos Aires	33 (55%)	4.901.786 (55%)	33 (48%)	524 (55%)
Argentina	61 (100%)	8.843.589 (100%)	69 (100%)	957 (100%)

Fuente: elaboración propia en base a la información del *Segundo Censo General de la República Argentina*, (1895).

Un estudio de G. P. Salas (Salas, 1896: pp. 64-66), Director General de Estadísticas, de 1896, nos permite ver qué ocurría en 1895 en la provincia de Buenos Aires: los 39 establecimientos relevados en este informe -"incluidas las instalaciones primitivas que fabrican cerveza para la localidad"- produjeron ese año 8.767.200 l -sobre un total nacional de 15 millones-, con 436 empleados, 237 máquinas y 29 máquinas a vapor (605 hp). La cervecería Quilmes, solamente una de esas fábricas, contaba con 255 empleados, 53 máquinas (23 a vapor: 537 hp). Estos datos muestran el altísimo nivel de *centralización* de la rama.

En el Censo Municipal de 1904 (*Censo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 1904) se observa que se mantiene el número de establecimientos de la Ciudad de Buenos Aires (4), mientras que los empleados aumentaron a más del doble (de 204 a 528), lo mismo que la producción (ahora de \$m/n 3.255.000). Hacia 1908 (*Censo Industrial de la República Argentina*, 1908/9) se mantenían operando sólo 3 establecimientos -uno de los cuales era Bieckert-, pero la producción había crecido un 150 %, llegando a \$m/n 8.108.300, y el personal, un 100 % -1.090 empleados-. Ese mismo año, en la Provincia de Buenos Aires, sólo quedaban 11 establecimientos (de los 33 relevados en el censo de 1895), que empleaban a 1.646 personas y producían \$m/n 11.044.530. Puede observarse un proceso similar al descrito para la Capital Federal: un aumento de la producción de más del 100 %, a la vez que se reduce el número de establecimientos a la tercera parte.

El Censo Industrial de 1908/9 (*Censo Industrial de la República Argentina*, 1908/9) presenta además estadísticas comparativas de las principales industrias. En la Capital Federal, la industria cervecera era la séptima según la magnitud de sus capitales, la vigésima según la potencia de su *fuerza motriz*, pero se encontraba en el puesto 35 en cuanto al número de operarios y casi última en relación con la cantidad de establecimientos. En la provincia de Buenos Aires, era la segunda en relación con sus capitales invertidos, la quinta en producción, la séptima en cuanto a la cantidad de empleados y ni figuraba en la lista que indicaba la cantidad de establecimientos. Esto muestra que el grado de *centralización* era muy superior al

del resto de las industrias y que, al mismo tiempo, era una de las ramas con mayor capital invertido, lo que es un primer indicio de la relación entre la *mecanización* y la *centralización*. Las cervecerías menos tecnificadas, menos productivas, iban desapareciendo o bien siendo compradas, antes de quebrar, por los líderes de la rama (Quilmes y Bieckert).

El tercer Censo Nacional (*Tercer Censo General de la República Argentina*, 1914) presenta un interesante trabajo comparativo (Cuadro 2) y muestra claramente que el proceso de *concentración* y *centralización* se siguió desarrollando impetuosamente.

Cuadro 2: Comparación de la producción cervecera entre 1895 y 1913							
Juris-dicción	Personal empleado: 1895	Personal empleado: 1913	Establecimientos: 1895	Establecimientos: 1913	Producción (\$m/n): 1895	Producción (\$m/n): 1913	Variación de la producción (1895-1913)
Capital	204 (21%)	538 (21%)	4 (7%)	2 (7%)	1.095.402 (37%)	4.895.000 (14%)	+ 3.799.598
Buenos Aires	524 (55%)	1.449 (56%)	33 (55%)	11 (38%)	1.497.308 (50%)	27.321.847 (77%)	+ 25.824.539
Argentina	957 (100%)	2.599 (100%)	61 (100%)	29 (100%)	2.971.465 (100%)	35.639.002 (100%)	+ 32.866.537
					15.641.400 litros	125.530.430 litros	109.889.030 litros

Fuente: elaboración propia en base a la información del *Segundo Censo General de la República Argentina* (1895) y *Tercer Censo General de la República Argentina* (1914).

Disminuyó el número de establecimientos a menos de la mitad (de 61 a 29) mientras que la producción aumentó varias veces (de 15 a 125 millones de litros). Donde más claramente se observa esta reducción del número de establecimientos es en Buenos Aires, justamente la región en que la producción más creció. El personal empleado también aumentó en un 150 % (de 957 a 2.599). Además, se registra una sustitución de las máquinas a vapor (bajaron de 61 a 33) por las eléctricas (328) y en menor medida por los motores de explosión (10), lo que implicó una modernización de los establecimientos (de algo más de 1.100 HP de energía se pasó a más de 8.700 HP). No se registra aún, a diferencia de lo que ocurrió en otras ramas industriales, un reemplazo de la materia prima importada (cebada y lúpulo) por la producida en el país². El que la producción haya aumentado más de ocho veces y la cantidad de empleados tan sólo en un 150 % indica que hubo un **aumento considerable de la productividad del trabajo**, lo que además debe relacionarse con el importante incremento de maquinaria y de energía empleadas (la *fuerza motriz* justamente se multiplica por ocho),

² Recién en las décadas siguientes se reemplazó a la cebada cervecera importada por la producida en la Argentina, lo cual se produjo en parte gracias a que Quilmes inauguró una moderna planta de procesamiento de la cebada, la Primera Maltería Argentina (1920).

elementos que analizamos más adelante. Además, como observamos en el cuadro anterior, Buenos Aires incrementó su participación en la producción total del 50 al 77 %, al tiempo que la Capital disminuyó su participación del 37 al 14 %, lo que se explica por la incidencia en la producción total de la Cervecería Quilmes y porque en 1908 Bieckert se mudó de la Capital hacia Lavallol, Provincia de Buenos Aires. Al mismo tiempo, el proceso de *centralización* de capitales era más acentuado en ese distrito: mientras que a nivel nacional los establecimientos disminuyeron en casi el 50 %, en Buenos Aires la disminución llegó al 66,67 %.

Un *Boletín de la Unión Industrial Argentina* de 1908 (BUIA, 15/11/1908), donde apareció un breve informe titulado "La industria de la fabricación de cerveza en la República", nos permite completar alguno de los datos anteriores. Se registran 48 cervecerías en la Argentina de las cuales aparecen mencionadas las 10 de mayor producción (Cuadro 3).

Cuadro 3: Las 10 cervecerías de mayor producción en 1908	
Cervecería	Producción anual (en hectolitros)
Argentina Quilmes	400.000
Bieckert	140.000
Palermo	80.000
Río Segundo	50.000
Buenos Aires	35.000
San Carlos	30.000
Schlau, del Rosario	12.000
Germania	12.000
San Martín (Bahía Blanca)	6.000
Piazza (Azul)	2.000

Fuente: *Boletín de la Unión Industria Argentina*, 15/11/1908.

En el cuadro 3 se ve claramente que Quilmes y Bieckert superaban en forma desproporcionada a sus competidores. Además, hay que destacar que los otros 38 establecimientos que no figuran en el cuadro tenían una producción ínfima, de menos de 2.000 hectolitros cada uno, lo que no llegaba a ser ni el 0,5 % de la producción de Quilmes. Se presenta otro indicio de que, al requerirse mayores volúmenes de capital para producir cerveza debido a la creciente *mecanización* (fenómeno que analizaremos en el apartado siguiente), los establecimientos menores sólo podrían producir volúmenes marginales y estaban condenados, en el corto o mediano plazo, a desaparecer o a ser comprados por otros mayores. Tal fue la suerte que corrieron las cervecerías Schlau, Palermo, Germania, San Martín y Buenos Aires, por ejemplo, controladas por el Grupo Bemberg -dueños de la Quilmes- en los años siguientes, o la Cervecería San Carlos, adquirida en 1913 por la sociedad anónima que era propietaria de la Bieckert³.

³ La historia de algunas de estas empresas será ampliada en el último apartado de este capítulo.

En el estudio sobre la industria de la cerveza que lleva adelante Tornquist (Tornquist, 1920) se pueden vislumbrar más datos reveladores sobre este doble proceso, en apariencia contradictorio, de aumento de la producción -excepto en el período 1914-18, cuando la Primera Guerra Mundial dificultó las importaciones de cebada y lúpulo- y simultánea reducción del número de establecimientos (Cuadros 4 y 5).

Cuadro 4: Producción de cerveza entre 1906 y 1919	
Año	Producción de cerveza (en litros)
1906	64.754.249
1907	70.116.303
1908	81.628.682
1909	86.256.062
1910	98.056.959
1911	100.252.199
1912	109.443.421
1913	125.530.430
1914	75.095.019
1915	73.332.862
1916	77.221.973
1917	78.769.194
1918	96.168.687
1919	133.301.086

Fuente: Tornquist, E. y Cía. Limitada: *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años*, Buenos Aires, 1920.

Observamos que la producción sólo disminuyó durante los años de la guerra por la falta de materias primas: en 1915 subió el consumo de vino y bajó el de cerveza y alcohol ya que el primero era más barato. Ese año, la cerveza elaborada fue de 73.332.882 l, mientras que la consumida llegó a 74.549.059 l. Eso significa una fuerte caída del consumo y la producción respecto a 1914 (en 1.762.157 l la producción y en 5.855.444 l el consumo). También cayó la importación de cerveza en esos años (de 519.250 botellas pasaron a importarse 475.827 y de 74.694 cascos pasaron a importarse 53.866). Además, entre el 1/1/1915 y el 31/12/1915 disminuyó la cantidad de cervecerías de 31 a 30 (Monitor de Sociedades Anónimas, 1916: pp. 66-74).

Cuadro 5: Comparación de la producción cervecera: 1895, 1910 y 1914			
Referencias	1895 (*)	1910	1914
Número de establecimientos	61	24	29
Capital invertido, en \$m/n	5.825.433	29.779.732	32.242.062
Producción de cerveza, en litros	15.641.400	98.056.959	125.530.430
Valor de la producción anual, en \$m/n	2.967.411	22.388.081	35.679.622
Valor de las materias primas empleadas, en \$m/n	1.764.317	8.505.375	7.921.483
(*) los valores del censo de 1895 han sido reducidos, por el propio Tornquist, de la cotización del 344% en aquel año, a la de 227,27 de 1913.			
Fuente: Tornquist, E. y Cía. Limitada: <i>El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años</i> , Buenos Aires, 1920.			

El propio Tornquist da cuenta del fenómeno que nos interesa aquí resaltar cuando señala: "*En este caso, como en la industria harinera, el número de establecimientos ha disminuido por haberse centralizado la producción en grandes fábricas dando lugar a la desaparición de los pequeños establecimientos, con la ventaja consiguiente de la mejora en la calidad del producto fabricado*" (Tornquist, 1920: p. 62).

Avanzando unos años más, el proceso se consolidó: periódicamente cerraron fábricas al mismo tiempo que la escala de producción se amplió. Un informe de Javier Padilla (Padilla, 1917) se propone comparar los datos de 1895 con los de 1915/16 en cuanto a los siguientes rubros: número de establecimientos (de 61 pasaron a 25), capital invertido (de \$m/n 8.298.589 a 64.248.020), cantidad de materia prima empleada (no hay datos de 1895, 16.261.011 kg en 1915/16), producción (de 156.414 hl a 770.859 hl), ventas (de \$m/n 4.490.130 a 26.299.556), fuerza motriz (de 1.120 HP a 7.030), personal empleado (de 957 a 3.114). Las diferencias no son aún mayores ya que, como señalamos más arriba, durante los años de la Guerra bajó la producción por la falta de materias primas y el encarecimiento del producto en relación con el vino, un bien que podía sustituir a la cerveza.

Hacia 1923, se impuso un cambio en el *valor de uso* que favoreció el proceso de centralización: "*En forma gradual, las cervecerías nuevas fueron absorbiendo la clientela, y estableciendo una competencia comercial imposible de superar para las fábricas de antiguo cuño. Además, casi todas ellas usaban porrones de barro cocido, para envasar sus bebidas, por lo cual la prohibición de su uso, ordenada hacia 1923, fue para las pocas empresas subsistentes un golpe de gracia definitivo*" (Quintana, 1992: p. 19). Se impuso, mediante una ley, el envasado en botellas de vidrio, que permitía observar el interior, facilitando el descubrimiento de impurezas, turbiedad u otras anomalías. Este adelanto, que hizo a la cerveza más estable, a la vez que permitió extender su venta a lugares más alejados de la

fábrica, complicó a los pequeños productores, que no podían sortear los costos de un tipo de envasado que superaba en costo al de las antiguas botellas de barro.

Con los datos de una Circular del Ministerio de Agricultura de septiembre de 1930 puede establecerse una comparación entre los años 1913 y 1929 (Cuadro 6) y ver una nueva reducción del número de establecimientos de más del 40 % acompañada por un aumento de la producción (100 %) y de la *fuerza motriz* (115 %).

Rubro	1913	1929	Variación porcentual (1913-1929)
Establecimientos	29	17	-41,38 %
Capitales (\$m/n)	32.242.062	65.084.407	+101,86 %
Valor de la producción (\$m/n)	35.679.622	72.667.848	+103,67 %
Fuerza motriz (HP)	8.680	18.972	+118,57 %
Valor de la materia prima (\$m/n)	7.921.483	17.109.641	+115,99 %
Personal empleado	2.599	6.020	+131,63 %

Fuente: elaboración propia en base a los datos de la *Circular del Ministerio de Agricultura de la Nación*, Sección Propaganda e Informes, Dirección General de Comercio e Industria, n. 821, Septiembre de 1930.

El proceso de *centralización* se profundizó aún más en los años siguientes. La evidencia de ello aparece resaltada en un informe publicado en 1934 por la *Revista de Economía Argentina*: “Se ha observado también un proceso de centralización de la producción en grandes fábricas (...) El crecimiento de la industria en los últimos 20 años puede deducirse del hecho de que en 1914 todas las fábricas de cerveza de la República reunidas tenían un capital de 32 millones de pesos moneda nacional, y que en 1932 sólo 11 fábricas, que son sociedades anónimas, tengan más de 75 millones de pesos moneda nacional, o sea más del doble” (Revista de Economía Argentina, 1934: pp. 74-78).

En los Censos y estadísticos industriales de 1935 y 1937 aumentó la *concentración* acompañada por un decrecimiento en el número de establecimientos (19) a la par que se dio un aumento en el número de empleados y obreros (4.695), de maquinaria empleada (12.127 motores primarios y 14.251 motores eléctricos) y de la producción total (\$m/n 37.292.699). Ahora sí se dio un contundente reemplazo de la materia prima importada (que antes era más del 90 %) por la de procedencia nacional (que ahora supera el 80 % del total). A diferencia de los casos “clásicos” (industria molinera, frigorífica, aceitera, etc.) en este caso fue la industria la que impulsó la actividad agrícola relacionada con ella.

Cuadro 7: Producción cervecera en 1937

Jurisdicción	Número de establecimientos	Propietarios o directores gerentes	Personal ocupado		Fuerza motriz instalada			Sueldo y salarios en efectivo (\$m/n)	Materias primas empleadas (\$m/n)	Combustibles y lubricantes consumidos (\$m/n)	Corriente eléctrica comprada para fuerza motriz (\$m/n)	Productos elaborados (\$m/n)
			Empleados	Obreros	Motores primarios (HP)	Motores eléctricos						
						A corriente comprada (HP)	A corriente propia (HP)					
Argentina	19	11	539	4.156	12.127	5.097	9.154	7.918.190	11.255.287 (9.176.693, nac; 2.078.594, ext.)	1.398.376	466.433	37.292.699
Capital	3	(sin datos)	188	771	1.140	1.524	789	1.805.350	1.920.258	160.263	123.897	6.126.256
Buenos aires	4	(sin datos)	98	2.026	6.228	502	6.394	3.637.35	6.294.353	773.762	131.681	22.893.987

Fuente: Estadística de la encuesta industrial de 1937.

Entre los datos que nos proporciona el censo de 1937 hay un cuadro comparativo entre las producciones de 1935 y 1937 respecto a: establecimientos (de 18 a 19), empleados y obreros (de 4.131 a 4.695), potencia de los motores primarios y eléctricos a corriente comprada (de 17.098 a 17.224 HP), sueldos y salarios pagados en efectivo (de \$m/n 7.582.000 a 7.918.000), materias primas empleadas (de \$m/n 9.388.000 a 11.255.000), combustible y lubricante (de \$m/n 1.682.000 a 1.865.000), y productos elaborados (de \$m/n 34.287.000 a 37.293.000).

La Estadística de la encuesta industrial de 1939 (Cuadro 8) confirma las tendencias anteriores: existían 21 establecimientos cerveceros con 570 empleados y 4.339 obreros. Por primera vez aparecen clasificados los establecimientos de cerveza según los tamaños lo que permite ver que el proceso de disminución de establecimientos que se ve a partir del censo de 1914 iba acompañado de un proceso de *centralización* (13 de los 21 establecimientos son de más de \$m/n 500.000, y producen más del 95 % de la cerveza).

Cuadro 8: Producción cervecera en 1939 según el tamaño de los distintos establecimientos												
Industria	Hasta 25.000 \$m/n			De 25.001 hasta 100.000 \$m/n			De 100.001 hasta 500.000 \$m/n			Más de 500.000 \$m/n		
	Establecimientos	obreros	Producción, en miles de \$m/n	establecimientos	obreros	Producción, en miles de \$m/n	Establecimientos	obreros	Producción, en miles de \$m/n	establecimientos	obreros	Producción, en miles de \$m/n
Cerveza	3	26	38	2	88	- de \$500	3	200	618	13	4.025	37.680

Fuente: Estadística de la encuesta industrial de 1939.

En el censo de 1946 se verifican, una vez más, las tendencias que venimos describiendo, aunque la producción muestra un aumento sin precedentes, superando los 136 millones de pesos moneda nacional. Recordemos que en las mediciones de 1935, 1937 y 1939 el valor de la producción total no llegaba a los 40 millones de pesos (aunque habría que calcular la incidencia de la devaluación monetaria).

Los datos presentados más arriba muestran, entonces, la contundencia con que en esta rama industrial se dio el doble proceso de *concentración* (los medios de producción pasaron cada vez más a manos de los capitalistas y a la par se *mecanizaron* los establecimientos cerveceros, por lo que el divorcio entre propietarios y no propietarios se profundizó), y *centralización* (los capitales mayores expropiaron a los menores), manifestaciones, como señalamos en más arriba, de la *acumulación* capitalista. En síntesis, es en los últimos años del siglo XIX cuando se instalan la mayoría de las grandes fábricas que pronto pasarán a dominar el mercado durante la primera mitad del siglo XX: Cervecería San Carlos (1884), Cervecería Quilmes (1888), Bieckert Brewing Company (1889), Cervecería Palermo (1897), Fábrica Nacional de Cerveza -luego Cervecería Buenos Aires- (1899). A pesar de esta tendencia a la *centralización*, lo que se acentúa en el siglo XX en todo el mundo, hubo muchos casos de nuevos establecimientos, pequeños y medianos. Dos en Mendoza, por ejemplo, uno instalado alrededor del año 1900, liderado por Ernesto Ueltschi, suizo, que se asoció con la familia Lavoissier para fundar esta cervecería. La llegada del ferrocarril los obligó a cerrar. En Concordia, Entre Ríos, Matías Popelca, un inmigrante austríaco, inició la fabricación de cerveza con ayuda de su esposa e hijos con gran éxito en 1920. Sin embargo, a la muerte de sus fundadores, los descendientes abandonaron la actividad. Son muchos otros los establecimientos que se inauguraron por estos años. Entre los más destacados podemos mencionar a la Cervecería Correntina (1910), Cervecería Santa Fe (1912), Cervecería Del Norte (1913), Cervecería Córdoba (1917), Cervecería y Maltería de los Andes (1920), Nueva

Cervecería Argentina (1933), Cervecería Guerriero de Junín (1933), Cervecería y Maltería Bella Vista (1936) y Cervecería El Halcón (1937), entre otras.

Este proceso no es único en Sudamérica. Veamos, por ejemplo, qué nos dice un historiador uruguayo sobre la historia de la industria cervecera en su país: *“Los inicios la industria se caracterizaron por un alto nivel de competencia, debido a la pequeña escala de los establecimientos y a las características de la distribución: la cerveza se consumía preferentemente en el lugar de expendio, por lo que distintas empresas tenían ventajas de localización en distintos barrios de Montevideo y en ciudades y pueblos del interior. Ya desde mediados de los 70 se insinúa la intensificación de la inversión de capital asociada a cambios en las formas de producción y, sobre todo, de consumo. La cerveza envasada, en vidrio o barriles, facilita el consumo fuera del lugar de producción. Esto permite aumentar la escala de producción y unificar el mercado nacional facilitando así el proceso de concentración de la producción. En tanto a finales de los 80 tres grandes empresas ya habían desplazado buena parte de la producción artesanal, con la crisis de los 90 las tres terminaron fundiéndose en solamente una. La pequeñez del mercado interno y las crecientes inversiones permitían que una sola empresa cubriera toda la demanda interna. Esta tendencia al monopolio se profundizaba en momentos de crisis y se debilitaba en periodos en los que el mercado se expandía por aumento de la demanda y por la sustitución de importaciones. Las fusiones vinculadas a las crisis económicas nacionales coinciden bastante con las crisis de este sector industrial que surgen de nuestras cifras”* (Bértola, 2000: p. 12). A simple vista, la historia de la industria cervecera uruguayo no parece demasiado distinta a la Argentina. Sin embargo, para confirmar o descartar esta primera aproximación, se debe analizar en detalle cómo fue el *proceso de producción* en los establecimientos principales y en los secundarios, para comprender cuáles fueron las causas de la *mecanización* de los mismos y de la *centralización*, con la desaparición o fusión de la mayoría de los establecimientos medianos o pequeños.

Establecimientos principales

a- Bieckert

Ya en tiempos virreinales se vendía una desagradable cerveza, un líquido espeso y agrio desaconsejado tanto por los médicos como por el público, que consumía mayormente la sangría y la vinagrada. Esta bebida no era muy diferente al producto que a mediados del siglo XIX salía de unas cuantas cervecerías tan pequeñas como rudimentarias. Se elaboraba, con

métodos tradicionales, una cerveza espesa, turbia, con poca espuma y muy propensa a la fermentación ácida (por lo que se las llamaba, despectivamente, “cervezas agrias”). Aún no se aplicaban en el país el sistema que en Europa estaba revolucionando la producción de cerveza -denominado de “baja fermentación”-, que procesaba el producto a temperaturas bajas, requiriendo para ello la utilización de calderas, fermentadores y depósitos totalmente cerrados, lo que evitaba las fermentaciones indeseables, sumándose luego el proceso de pasteurización (Quintana, 2001: p. 56). Por eso no es desacertado señalar que en la segunda mitad del siglo XIX se produce una inflexión en la historia de la producción cervecera argentina: “*En la década de 1860, el producto nacional comenzó tímidamente a mejorar, cuando la recién instalada firma Bieckert lanzó al mercado una cerveza rubia. Sin embargo, la única cerveza de buena calidad era entonces la importada*” (Rocchi, 1998: pp. 538-539). Este proceso de cambio cobró un gran impulso tan sólo unas décadas después. Veamos, primero, la historia del pionero de la industria: Emilio Bieckert.

Emilio Bieckert, descendiente de una antigua familia francesa propietaria de una fábrica de cerveza de Barr, Strasburgo, emigró a Argentina sin capital y se empleó en la Cervecería Santa Rosa, propiedad de Juan Buckler, a la cual hicimos mención al principio de este capítulo. Posteriormente, en 1858, viajó por un breve período a Chile y fundó allí la primera cervecería propiamente dicha del país transandino (Chueco, 1886: p. 99-125). El procedimiento, cuya descripción es muy escueta en la fuente con que contamos, parecía ser completamente artesanal: el proceso de malteado era iniciado por una persona -casi siempre una mujer- que tomaba una pequeña cantidad de granos de cebada, los frotaba entre sus manos y los soplabá hasta que estos granos quedaban limpios y libres. Si bien no hay una descripción más amplia del mismo, el hecho de que esta operación se hiciese manualmente es un indicio del escasísimo desarrollo del *proceso de trabajo*. Un año más tarde, en 1859, Emilio Bieckert regresó a la Argentina decidido a fundar una cervecería propia en Buenos Aires. La primera “fábrica”, inaugurada el 15 de febrero de 1860, se encontraba situada en Piedad y Azcuénaga, en la Ciudad de Buenos Aires, y funcionaba en el patio de una casa de vecindad. Esto muestra que Bieckert no tenía capital para montar una fábrica propiamente dicha, lo cual consta en algunos documentos (*Centenario de Bieckert*, 1960: p. 9). En la misma trabajaba un único peón y sólo contaba con 2 pipas o toneles comunes para fermentar el líquido que resultaba de la maceración de la cebada.



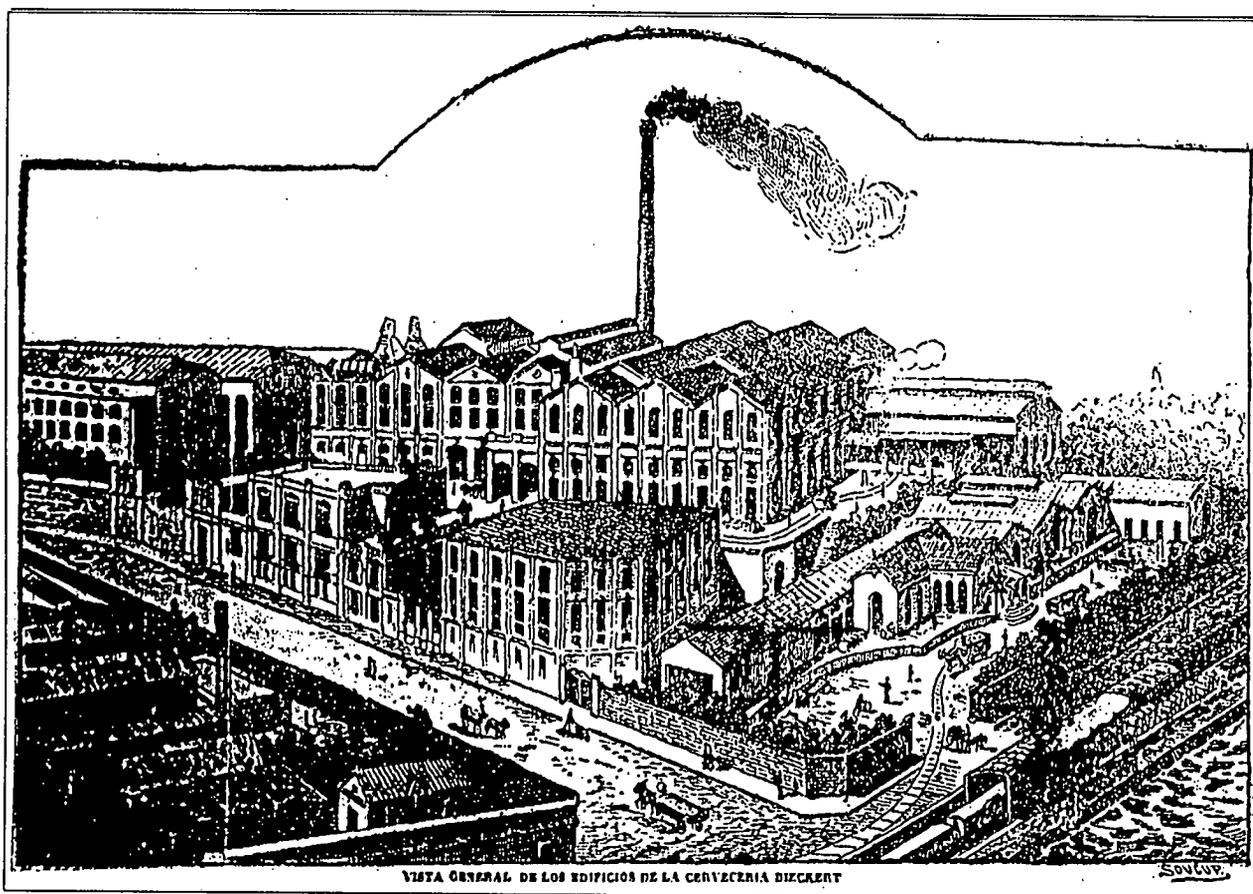
Emilio Bieckert y su único peón, en 1860

(Extraído de *Centenario de Bieckert*, 1960: p. 9)

Muy pronto incorporó más obreros, útiles y materias primas y, en 1861, se mudó a Salta 12. En aquel sitio los negocios alcanzaron una proporción inesperada, por lo que debió mudarse nuevamente cinco años después. El destino definitivo del establecimiento se encontró en Esmeralda y Juncal, en un vasto territorio de El Retiro, donde se instaló la gran fábrica que permanecería por varias décadas como una de las más modernas del mundo. Una cita del periódico *La tribuna*, de 1877, es sumamente elocuente: “*Antes de trasponer los umbrales de la cervecería Bieckert creíamos que Buenos Aires estaba aún en la infancia industrial; después de salir de ella, llevamos el convencimiento de que, si bien puede haber en otros países establecimientos del mismo género de mayor magnitud, no los hay ni mejor instalados, ni más bien dirigidos*” (*Centenario de Bieckert*, 1960: p. 14). Esta fábrica era considerada en 1870 como “empresa modelo” por la Unión Industrial Argentina. En 1871, Emilio Bieckert adquirió además la finca “Del Pobre Diablo”, en las inmediaciones del Bajo del Retiro, donde instaló el primer gran recreo de Buenos Aires, lugar que expendía con fines de propaganda la cada vez más famosa cerveza. Otro elemento a destacar, que muestra la integración vertical que producía la industria cervecera, es que Bieckert instala por estos años la primera fábrica de hielo, con maquinaria traída especialmente de Europa, que permitiría suplantar, paulatinamente, el hielo que antes se importaba (“escarcha”) trayéndolo en barco desde Estados Unidos. En 1875, participa junto a otros empresarios de la reunión inaugural de “El Club Industrial Argentino”, cuyo objetivo era fomentar el desarrollo de la industria,

impulsar medidas de protección, ampliar el rango de industrias ya existentes y desarrollar investigaciones para mejorar técnicamente las producciones, entre otras iniciativas. Obtuvo, además, una serie de premios nacionales e internacionales⁴. También mantenía vínculos políticos y no dudaba en dirigirse al Parlamento para reclamar protección para su industria. En 1872, por ejemplo, envía una carta al Congreso Nacional, pidiendo que se le otorgase al exclusividad en la importación de botellas con la marca de su fábrica que en ese momento traía de Europa -la producción local de botellas empezaría recién a principios del siglo XX-, sosteniendo que era necesario dar esta mínima protección -que no era arancelaria-, a una incipiente industria que competía palmo a palmo con las bebidas importadas.

Hacia 1886, la fábrica contaba ya, según Chueco (Chueco, 1886: p. 99-125), con una importante maquinaria que le proporcionaba una *fuera motriz* de 500 caballos de vapor, empleaba a 600 personas (sumando empleados directos e indirectos), producía 36 toneladas de hielo por día y, cada 10 horas, podía producir un volumen de 100 pipas de cerveza.



VISTA GENERAL DE LOS EDIFICIOS DE LA CERVECERÍA BIECKERT

Vista general de los edificios de la Cervecería Bieckert hacia fines del siglo XIX.

(Extraído de *La Nación*, 05/11/94: p. 6)

⁴ 1876, Filadelfia, certificado; 1877, Buenos Aires, medalla de primera clase; 1878, París, medalla de bronce; 1879, Concordia, segundo premio; 1882, Buenos Aires, medalla de oro; 1888, Entre Ríos, medalla de oro; 1889, Rosario, gran diploma de honor; 1889, París, medalla de oro (Fernández Burzaco, 1895: p. 433); 1893, Chicago, dos premios; 1894, Amberes, gran diploma de honor, premio superior a la medalla de bronce (*La Nación*, 1894: p. 6).

Chueco proporciona, asimismo, una detallada **descripción** de la **fábrica**, lo cual nos servirá para compararla con la de Quilmes de principios del siglo veinte y ver la creciente *concentración* de los *medios de producción*. En la planta baja se encontraba ubicado el departamento de máquinas compuesto por 2 pares de poderosas máquinas a vapor que funcionaban día y noche y llevaban la *fuera motriz* a todos los pisos, así como otros motores (por ejemplo uno de 40 caballos, fabricado en nuestro país). También se encontraban en la planta baja las secciones donde se preparaban, limpiaban, llenaban y tapaban las botellas y barriles. Veremos, más adelante, que la **sección de limpieza y envasado** fue una de las que más tardíamente se *mecanizó* en las fábricas de cerveza. En el proceso de limpieza participaban 20 hombres que tomaban las botellas que otros tantos ponían en sus manos. Las introducían, una por una, en un delgado cilindro rodeado de cerdas por el cual pasaba un chorro de agua (éstos, movidos por vapor, limpiaban en pocos segundos los envases). Otros 20 hombres ponían botellas en aparatos para secar y otro grupo se encargaba de ponerlas en bombas automáticas que las llenaban por millares. Un quinto grupo de trabajadores, por medio de “perfeccionadas máquinas”, les colocaban el corcho-tapa y un último grupo los sujetaban por medio de delgados alambres. Los barriles, en cambio, se cepillaban y lavaban con agua caliente y fría, y se llenaban con bombas. En total, en la planta baja, trabajaban 180 operarios, 120 de los cuales llevaban a cabo sus tareas en el departamento de envasado. En el primer piso había grandes recipientes (dos de fino metal, procedentes de Francia) que recibían, en sus distintos grados de elaboración, el caldo de cebada y el lúpulo. Además, estaban los aparatos para producir hielo que congelaban 560.000 kg de agua por día. La fabricación de hielo sería un caso típico de *manufactura combinada*: utilizaban las instalaciones generadoras de frío necesarias para la fabricación de cerveza para producir una mercancía adicional, cuyo consumo estaba asociado al de la bebida. También había grandes almacenes para depósitos de granos y otros para tostar y refrescar la cebada. En el segundo piso estaban las secciones de clasificación, limpieza, ventilación y calefacción de cebada, molino y dependencias, depósitos de lúpulo y otros departamentos. En el subsuelo se encontraban las salas de germinación (5.000.000 kg de cebada) y las salas donde se almacenaba la cerveza a altas temperaturas. Otros edificios con que contaba el complejo:

caballeriza (42 caballos que arrastraban los pesados carros de distribución de Bieckert⁵) y depósito de botellas (había más de 60.000 docenas que se importan de Europa⁶).

Una muestra del crecimiento de la compañía es que, ya en la exposición de la industria organizada por el Club Industrial Argentino que se llevó a cabo en las instalaciones del Colegio Nacional en 1887, Emilio Bieckert preparó un *stand* donde presentó su cerveza, envasada en barrilitos adornados con la espiga de la cebada, en el cual los principales industriales del país degustaban una bebida de calidad, que por fin podía competir con las extranjeras (Manacorda, 1947: pp. 160-167). Al año siguiente aparece publicado un informe de la fábrica en el que se destaca su carácter colosal, su gigantesca chimenea de 65 metros - que es lo primero que se observa al llegar en barco a Buenos Aires- y la dimensión de la producción: “*La obra de Bieckert es una obra de que están orgullosos sus compatriotas y que debe fijar el reconocimiento del país. No sólo ha llegado a producir venciendo la importación, esa causa de desequilibrio en los presupuestos, sino que también ha conseguido exportar y la cerveza Bieckert, el Bock Ale, se bebe en todas las latitudes, a bordo de los vapores que regresan a Europa y que van al Pacífico*” (Malaure y Gazzano, 1888: pp. 87-88).

Un extenso artículo publicado en *La Nación* a mediados de la década de 1890 (*La Nación*, 1894: p. 6) es sumamente útil para completar el conocimiento del *proceso de producción* en la fábrica de Bieckert ya que la descripción de los departamentos es completa y minuciosa. El primer departamento de la izquierda es ocupado por la maltería (5 pisos), donde la cebada importada es convertida en malta. Al llegar es limpiada, luego pasa por inmensos tachos de hierro (mojadores), en los cuales es humedecida para que se ablanden los granos. De ahí va a la bodega, donde la dejan germinar durante unos días. La suben entonces a unos departamentos especiales llamados tostadores, donde es desecada, luego es llevada al molino que la tritura -o mejor dicho que rompe cada grano en pequeños pedazos- y la ponen luego en bolsas o barriles para utilizarla cuando sea menester. La cebada está pronta, merced a esa germinación, en condiciones especiales de frío y, después de haber sido limpiada varias veces, tostada y triturada, se ha convertido en lo que se llama malta.

En el piso superior hay dos pequeños vagones establecidos sobre rieles. En ellos se echa la cantidad de malta necesaria. Corren sobre sus rieles y van a detenerse arriba de una inmensa caldera llamada “macerador”. Entonces, empieza la fabricación propiamente dicha. La malta mezclada con agua y lúpulo, en cantidades científicamente determinadas, hierve

⁵ Según distintas fuentes, Emilio Bieckert fue el primero en traer al país y criar los *percherones*, que eran los caballos más adecuados para tirar de los pesados carros que distribuían la cerveza en los comercios. Años después, como veremos, en el proceso de distribución va a pasar a ser fundamental el ferrocarril, con lo cual se *objetiva* también esta parte del proceso de distribución.

durante dos o tres horas hasta obtener todos los buenos elementos constituyentes de la cerveza. Después de ese hervor, el líquido y el mosto pasan por grandes tachos para ser filtrados. La cebada usada se depone en el fondo. La cervecería Bieckert cuenta con 5 calderas que pueden elaborar 10.000 litros por día. Varios tubos aspiran la cerveza de la caldera para llevarla a los depósitos, pero antes de llegar a ellos sufre el enfriamiento. El aparato empleado para ello es una especie de pared muy estrecha formada por un sinnúmero de tubos metálicos superpuestos paralelamente. Por los tubos superiores pasa agua de pozo a una temperatura normal. Por los tubos inferiores pasa agua a una temperatura de 5 o 6 grados centígrados bajo cero. La cerveza llega de la caldera con una temperatura de unos 60 grados centígrados y, después de haber corrido a lo largo de esos tubos, baja a 4 grados. Esa operación se hace al aire libre, pues así la cerveza tiene el tiempo necesario para oxigenarse, lo que después ha de facilitar la fermentación (mediante la introducción de levadura). Concluida la fermentación, la cerveza pasa a otras bodegas, donde, después de haber descansado durante varios meses, queda pronta para ser despachada. Esta es la serie de operaciones que necesita la cebada para ser transformada en cerveza con la ayuda del lúpulo.

Hay 32 bodegas, con no menos de 800 cubas y pipones y el cielo raso de cada una de ellas es atravesado por caños en los cuales corre agua a un temperatura de varios grados bajo cero, producida por 3 máquinas, del sistema *Pictec* -de ácido sulfúreo anhídrico-, capaces de producir 1.200 kg de hielo por hora, y otra máquina del sistema *Carré*. Todas las máquinas son movidas por un gigantesco motor, el cual hace funcionar también a las bombas de los pozos. Que los observadores de esa época estaban maravillados por la *mecanización* es algo que escapa de toda duda: "*Hasta ahora la maquinaria y la temperatura, ya elevada, ya baja, lo han hecho casi todo. Queda ahora el trabajo del hombre, queda la cuestión de los envases*" (*La Nación*, 1894: p. 6). Según los periodistas de *La Nación*, sólo podía observarse trabajo humano directo en la actividad específica del movimiento de los envases. Esto es otra muestra, si bien en esta descripción se fetichiza el "trabajo" de las máquinas durante todo el proceso anterior, del altísimo grado de *mecanización* con que contaba la fábrica.

Veamos cómo se desarrollaba el proceso de envasado. Después de vacías, las botellas son devueltas por los comercios a la compañía, y, luego de ser lavadas cuidadosamente con agua fría, son colocadas en una inmensa rueda formada por casillas, que gira en agua caliente que contiene en disolución materias químicas -destruyen por completo todos los gérmenes que podían encontrarse en la botella-. La botella es luego sacada de la casilla y colocada boca abajo en un pequeño caño del cual sale agua mezclada con arena. Un hombre revisa

⁶ Años más tarde, también las botellas iban a ser fabricadas en el país, lo que muestra otro caso de integración vertical, teniendo en cuenta que fueron los productores de cerveza quienes primero instalaron fábricas para

cuidadosamente cada botella y la manda a que la enjuaguen otra vez en caso de ser necesario. La llenan, entonces, con cerveza y pasa a manos de otros empleados encargados de taparlas. Se despachan diariamente entre 2.500 y 3.000 docenas de botellas. Unas están tapadas con corcho, provisto luego de un alambre para asegurarlo y otras, la mayor parte, con el tapón higiénico llamado “el veloz”, invento que había sido adoptado en 1893. Este tapón, que tiene un gancho metálico en el centro, se adapta a la abertura de la botella y la cierra herméticamente, es de una limpieza absoluta, no deja gusto extraño e impide que se pierda el ácido carbónico de la cerveza. Además, gracias al mismo la botella puede abrirse fácilmente con cualquier instrumento puntiagudo y luego volver a cerrarse herméticamente. Había en ese momento 12 máquinas encargadas del taponamiento de las botellas por este sistema, cuatro de ellas que funcionaban día y noche. Sin duda, este adelanto técnico es un antecedente de la tapa corona que se impuso recién unos años más tarde -y se sigue utilizando hasta la actualidad-. Finalmente, la botella es sometida a la pasteurización: se colocan las botellas en una pileta, después de haberlas provisto previamente de un pequeño aparato de metal que impide al corcho saltar. La pileta es llenada con agua, la cual poco a poco va calentándose por medio de una cañería hasta llegar a una alta temperatura. Merced a esta operación se garantiza la perfecta higiene de la cerveza. Unos niños están encargados de poner a cada botella la cápsula de plomo y la etiqueta correspondiente. Luego, las botellas pasan a otro galpón donde las encajonan, envueltas en paja cuando son destinadas a las provincias.

La encuesta de la UIA de 1887 da cuenta del grado de *mecanización* de esta fábrica. Los cuatrocientos establecimientos mayores de la Ciudad de Buenos Aires reunían, en ese año tan sólo 1.500 HP de fuerza motriz (Dorfman, 1986: p. 211). De ellos, Bieckert era el tercero más potente, con 100 HP de fuerza motriz (sólo 6 establecimientos superaban los 50 HP).

Después de casi 30 años de actividad al frente de la empresa, Emilio Bieckert se desprendió de la misma en 1889, vendiéndosela a una sociedad comercial con sede en Londres que se denominó “Bieckert Company Limited”. Entre los miembros de su primer directorio se encontraba nada menos que Carlos Pellegrini, en ese momento vicepresidente de la nación. En el año 1900 la nueva organización obtuvo la personería jurídica con el título de “Bieckerts Brewery 1900”. Pocos años más tarde, en 1908 la empresa debió construir nuevas instalaciones, de 100.000 m² de superficie, en Llavallol (partido bonaerense de Lomas de Zamora), de magnitud sólo comparable, como enseguida veremos, a las de su principal competidora, la cervecería Quilmes. La cervecería continuó en propiedad de esa sociedad inglesa hasta la década de 1960, momento en que fue transferida a otra sociedad, “Henninger Managment Group”, propietaria de la fábrica de cerveza homónima en Frankfurt, Alemania

producir las botellas de vidrio, que más tarde reemplazaron a las de barro cocido.

(Quintana, 2001: p. 56). Luego de una década y media, fue comprada por propietarios argentinos y, en la década de 1990 pasó finalmente a manos del Grupo Bemberg, bajo la denominación interna de “Establecimiento Lavallol”. Sin embargo, Aníbal White (White, 1946: pp. 66-69) señala cómo incluso mucho tiempo antes puede registrarse un creciente control de Bieckert por parte de Quilmes: Miles Mattienson era el director general de la Bieckert, pero al mismo tiempo figuraba como vicepresidente del directorio en la Maltería y Cervecería “Los Andes” de Mendoza y como vicepresidente de la cervecería del Norte, ambas del grupo Bemberg: “¿Qué le queda a la cerveza, de la cervecería Bieckert? El nombre de Bieckert, nada más, porque según lo demuestra su viejo director general, señor Miles C., Mattienson, con su inclusión en los directorios de varias cervecerías de los Bemberg, la cerveza perdió su nombre primitivo; no pertenece a sus antiguos accionistas, y por lo tanto, ya no es cerveza fabricada por la Bieckert, aunque conserve su nombre” (White, 1946: p. 67). Como vemos, ni siquiera el otrora gigante de la rama pudo resistir el proceso de *centralización* industrial, con tendencias cada vez más fuertes.

b- Quilmes⁷

Empecemos con una breve cronología de la historia del grupo Bemberg. El señor Otto Peter Bemberg, padre de la dinastía, nació en la ciudad de Colonia, Alemania, y llegó temporalmente a Buenos Aires por primera vez a principios de 1850, huyendo de las revoluciones en Alemania y de una tuberculosis que lo aquejaba, e inició sus actividades como banquero e industrial. Al año siguiente regresó a la Argentina y se casó con doña Luisa Ocampo. Se estableció en el país con la ayuda de sus padres, fundando una empresa que se dedicó a la importación de tejidos y a la exportación de granos, cueros, lana y charque. Años más tarde, asociado a capitales franceses, fundó la destilería de alcohol de grano Franco - argentina en la localidad hoy llamada Guillermo E. Hudson. Entre 1862 y 1870 fomentó la colonización de la provincia de Santa Fe, durante los gobiernos de Mitre y Avellaneda. Durante esos años, además, ocupaba el consulado argentino en París y fue el gestor e intermediario de las compras de armamentos del Ejército Argentino durante la Guerra del Paraguay: “Con las comisiones de la guerra, Bemberg levantó una fortuna imponente, cuyo eje fue, con el tiempo, la *Braserie Argentine Quilmes*, alrededor de la cual se tejió una red de grandes fábricas de cerveza, estancias, fábricas textiles y compañías financieras

⁷ Este apartado ha sido elaborado a partir de las siguientes fuentes: Potel (1908), *Álbum de la industria argentina* (1923), Govi (1933), Primera Maltería Argentina (1946), White (1946), García Lupo (1967), Pastore y Teubal (1992), Seoane (1993), ALAFACE (1997), Quintana (2001), además de diversas fuentes estadísticas y páginas de internet citadas en la Bibliografía, al final de la Tesis.

especializadas en negocios con el gobierno argentino y con gobiernos de provincias" (García Lupo, 1967: p. 22). Justamente los vínculos de Otto Bemberg en Francia le permitieron conformar una alianza financiera con los banqueros Hersent Fils y con los fabricantes de cañones Scheneider et. Cie., destinada a la explotación de la S. A. Puerto de Rosario.

En la primavera de 1888, el intendente de Quilmes, Eduardo Casares, pariente político de Otto Peter Bemberg, le adjudicó gratuitamente un predio de casi 20 hectáreas muy codiciado ya que por allí pasaba la primera línea férrea que unía Buenos Aires con el puerto de Ensenada -inaugurada en 1872- en el cual, el 27 de septiembre de 1888, Otto Peter Bemberg y su hijo Otto Sebastián fundaban, junto con un grupo de inversores, la Brasserie Argentine Sociedad Anónima, con sede en París y con un capital social de tres millones de francos (Seoane, 1993: p. 46). Allí se comenzó a construir en Quilmes un establecimiento dedicado a la fabricación de cerveza. Hacia 1889 se empezó a fabricar cerveza en la planta de Quilmes y el 31 de octubre de 1890, día en que se conectó la corriente eléctrica, se tiró el primer chop. Así comenzó la producción y la venta, con la marca que rescataba la antigua denominación indígena de la localidad y que, con el transcurso del tiempo, se transformaría en sinónimo del producto: Quilmes. Tres fueron los determinantes para la elección del lugar: la calidad del agua, la cercanía del ferrocarril que corría de Buenos Aires a Ensenada y la relativamente corta distancia a la Capital Federal. Aprovechando estas circunstancias, se realizaron desvíos de rieles que llegaban hasta un playón dentro de la Cervecería, desde donde se enviaban los vagones directamente a los sectores donde hicieran falta. Esto muestra que, a diferencia del caso de Bieckert, que comenzó a funcionar en el patio de una casa y luego tuvo sucesivas mudanzas a medida que se ampliaba la escala de producción y las necesidades técnicas, aquí ya hubo desde el inicio una elección "científico-técnica" del lugar donde instalar la fábrica. La Cervecería Argentina Quilmes, rodeada de quintas, casas de campo y hornos de ladrillo, prontamente se convirtió en el factor gravitante de crecimiento de la zona. La fábrica tenía, en ese entonces, unos 200 operarios y tiraba cerca de mil hectolitros diarios. Por otra parte, en 1890 la empresa logró la concesión de la "Compañía de Tramways de Buenos Aires y Quilmes", combinando el transporte de pasajeros y carga, siendo en 1905 su viaje inaugural. El fundador no presenció el esplendor del desarrollo ya que murió en 1895, pasando la dirección de la fábrica a su hijo, Otto Sebastián Bemberg, que hacia 1904, con la muerte de su madre, quedará como accionista mayoritario de la empresa, refundándola en París con el nombre de *Otto Bemberg et Cie*. Las tres décadas en que Otto Sebastián dirigió la empresa fueron de gran expansión. A principios de siglo, como el problema más serio parecía ser la distribución del producto, Bemberg obtuvo la concesión de la compañía Tranway de Buenos Aires y Quilmes, que cruzaba el Riachuelo. Ese mismo año lanzaron el famoso

refresco llamado *Bilz*. Dos años después compraron la cervecería Schlau de Rosario para satisfacer la demanda de las nuevas zonas colonizadas, y también la Cervecería San Martín de Bahía Blanca, aunque esta última sólo para cerrarla. En 1908 se participó en la formación de la sociedad Ferrocarril de Rosario a Puerto Belgrano, que concretó esa obra. En ese mismo año se construyó la línea de tranvías eléctricos que unió Quilmes con la Capital Federal. Paralelamente se instaló el sistema de aguas corrientes que aún funciona en la ciudad de Quilmes. En 1911 se hicieron los primeros ensayos de producción de cebada cervecera con semillas importadas, las que serían reemplazadas por variedades locales, evitándose así la importación de malta. En 1912 se adquirió la Cervecería Palermo; siendo totalmente remozada tres años después. Su evolución hizo necesario complementar esas actividades con la instalación de una fábrica de tapas corona (COROPLAS) en 1916 y la Primera Maltería Argentina, ubicada en Hudson, para de esta manera dejar de depender de productos importados. En 1917 se iniciaron los ensayos de malteado, produciéndose la primera malta de cebada argentina. Esto es, como veremos enseguida, un claro ejemplo de *integración vertical* (que ocurrió también con la producción de cebada cervecera argentina, levadura, lúpulo, hielo y gas carbónico).

En 1915 y 1920 se construyeron las Cervecerías del Norte en Tucumán y de los Andes en Mendoza (ambas constituyen C.y.N.A. -Cervecerías de "Cuyo y Norte Argentino"-). Además, se reconstruyó totalmente la Cervecería Schlau de Rosario y se modernizó la Cervecería Palermo de Buenos Aires. En las dos primeras décadas del siglo XX los hermanos Bemberg rescataron la mayoría de las acciones dispersas de la *Brasserie Argentine Quilmes*. Hacia fines de 1920 tenían ya el 35,74 % de las mismas, mientras que los Wendlstadt conservaban su original 17,25 % en la caja fuerte de Otto Bemberg et Cie. Durante la guerra mundial éstas últimas fueron requisadas por el gobierno francés y luego recompradas por los Bemberg, con lo que consiguieron el control del 54 % del paquete accionario. En 1920 se fundó la Compañía Argentina de Levaduras S.A., primera fábrica en la Argentina dedicada a fabricación de levadura para panificación. En ese mismo año se establecieron fábricas de hielo y de gas carbónico en Rosario, Córdoba, Paraná, Rafaela y Bahía Blanca. En 1923 se levantaron las casas para el personal, cerca de la Cervecería. En ese mismo año, culminando doce años de ensayos, se distribuyeron semillas de cebada cervecera totalmente argentina, sembrándose una extensión de 500.000 hectáreas. Poco tiempo después, el país se transformó en exportador de cebada. En 1923, ante las dificultades que enfrentaba el gobierno argentino para cubrir la emisión de un Empréstito Patriótico, la Casa Bemberg dio su garantía al mismo, logrando su colocación en el mercado internacional por un total de cien millones de pesos. En 1925 se extienden las operaciones hacia la selva misionera, se construye Puerto Bemberg con

casas, iglesia, escuela y hospital, en el mismo predio donde hoy funciona un importante centro forestal. En ese año también se crearon nueve sucursales de la empresa en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba, dedicadas a la distribución de cerveza y elaboración de soda, bebidas gaseosas, hielo y gas carbónico. En 1927 compraron la Cervecería Santa Fe, pagando por las acciones el cuádruple de su valor. Alrededor de 1930 se implementó un sistema de colaboración técnica con colonos de la Provincia de Río Negro para la obtención de la planta del lúpulo, lo cual era un viejo proyecto para producir en el país esta materia prima hasta ese momento importada. En 1943, a orillas del Paraná en Rosario, provincia de Santa Fe, se levantó la Maltería SAFAC.

Hacia 1932 Otto Sebastián murió en Mónaco. Al frente del grupo quedó el primogénito Federico, pero la herencia fue dividida entre tres grandes ramas: la local Bemberg, la De Ganay y la Montalambert. Los herederos no mostraron interés en iniciar el juicio sucesorio y éste recién empezó 6 años después, pero por la irrisoria suma de 658.000 pesos argentinos -unos 300.000 dólares-. Así, habían logrado “evaporar” varios millones de dólares a través del traspaso de las acciones de las empresas argentinas a una sociedad extranjera (evitando, así, el pago del impuesto a la herencia). Tras el golpe militar de 1943, la propaganda nacionalista convirtió a los Bemberg en el ejemplo de despojo a la Nación y saqueo del Estado. En ese momento se inició la arremetida contra el grupo y, en 1947, el gobierno peronista dispuso la expropiación y nacionalización de las empresas del rubro cervecero pertenecientes al grupo Bemberg, las cuales pasaron a ser dirigidas por administradores designados por el Estado. Incluso algunas cervecerías del interior (Córdoba, Santa Fe y Norte) pasaron luego a estar en manos de la federación sindical, bajo el nombre común de “Fábricas Obreras Cerveceras Argentinas”. La fábrica principal de Quilmes pasó a llamarse “Cervecería y Maltería Argentina, Empresa Nacional”. Tras la caída del peronismo, los Bemberg le ganaron un juicio al Estado y lograron que les devolvieran las empresas en 1960, durante la presidencia de Frondizi. Años después, en 1966 y con Onganía como presidente, le ganaron otro juicio al Estado y consiguieron una indemnización millonaria por la expropiación anterior. Con el paso de los años el consumo de cerveza fue disminuyendo en la Argentina por lo que se produjo el cierre de muchos establecimientos del grupo: Buenos Aires, en 1961, Bella Vista, en 1962, Nueva Cervecería Argentina, en 1965, Palermo, en 1977 y Schlau, en 1978 (Quintana, 2001: p. 61). Otras fábricas fueron transferidas (Santa Fe y Córdoba), mientras que la empresa buscó distintas formas para salir de la crisis. A mediados de la década del '80 la empresa inició una nueva etapa encarando profundos cambios y proyectos ambiciosos con el objetivo de prepararse para enfrentar un mercado que ya se vislumbraba crecientemente complejo y competitivo. Una serie de hechos nos dan un claro

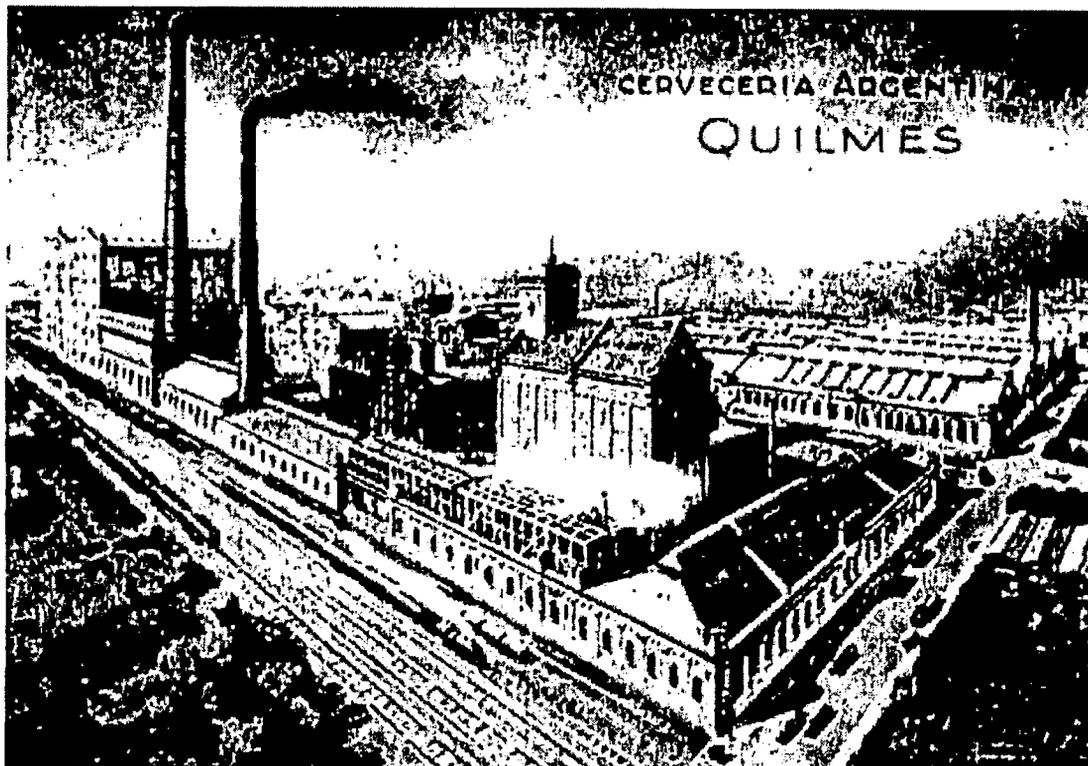
perfil de la nueva cara de la empresa: la decisión de concentrarse en el negocio que mejor conocía, el de las bebidas; la inauguración de Cervecería Río Paraná, en el año 1989; la asociación con el Grupo Heineken (cerveza holandesa líder en Europa), obteniendo el apoyo tecnológico de una empresa con 400 años de historia en el mercado de la cerveza; en 1991 se creó la División Bebidas Argentina (D.B.A.) nucleando así, bajo una misma coordinación, a todas las empresas de bebidas del Grupo en el país; la constitución de QUINSA, en 1991, empresa que se convirtió en la encargada del manejo de las operaciones industriales de bebidas de América Latina del Grupo, cotizando en la bolsa de Luxemburgo; la construcción de las plantas Zárate I y II (1992 y 1994); la modernización de las plantas de Quilmes, Mendoza y Tucumán; la puesta en marcha de la nueva Maltería de Tres Arroyos, en 1994; la planta de envasado de agua mineral "Eco de los Andes", en la localidad de Tunuyán en la Provincia de Mendoza; y otras fuertes inversiones en los países limítrofes. Como dato adicional es importante mencionar que en los últimos años se registraron crecimientos constantes en los niveles de producción llegando en 1995 a diez millones de hectolitros anuales. Se produjo, entonces, un renacimiento de la actividad, con un fuerte aumento del consumo de cerveza -más de 30 litros por persona por año, el cuádruple que en 1975-, en detrimento del vino, y con una proyección internacional. Además, en 1997 se incorporó la antigua cervecería Bieckert y dos años más tarde se compró la firma BAESA (Buenos Aires Embotelladora S. A.), licenciataria en la Argentina de las marcas Pepsi y Seven Up. A comienzos del siglo XXI, el predominio absoluto del grupo que dominaba más del 70 % del mercado cervecero local y que exportaba a más de 12 países sufrió un nuevo cambio cuando gran parte del paquete accionario fue vendido a la empresa líder brasilera, Brahma, que tras esta operación pasó a ser la cuarta en magnitud en el mundo entero. Como vemos, el proceso de *centralización* de capitales opera a escala mundial y es cada vez mayor⁸.

Veamos, ahora más en detalle, cómo evolucionó el *proceso de producción* en la fábrica de Quilmes. Empecemos a inicios del siglo XX, para comparar con la fábrica de Bieckert que describimos más arriba. En un *Boletín de la UIA* de 1908 (*BUIA*, 1908) aparece un informe con una descripción de la Cervecería Argentina Quilmes⁹. Esta cervecería, fundada en 1888, se encontraba ubicada a 17 o 18 km de Buenos Aires, muy cerca de la

⁸ El consorcio Bemberg estaba constituido por las siguientes empresas: *Brasserie Argentine "Quilmes" S.A.*, *Cervecería Argentina "Quilmes"*, *"compañía de Tranvías de Buenos Aires y Quilmes"*, *Cervecería "Palermo"*, *Cervecería "Buenos Aires"*, *"Biltz"*, *Cervecería "Schlau"*, *Cervecería del Norte Sociedad Anónima*, *Maltería y Cervecería "Los Andes"*, *"Compañía Argentina de Inmuebles"*, *Primera Maltería Argentina*, *Manufactura Algodonera Argentina Sociedad Anónima*, *Compañía Argentina de Obras Sanitarias de Quilmes y extensiones*, *Sociedad Auxiliar Fabril, Agrícola y Comercial Sociedad Anónima*, *"Santa Rosa" Estancias*, *Crédito Industrial y Comercial Argentino*, *Sociedad Anónima*, *Cervecería Córdoba*, *Sociedad Anónima*, *Cervecería Santa Fe*, *Sociedad Anónima*, *Cervecería "San Martín"*, *Nueva Cervecería Argentina*, y *Cervecería Bella Vista* (Torres, 1973: p. 62).

⁹ Para completar este informe, véase Potel (Potel, 1908: pp. 562-570).

estación Quilmes a la cual estaba ligada por un ramal especial y por un tranvía eléctrico para trasladar productos a Buenos Aires.



Vista general de la fábrica de la Cervecería Quilmes a principios del siglo XX, en la que se aprecian las dos grandes chimeneas y las vías del ferrocarril que llegaban hasta las puertas mismas de la fábrica.

(Extraído de Potel, 1908: p. 563)

La superficie de construcciones ocupaba 90.000 m² y poseía más terrenos y casas para parte de su personal. La fábrica constaba de dos instalaciones completas, la más antigua con una capacidad de producción de 1.350 hl por día y la otra de 2.500 hl. Poseía cubas de fermentación con capacidad para 24.000 hl y cubas de guardia con capacidad para 125.000 hl, que permitían el almacenamiento durante el invierno (período en el que sólo se consumía el 20 % de cerveza respecto al verano). Se empleaban 10.000 tn de malta anuales que se almacenaban en silos de 3.000 tn. El lúpulo también se guardaba en silos. El consumo de carbón que provenía de Inglaterra ascendía a 14.000 tn anuales. Había 10 calderas y aparatos frigoríficos, motores empleados para la producción de frío con una potencia de 580 caballos y una **usina central de energía eléctrica** que distribuía fuerza a todas las secciones. En un local (10.000 m²) se realizaba el lavado, el envasado, la pasteurización y el acondicionamiento de botellas para la venta. La circulación de botellas entre los distintos aparatos se producía *mecánicamente*, por medio de transbordadores eléctricos, de marcha lenta y continua. Esto puede apreciarse más claramente en una publicación de la Cervecería Argentina Quilmes de

1910 (*Cervecería Argentina Quilmes*, 1910): en una fotografía del Departamento de embotellado puede observarse una cinta sin fin que traslada cajones de botellas. Esta es una clara diferencia respecto a la fábrica de Bieckert de fines del siglo XIX, donde el movimiento de botellas era manual, lo cual es importante ya que este es uno de los aspectos que caracterizan la transición hacia la *gran industria*. En otra fotografía de la publicación de la empresa se aprecia una vista parcial del Departamento de fabricación donde se observan grandes cañerías por donde debía fluir la cerveza. Esto muestra que no se requería del trabajo humano directo para transportar las materias primas entre las distintas fases del *proceso de producción*, lo cual es otro indicio de que el trabajo manual directo tendía a ser reemplazado por proceso más mecanizados.



El departamento de envasado

(Extraído de www.quilmesvirtual.gov.ar)

Según un artículo publicado en *La Nación* (*La Nación*, 1916) y otro publicado en *La Época* (*La Época*, 1918), la cervecería Quilmes era un modelo al ser comparable con las más modernas e importantes del mundo. Ese año, se especifica en el informe, la fábrica contaba con 19 manzanas, 8 de las cuales estaban edificadas. Además, empleaban más de 1.200 obreros (300 más que en 1908) que residían en la localidad de Quilmes. En la planta baja se encontraba el departamento de fabricación, que contaba con dos coladores de lúpulo (tachos cerrados con doble fondo, siendo el interno de chapa perforada), que filtraban cerveza, separando el lúpulo del mosto. Desde allí se bombeaba a los refrigerantes. En la sala de

fabricación había instalados motores especiales eléctricos lo que diferenciaba a esta fábrica de la mayoría de las de su género que sólo funcionaban con correas o motores de vapor. Esta diferencia en el patrimonio tecnológico de Quilmes respecto al de la mayoría de sus competidores es otro elemento que nos permite relacionar la creciente *mecanización* con el proceso de *centralización* al que hacíamos referencia más arriba.

La fábrica contaba con 3 instalaciones separadas, con una capacidad total de 3.750 hl cada 24 horas. Cada una de ellas tenía un filtro de mosto. En el tercer piso había molinos eléctricos fracturadores de malta: cuando la malta ya había pasado por el molino bajaba a la sala de fabricación, donde quedaba sometida a procesos de transformación. Luego pasaba por los filtros para separar la cáscara del mosto. En estado filtrado, la cerveza corría a los tachos de ebullición, operación que tenía por objeto precipitar las sustancias albuminosas y en los mismos tachos se agregaba lúpulo, para darle el sabor necesario. La ebullición duraba entre 1 y 3 horas según la clase de cerveza que se quería producir. Había 4 juegos de aparatos de cocimientos (3 de 20.000 l y uno de 40.000 l) y en 24 horas podían cocinarse 600.000 l (una capacidad 6 veces mayor que la de la fábrica de Bieckert de 1890). Se la conducía luego a los coladores de lúpulo y posteriormente a los tanques que formaban parte de la instalación de la refrigeración donde existían aparatos de cobre para ello. Ahí permanecía entre 8 y 12 días, agregándosele la levadura necesaria para que se operase la fermentación. Gracias a la misma, se dividía al mosto en una parte de ácido carbónico y otra de alcohol. Este departamento contaba con 370 cubas (a 5 °C). Una vez finalizada la fermentación, la cerveza contenía sólo 3,5 o 4,5 % de alcohol -graduación muy baja comparada con la del resto de las bebidas alcohólicas-. En el subsuelo debía mantenerse una temperatura constante de 0°C y se almacenaban 265.000 hl de cerveza en sótanos gigantes. Eran una muestra de la enorme capacidad industrial del establecimiento ya que la cerveza corría por grandes cañerías, por medio de presión de aire filtrado o ácido carbónico, excluyendo completamente el uso de bombas. El ácido carbónico natural que se producía en la fermentación de la cerveza se recogía mediante aparatos especiales aplicados a las cubas de fermentación, se hacía pasar por filtros y se liquidaban por medio de compresores que trabajaban con 60 atmósferas de presión. De este modo resultaba un ácido carbónico genuinamente puro e inalterable, que llenaba envases cilíndricos de acero para ser luego distribuido a los establecimientos en donde se expendía la cerveza.

Había además una estación de filtración que contaba con 16 cubas medidoras, que llevaban el control exacto de la cantidad de cerveza que iba a cada envase. El proceso de pasteurización se llevaba a cabo a través del recalentamiento de la cerveza y de su embotellamiento por medio del baño maría.

El **departamento de envasado** era sumamente moderno ya que contaba con máquinas automáticas. Las botellas se llenaban por medio de 10 grandes columnas de rendimiento, cada una con una capacidad de 4.000 botellas de 2/3 l por día. Las mismas, una vez empaquetadas, iban conducidas en norias -máquinas compuestas generalmente por dos grandes ruedas- hasta los vagones ferroviarios (ramales del ferrocarril del Sud) o hasta el tranvía eléctrico. Se constata, entonces, que el envío y retorno de los envases se hacía mecánicamente, por medio de transportes eléctricos, con movimiento lento y continuo. Los barriles se llenaban con 3 aparatos isobarométricos. El stock de envases era de 140.000 unidades, todos de procedencia extranjera. El departamento de embarrilaje era un anexo del de lavaje y contaba con máquinas especiales para apretar los arcos y un pequeño taller donde se practicaban las mejoras que exigían los deterioros del uso. Todo estaba perfectamente coordinado y los barriles ya llenos iban directamente al vagón. La asepsia durante el lavado de los envases era total: las botellas que se devolvían después del uso, corrían por cintas automáticas que evitaban todo manipuleo, pasaban a grandes lavaderos (invento de un técnico de la empresa: el Sr. Baenniger), que contaban con aparatos donde se remojaban en una solución de potasa, por dentro y por fuera. En cuanto al sellado de los envases, había máquinas especiales para apretar las cápsulas que iban sobre el corcho (éstas se fabricaban en otro departamento), invención del mayordomo de la fábrica, Sr. Pedro Dreisch. También las etiquetas eran colocadas en forma automática. Hasta los gigantescos silos donde se almacenaba la malta se comunicaban con la fábrica por medio de un túnel con transporte automático de una cinta.

Se destacan los adelantos en la *fuerza motriz* de la fábrica: había 10 calderas de 225 m² de calefacción cada una y una caldera de tipo *Garbe* de 500 m² de calefacción, que producía 15.000 l de vapor por hora. Se empleaba como combustible el afrecho y leña, habiendo quedado sin utilización práctica los grandes tanques para petróleo allí levantados (por las dificultades para importarlo durante los años de la Guerra). En cuanto a los aparatos frigoríficos, había 3 compresas a base de amoníaco, de 120.000 calorías cada uno, y un cuarto compresor Linde de 320.000 calorías por hora y 3 compresores (sistema *Pictec*) de 120.000 calorías cada uno. En total, la producción era de 1.040.000 calorías por hora. Los motores a vapor sólo se utilizaban para la producción del frío: había máquinas de frío de 320.000 calorías que recibían un movimiento de motor eléctrico de 220 HP. Las bombas de los 8 pozos de agua también estaban accionadas por motores eléctricos. Además, había una máquina frigorífica de 600 HP acoplada con 2 compresores de una capacidad de 1.000.000 calorías por hora. La fábrica tenía una capacidad de producción de 200.000 kg de hielo por día.

Para completar la descripción de las fuentes sobre la *fuerza motriz*, recurrimos al *Álbum de la industria argentina* de 1923 donde se describe a la maquinaria de la cervecería Quilmes como “complicada” y “moderna”: todo marcha “... *con perfecta regularidad, con una acertada distribución del trabajo, de manera de conseguir así la necesaria armonía en el desarrollo de todas sus fuerzas, matemáticamente calculadas*” (*Álbum de la industria argentina*, 1923: pp. 255-258). Se señala que la dirección técnica empezó, a principios de siglo, a crear una usina central de energía eléctrica capaz de distribuir la fuerza precisa en donde se necesitara, en cualquiera de todos los sitios de la fábrica. Esta usina se tornó insuficiente y en 1912 se instaló una turbina a vapor con generador de corriente alternada trifásica, con una capacidad de 750 kw. Luego, se colocó una turbina a vapor con generador de 1.200 kw. Esta fábrica también producía el vapor gracias a la instalación de 11 calderas, en las que se podía usar carbón o petróleo como combustible¹⁰. **Esto es otro indicio de la transición a la gran industria: empieza a establecerse un sistema a través del cual la fuente de alimentación de la maquinaria es unificada.** Repasemos qué nos dicen estos cronistas que visitaron la fábrica en esos años: “*Hoy, sin desconocer el esmero con que se fabrican las bebidas del exterior, la cerveza nuestra admite cualquier comparación, y de ella ha de salir casi siempre con ventajas. No puede negarse lo que claramente se advierte. El producto es de calidad superior y su elaboración se hace con todas las reglas de la mecánica moderna...*” (*La Nación*, 1916: p. 67).

Otro elemento a destacar, en una historia de la industria cervecera argentina, es el de la *integración vertical* del complejo agroindustrial. Quilmes, el gigante de la rama, fue el que llevó adelante el desarrollo de esta integración vital para la industria cervecera. Describiremos, entonces, el caso atípico de la **historia de la cebada cervecera y la maltería en Argentina**¹¹, de cómo el desarrollo se produjo desde la industria hacia la agricultura: “*El desarrollo de la cebada cervecera en el país estuvo ligado desde un mismo comienzo a las necesidades y dinamismo del sector cervecero. Efectivamente, éste es un caso donde el desarrollo del cultivo aparece asociado desde su inicio en el país al ritmo y forma de producción, requerimientos en calidad y cantidad, asesoramiento técnico, mejoramiento de variedades que el sector industrial impulsó*” (Pastore y Teubal, 1992: p. 526). El caso de la cerveza es un claro ejemplo de *integración vertical* donde, curiosamente y a contramano de la mayoría de las ramas, la actividad industrial fue la que impulsó el origen y desarrollo de la actividad agrícola a ella asociada. Hasta bien entrado el siglo XX, Argentina dependía de la importación de cebada, malta y lúpulo para la producción nacional de cerveza. En 1910, el

¹⁰ En 1915, las industrias cervecera, harinera y de los ferrocarriles eran las lideraban las compras de *fuel oil*, que rendía en las calderas más que el carbón.

país disponía de algunos pocos sembrados de cebada, de baja calidad y, salvo algunas excepciones, no apta para elaborar malta. En la exposición del Centenario, en 1910, se exhibió en el "stand" de Cervecería Argentina Quilmes una botella de cerveza elaborada con materia prima nacional (Primera Maltería Argentina, 1946: p. 2). Un año después se realizaba la primera experiencia en gran escala de cultivo de cebada cervecera. Un barco sueco traía al puerto de Buenos Aires 800 toneladas de semilla de aquel cereal, importado por la misma firma. Corría el año 1911 y ninguna experiencia respaldaba esa iniciativa. Se llevó a cabo un gran trabajo para intentar convencer a los colonos de que se aventuraran con este nuevo cultivo, ya que era muy difícil cambiar las expectativas sobre los cultivos tradicionales para lanzarse a algo desconocido como era la cebada cervecera. Mientras se hacían las pruebas que duraron varios años, la industria cervecera nacional seguía importando malta del extranjero. La Primera Guerra Mundial cerró los mercados europeos que eran hasta ese entonces los principales proveedores, siendo necesario recurrir a las importaciones de Estados Unidos. Se notó, en ese momento, la dificultad que representaba la escasez del cereal y se evidenció más adecuadamente la necesidad de producir la cebada cervecera en la Argentina. En 1918 la producción nacional de malta alcanzó a 1.500 toneladas. Dos años después, se fundó la "Primera Maltería Argentina S.A." que se disponía a alcanzar los tramos definitivos del proceso de producción de la cebada cervecera. En 1927 y 1928 se sembraron cebadas de origen europeo para hacer ensayos de comparación con las australianas. En el año 1929 y subsiguientes resurgió la tarea de selección con mayor impulso mediante cinco semilleros grandes instalados en las estaciones San Cayetano, Tres Arroyos, Villa Iris, Rivera y Beruti. En las estaciones de Tres Arroyos y Rivera se instalaron las máquinas necesarias: aspiradores, cilindros de clasificación y zarandas, entre otras. También se incorporaron sistemas especiales de clasificación basados en el principio de la ley de gravedad. Hacia 1931 se poseía un rico material de estudio y experimentación con granos australianos y europeos que acusaban cualidades diversas y, en cierto modo, complementarias. Se intentó entonces reunir dichas cualidades en una sola semilla, quedando así planteada la necesidad de acudir a la genética y al método de hibridación. Diez años de esfuerzo fueron necesarios para alcanzar la etapa final. Recién al término de ese tiempo fue posible dotar a la agricultura argentina de variedades de cebada cervecera como la "Heda". En 1941 comenzó a distribuirse esta variedad de semilla, con la cual se llegó a obtener un absoluto éxito, al punto que no sólo se abasteció a la industria nacional sino que a partir de ese año el país se convirtió en exportador de dicha materia prima (malta).

¹¹ Para analizar los aspectos técnicos generales del proceso de malteado, véase el Apéndice B.

Repasemos, por último, cuál era la situación de la fábrica hacia mediados de la **década de 1930**. En 1935, el capital social total de la empresa llegaba a los 60.000.000 de francos franceses, ocupaba la cervecería una superficie de 162.000 m² de los cuales 88.730 m² estaban cubiertos y tenía una capacidad de producción de 1.500.000 hectolitros anuales (*La industria Cervecera*, 1935: p. 5). Empleaba exclusivamente malta de cebada argentina, lúpulo europeo y agua extraída de los pozos-filtros de propiedad de la cervecería. El Departamento de Elaboración estaba constituido por grandes silos y depósitos, en los que se almacenaba la malta y el lúpulo, la sección limpiadora de malta -en la que funcionan equipos mecánicos del sistema de cepillos y de aspiración de aires-, los molinos trituradores de malta, la sala de cocimiento, la sala de enfriamiento del mosto, las bodegas de fermentación y de reposo, la sala de filtros y la bodega de tanques medidores. La sala de cocimientos constaba de 16 calderas de hierro y cobre y de una magnífica instalación de filtros-prensa y podían elaborarse en ellas 1.000.000 litros de mosto por día. La sala donde se enfriaba el mosto antes de pasar a las bodegas de fermentación estaba servida por modernos aparatos refrigeradores. Las bodegas de fermentación, a las que llegaba el mosto enfriado por medio de cañerías de bronce, tenían una capacidad para 4.000.000 de litros y estaban dotadas de cubas abiertas, de roble, recubiertas interiormente con un barniz especial, que las preservaba de toda infección. El aire que circulaba era esterilizado. Las bodegas de reposo tenían 1.000 recipientes con una capacidad que varía de 4.000 a 120.000 litros cada uno. La capacidad total de las bodegas de reposo era de 30.000.000 de litros.

El **Departamento de envasado** muestra también los grandes adelantos de la fábrica. Estaba dividido en dos secciones: una para el llenado de barriles y otra para el de botellas. En la primera de ellas, el llenado se efectuaba por medio de modernos aparatos automáticos. Antes de ello, los barriles eran objeto de una cuidadosa reparación, higienización y esterilización en la Tonelería, por medio de máquinas ajustadores, lavadoras y de embreado, **reemplazando en esta operación el trabajo manual**. La amplia dotación de máquinas lavadoras, inyectoras de resina y trasegadoras permitía llenar diariamente 12.000 barriles de una capacidad de entre 20 y 100 litros. La cervecería disponía de 90.000 barriles. La Botellería contaba con las más modernas máquinas lavadoras, embotelladoras y tapadoras a "corona", pasteurizadoras y etiquetadoras, a través de las cuales las botellas eran transportadas por cintas eléctricas, cuya labor se iniciaba con las que volvían después de ser usadas o con las que llegaban nuevas de la cristalerías y finalizaba con su acondicionamiento en los cajones, listas para ser distribuidas (ver Apéndice B). La capacidad de rendimiento de esta sección era de 1.000.000 botellas por día, disponiendo la Cervecería de 60.000.000 de botellas y de 5.000.000 de cajones. En cinco fotografías del Departamento de Envasamiento

(*La industria Cervecera*, 1935: pp. 12-14) se observa cómo tanto las botellas como los barriles se movían por cintas transportadoras, sin la acción humana (a diferencia de las fotografías de 1910, en donde se ve a muchos obreros manipulando los barriles o las botellas). Entre los subproductos que elaboraba la fábrica se mencionan la hez de malta, que se seca automáticamente, se embolsa y se lo exporta (es muy buen alimento para el ganado) y el gas carbónico (líquido y seco -hielo seco-) -se producía un total de 3.000.000 kg por año-.

La **Sala de Máquinas** muestra también los adelantos técnicos significativos. Dos grupos de motores “Sulzer”, de flujo continuo, accionaban dos compresores que en conjunto generaban 1.200.000 frigorías por hora. Otro grupo de “Sulzer”, con máquina a vapor de triple expansión, accionaba otros dos compresores, que a su vez producían 1.000.000 frigorías por hora. Estas máquinas representaban un total de 1.200 HP y tenían a su cargo el mantenimiento de la baja temperatura necesaria para la cerveza almacenada en las respectivas bodegas y para la sala de enfriamiento de mosto. La energía eléctrica era producida por dos turbinas a vapor: una de 1.800 HP y otra de 1.100 HP. En la sala de calderas funcionaban 11 grandes calderas de diferentes tipos, que generaban el vapor que accionaba todas las máquinas de la cervecería. En total, representaban 3.350 m² de superficie calórica. Como combustible se empleaba exclusivamente petróleo crudo argentino, que se almacenaba en diversos tanques, cuya capacidad total era de 2.600 tn. Además, la fábrica contaba con un Departamento de Talleres mecánicos, la carpintería y el aserradero para reparar cualquier máquina que así lo requiera.

Para transportar la mercadería y los envases, la fábrica era servida en sus instalaciones, directamente, con desvíos particulares de ferrocarril y de tranvía a tracción eléctrica. Poseía dos locomotoras potentes a vapor para el remolque de trenes enteros de vagones cargados con cerveza en botellas y en barriles, como también para la entrada de los envases vacíos y mercaderías en general. Además, tres locomotoras eléctricas servían para el movimiento interno de los envases y mercaderías. Completaban estos servicios un elevado número de chatas y vagones-tranvías. Una idea de la importancia del movimiento interno de la fábrica la dan los datos siguientes: las vías del ferrocarril tenían una extensión de 3.430 metros con 7 desvíos y las de tranvía 7.000 metros, con 56 desvíos. La fábrica contaba, debido a su expansión en el interior de la Argentina, con sucursales en La Plata, Bahía Blanca, Rosario, Santa Fe, Paraná y Córdoba y, además, funcionaban dos sucursales para atender las necesidades de las zonas suburbanas de la Ciudad de Buenos Aires -una en Lanús y otra en Vicente López-. Según la fuente que aquí venimos manejando, en la fábrica trabajaban 291 jefes y empleados y 2.417 obreros.

El grado de *concentración* de esta fábrica es elocuente, lo cual quedará mejor mostrado cuando describamos las características de los establecimientos de segundo orden en el apartado siguiente. Quilmes se encontraba, hacia 1940, entre las primeras en el mundo. Hacia 1939, por ejemplo, contaba con una capacidad de producción de 1.500.000 hectolitros anuales, de tal forma que era comparable con las más importantes fábricas de Estados Unidos: la “Jos. Schlitz Brewing Co.”, por ejemplo, producía anualmente 1.200.000 hectolitros y la “Premier Corp. Fabst”, también de Milwaukee, alcanzaba una producción de 1.100.000 hectolitros por año (*Caras y Caretas*, 1939: p. 74).

c- Lucha de los trabajadores de Bieckert y Quilmes

Si bien no es un tema central en esta investigación, haremos alguna referencia al conflicto entre obreros y capitalistas en el seno de la industria cervecera. En principio, hay que destacar que, al ser una industria que no emplea grandes volúmenes de mano de obra, sus sindicatos no tuvieron una presencia numérica sustancial en los principales conflictos que se desarrollaron en este período.

La forma más usual de protesta era el **boicot**, que podía contar con la adhesión solidaria de los trabajadores de otras ramas. En 1905, por ejemplo, los obreros anarquistas de la Cervecería Quilmes decidieron lanzar un boicot contra el consumo de sus cervezas como forma de presión. Esto produjo una reducción de las ventas, a la vez que una ampliación del conflicto cuando los trabajadores consiguieron la solidaridad del gremio de carreros, lo cual obstaculizaba la distribución de la cerveza. Fue así como la empresa decidió sentarse a negociar con sus obreros y abonarle una “donación” al sindicato y al diario anarquista *La Protesta* (*BUIA*, 1905: p. 25, 38-9 y *BUIA*, 1907: p. 46).

El *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* de enero de 1920 (*BDNT*, 1920) está totalmente dedicado a la documentación y el estudio de los boicots producidos en el país. Allí aparecen analizados media docena de boicots y, entre ellos, los dos grandes boicots contra Quilmes y Bieckert, los gigantes de la rama cervecera.

i- Boicot a la Cervecería Quilmes

A fines de diciembre de 1913 se produjo una huelga del personal de Quilmes, en la que intervino la FORA, y que terminó rápidamente con la solución del conflicto -no especificado- a favor de los empleados. Este triunfo, según la fuente, favoreció la creación de la sociedad Oficios Varios de Quilmes, gremio que adhirió a la FORA ese mismo año. “Pero,

según los obreros, los capataces de la cervecería comenzaron a ejercer represalias contra el personal, obedeciendo, se cree, a órdenes superiores, represalias que remataron en el despido de varios obreros, hecho éste que dio origen a un nuevo paro, iniciado el 2 de enero de 1914" (BNDT, 1920: p. 31). La gerencia decidió transigir enseguida y se procedió a firmar un nuevo pliego de condiciones, en el que se incluía la expulsión de tres capataces, a pedido de los obreros. Sin embargo, la gerencia decidió endurecer su posición despidiendo a parte del personal en los primeros días de abril, aduciendo como motivo la falta de trabajo. Ante estos hechos, se reunió en asamblea la flamante sociedad de Oficios Varios de Quilmes y acordó un nuevo pliego de condiciones, que fue contestado satisfactoriamente por el directorio de la Quilmes el 25 de marzo de 1914. El petitorio contenía las siguientes cláusulas: se restablecerían los turnos por departamentos, se repondría el personal despedido por la huelga, la gerencia no despedirá en lo sucesivo a ningún obrero por falta de trabajo (en cambio, sí podrían establecerse suspensiones por turnos) y regirían los mismos sueldos por hora en verano y en invierno. Sin embargo, se produjeron algunas incidencias que llevaron a que la empresa desconociera el pliego, alegando que no tenía confianza en su personal por los actos de sabotaje de que era víctima casi a diario. Tal actitud llevó a que los obreros lanzaran otra huelga en abril, como reacción frente a los despidos de compañeros que se habían producido en marzo -por haber participado en la huelga- y el desconocimiento de la empresa del pliego de condiciones que habían acordado.

La Sociedad de Oficios Varios reclamó con insistencia que la Federación declarase el boicot o bien que lo apoyara oficialmente, debido a que los huelguistas en asamblea así lo habían decidido. Sin embargo, el Consejo Federal de la FORA no quiso precipitarse e invitó a las sociedades federadas a una reunión con el objetivo de decidir o no la solidaridad con los obreros de Quilmes en huelga. En esa reunión se resolvió enviarle otra nota a la Quilmes comunicándole la decisión de aplicar el boicot si nuevamente rechazaba el pliego de condiciones que pretendía, ahora, la readmisión de todos los despedidos, la expulsión de todo el personal nuevo tomado durante la huelga, la libertad de los presos con motivo de la huelga y la reapertura del local del sindicato. Sin embargo, el directorio de la cervecería no dio respuesta alguna al reclamo, por lo que la asamblea de delegados decidió el boicot y formó, entonces, un Comité pro boicot a la "Quilmes" para efectivizarlo, que desarrollaría acciones de propaganda y procuraría la vinculación con las asociaciones federadas, autónomas y confederadas. El 15 de junio dirigió éste una carta a la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina), que luego se incorporaría a la FORA. Hubo una nueva reunión, el 5 de julio, donde estaban representadas más de 40 sociedades. Se aprobó allí, por unanimidad, la siguiente resolución: "*Que el levantamiento del boycott sólo podría ser llevado a cabo con la*

intervención de todas las organizaciones que participaban en su declaración" (BNDT, 1920: p. 33), medida ésta que aseguraba el apoyo de las organizaciones que aún no se habían pronunciado. Los huelguistas, por su parte, aceptaron esto por comprender que la solución de su conflicto pasaba por las manos de todas las organizaciones obreras, con las cuales debería entenderse de ahora en más la Quilmes. Luego del congreso de unificación de agosto de 1914, en el que la CORA se fundió en la FORA, el Comité pro Boicot a la Quilmes dejó de existir y subordinó la resolución del conflicto a las decisiones del Consejo Federal de la FORA. Al disolver el Comité, los delegados consideraron conveniente dejar establecido un pliego de condiciones que sirviera de base para un posterior arreglo con la gerencia de la empresa, dándole a la misma un plazo de 48 horas para contestarlo. El nuevo pliego de condiciones establecía 10 puntos: libertad a los presos, expulsión de los que traicionaron la huelga, readmisión de los despedidos (incluso los conductores de carros y peones que habían sido despedidos en 1910), que la gerencia de la fábrica solicitara nuevos obreros a la Sociedad directamente ("monopolio" del sindicato para la provisión de nuevos empleados), readmisión de presos y heridos, que se respetaran los puestos y los sueldos de los reincorporados tras los despidos por la huelga, que no se despidiera a nadie en invierno (debido a que disminuía el trabajo, la empresa solía reducir su plantel en esos meses) sino que se establecieran turnos, sueldo íntegro para todos los huelguistas, abolición de los contratos (todo obrero de la fábrica debía trabajar por día) y responsabilidad de la empresa por accidentes de trabajo. Se desconoce el desarrollo posterior del conflicto.

Más allá de lo extendido del reclamo, no observamos exigencias que específicamente pudieran afectar el *proceso de producción* en sí mismo o el *control del proceso de trabajo*. El último punto, que hace referencia a los accidentes de trabajo, es el único que se podría vincular al *proceso de trabajo* en sí mismo. El resto tiene que ver con cuestiones políticas, de organización de la clase obrera y con reivindicaciones salariales.

ii- Boicot a la Cervecería Bieckert

El motivo del mismo y su procedimiento fueron distintos al del caso recién descrito. La medida fue decretada a principios de 1918, tras el fracaso de la huelga que sostenían los obreros del establecimiento de Lavallol -organizados en el Sindicato de Obreros de la Cervecería de Lavallol- y debido a la intransigencia de la dirección de la empresa. El boicot fue establecido en la sesión del Consejo Directivo Regional de la FORA, reunido el 19 de febrero de 1918, con el apoyo de 90 sindicatos que habían contestado a la convocatoria hasta entonces (sobre un total de 152). Para publicitar la medida, se envió una circular a todos los

sindicatos que señalaba que “Cumpliendo con la resolución adoptada por el Consejo Deliberativo Regional en la reunión del día 19 del corriente, tenemos el agrado de comunicar a ustedes que en virtud del referéndum realizado entre los sindicatos federados con motivo del boycott solicitado por la Federación Obrera Ferrocarrilera (sección Temperley) y el Sindicato de Obreros de la Cervecería de Lavallol, a los productos de la cervecería Bieckert, la F.O.R.A., autorizada por el voto favorable de la mayoría de los sindicatos obreros, lo ha sancionado oficialmente, estableciendo que dicha resolución debe hacerse efectiva por todos los trabajadores, no consumiendo los productos elaborados por los establecimientos industriales de la precitada empresa capitalista (...)” (BNDT, 1920: pp. 43-44).

Las demandas del boicot eran la reincorporación de los obreros despedidos como consecuencia de la huelga del mes de noviembre de 1916 y el reconocimiento de la personería jurídica del gremio, o sea del derecho a organizarse. La FORA estableció que financiaría el boicot así como la propaganda para que se divulgara por todo el país. Se observa, en este accionar, la solidaridad obrera general para con los obreros de Bieckert. Se editó un manifiesto recordando a los trabajadores que no se consumieran las cervezas Pilsen, Morocha y Africana, que eran las que producía Bieckert:

“(...)Los trabajadores de la República están en el deber, pues, de no tomar cerveza Bieckert, hasta no ver rendida a la empresa a los pies de la F.O.R.A. victoriosa.

Boycott a la cervecería Bieckert., debe ser la consigna.

Implacable guerra debe hacerse contras estos capitalistas.

Por la misma fuerza de la organización deben los trabajadores hacerles entender que es empeño vano oponerse a ella.

¡Solidaridad, proletarios!

Por nuestra clase y por la organización obrera que es vuestra vida, poned todas vuestras energías al servicio de esta obra de reparación.

No toméis cerveza “Pilsen”, “Morocha” y “Africana”. ¡Boycotteadlas!

No traicionéis esta hermosa causa. Se defiende con ella la dignidad obrera.

Con todo el ardor de que es capaz el proletariado herido en sus más sanos sentimientos:

¡Guerra a la Bieckert! - ¡Viva la unión proletaria!” (BNDT, 1920: p. 47)

Por otra parte, se denunciaba que Bieckert pagaba un exiguo salario por una jornada de trabajo de nueve horas: en verano, \$2,70 y en invierno, \$2,40. Además, destacaban que en invierno, debido a la paralización de la industria, los obreros apenas conseguían trabajar 7 u 8 días por mes, lo que no les permitía ni siquiera reunir los recursos básicos para sus necesidades más apremiantes. Según la fuente, a pesar del tiempo transcurrido desde el inicio

del conflicto -casi dos años- el boicot seguía en pie y las organizaciones obreras lo seguían difundiendo.

Una vez más, los reclamos son por la organización político-sindical de los trabajadores y por cuestiones salariales y no se relacionan con cuestiones referidas al *proceso de producción*. Veamos, entonces, cuáles eran las condiciones salariales en esa época.

El *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* de 1919 (*BNDT*, 1919) nos permite ver cuáles eran los salarios promedio en la Capital Federal (Cuadro 9).

Cuadro 9: Promedio de salario diario, en Capital Federal (general: todas las ramas)		
Casos observados: hombres, 32.583; mujeres, 7.638		
Años	Varones	Mujeres
1914	\$3,81	\$2,38
1915	\$3,64	\$2,28
1916	\$3,66	\$2,28
1917	\$3,70	\$2,26

Fuente: *BNDT*, 1919.

En el mismo boletín aparece consignado un informe sobre los salarios de los distintos operarios de las fábricas de cerveza (Cuadro 10).

Cuadro 11: Salarios en las fábricas de cerveza en 1917

Oficios	Número de casos	Varones		Muje-res
		Promedio por día (\$m/n)	Jornada de trabajo (horas)	
Caballerizos	16	3,19	9	-
Caballerizos peones	62	1,52	9	-
Capataces	4	4,75	9	-
Carreros	29	4,41	9	-
Chauffeurs	2	5,00	9	-
Empaquetadores, menores	8	0,60	9	-
Encargados de boletería	2	4,25	9	-
Guarda vía	1	3,00	9	-
Herreros	2	5,00	9	-
Jefe de máquina	1	9,50	9	-
Licoristas	25	5,90	9	-
Mecánicos	4	3,81	9	-
Pintores	3	4,33	9	-
Peones	465	3,16	9	-
Recibidor de envases	1	4,00	9	-
Repartidores	56	3,12	9	-
Serenos	4	3,02	9	-
Talabartero	1	5,00	9	-
Total-promedios	686	3,18	9	-

Fuente: *BNDT*, 1919.

Si bien los datos con que contamos son sólo de la Capital Federal, éstos pueden servir como ilustración debido a que allí se empleaba el 25 % del total de obreros y empleados cervecedores en ese año. Como podemos observar, los empleados y obreros cervecedores perciben un salario promedio de 3,18 pesos, bastante inferior al salario promedio general, que para ese año era de \$3,70 (casi un 20 % menos). Ni hablar del caso de los huelguistas de Bieckert, cuyo jornal diario oscilaba entre \$2,40 y \$2,70 según la estación, con el agravante de que en el invierno muchas veces no conseguían trabajar más de 7 u 8 días por mes. Pero el cuadro 12, que discrimina los sueldos según la operación que realizaba cada obrero, permite también ver que había una jerarquía entre los trabajadores, lo cual se reflejaba en una escala salarial diversificada. La mayoría eran peones, con la peor calificación y en consecuencia la peor

paga, lo cual hacía que el promedio general disminuyera. La amplia *mecanización* que se describió más arriba, llevó a una creciente segmentación del trabajo en la rama: una minoría, compuesta por los jefes de máquinas, los licoristas, herreros, chauffers, talabarteros y capataces, con sueldos relativamente altos y una mayoría -peones- con un sueldo de \$3,16 por día.

Si bien los boicots reseñados son sólo pequeña muestra del tipo de conflictos laborales que se produjeron en la industria cervecera en el período de su máxima expansión, creemos que apoyan las hipótesis que presentamos en los capítulos anteriores. En primer lugar, registramos una conflictividad política y sindical importante, aunque no relacionada directamente con el *proceso de trabajo* en sí mismo. Se pide por la libertad sindical, por la reincorporación de compañeros despedidos, por el aumento salarial y por el reconocimiento legal del sindicato (recordemos que aún no existía una legislación nacional que reconociera el derecho de los trabajadores a agremiarse ni que legalizara el derecho de huelga, por lo cual sólo podían ser reconocidos de hecho) y demás cuestiones de carácter gremial. En ambos conflictos reseñados se observa también el vínculo con las distintas confederaciones y la solidaridad que se establecía ante una lucha concreta. Además de las huelgas, y debido a que la cerveza era una bebida de consumo popular, muchas veces se optaba por establecer boicots como forma de presionar a la empresa. No encontramos referencias directas a conflictos originados por cuestiones relativas al *proceso de trabajo* en sí mismo (control de tiempos, pérdida de saber, recuperación de oficios, instrucción técnica a los trabajadores, etc.). Sin la suficiente base empírica como para corroborar o refutar las hipótesis planteadas en torno a la cuestión de la lucha de clases y los *procesos de producción*, lo que observamos en los casos analizados es que la conflictividad laboral excede las cuestiones relativas al *control* y *represión* del *proceso de trabajo* y se relaciona con una lucha más general de la clase obrera.

Establecimientos secundarios

Como se señaló anteriormente, es necesario comparar el grado de desarrollo de los *procesos de producción* en los principales establecimientos con los secundarios, para comprender el por qué de la tendencia a la desaparición de estos últimos. En definitiva, recorrer la historia de algunos establecimientos de segundo orden nos permitirá comprender la otra cara del proceso de *crentalización*. Por cuestiones de espacio y también por la dispar disponibilidad de fuentes accesibles, se seleccionaron tres casos. El primero, la Cervecería San Carlos, de Santa Fe, porque era uno de los principales establecimientos aún a principios del siglo XX (en el Cuadro 3 se observa que en 1908 era el sexto según su producción). Los

otros casos no corresponden a establecimientos individuales sino a la historia cervecera de dos ciudades: la de Rosario, que junto con Buenos Aires era la ciudad que más había crecido en estos años y la que más establecimientos cerveceros tenía a fines del siglo XIX, y la de Dolores, que en ese mismo período era la única en la Provincia de Buenos Aires que llegó a contar con tres establecimientos. Los tres casos, por motivos distintos, ilustran la suerte que corrieron la mayoría de las fábricas medianas y pequeñas en la rama industrial cervecera argentina.

a- Cervecería San Carlos (Santa Fe)

Un caso muy interesante para analizar es el de la Cervecería San Carlos, una de las más antiguas del país. Hacia 1884 Francisco Neumeyer estableció la segunda fábrica cervecera “moderna” de la Argentina, en la Colonia de San Carlos, Provincia de Santa Fe (Quintana, 1992: p. 18). La denominación original fue “Francisco Neumeyer-Cervecería San Carlos” y siguió con la misma hasta 1908, año en que se constituyó en sociedad anónima (Pomar, 1990: p. 1). En ese año fue adquirida por Enrique Meyer, que en 1913 la vendió a “The San Carlos Brewery Inc. Ltd.”, una sociedad con sede en Londres. Esta compañía inglesa tenía como accionistas a los propietarios de la “Bieckert’s Brewery LTDA” (Vives, 2002: p. 3). Un año antes, en 1912, el adquiriente original de la “Francisco Neumeyer-Cervecería San Carlos Sud S.A.” se separó de la empresa pues se asoció con los dueños de Brewer y Schneider, para trasladarse a la ciudad de Santa Fe y fundar la Cervecería Santa Fe (posteriormente Cervecería Schneider, de destacada trayectoria).

En 1913 se denominó “Cervecería Argentina San Carlos, S. A.” y pasó a ser presidida por Miles C. Mattienson¹² y Chevalier Boutel. La empresa siguió expandiéndose en los años siguientes. Para 1933 tenía ya capacidad para producir 5.000 litros diarios de cerveza, llenar 3.500 docenas de botellas cada 8 horas y envasar 30.000 litros en barriles de chop, con una potencia instalada de 670 HP y una capacidad refrigerante de 370.000 frigorías, abasteciendo al 3,37 % del mercado nacional (Pomar, 1990: p. 2). La empresa siguió funcionando hasta 1980, momento en que suspendió sus actividades por tres años. Luego se reinició para suspender nuevamente las tareas en 1986, como consecuencia de un concurso preventivo de acreedores. En ese momento fue adquirida por Francisco Ríos Seoane que la explotó con el nombre de “Cervecería Estrella Galicia S.A.” por diez años, hasta que quebró en 1996. En ese momento volvió a constituirse con el nombre de “Cervecería Argentina San Carlos S. A.” y

¹² Miles C. Mattienson también fue director de la Cervecería Bieckert, a la vez que figuraba en los directorios de las cervecerías Los Andes y Norte, ambas controladas por el Grupo Bemberg (White, 1946: p. 67).

continuó produciendo, con una participación de aproximadamente 1 % del mercado (Vives, 2002: p. 3).

Analicemos, ahora, las transformaciones en el proceso productivo al interior de este establecimiento. Hacia 1908, es decir casi veinte años después de inaugurada la cervecería, podía constatarse el crecimiento de la misma. Una fotografía del acto inaugural de la fábrica, en 1884, muestra a los empleados y personas allegadas en la puerta de un rústico establecimiento. En otra fotografía, de 1908, ya se observa un establecimiento de dos pisos con una imponente chimenea de unos quince metros de altura. Una tercera fotografía, de 1920, muestra un crecimiento aún mayor en el tamaño de las instalaciones y la presencia del molino Bertilde, orgullo de la fábrica. La cervecería se encontraba lindante con las vías del ferrocarril, existiendo un ramal-desvío previsto para operaciones de carga y descarga de materiales para la elaboración de cerveza, así como carbón para alimentar las máquinas. Por otra parte, por esas vías ingresaban y salían los envases llenos y vacíos de cerveza hacia y desde los lugares de consumo y demanda (Pomar, 1990: p. 8).

La descripción que ofrece Pomar (Pomar, 1990) acerca de las transformaciones a lo largo de más de un siglo de existencia de la cervecería será de ayuda para comprender, indirectamente, los cambios en el *proceso de producción* en este establecimiento. Una de las particularidades del terreno es que no poseía agua adecuada para la fabricación de la cerveza. Lo sorprendente, a diferencia de otras cervecerías como Quilmes que se levantaron en los terrenos con mejor disponibilidad de agua, es que la provisión de agua quedaba aquí supeditada a la construcción de aljibes, sótanos y cisternas de acumulación de agua de lluvia. Entonces, hubo que hacer un gran esfuerzo para desarrollar un sistema de captación y almacenamiento de agua en una zona poco apta para la fabricación de cerveza. En cuanto a los sótanos de almacenamiento y maduración de cerveza, al principio eran fundamentales, por la falta de una tecnología adecuada de frío. Los sótanos, ante la falta de un sistema frigorífico, pasaron a ser elementos esenciales y crecieron a la par de la cervecería. En relación con el sistema de vapor y la caldería, “*Se carece de datos respecto a las instalaciones de la caldera que habrá permitido el original funcionamiento de la Francisco Neumeyer-Cervecería San Carlos, aunque puede presumirse su simple rusticidad y un eficiente funcionamiento a leña*” (Pomar, 1990: p. 12).

Sin embargo, cuando en 1913 se constituyó la sociedad anónima controlada por los nuevos dueños de la Cervecería Bieckert, se produjo una notable ampliación de calderas, al adquirirse cuatro calderas *Babcock Wilcox* horizontales, que funcionaban a carbón o a leña y que llegaron a San Carlos provenientes de la Cervecería Bieckert de Lavallol. Estas calderas siguieron funcionando por muchas décadas y recién en la década de 1950 tres de ellas fueron

adaptadas para quemar *fuel-oil*. Todas siguieron funcionando hasta 1987, lo que muestra el atraso relativo de esta cervecería con respecto a los líderes de la rama, que antes tenían motores eléctricos desde los inicios del siglo XIX. Otro adelanto técnico que se consigna en la descripción que ofrece Pomar es la incorporación, hacia la década de 1930 de compresores y generadores de origen inglés y estadounidense, así como equipos de bombeo, todos los cuales eran necesarios para el proceso de elaboración de la cerveza. Asimismo, es de destacar que en los años veinte, los generadores de energía de la cervecería proveían la energía para el alumbrado de las calles de San Carlos Sur, hasta que algunos años después se montó la primera usina del pueblo. En cuanto a la molienda, ya señalamos que había un molino, el Bertilde, que parecía ser muy avanzado. Según Guillermo Raichholz, ex empleado de la cervecería que cumplió diversas tareas entre 1929 y 1972, “*era uno de los pocos que había en el país, casi único, ya que ni Bieckert ni Quilmes lo llegaron a tener. Sí, no solamente era mi criterio, sino que lo decían los superiores. Comentaban que no existía en la Argentina un molino que separaba la cáscara de la harina. Tenía doble zaranda y entonces la cáscara iba a otro lugar. Había dos desembocaduras: una iba al tacho de la harina, y la otra al tacho de la cáscara. Entonces, si el cervecero era pícaro, iba haciendo el cocimiento como mejor le salía; cocinaba más la harina, después menos la cáscara y doble a la harina*” (Weinberger, 1992: p. 23). Sin embargo, cuando se constituyó la sociedad anónima que controló la empresa desde 1913, comenzó a instalarse un molino de rodillos para malta que subsiste hasta la actualidad.

La Filtración de mostos también era una operación que sufrió muchos cambios: “*Se ignora cómo se habrá realizado esta operación en la original cervecería de Francisco Neumeyer, aunque se supone una operatividad manual y de efectivas decantaciones, hasta que el aumento de la demanda habrá obligado a una operación mecanizada. Se recuerda un viejo filtro prensa de penoso manejo por el esfuerzo a que obligaba el desplazamiento de sus marcos y placas...*” (Pomar, 1990: p. 16). Recién en 1945 se adquirió un moderno filtro para realizar mecánicamente el filtrado. La sala de fermentación también sufrió grandes cambios al aumentar la demanda: de la original, constituida por toneles, se pasó a una de mayor capacidad, compuesta por piletones de cemento revestidos interiormente de aluminio laminado. En la década de 1940 hubo sucesivas ampliaciones de la sala de fermentación, construyéndose una segunda hacia finales de la misma. Queda aún comentar las transformaciones en el **proceso de envasado** de la cerveza, que como vimos es el que más tardíamente se *mecaniza*. Las primeras botellas que se llenaban con la ayuda de embudos y se tapaban con corchos: “*El devenir de los tiempos hizo evolucionar toda esta operativa, que comprende el lavado de las botellas, el llenado de las mismas con cerveza, su pasteurización*

y finalmente el rotulado o etiquetado de las mismas, su encajonado y despacho. Sin temor a equivocarse, puede decirse que recién a mediados de este siglo se alcanzó eficiencia en este aspecto tecnológico puramente mecánico de la cervecera” (Pomar, 1990: p. 20). Como vemos, a diferencia de las grandes cerveceras argentinas, en este caso la *mecanización* demoró muchísimos más años, hasta mediados del siglo XIX. En principio, el lavado fue manual, controlándose “a la vista” el enjuagado de cada botella. El llenado también se fue *mecanizando*, lo mismo que el control de la calibración de esta operación. Los tapones, que en un principio eran corchos ajustados con alambre, fueron evolucionando hasta transformarse en las tapas “corona” que se utilizan en la actualidad. Como nos ilustra un ex empleado de la Cervecería San Carlos, “...eso era un trabajo muy primitivo que se hacía en aquel entonces. En unos cajones de lata, que daban vuelta, y los iban haciendo correr por sección y la gente sacaba la botella, la miraba a la luz, y entonces llegaban a la llenadora, y después de allí pasaba a la encorchadora, que era una máquina que iba girando conforme iban entrando las botellas, allí bajaba el punzón y le pegaba un golpe, hasta que quedaba el corcho bien tapado, como las botellas de vino, y había personal que le colocaba un cabezal de lata y lo enganchaba (como una botella de sidra) para evitar que saliera el corcho. Muchos años después, vino la tapa corona, sin poder precisar bien el tiempo” (Weinberger, 1992: p. 27). Más allá de que este ex empleado no recuerde la fecha exacta de la introducción de la tapa corona, que revolucionó el proceso de envasado de la cerveza, recordemos que él ingresó a trabajar en 1929 y que señala que esto ocurrió mucho tiempo después. El proceso de pasteurización también fue cambiando, más allá de que mantuvo las características esenciales: “En un principio las botellas, encajonadas, se llevaban manualmente a los baños con temperaturas adecuadas para lograr su pasteurización, en que se las sometía a temperaturas crecientes: 35-45 y 58 grados centígrados. Posteriormente este sistema se mecanizó, con un carro que conducía 76 cajones simultáneamente por los baños. Hoy, la operación se realiza desplazándose las botellas por pisos móviles, con lluvias de temperaturas y tiempos de exposición ajustadamente controlados, bajo la atenta mirada de operarios de enmienda de desplazamientos” (Pomar, 1992: p. 21). Lo mismo puede decirse del proceso de etiquetado o rotulación de botellas. Al principio totalmente manual, luego semiautomático ya que el operador debía exponer la botella al etiquetado y finalmente totalmente automático, cuando la botella no tomaba contacto con el operario.

La tendencia a la *objetivación* del *proceso de producción* es claramente observable, así como el hecho de que la incorporación de maquinaria y adelantos sociales y técnicos era muy atrasado en relación con las cerveceras Bieckert o Quilmes.

b- Cervecerías de Rosario

La primera y rudimentaria "fábrica" de cerveza se instaló en 1855 (Mikielievich, 1978: p. 60). Aquel establecimiento, al igual que los otros que se instalaron en la década del sesenta, tuvo una muy reducida capacidad de elaboración, por lo que se agregó la producción de "chichivir" -bebida gaseosa, incolora, ligeramente aromática y dulce, que se popularizó en Rosario con el nombre de "chinchibira"-, licores y refrescos. Comenzó a funcionar en el Bajo, frente al Río Paraná. La cerveza se envasaba en botellas de barro blanco cocido, probablemente usando las de origen europeo ya vacías, tapándoselas con corchos y asegurando su cierre con lazos de alambres alrededor del cuello, para ser luego sometidas al proceso de pasteurización.

La segunda cervecería comenzó a funcionar en 1857 en la Bajada, actual Sargento Cabral, y la tercera se inició al año siguiente, siendo su propietario Fernando Magdelin, un industrial de larga trayectoria. En ese mismo tiempo, Bellog y Menller construyeron una fábrica sobre un terreno de 15 varas de frente por 35 de fondo, con un galón de tres plantas, sótanos y otras dependencias, la cual fue rematada en mayo de 1863.

Una quinta cervecería -la que tendría mayor trayectoria- fue fundada por Federico Pommerrencke el 17 de junio de 1858 que se denominó la Cervecería Nueva. En 1860 fue vendida a Gustavo Bley, quien a su vez la transmitió a Federico Engle en 1866. Ocho años más tarde, la misma fue transferida al mencionado Fernando Magdelin, quien dio impulso al establecimiento, que de ahora en más se denominó Cervecería Alemana. Se perfeccionó su elaboración, ofreciendo una cerveza simple o sencilla (elaborada con mosto claro), una doble (más concentrada que la sencilla y con cierto color) y una negra u oscura (por usarse cebada tostada en su preparación). También se comenzaron a utilizar barriles de madera de roble con su interior impermeabilizado con resina y los aparatos necesarios para el expendio de "chop", o sea de cerveza simple sin pasteurizar. El producto de esta cervecería fue presentado en la Exposición Nacional de Córdoba, en 1871, y también en la de Filadelfia, Estados Unidos, en 1876, y de París, en 1878, donde fue premiado. Esto demuestra que no sólo Bieckert producía una cerveza de calidad internacional en esta época. En 1878, como otra fábrica de Rosario utilizaba sus botellas, Magdelin decidió registrar su marca e hizo fabricar botella en Europa que llevaban en relieve un óvalo azul. En 1884, luego de diez años a cargo, Magdelin vendió la fábrica a Juan M. Ortiz, cinco meses antes de suicidarse. Tan sólo dos años después, la fábrica fue vendida nuevamente, esta vez a Carlos Schlau y Federico Strasser. Estos se habían iniciado en la fabricación de cerveza a escala reducida en un pequeño establecimiento de la

calle del Puerto, entre Mendoza y 3 de Febrero, que cerraron cuando adquirieron la Cervecería Alemana. En 1890, la cervecería cubría una superficie de 3.200 varas cuadradas (2.236 m²), contaba con secciones de máquinas, sótanos refrigeradores, depósitos de materia primas y de cerveza elaborada, además de una destilería. La *fuerza motriz* la generaba un motor de 30 HP y el agua se extraía del subsuelo, con una doble bomba, a razón de mil litros por minuto. Esto nos muestra que, pese a las diferencias con las fábricas de Bieckert o Quilmes, no era un establecimiento nada desdeñable.

El 22 de febrero de 1893 se disolvió la sociedad, continuando con la cervecería Carlos Schlau, mientras que Strasser tomaba a su cargo la Cervecería Santa Rosa. Schlau lanzó en mayo de 1896 una cerveza marca “Salvator”, para ser bebida en los meses de invierno, lo cual solucionaba en parte el problema del carácter estacional de la demanda. Al finalizar el siglo XIX, Schlau, que también había sido distinguido en distintas exposiciones nacionales, elaboraba anualmente un millón de litros de cerveza, empleando malta de Moravia y lúpulo de Bohemia, regiones de Austria. Fallecido en 1907, su viuda vendió la fábrica al grupo Bemberg, que le dio el nombre de Cervecería Schlau S. A. Pocos años después, en 1914, los nuevos dueños inauguraron una moderna planta fabril, con desvío ferroviario incluido, lo que permitía el transporte directo de materias primas y cerveza elaborada. La habilitación de esta nueva planta fue seguida por el cierre de la primitiva en lo referente a la elaboración de cerveza, aunque por más de una década continuó produciendo hielo y almacenando “chop” en barriles y porrones. La fábrica, que desde poco tiempo después del inicio de la Primera Guerra Mundial y tras la clausura de la Cervecería Germania era la única que funcionaba en Rosario, en 1916 contaba con un capital de cien mil pesos oro sellado, arrojando el ejercicio de ese año un saldo favorable de 30.270,6 pesos oro sellado.

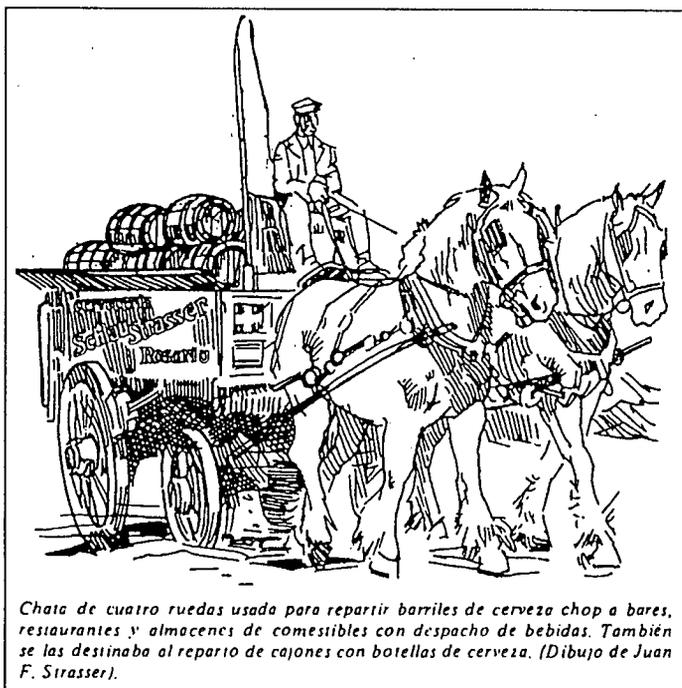
En 1921 ocurre un hecho destacable. El 15 de mayo, la Sociedad Unión del Magisterio declaró la huelga del gremio docente exigiendo el pago de 16 meses de sueldo adeudado. El movimiento se mantuvo por más de tres meses, sin lograr éxito en la demanda. Como acto de solidaridad, la Federación Obrera Local Rosarina declaró el 5 de julio una huelga general, a la cual adhirieron los trabajadores de la Cervecería Schlau, paralizando las actividades por 48 horas. Para responder a esto, la empresa tomó la insólita actitud de cerrar la fábrica y cesantear a los ausentes. Tiempo después, parte del personal despedido, convenientemente seleccionado, fue reincorporado. Esta política de la empresa motivó la reacción de los trabajadores que declararon el boicot a los productos de la Schlau, que perduró por más de un año¹³. En 1928 el establecimiento fue nuevamente ampliado, construyéndose flamantes

¹³ Como vimos más arriba, el boicot fue una de las formas de protesta más utilizadas por los trabajadores cervecedores.

depósitos y vías del ferrocarril Central Argentino, línea a Retiro, donde se almacenaba cerveza en botellas y barriles. Al igual que otras empresas del consorcio Bemberg, ésta tuvo problemas con el gobierno peronista y fue puesta en venta en 1950, adquiriéndola una sociedad anónima integrada por capitalistas de la ciudad que, al año siguiente, el impuso el nombre de Cervecería Rosarina Schlau. En 1954 el gobierno peronista entregó el establecimiento a una sociedad constituida por empleados y obreros de la misma. Durante la presidencia de Frondizi, se dispuso la devolución de la empresa incautada al consorcio Bemberg, por lo que la planta volvió a ser controlada por esa empresa hasta la fecha en que se produjo el cierre definitivo, el 30 de junio de 1978, según la propietaria por falta de rentabilidad del capital invertido. Fue así como cesó la fabricación de cerveza en Rosario, después de más de 125 años de iniciada.

Pero hubo, como dijimos, otras cervecerías en la ciudad de Rosario. En 1870, además de la fábrica de Magdelin, existían la Cervecería Nacional, de C. Bagans y la del licorista José Cost. Cinco años más tarde, había cerrado la última, al mismo tiempo que funcionaba una nueva, perteneciente a Juan Sajoux. La de Bagans, por su parte, pasaba a manos de Epifanio Moneta. La constante llegada de inmigrantes europeos en la década de 1880 dio lugar a la aparición de muchas nuevas cervecerías. En 1884 se verificó la existencia de 6. En el censo provincial de 1887, se empadronaron las cervecerías El Rosario, de José Pujol, que contaba con capital de \$50.000 y empleaba a 16 hombres, la de F. Velázquez, con \$4.000 de capital y 5 hombres, y la Palermo, de Saverio Palermo, con \$1.000 de capital y dos hombres. En diciembre de 1883 las fábricas locales de Noel y Cía., Eugenio Schmidt y Pedro Gerhardt, acordaron fijar un precio común a la cerveza envasada en porrones y botellas. En octubre de 1889 volvieron a modificar los precios de la cerveza, uniéndose Gianasi y Passerini, Schlau y Strasser y Costa y Falcone. El litro de cerveza simple fue fijado en 9 centavos y en 15 el de cerveza doble, aumentando también su precio ambos tipos de cerveza en botellas y porrones. Sin embargo, el futuro de la industria cervecera rosarina estaba determinado por el crecimiento del gigante de la rama: *“En ese mismo año se fundaba en Buenos Aires la Cervecería Argentina Quilmes, empresa que con el tiempo monopolizó en Rosario la fabricación de esa bebida”* (Mikielievich, 1978: p. 64).

Los licoristas Costa y Falcone instalaron en la década de 1880 la Cervecería Santa Rosa, establecimiento que fue adquirido por Federico Strasser en 1893, justo después de desvincularse de su sociedad con Schlau. Entonces producía diariamente 60 hl de cerveza y contaba con dos máquinas que entregaban en total 700 kg de hielo por hora.



Chata de cuatro ruedas usada para repartir barriles de cerveza chop a bares, restaurantes y almacenes de comestibles con despacho de bebidas. También se las destinaba al reparto de cajones con botellas de cerveza. (Dibujo de Juan F. Strasser).

(Extraído de Strasser, s/r: p. 115)

Poco tiempo después de adquirida, en 1897, Strasser debió ceder la fábrica a I. S. de Idiatborde debido a una serie de deudas que no podía saldar. El nuevo propietario, que desconocía los procedimientos para la fabricación de cerveza, debió contratar al propio Strasser para atenderla, con un sueldo de \$200 mensuales (Strasser, s/r: pp. 116-117). Esto muestra el carácter primitivo de la producción de la cervecería. El pequeño propietario, otrora miembro del Club Industrial de Rosario, aquejado por las deudas, se vio obligado a perder la fábrica pero a su vez a ser empleado por el nuevo dueño para poder sobrevivir. Desde 1900 la fábrica pasó a la firma Weidenbrug Hnos., propietaria de las bodegas y destilería Germania, que le aplicó esta denominación. Llegó a situarse entre las 8 de mayor producción en el país (ver Cuadro 3 de este Apéndice). Sin embargo, la nueva fábrica no tuvo mayor que las otras de Rosario: *“Cuando la evolución de la industria de Strasser comenzó a deteriorarse y se acentuó la competencia, ocurre el deceso de su mejor colaborador e incrementar las maniobras del trust cervecero para monopolizar esa actividad fabril. Todo determinó la quiebra de quien alcanzara un alto nivel de productividad”* (Strasser, s/r: p. 117). En 1916 fue vendida al consorcio Bemberg, paralizando desde ese año en forma definitiva la elaboración de cerveza y continuando por más de dos décadas con la de hielo.

c- Cervecerías de Dolores

La historia de la industria cervecera de Dolores es ilustrativa del proceso de *centralización* del que venimos dando cuenta. La Primera cervecería perteneció a Guillermo Kleinmann y data de finales de la década de 1860 (Vilgrela Madrid, 1989). Este cervecero, que ya figuraba en el Censo Nacional de 1869, era francés, natural del Bajo Rin, cervecero de profesión y perteneciente, al igual que Emilio Bieckert, a una antigua familia de la región de Estrasburgo, justamente uno de los lugares donde más se desarrolló la industria cervecera. La primera planta se ubicaba en el barrio sur de Dolores, y Kleinmann contaba con la ayuda de don Victor Bertrand, un connacional, agrónomo universitario, con experiencia en enología. Fabricaban la cerveza de color negra y sabor fuerte que se vendía en ese momento e importaban los porrones de Gran Bretaña. Luego, el cervecero se asoció con Javier Meyer, un maestro cervecero, y mudaron su fábrica a un terreno que contaba con un gran estanque de agua, muy necesaria para la elaboración de cerveza. Observamos aquí algunos adelantos: *“Hacia años que la cervecería era a vapor y producía también hielo y soda. En cuanto a los tipos de cerveza que fabricaban, eran sencilla y doble. También había refrescos y ya se había instalado un proceso de pasteurización”* (Vilgrela Madrid, 1989). Javier Meyer adquirió, en 1889, el total de la cervecería que había sido de Guillermo Keinmann, quedando como el único dueño. En 1895, Meyer renovó la totalidad de la maquinaria de producción para poder competir con las otras firmas locales y con la llegada de numerosas firmas externas. Sin embargo, ya finalizado el siglo Meyer había cesado en sus actividades cerveceras, no pudiendo producir con la escala de los gigantes de la rama.

Otra cervecería importante fue la de Juan Quenard y José Mollard, que empezó a funcionar en 1875. Lo sorprendente es que hubiera dos establecimientos hacia la década de 1880, lo cual no ocurría en otras localidades de la Provincia de Buenos Aires. Más aún, en 1894 se abrió un tercer establecimiento, la Cervecería del Sud, de la sociedad de Juan Chapperon con su cuñado José Cereseto. Sin embargo, esto no iba a durar mucho. Hubo varios factores que desalentaron la producción en los pequeños municipios: los altos impuestos nacionales y provinciales, lo antieconómico que resultaba la importación de envases provenientes de Gran Bretaña, el elevado costo de transportar las materias primas hasta los lugares de producción y, luego, la cerveza envasada hasta los lugares de consumo. Así, los impuestos nacionales y municipales restaron posibilidad de competir a los pequeños establecimientos. Según el *Álbum del Centenario*, de Federico Quevedo Hijosa y Hércules Novara, entre *“las industrias arruinadas por el desgobierno económico está la cervecera, fundada en Dolores hace medio siglo por Guillermo Kleinmann... La cerveza vendíase a 20*

centavos el litro y los gobiernos de la Nación y la Provincia la gravaron con un impuesto de 5 y 2 centavos el litro. La iniquidad fiscal abrumando de impuesto a las pequeñas industrias, ha hecho desistir de sus actividades principales a hombres tan emprendedores..." (Vilgrela Madrid, 1989). Hacia 1903 desaparecía la Cervecería del Sud y ya no se registrarían más establecimientos cerveceros en Dolores. Se observa, entonces, un fenómeno similar al de Rosario, aunque a una escala mucho menor: surgieron varios establecimientos cuando aún no se requerían grandes inversiones y, hacia principios del siglo XX, ya no pudieron competir con las grandes empresas de la rama que captaban crecientemente el mercado nacional en esos años.

Método de la investigación y exposición (Introducción y Capítulo I)

Como se desarrolló a lo largo de esta exposición, el objetivo de la investigación fue realizar una **aproximación histórico-conceptual a las relaciones sociales de producción capitalistas en la Argentina (1870-1940) a través del estudio del proceso de producción en la industria cervecera**. Se buscó analizar cómo se manifestaban, en los cambios en el *proceso de producción* cervecera nacional, las relaciones entre el capitalismo nacional y el mundial en el período estudiado: cómo el capitalismo argentino estuvo determinado por el mundial y a su vez determinó a una de sus ramas industriales. Al mismo tiempo, se estableció una prioridad al considerar necesario estudiar el núcleo del capitalismo, el *proceso de producción*, en el que se expresa, como unidad, el *proceso de trabajo* y el de *valorización*, a escala mundial, nacional y de una rama industrial –donde aparece más determinado–. Por último, se dirigió la mirada hacia una industria específica, la cervecera, teniendo en cuenta que el objetivo de una investigación científica es dar cuenta de un proceso concreto, siendo éste el más determinado y por lo tanto el más complejo. Así, a través del estudio de esta rama –a escalas mundial, nacional y de cada establecimiento– se pretendieron corroborar las hipótesis planteadas. En esta síntesis final se expondrán los avances alcanzados respecto de los objetivos iniciales.

En cuanto a los **aspectos metodológicos**, se intentó describir, en la exposición, el método desarrollado en la etapa de investigación. Se presentó el esquema de la tesis de una manera que permitiera mostrar la necesidad de estudiar la totalidad del funcionamiento de la sociedad vinculándola con procesos particulares y singulares. Si bien el objetivo era analizar cómo se manifestaban las *relaciones sociales de producción capitalistas* en una rama industrial, dicho objetivo respondía a un interés más general: comprender cómo el capitalismo a escala mundial –desarrollado en los países centrales entre finales del siglo XIX y mediados del XX– determinó el capitalismo argentino (**Capítulo II**). Desde el punto de vista cognitivo, es posible realizar aproximaciones que permitan comprender el aparente “caos” de la vida social, sin reducirlo por ello a explicaciones necesariamente esquemáticas y estáticas. La *realidad*, desde la perspectiva teórica desarrollada, está constituida por relaciones de determinación jerarquizada, lo que no implica, de ningún modo, que dicha afirmación lleve a perder riqueza de análisis ni a obstaculizar la comprensión de los procesos particulares y concretos. El hecho de considerar que existen distintos niveles de *determinación* –en el

sentido definido y expuesto en esta Tesis— no significa que se ignoren aspectos contingentes, “subjetivos” o “extraeconómicos”, sino que se enmarquen en un contexto en el cual el hombre —en tanto sujeto— hace su historia, pero condicionado por las circunstancias que le son (en parte) ajenas, dada su relación a la vez inmediata y mediata con la realidad: “*La coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana o cambio de los hombres mismos, sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria*” (Marx, 1985: p. 666).

Sin embargo, estudiar el “capitalismo” a secas sería establecerse en el máximo nivel de generalidad. Si bien este es un momento importante del análisis —el momento en que se abstraen las condiciones particulares para comprender cómo operan los aspectos esenciales—, una vez planteado se requiere avanzar hacia un mayor nivel de concreción, teniendo en cuenta que el objetivo de la Historia como disciplina es dar cuenta de lo particular, pero subsumiéndolo en lo general (mostrando cómo es la forma en que se manifiesta un *universal* en un *particular*). En este sentido, se planteó la necesidad de ocuparse del núcleo del capitalismo, el *proceso de producción*, que es donde se genera el *valor* (y el *plusvalor*) y donde se establecen las condiciones materiales para la relación mediata del sujeto con la naturaleza y con los otros sujetos¹ (**Capítulo III**). De todas maneras, para analizar la historia del *proceso de producción* en un país particular como la Argentina, se requería conocer el doble carácter del mismo —como *proceso de valorización* y como *proceso de trabajo*—, y lo más adecuado para ello era centrarse en una rama. Si las tendencias del capitalismo mundial planteadas eran acertadas, debíamos corroborarlo en el máximo nivel de concreción posible. Estudiar la historia de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en la industria cervecera argentina entre 1870 y 1940 permitió corroborar las hipótesis sobre cómo se manifestaron las tendencias a la *acumulación* en un país no central (**Capítulo IV**).

En síntesis, el objetivo de esta Tesis fue analizar cómo se comportaron, en la particularidad de un país no central, las **leyes generales del capitalismo**, problema que abordamos desde la *teoría del desarrollo desigual* —no todos los países siguieron el mismo camino—, *combinado* —los países no centrales transformaron sus estructuras productivas determinados por los cambios en los países centrales— y *contradictorio* —la combinación no fue armónica—. Para ello, centramos en una rama productiva específica, la industria cervecera, pero como vía para comprender, en un nivel de concreción más alto, cómo operan las leyes generales del capital en un país particular —no central—. En este sentido, entendemos que no

¹ A diferencia de la historia natural, la historia de la humanidad la han hecho los propios hombres. Dentro de la misma, la necesidad de la primacía del estudio de los procesos productivos se debe a que “*La tecnología pone al descubierto el comportamiento activo del hombre con respecto a la naturaleza, el proceso de producción*”

puede explicarse el rápido proceso de *concentración* –acumulación por parte de los capitalistas–, *centralización* –disminución del número de capitalistas, producto de quiebras y fusiones– y rápida *mecanización* –básicamente reemplazo de *fuerza de trabajo* por máquinas– exclusivamente desde los elementos distintivos de la economía argentina (las mediaciones) ya que no debe olvidarse que estos procesos no pueden ser más que manifestación de la tendencia general de la *acumulación* capitalista.

Capitalismo a escala mundial, nacional y en la rama cervecera (Capítulo II)

En cuanto a la **primera tríada**, que vincula el capitalismo mundial, nacional y de una rama, su presentación permitió plantear cuál es la historia conceptual del sistema y mostrar cómo en su propia dinámica se perciben algunas tendencias generales. Se mostró cómo, en el capitalismo, existen leyes que ponen límites a los posibles desarrollos particulares de los países que integran la totalidad del sistema. Así, los nuevos países que se incorporaron al capitalismo en el **período imperialista** no podían seguir más que el camino determinado por el capital *centralizado* a escala internacional. ¿Implica esto algún tipo de estructural-funcionalismo que niegue la posibilidad del cambio? De ninguna manera.⁶ Destacar los aspectos esenciales del sistema, sin los cuales el mismo perdería su razón de ser, pretende dejar al descubierto, lo más claramente posible, cuáles son las transformaciones que se pueden realizar dentro del sistema y cuáles son las que sólo pueden llevarse a cabo superándolo. Esta visión, por cierto, está lejos del funcionalismo o del estructuralismo que pretendan desconocer las contradicciones y tendencias al cambio de todo sistema social. El capitalismo tiene leyes, entonces, pero son sociales e históricas, ni inmutables ni eternas. Para analizar el capitalismo a escala nacional, donde el nivel de concreción es mayor –recordemos que el capital se *centraliza* en este período impulsando la consolidación de los Estados nacionales–, nos basamos en la *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio*, que permite comprender las particularidades del capitalismo en países no centrales: en la Argentina operaron algunas de las leyes analizadas para los países centrales, pero con una particular forma de determinación. Lo mismo puede decirse para cada rama de la producción: más allá de sus singularidades o mediaciones (actividad “agrícola”, “industrial” o de “servicios”, de exportación u orientada al mercado interno, de bienes de consumo final o de producción, etc.), todas estuvieron *determinadas* por las tendencias que operaban en el conjunto de la economía nacional y en la *formación económico-social* de la que dicho país era parte.

inmediato de su existencia, y con esto, asimismo, sus relaciones sociales de vida y las representaciones intelectuales que surgen de ellas” (Marx, (1867), 1998: p. 453).

Se destacó la tendencia del capitalismo a ampliar permanentemente la escala de producción, lo cual implica necesariamente que el proceso de *acumulación* se manifieste en una creciente *concentración* (el nuevo *valor* tiende a ser apropiado, cada vez más, por una clase social, la burguesía, que posee en forma creciente los *medios de producción*) y *centralización* (el capital va reuniéndose en pocas manos producto de las quiebras y/o fusiones de los capitalistas menos productivos). Este doble proceso llevó a finales del siglo XIX a que se inicie un nuevo período en el capitalismo, el *imperialismo*, que es el período en el que se socializó la producción mundial como nunca antes, a la vez que se acentuó la competencia entre naciones por la apropiación de mercados y materias primas, concretándose una amplia expansión de las *relaciones sociales de producción asalariadas* vía la exportación de capitales hacia los países no centrales (muchos de los cuales habían sido colonias en épocas anteriores). No es casual, entonces, que la Argentina se haya incorporado (y haya sido incorporada) en este momento a la economía mundial. Fue en la etapa llamada “agroexportadora”, cuando la Argentina “importó” las *relaciones sociales de producción capitalistas* que en el mundo se estaban imponiendo. Esto no fue sino el otro aspecto de la expansión capitalista mundial en el período imperialista, por la cual los movimientos internacionales de capital que se disputaban los “espacios nuevos” no hacían otra cosa que mostrar el enfrentamiento entre los distintos grupos centralizados internacionales y rivales, que disputaban áreas de influencia, fuentes de materias primas y mercados de venta para sus productos. **Argentina estaba en realidad en su “etapa importadora”: desarrollaba las relaciones sociales de producción capitalistas incorporándose a una formación económico-social que tendía a ser cada vez más mundial.** Es en este contexto que se estudia cómo se comportaron sus ramas industriales, teniendo en cuenta que las mismas producían para un mercado que tendía a mundializarse (o sea que debían hacerlo según las condiciones de trabajo socialmente reconocidas en los países centrales) o para el mercado interno, que también estaba ampliamente abastecido por mercancías importadas. Más allá de las singularidades de cada rama, todas ellas estaban *limitadas* por una economía mundial crecientemente integrada. La tendencia del *proceso de producción* a objetivarse —reemplazar *trabajo vivo* por *trabajo muerto* en pos de aumentar la productividad del trabajo y disminuir el *valor* incorporado en cada mercancía— iba a manifestarse en el *proceso de producción* argentino, al igual que en el resto del mundo. El capitalismo mundial y por lo tanto también el argentino tendió en el período estudiado a desarrollar las fuerzas productivas en forma contradictoria y, por la competencia, a subsumir progresivamente el trabajo en el capital, concentrando en las manos de diversos capitalistas los *medios de producción* y a su vez redistribuyendo el capital total de la sociedad por medio de la *centralización*. Sin embargo,

como el capitalismo es un sistema en líneas generales anárquico –no planificado– la resolución de estas contradicciones implicó necesariamente crisis periódicas –1873, 1890, 1913, 1930–, que produjeron soluciones parciales –“depuración” de los capitales menos productivos– a cambio de ir profundizando las contradicciones entre capital y trabajo y expropiando no sólo a los obreros sino a un sector de la burguesía que era paulatinamente desplazado.

Proceso de producción a escala mundial, nacional y en la rama cervecera (Capítulo III)

En este punto, el propósito fue observar cómo se transformó el *proceso de producción* en los tres niveles analizados, mostrando la manera en que el estudio de los *procesos de producción*, y en particular de subsunción del trabajo en el capital, permitió establecer una periodización cualitativa del capitalismo en general y de una de sus ramas industriales en particular. Se analizó la *cooperación en sus formas simple y clásica* –la *manufactura*– y la *gran industria*, como dos modos cualitativamente distintos del *proceso de producción* (además de señalar la existencia de la *manufactura moderna* como momento transicional), destacando también que el pasaje de uno a otro era una tendencia general del capitalismo, más allá de que históricamente pudieran datarse estas etapas. Así, en cada nuevo espacio donde se desarrolló la relación asalariada, ya sea una nueva región o una nueva rama, tendió a producirse una progresiva subordinación del trabajo en el capital, que era la expresión concreta del proceso de *valorización*.

Por otra parte, se intentó relacionar las grandes **crisis de 1890 y 1930** –también 1873 y 1913– con los momentos de pasaje entre los distintos modos de producción al interior del capitalismo argentino. A lo largo de los 70 años que abarca esta investigación, se mostró cómo se pasó de una producción con características artesanales, propias de la *cooperación en su forma simple*, a un tipo de producción específicamente capitalista, la *gran industria*. Sin embargo, también se destacó que esta transformación, impulsada por los cambios sociales y los avances tecnológicos que se producían y propagaban por el mundo entero, no se produjo a imagen y semejanza de lo que había ocurrido unas décadas antes en los países que lideraron el proceso de desarrollo del capitalismo. Por ello apelamos a la *teoría del desarrollo desigual, combinado y contradictorio*, que pretende mostrar las particularidades de las *formaciones económico-sociales* que se desarrollan en forma subordinada a los centros capitalistas mundiales y muestran en general un desarrollo “a saltos”, que lleva a la integración de fenómenos “adelantados” con otros “atrasados”.

Se analizó el *proceso de producción* cervecera en este período, cuyo desarrollo no se condice con las visiones que solo ven una industrialización significativa en la Argentina a partir de la década de 1930, como resultado de la sustitución de importaciones –necesaria por la disminución de las exportaciones y por la caída del comercio internacional tras la crisis de *Wall Street* en 1929–. En la industria cervecera fue la *acumulación* previa la que permitió ampliar la escala de producción y *mecanizar* crecientemente los procesos productivos y la que a su vez produjo una nueva *concentración* y *centralización* de capitales. La crisis de 1930, entonces, no fue la “partera” de la industria cervecera, cuya historia local tenía ya varias décadas.

Industria cervecera a escala mundial, nacional y de cada establecimiento (Capítulo IV)

En el caso de la industria cervecera, se expuso la historia de los *procesos de producción* en los países centrales para luego ver qué elementos eran generales y cuáles propios del desarrollo que se produjo en la Argentina. Se corroboraron las tendencias mundiales del proceso de *acumulación*, aunque con las particularidades de un país no central: **la rama se concentró y centralizó más rápidamente que en los países que primero se industrializaron debido a la llegada de capitales extranjeros bajo la forma de sociedades anónimas.** Este fenómeno no fue exclusivo de la Argentina sino que dio en distintos países². La *concentración* y *centralización* fueron acompañadas de una creciente *objetivación* de los *procesos de producción*, que llevó en este período al pasaje de la *cooperación* a la *gran industria*. Todas estas fueron manifestaciones locales de un proceso de *acumulación* que se desarrollaba a escala mundial.

También se destacó cómo en los países centrales la instauración de las *relaciones sociales de producción capitalistas* permitió incorporar algunos adelantos técnicos sorprendentes en la elaboración de la cerveza –máquina de vapor, fermentación baja, pasteurización, refrigeración–, que ampliaron la escala de producción y transformaron incluso el producto (su *valor de uso*) de acuerdo a la necesidad de *valorización* del capital (Apéndice

² Marx, al analizar las nuevas formas legales de las sociedades de responsabilidad limitada que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX como resultado de la *centralización* de capitales, destaca la “...*paulatina transformación de la industria en empresas por acciones. Un ramo tras otro sucumben a su destino. Primeramente el hierro, en el que ahora se necesitan inversiones gigantescas (...) Luego otro tanto con la industria química (...) la industria textil (...), la cervecería (hace un par de años, las cervecías norteamericanas vendidas a capitalistas ingleses, luego Guinness, Bass, Allsopp). (...) La firma individual ordinaria es sólo una etapa preliminar para llevar el negocio hasta donde sea suficientemente grande como para ser “fundado” como sociedad*” (Marx, (1894), 1998: p. 1149). Este es justo el momento en que desembarcan en la Argentina las sociedades anónimas que lideraron la rama en las décadas siguientes. El caso de Bieckert, que luego de casi 30 años le vendió su fábrica a una sociedad anónima inglesa, es ilustrativo de este proceso recién descrito que, como acabamos de ver, también afectó a algunas cervecías estadounidenses.

A). Se mostró, así, cómo se producía la subordinación del *valor de uso* al *valor* en el caso concreto de la fabricación de cerveza: la *mecanización* que se produjo en la industria cervecera de los países en los que predominaba la *relación social asalariada* coincidió con la expansión de un nuevo tipo de cerveza, la de “fermentación baja” (que hizo que la bebida fuera más popular, pudiéndose consumir durante todo el año, sobre todo en verano, ya que era mucho más refrescante que la tradicional cerveza densa, alimenticia y oscura que se consumía desde hacía siglos) y, además, se transformó en un producto técnicamente más estable, con lo cual fue más propicia su producción masiva —condición necesaria para la producción de mercancías en el régimen capitalista—. Se pasó, en ese período, de una “bebida de invierno”, espesa y rica en calorías, a una “bebida de verano”, cristalina, ligera y refrescante, con atributos totalmente distintos a los de la cerveza tradicional. Además, como se expuso en el Capítulo IV, producir esta nueva cerveza industrial requería grandes inversiones de capital (por los nuevos métodos de refrigeración, pasteurizado y envasado, entre otros) y sólo las fábricas más importantes pudieron adaptarse a este progreso social y técnico, modernizando sus instalaciones. Hubo una tendencia en el mundo capitalista y también en Argentina, a que los propietarios dejaran de ser capitalistas individuales y se transformaran en sociedades por acciones (hacia 1930 casi todas las cervecías argentinas eran sociedades anónimas).

En el caso argentino, se destacó cómo en la **rama cervecera** se produjo una impresionante y temprana *centralización* y, además, se presentaron indicios de una creciente *mecanización* en las dos cervecías que prácticamente “monopolizaron” la producción nacional (Apéndice B). Esto no fue casual ni producto de fenómenos contingentes: Argentina estaba recibiendo capitales y justamente en esos años diversas sociedades anónimas de capitales fundamentalmente europeos se hicieron cargo de los principales establecimientos (Quilmes, Bieckert, San Carlos). Lo que se pretendió mostrar es que el proceso de *centralización* sólo puede entenderse a partir del fenómeno subyacente que explica las tendencias crecientes a la depuración de capitales: la consolidación de la *gran industria*. Así, lo central fue mostrar que tanto la *centralización* y la *mecanización*, como la competencia por la *valorización* de los capitales y los cambios en los *procesos de producción* fueron las formas en que se manifestó la lógica de la *acumulación* del capital. La *centralización* permitía aumentar la escala de producción y las inversiones de capital, lo que alentaba la *objetivación* de los *procesos de producción*, generando las condiciones para una profundización de la *concentración* y *centralización*, dada la imposibilidad de competir para los capitales medianos y pequeños.

En la Cervecería Quilmes, en los albores del siglo veinte, ya se había establecido un *sistema de máquinas*, que empleaba una *fuerza motriz* unificada (recordemos la usina central

que proveía de energía a toda la fábrica). Hasta el proceso de envasado, que era el que anteriormente presentaba la mayor cantidad de trabajo directo (lo cual se observó en la fábrica de Bieckert, durante las décadas de 1880 y 1890), aparece en esos años finalmente *mecanizado*. Las fuentes presentadas dejan en claro la contundencia del proceso de *acumulación*, manifestada en la *concentración* y *centralización* que caracterizó a la industria cervecera desde 1870 hasta 1940: la producción llegó a superar los 200 millones de litros en 1929 y, en ese momento, los establecimientos eran tan sólo 17, menos de la cuarta parte de los que se registraron 50 años atrás (cuando la producción no llegaba a los 10 millones de litros). El crecimiento del número de capitalistas, que usualmente se produce en los inicios de la industrialización (cuando aún no se requieren capitales de gran magnitud), se vio en esos años contrarrestado por el proceso de atracción de capitales, por el cual los menores fueron absorbidos por los mayores (*centralización*). Ya para la década de 1940, el Grupo Bemberg controlaba las Cervecería Quilmes, Palermo, Buenos Aires, Schlau, Santa Fe, Córdoba, Norte y Los Andes, entre otras.

La *concentración* y la *centralización* no pudieron sino ir unidas al proceso de revolución constante de los *procesos de producción*: justamente, cuanto más avanzó la *mecanización*, más difícil se hizo la supervivencia de los capitales menores. El hecho de que Bieckert y Quilmes incorporaran permanentemente tecnología para “abatar costos” —disminuir el *valor* de los *medios de producción* y la *fuerza de trabajo*—, impuso una dinámica competitiva que potenció la tendencia intrínseca a la *centralización*. Se mostró que la industria, al menos en la rama cervecera, no era “primitiva” ni poco desarrollada. El aporte empírico realizado permitiría poner en cuestión las tesis que sólo ven un “despegue” industrial a partir de la década del treinta del siglo veinte. La “sustitución de importaciones”, forma en que en la historiografía aparece expresado el desarrollo industrial —*relaciones sociales de producción capitalistas*—, se produjo en esta rama mucho antes de la Primera Guerra Mundial. Hacia finales de los años veinte, la *gran industria* estaba ampliamente difundida en la rama.

Asimismo, se intentó comprender este proceso a partir de la propia dinámica del capitalismo, sin sobredimensionar los elementos denominados “extraeconómicos” a los que usualmente se apela para explicar el desarrollo de la industria argentina. Si bien no se ahondó en el estudio de los aspectos “extraeconómicos” en el *proceso de producción* cervecera, sí se mostró cómo los obreros cerveceros entablaron algunas luchas contra sus patrones (Apéndice C), pero no por problemas relacionados directamente con el *proceso de producción*, sino por reivindicaciones políticas que incluían su derecho a organizarse, a sindicalizarse o a expresar la solidaridad con otros obreros —como clase— a través de las huelgas y los boicots. Lo que no se observó en las protestas fueron referencias explícitas al *proceso de trabajo* en sí mismo. Si

bien no se descarta que las hubiera, lo claro es que los cambios en el *proceso de producción* no pueden explicarse a partir de la contingencia de la lucha de clases, que sólo podría influir, en el largo plazo, en el establecimiento de formas de *control* y de *represión* al interior de ese proceso laboral. Esto no implica, por cierto, negar la importancia de los aspectos “subjetivos” ni reducir a la clase obrera al rol pasivo de someterse a los cambios que el capital establece de acuerdo con su propia dinámica. Lo mismo podría decirse en relación con otros aspectos no desarrollados en esta investigación como el comportamiento de la burguesía cervecera, la injerencia del Estado en el establecimiento de políticas arancelarias proteccionistas o favoreciendo a determinados grupos económicos, u otros aspectos que hicieron a la forma en que se determinaron las leyes generales del capitalismo en la Argentina en particular y en la rama cervecera en singular. Haber destacado algunos aspectos del desarrollo de las *relaciones sociales de producción capitalistas* en Argentina no implica dejar de lado la referencia a la *totalidad* a la que sólo en forma fragmentaria y parcial –aproximada– se puede acceder.

Síntesis de las conclusiones. Límites y proyecciones de la investigación y la exposición

Se enumerarán en forma sintética, para finalizar, algunas de las **afirmaciones** realizadas a lo largo de la Tesis:

- En la industria cervecera argentina se produjo un creciente proceso de *concentración* y *centralización*, manifestaciones ambas de la *acumulación* capitalista.
- Dicho proceso fue más acelerado que en los países centrales, pasándose en pocos años de una producción local casi inexistente –a mediados del siglo XIX– a un dominio de casi dos tercios de la producción por parte de dos empresas (Quilmes y Bieckert) –hacia principios del siglo XX–.
- La *centralización* potenció las transformaciones en los *procesos de producción*, logrando un rápido pasaje desde una *cooperación* bastante simple –mediados del siglo XIX– hacia una *manufactura moderna* –desde la década de 1890– y luego a la *gran industria* –aproximadamente desde la Primera Guerra Mundial–.
- La velocidad de este proceso tuvo que ver con el desarrollo *desigual, combinado y contradictorio* con el que la Argentina incorporó las *relaciones sociales de producción capitalistas* sobre todo a partir de la incorporación de los capitales exportados por Europa, que a la industria cervecera llegaron a fines de la década de 1880, justo antes de la crisis de 1890.

- La forma en que se manifestó dicha *centralización* de capitales fue en las sociedades anónimas que adquirieron o abrieron las distintas cervecerías, fenómeno que se produjo en todo el mundo capitalista y en particular en las grandes fábricas de cerveza.
- La creciente *acumulación* produjo la quiebra o forzó la venta de las cervecerías medianas y pequeñas, muchas de las cuáles –Palermo, Schlau, Buenos Aires, San Carlos, San Martín, Santa Fe, etc.– pasaron a manos de las sociedades anónimas recién mencionadas.
- La *concentración*, *centralización* y *mecanización* fueron la forma en que se manifestó la *acumulación* capitalista a escala internacional, producto de la plena incorporación de la Argentina a la economía capitalista, que se potenció en el período imperialista, a partir del último cuarto del siglo XIX.
- La industria cervecera argentina, y su *proceso de producción* como núcleo de la misma, no podría haberse desarrollado de otra manera, lo cual se entiende analizando los aspectos esenciales del fenómeno: *proceso de valorización* y *proceso de trabajo* como los componentes abstractos y concretos de la producción en el régimen capitalista.
- La forma en que se transformó la rama cervecera argentina, mayor nivel de determinación planteado en la tesis, no podía haber sido muy distinta a la de otra rama de cualquier otro país no central, más allá de los aspectos particulares de la Argentina y la rama.
- A su vez, los cambios respondieron –con las *mediaciones* respectivas– a la lógica del capital –*ley del valor*–, que comenzaba en este período a operar en una mayor cantidad de países.

Es preciso señalar también tres tipos de **límites** encontrados en relación con los objetivos planteados en la presente Tesis. En primer lugar, un límite relacionado con la **imposibilidad de conocer “el todo”** –la *realidad*–, sino en forma fragmentaria, parcial y determinada, lo que se explica porque el sujeto –el único que puede conocer– es parte de esa *realidad* (o sea que se le presenta como *inmediata*), pero a su vez ésta se le aparece como *mediada*: se presenta una contradicción entre “realidad en sí” y captación de esa *realidad*, entre objeto y sujeto. Si bien se intenta aprehender progresivamente esa *realidad*, que a la vez es inmediata y mediata, es preciso reconocer la imposibilidad de superar totalmente dicha contradicción, lo que implica un límite en la capacidad de conocer. Sin embargo, señalar lo anterior no significa renunciar al “achicamiento” de esa “brecha” entre lo inmediato y lo mediato, más allá de saber que cuanto más se conoce, más consciencia se adquiere de cuanto aún se ignora, siendo esta una de las grandes paradojas del conocimiento humano.

El segundo tipo de límite no se refiere a un problema epistemológico general sino al que se presentó a la hora de contar con las *fuentes* necesarias como para estudiar los cambios

en los *procesos de producción* en la industria cervecera argentina. Sin duda, faltan fuentes suficientes como para conocer en profundidad el fenómeno –simplemente porque no existen–, sobre todo en lo relativo a los establecimientos secundarios. Además, dada la característica de la presente investigación y lo limitado de los recursos con que se contó, seguramente no se accedió a todas las fuentes disponibles, lo que hubiera subsanado en parte la carencia recién mencionada. Hay aspectos, entonces, que no pudieron ser analizados por la limitación de las fuentes con que se contó –por su inexistencia o inaccesibilidad–. Por este motivo, más allá de la pretensión de acercarnos lo más posible al conocimiento de la *realidad*, la misma apareció “representada” ante nosotros a través de una serie de fuentes parciales, que sólo mostraban algunos aspectos parciales. Ello, por cierto, marca un límite en la capacidad cognitiva. Al mismo tiempo, y como señalamos mas arriba, el hecho de que esta investigación haya hecho un recorte de un aspecto singular de la *realidad* hace que no se puedan plantear generalizaciones. Por otra parte, sería una falacia deducir el funcionamiento de la economía argentina sólo a partir del estudio de una rama singular, así como también sería incorrecto confirmar la existencia de leyes o tendencias del capitalismo en general sólo porque las mismas se presenten en un país como la Argentina. Reconocer esto, creemos, no quita valor a la presente investigación y exposición sino que la sitúa en el *limitado* aporte que pretende realizar al conocimiento general que debe ser construido colectivamente.

Una tercera y última dificultad tuvo que ver con la **exposición** de lo investigado. Si bien hubo una preocupación por intentar que la misma representara lo más fielmente posible el movimiento de la *realidad* –como totalidad contradictoria–, debe destacarse la dificultad para expresar esas relaciones complejas de las que se quiso dar cuenta, debido a las limitaciones conceptuales y lingüísticas con que contamos. Así, un gran problema fue evitar la “traición” del lenguaje, que muchas veces llevó a presentar en forma mecánica y escindida, relaciones que pretendíamos dialécticas, y en forma escindida, aspectos contradictorios de una unidad.

En el futuro, puede prolongarse la presente investigación incorporando elementos a los que aquí no se prestó la suficiente atención. Se **proyecta**, en este sentido, continuarla atendiendo distintos aspectos institucionales y políticos como los relacionados con la intervención del Estado en el proceso de *acumulación* o la lucha entre obreros y capitalistas en la industria cervecera. Asimismo, se esperan incorporar otros elementos de análisis –problemas ligados al tamaño del mercado, créditos, dependencia tecnológica, transferencia intersectorial de renta, organización corporativa de la burguesía industrial y la clase obrera, entre otros– que hacen a la forma en que se manifestó el *capital* como *substancia* en la *formación económico-social* que se desarrolló en un país no central como la Argentina.

Bibliografía general

1. Adler, P., "Automation et qualifications", en *Sociologie du Travail*, París, marzo 1987.
2. Aglietta, M., *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979.
3. Althusser, L., "De El Capital a la filosofía de Marx", en *Para leer El Capital*, Siglo XXI, México, 1990.
4. Althusser, L., *La revolución teórica en Marx*, Siglo XXI, México, 1979.
5. Antunes, R., *¿Adiós al trabajo? Ensayos sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 1999.
6. Astarita, R., "La importancia revolucionaria de la concepción de la 'lógica del capital' para la estrategia socialista", en *Cuadernos del Sur*, Buenos Aires, mayo 1996.
7. Bhaskar, R., *Filosofía y realismo científico*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993.
8. Boyer, R., *La teoría de Regulación*, Humanitas, Buenos Aires, 1988.
9. Braverman, H., *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1987.
10. Brighton Labour Process Group, "The Capitalist Labour Process", en *Capital and Class*, n. 1, 1977.
11. Buroway, M., *El consentimiento en la producción*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1989.
12. Coriat, B., *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Siglo XXI, México, 1989.
13. Coriat, B., *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, Siglo XXI, México, 1996.
14. Coriat, B., *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*, Siglo XXI, México, 1995.
15. Cornu, A., *Carlos Marx. Federico Engels. Del idealismo al materialismo histórico*, Platina y Stilcograf, Buenos Aires, 1965.
16. De Gaudemar, J. P., *El orden y la producción*, Trotta, Madrid, 1991.
17. Engels, F., *Del socialismo utópico al socialismo científico*, La Habana, Biblioteca del Pueblo, 1962.
18. Gorz, A., *Adiós al trabajo*, Imago Mundi, Buenos Aires, 1989.

19. Hirschhorn, L., "Robots can't run factories", en Forester, T., *Computers in the human context*, Cambridge, 1991.
20. Hobsbawm, E., *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Buenos Aires, 1998.
21. Hobsbawm, E., *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Buenos Aires, 1998.
22. Hobsbawm, E., *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Buenos Aires, 1998.
23. Holloway, J., "La Rosa Roja de Nissan", en *Herramienta*, Buenos Aires, 1992.
24. Holloway, J., "La cientificidad del marxismo es justamente la crítica", en *Dialéctica*, n. 7, Buenos Aires, setiembre 1995.
25. Holloway, J., "La Osa Mayor: posfordismo y lucha de clases", en *Cuadernos del Sur*, Buenos Aires, mayo 1996.
26. Iñigo Carrera, N., "Notas para la investigación de los cambios en los procesos de trabajo en la fase actual del capitalismo", en Martínez, O. y Ximénez, D. (comp.), *Actas del Encuentro de Reconversión y Movimiento Obrero*, CIPES, Buenos Aires, 1994.
27. Kabat, M., "Lo que vendrá. Una crítica a Braverman a propósito de Marx y la investigación empírica", en *Razón y Revolución*, n. 7, Buenos Aires, verano 2001.
28. Katz, C., "La concepción marxista del cambio tecnológico", en *Buenos Aires. Pensamiento Económico*, n. 1, Buenos Aires, otoño de 1996.
29. Katz, C., "La teoría del control patronal: balance de una discusión", en *Revista Estudios del Trabajo*, n. 19, Buenos Aires, segundo semestre 2000.
30. Katz, C., "Materialismo y dialéctica revisitados", en *Dialéctica*, n. 13, invierno 2001.
31. Lenin, V. I. (1916), *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Esbozo popular*, Lautaro, Buenos Aires, 1946.
32. Lipietz, A., *Espejismos y milagros*, Tercer Mundo, Bogotá, 1992.
33. Lowy, M., "La ley de Desarrollo Desigual y Combinado", en *Dialéctica*, n. 9, Buenos Aires, octubre 1997.
34. Luporini, C., Sereni E. et al, *El concepto de "formación económico-social"*, Pasado y Presente, México, 1986.
35. Luxemburgo, R., *El desarrollo industrial de Polonia y otros escritos sobre el problema nacional*, Pasado y Presente, n. 71, México, 1979.
36. Mandel, E., *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, Siglo XXI, México, 1998.
37. Mandel, E., *Tratado de economía marxista*, ERA, México, 1980.
38. Marx, C. (1867-1894), *El capital*, Siglo XXI, México, 1998.
39. Marx, C. (1866), *El capital. Libro I Capítulo VI (inédito)*, Siglo XXI, México, 1997.

40. Marx, C. (1857), *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, Cuadernos de Pasado y Presente, n. 1, México, 1987.
41. Marx, C., *Progreso y desarrollo capitalista (manuscritos de 1861–1863)*, Cuadernos de Pasado y Presente; n. 93, México, 1982.
42. Marx, C., *Trabajo asalariado y capital*, en Marx, C. y Engels, F., *Obras Fundamentales, Tomo 11: Escritos Económicos Menores*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
43. Marx, C. y Engels, F., *La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos/Cartago, Buenos Aires, 1985.
44. McDonough, T., “El imperialismo y las etapas del desarrollo capitalista”, en *Cuadernos del Sur*, n. 24, Buenos Aires, mayo 1997.
45. Montgomery, D., *El control obrero en los EEUU*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.
46. Neffa, J. C., *El proceso de trabajo y la economía de tiempo*, HUMANITAS, Buenos Aires, 1990.
47. Negri, A., *Dominio y sabotaje*, Iniciativas Editoriales, Barcelona, 1979.
48. Negri, A., *Del obrero masa al obrero social*, Anagrama, Barcelona, 1980.
49. Novack, G., *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad*, Ediciones Pluna, Buenos Aires, s/a.
50. Ruffier, “Taylorisier”, en *Sociologie du Travail*, París, enero 1986.
51. Schmidt, A., “Sobre el concepto cognoscitivo de la crítica de la economía política”, en AA.VV., *La crítica de la economía política hoy (Coloquio de Frankfurt)*, UAO, México, 1983.
52. Smith, V., “El legado de Braverman. La tradición del proceso de trabajo veinte años más tarde”, en *Sociología del trabajo*, n. 26, 1996.
53. Veltz, P., “Informatisation des industries manufacturieres et intellectalisation de la production”, en *Sociologie du Travail*, París, abril 1984.
54. Vilar, P., *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Crítica, Barcelona, 1980.
55. Woods, A. y Grant, T., “La lógica formal y la dialéctica”, en *Razón y Revolución*, n. 10, Buenos Aires, primavera 2002.

Bibliografía sobre la Argentina

1. Barbero, M. I., "El proceso de industrialización en la Argentina; viejas y nuevas controversias", en *Anuario IEHS*, n. 13, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1998.
2. Bunge, A., *La economía argentina*, Agencia General de Librerías y Publicaciones, Buenos Aires, 1928.
3. Chiaramonte, J. C., *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*, Solar, Buenos Aires, 1971.
4. Ciafardini, H., *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*, Agora, Buenos Aires, 1990.
5. Cimillo, E., Lifschitz, E., Gastiazoro, E., Ciafardini, H. y Turkieh, M., *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.
6. Colman, O., "La industria textil y la reconversión extensiva del sector industrial argentino, 1930-1943", en *Ciclos*, año II, vol. II, n. 12, Buenos Aires, primer semestre 1992.
7. Cortés Conde, R., "El boom argentino: ¿una oportunidad desperdiciada?", en Di Tella, T. y Halperín Donghi, T. (comp.), *Los fragmentos del poder*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969.
8. Cortés Conde, R., *El progreso argentino, 1880-1914*, Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
9. Cortés Conde, R., *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1989.
10. Cortés Conde, R., *La economía argentina en el largo plazo (s. XIX y XX)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997.
11. Cúneo, D., "La burguesía industrial oligárquica 1875-1930", en Giménez Zapiola, M. (comp.), *El régimen oligárquico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
12. Díaz Alejandro, C., "Etapas de la industrialización argentina", en Díaz Alejandro, C., *Ensayos de historia económica argentina*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
13. Di Tella, G. y Zymelman, M., *Las etapas del desarrollo económico argentino*, EUDEBA, Buenos Aires, 1967.
14. Dorfman, A., *Historia de la industria argentina*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1970.
15. Dorfman, A., *50 años de industria argentina (1930-1980)*, Solar, Buenos Aires, 1983.
16. Falcón, R., *Los orígenes del movimiento obrero*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
17. Falcón, R., *El mundo del trabajo urbano*, CEAL, Buenos Aires, 1986.

18. Ferns, H., *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1968.
19. Ferrer, A., *La economía argentina*, FCE, Buenos Aires, 1979.
20. Fodor, J. y O'Connell, A., "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", en *Desarrollo Económico*, vol. 13, n. 49, abril-junio 1973.
21. Ford, A. G., "La Argentina y la crisis de Baring de 1890", en Gimenez Zapiola, M. (comp.), *El régimen oligárquico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
22. Ford, A. G., "Comercio exterior e inversiones extranjeras, 1880-1914", en Ferrari, G. y Gallo E., (comps.): *La Argentina del ochenta al centenario, Sudamericana*, Buenos Aires, 1985.
23. Gainard, R., *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*, Solar, Buenos Aires, 1989.
24. Gallo, E y Cortés Conde, R., *La formación de la Argentina Moderna*, Paidós, Buenos Aires, 1973.
25. Gastiazoro, E., *Historia Argentina, Tomo III: El régimen Oligárquico y el radicalismo (1880-1930)*, Agora, Buenos Aires, 1986.
26. Geller, L., "El crecimiento industrial argentino hasta 1914 y la teoría del bien primario exportable", en Gimenez Zapiola, M. (comp.), *El régimen oligárquico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
27. Gerchunoff, P. y Llach, L., *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Ariel, Buenos Aires, 1998.
28. Gorostegui de Torres, H., *La organización nacional*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
29. Gutiérrez, L., "Condiciones de vida material de los sectores populares en Buenos Aires (1880-1914)", en *Revista de Indias*, n. 163/164, s/a.
30. Guy, D., "La industria argentina, 1870-1940. Legislación comercial, mercado de acciones y capitalización extranjera", en *Desarrollo Económico*, vol. 22, n. 87, Buenos Aires, octubre-diciembre 1982.
31. Halperín Donghi, T., "Canción de otoño en primavera", en *Desarrollo económico*, vol. 24, n. 95, Buenos Aires, octubre-diciembre 1984.
32. Hora, R., "Empresarios y política en la Argentina, 1880-1916", ponencia presentada en las Jornadas Internacionales La política en la Argentina del siglo XIX, Buenos Aires, 22, 23 y 24 de agosto de 2001.
33. Irigoín, A., "La evolución industrial en la Argentina (1870-1940)", en *Libertas*, Buenos Aires, n. 1, octubre 1984.
34. Jorge, E., *Industria y concentración económica*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

35. Kabat, M., "El ojo del amo. Primeras inquietudes en torno al taylorismo en la Argentina (1920-1930)", en *Estudios del Trabajo*, n. 17, ASET, Buenos Aires, 1999.
36. Kornblith, J., "La ley del más fuerte. Molinos y centralización del capital (1870-1920)", en *Razón y Revolución*, n. 9, Buenos Aires, otoño 2002.
37. Korol, J. C. y Sábato, H., "La industrialización trunca: una obsesión argentina", en *Cuadernos del CISH*, Universidad Nacional de la Plata, Año 2, n. 2/3, 1997.
38. Korol, J. C., "Industria (1850-1914)", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, tomo 6, Planeta, Buenos Aires, 2001.
39. Lobato, M. Z., *El "taylorismo" en la gran industria exportadora argentina (1907-1945)*, Centro Editor de América Latina, Colección Conflictos y Procesos, n. 16, Buenos Aires, 1988.
40. Lobato, M. Z. y Suriano, J., "Historia del trabajo y de los trabajadores. Aproximaciones a su historiografía", en Panaia, M. (comp.), *Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario*, EUDEBA, Buenos Aires, 1996.
41. Lobato, M. Z. (directora), *El progreso, la modernización y sus límites*, Colección Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.
42. Llach, J.J. (selección e introducción), *La Argentina que no fue, Tomo I: Las fragilidades de la Argentina agroexportadora (1918-1930)*, IDES, Buenos Aires, 1985.
43. Marotta, S., *El movimiento sindical argentino*, Lacio, Buenos Aires, 1961.
44. Neffa, J. O., *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en la Argentina (1880-1916)*, EUdeBA, Buenos Aires, 1998.
45. O'Connell, A., "La Argentina en la depresión: los problemas de una economía abierta", en *Desarrollo Económico*, vol. 23, n. 92, enero-marzo 1984.
46. Onetto, O., "Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina (1890-1922)", en *Desarrollo Económico*, vol. 24, n. 94, julio-septiembre 1984.
47. Ortiz, R., *Historia Económica de la Argentina, 1850-1930*, 2 tomos, Ediciones Pampa y Cielo, Buenos Aires, 1964.
48. Oszlack, O., *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
49. Panettieri, J., *Los trabajadores*, CEAL, Buenos Aires, 1982.
50. Panettieri, J., *La crisis de 1873*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
51. Panettieri, J., *Las primeras leyes obreras*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
52. Peña, M., *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, 1974.
53. Peña, M., *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

54. Peña, M., *Introducción al pensamiento de Marx (Notas inéditas de un curso de 1958)*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 2000.
55. Peralta Ramos, M., *Acumulación del capital y crisis política en argentina (1930–1974)*, Siglo XXI, México, 1978.
56. Peterson, H., *La Argentina y los Estados Unidos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
57. Phelps, V. H., “El crecimiento de las inversiones extranjeras en la Argentina”, en Giménez Zapiola, M. (comp.), *El régimen oligárquico*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.
58. Prebisch, R., *Obras*, 4 volúmenes, Fundación Raúl Prebisch, Buenos Aires, 1996.
59. Pucciarelli, A., *El capitalismo agrario pampeano, 1880–1930*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
60. Rapoport, M. y colaboradores: *Historia económica, política y social de la Argentina (1880–2000)*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2000.
61. Rapoport, M., *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas*, Editorial Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1980.
62. Regasly, A. M., *Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860–1914)*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
63. Rocchi, F., “En busca del empresario perdido. Los industriales y las tesis de Jorge Sábato”, en *Entre pasados. Revista de Historia*, n. 10, Buenos Aires, 1996.
64. Rocchi, F., “Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado”, en *Desarrollo Económico*, vol. 37, n. 148, Buenos Aires, enero–marzo 1998.
65. Rocchi, F., “El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador”, en *Anuario IEHS*, n. 13, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1998.
66. Rofman, A., y Romero, L. A., *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
67. Sábato, J. F., *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*, Cisea–Imago Mundi, Buenos Aires, 1988.
68. Sábato, J. F., “Sobre la clase dominante argentina y el estancamiento económico. Réplica a Larry Sawers”, en *Ciclos*, Año V, vol. V, n. 8, Buenos Aires, primer semestre 1995.
69. Sartelli, E., “El enigma de Proteo. A propósito de Jorge F. Sábato, Larry Sawers y el estancamiento de la economía argentina”, en *Ciclos*, Año VI, vol. VI, n. 10, Buenos Aires, primer semestre 1996.

70. Sartelli, E. et al, "Taylorismo, fordismo y post-fordismo en la Argentina: la consolidación del régimen de gran industria?", en *Razón y Revolución*, n. 4, Buenos Aires, otoño 1998.
71. Sartelli, E., "Procesos de trabajo y desarrollo capitalista en la agricultura", en *Razón y Revolución*, n. 6, otoño 2000.
72. Sartelli, E., "Para comer una Hamburguesa. El estudio de los procesos de trabajo, el debate Braverman y el fast food en Argentina", en *Razón y Revolución*, n. 7, verano 2001.
73. Sartelli, E. et al, *Contra la cultura del trabajo*, RyR, Buenos Aires, 2002.
74. Sawers, L., "Agricultura y estancamiento económico en la Argentina: a propósito de las tesis de Jorge F. Sábato", en *Ciclos*, Año IV, vol. IV, n. 7, Buenos Aires, 1994.
75. Schvarzer, J., *Empresarios del pasado. Unión Industrial Argentina*, Cisea-Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.
76. Schvarzer, J., *La industria que supimos conseguir*, Planeta, Buenos Aires, 1996.
77. Schvarzer, J., "Nuevas perspectivas sobre el origen del desarrollo industrial argentino, 1880-1930", en *Anuario IEHS*, n. 13, Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1998.
78. Schvarzer, J., "Política industrial y entorno macroeconómico. Apreciaciones sobre la política arancelaria argentina a comienzos del siglo XX", en *Boletín Informativo Techint*, n. 275, Buenos Aires, 1993.
79. Suriano, J., "El estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1915", en *Anuario 14*, segunda época, Escuela de Historia de la Universidad de Rosario, 1989-90.
80. Tirre, E., *La inserción de la Argentina en la economía mundial*, Buenos Aires, 2000.
81. Vázquez Presedo, V., *Estadísticas históricas argentinas, 1875-1914*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 1971.
82. Vázquez Presedo, V., *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo 1875-1914*, EUDEBA, Buenos Aires, 1979.
83. Villanueva, J., "El origen de la industrialización argentina", en *Desarrollo Económico*, vol. 12, n. 47, Buenos Aires, diciembre 1972.
84. Villanueva, J., "Aspectos de la estrategia de la industrialización argentina", en Di Tella, T. y Halperín Donghi, T. (comp.), *Los fragmentos del poder*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969.
85. Vitelli, G., *Los Dos Siglos de la Argentina. Historia Económica Comparada*, Pendergast, Buenos Aires, 1999.
86. Zimmerman, E., *Los liberales reformistas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

Bibliografía y fuentes de la industria cervecera

1. ALAFACE, *La industria Cervecera de América Latina*, Asociación Latinoamericana de Fabricantes de Cerveza, Venezuela, 1997.
2. *Álbum de la industria argentina*, 1923.
3. *Argentina Fabril*, 17/07/1968.
4. Asociación Argentina de Coleccionismo e Intercambio Cerveceros, *Boletín Cerveceros*, Año 4, n. 6, Buenos Aires, julio 2001.
5. Bértola, L., “El crecimiento de la industria temprana en Uruguay”, ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Historia Regional Comparada, Brasil, 2000.
6. *Boletín de la Unión Industrial Argentina*, 15/03/1905, 15/03/1907, 15/11/1908 y 23/01/1890.
7. *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 1908, 1919 y 1920.
8. Boragni, C., “Barones de la cerveza. La dinastía Bemberg”, en *Clarín*, 14/11/1999.
9. *Censo Industrial de la República Argentina*, 1908/9 y 1935.
10. *Censo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, 1887 y 1904.
11. *Censo General de la Provincia de Buenos Aires*, Demográfico, agrícola, industrial, comercial, etc., verificado el 9 de octubre de 1881, Buenos Aires, 1889.
12. Cerdán, M., *Curso Básico I: Introducción a la elaboración de cerveza*, Centro de Estudios Cerveceros, IABAF, Buenos Aires, 2003.
13. Cervecería Bieckert S.A., *Centenario Bieckert 1860–1960*, Buenos Aires, 1960.
14. Cicutti, B., “El caso de la Cervecería Quilmes y el desarrollo urbano del área norte de Rosario”, Noveno Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1996.
15. *Circular del Ministerio de Agricultura de la Nación*, Sección Propaganda e Informes, n. 821, Dirección General de Comercio e Industria, Septiembre 1930.
16. *Cuarto Censo General de la República Argentina*, 1946.
17. Chueco, M., *Los pioneros de la industria nacional*, Imprenta de La Nación, Buenos Aires, 1886.
18. Duboe, P. y Berger, C., *El libro del amante de la Cerveza*, José de Olañeta Editor, Barcelona, 1988.
19. *El País*, 16/03/1900.
20. Fernández Burzaco, J., *Guía descriptiva de los principales establecimientos industriales de la República Argentina*, Buenos Aires, 1895.

21. García Lupo, R., “La resurrección de los Bemberg”, en *Revista Inédito*, n. 13, 01/03/1967.
22. Govi, J., “La industria Cervecera en la República Argentina”, en *La industria cervecera*, Buenos Aires, 1933.
23. Helguera, D., *La producción nacional en 1893*, Editores Joyopoago y Cía, Buenos Aires, 1893.
24. Irigoín, A., “La evolución industrial en la Argentina (1870–1940)”, en *Libertas*, n. 1, Buenos Aires, octubre 1984.
25. Jackson, M., *El libro de la cerveza*, Blume, Barcelona, 1994.
26. Jackson, M., *Cerveza*, El Ateneo, Buenos Aires, 1999.
27. *La Época*, 03/08/1918.
28. *La industria cervecera*, revista mensual ilustrada, año XI, número 121, marzo de 1941, Buenos Aires.
29. *La Nación*, 20/03/1884, 05/11/1894, 25/05/1914 y Edición Aniversario 1916.
30. *La Razón*, Anuario 1918.
31. Leguizamón Pondal, M., *Progresos industriales de la República Argentina*, Buenos Aires, s/a.
32. Malaure, A. y Gazzano, J., *La industria argentina y la exposición de Paraná*, Buenos Aires, 1888.
33. Manacorda, T., *La gesta callada. Biografía de una industria*, Peuser, Buenos Aires, 1947.
34. Mikielievich, W., “Comienzos y fin de una actividad industrial. La elaboración de cerveza”, en *Revista de Historia de Rosario*, n. 30, Rosario, 1978.
35. *Monitor de Sociedades Anónimas*, XXII, 1916.
36. Moreno, L., “Cerveza artesanal, más que una moda”, en *Clarín*, 07/09/2003, p. 40.
37. Padilla, J., *Informe del Director General de la Sección Industrias, Pesas y Medidas al Ministro de Agricultura Honorio Pueyrredón*, Buenos Aires, 15/05/1917.
38. Pastore, R. y Teubal, M., “Articulaciones agroindustriales en el complejo cervecero”, en *Desarrollo Económico*, vol. 31, n. 124, Buenos Aires, enero–marzo 1992.
39. Pomar, P. T., “Historia de la Cerveza en San Carlos”, inédito, octubre 1990.
40. Potel, M. A. P., “L’ industrie de la biere dans la Republique Argentine”, en *Boletín del Ministerio de Agricultura*, tomo IX, Buenos Aires, 1908.
41. *Primer Censo de la República Argentina*, 1869, Buenos Aires, 1872.
42. Primera Maltería Argentina, S.A., *Historia de dos conquistas. La cebada cervecera y el lúpulo*, octubre 1946.

43. Cervecería Quilmes S. A., *Publicación de la Cervecería Argentina Quilmes*, Buenos Aires, 1910.
44. Quintana, D. P., “La historia dorada. 200 años de cervezas argentinas” en *Todo es Historia*, n. 403, Buenos Aires, febrero 2001.
45. Quintana, D. P., “Los orígenes de la industria cervecera nacional”, en *San Carlos. Cervezas y algo más*, n. 4, Santa Fe, octubre 1992.
46. Reginald, Ll., *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte*, Lloyds Greater Britain Publishing Co., Londres, 1911.
47. *Revista de Economía Argentina*, tomo 32, n. 187, 1934.
48. *Revista de los impuestos internos* (publicación mensual), Año VII, n. 66, Buenos Aires, 01/01/1926.
49. Salas, G. P., *La agricultura, ganadería, industria y comercio en la provincia de Buenos Aires en 1895*, Talleres de Publicaciones, La Plata, 1896.
50. *Segundo Censo de la República Argentina*, 1895, Buenos Aires, 1898.
51. Seoane, M., “Reyes de la espuma. Bemberg: de ‘enemigos del estado’ a profesionales del mercado”, en *Noticias*, 14/03/1993.
52. Strasser, J. F., “Lo trascendente en la vida de un industrial suizo”, s/r.
53. S/A, “En el 47 aniversario de la fundación de la Cervecería Argentina Quilmes”, en *La industria cervecera*, Buenos Aires, octubre de 1935.
54. S/A, “Intrusos en los jardines de Quilmes”, en *Panorama*, noviembre de 1992.
55. S/A, “La República Argentina posee en Quilmes el establecimiento cervecero más grande del mundo”, en *Caras y Caretas*, 1939.
56. *Tercer Censo de la República Argentina*, 1914.
57. Tornquist, E. y Cía. Limitada, *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años*, Buenos Aires, 1920.
58. Torres, J.C., *Algunas maneras de vender la patria*, Freeland, Buenos Aires, 1973.
59. Un inglés, “Cinco años en Buenos Aires (1820–1825), Argentina, Taurus, 2002.
60. Urien, C. y Colombo, E., *La República Argentina en 1910*, tomo I, Buenos Aires, 1910.
61. Vilgrela Madrid, C., “La cervecería de Quenard”, en *El Tribuno*, 29/01/1989.
62. Vives, C. D., “¿Cuál fue la primera fábrica de cerveza?”, en *Colcer. Publicación Oficial de la Asociación Argentina de Coleccionismo e Intercambio Cervecero*, año 4, n. 6, Buenos Aires, julio 2001.
63. Vives, C. D., “Catálogo histórico y cronológico de fabricantes y fábricas de cerveza de la República Argentina”, inédito, 2002.

64. Wallace, S., "El proceso de trabajo cervecero. Una mirada desde los riesgos", en Berrotarán, P. y Pozzi, P. (comps.), *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina (1955-1989)*", Letra Buena, Buenos Aires, 1994.
65. Weinberger, G., "Reportaje al Sr. Guillermo Raichholz, antiguo ex empleado de la cervecería", en *San Carlos. Cervezas y algo más*, n. 4, Santa Fe, octubre 1992.
66. White, A., *La industria cervecera por dentro*, Editorial Americana, Buenos Aires, 1946.
67. Wolff, Th: "De la primitiva elaboración a la gran industria de hoy", en *La industria cervecera*, Buenos Aires, 1938.
68. Wührer, G., "Breve historia sobre la elaboración de la cerveza", en *La industria cervecera*, Buenos Aires, 1932.
69. Páginas de internet consultadas y citadas:
www.cervecerosdigitales.com, www.expocerzeza.com.ar,
www.quilmes.com.ar, www.iabaf.com.ar, www.cervecerosdelmundo.com,
www.isenbeck.com.ar, www.damm.es, www.bavaria.com.co.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas